3 1761 08695527 5

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXVI.

LS
C1465te
1876-7.2

185 - 33

TEATRO ESCOGIDO

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

TOMO SEGUNDO.

EL MÉDICO DE SU HONRA. — EL ALCALDE DE ZALAMEA.
ECO Y NARCISO. — EL PINTOR DE SU DESHONRA.

37071
5/12/95

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
—
1877.

INDICE.

Pág.

El médico de su honra 1
El alcalde de Zalamea 81
Eco y Narciso 161
El pintor de su deshonra 243

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/teatroescogido02cald

EL MÉDICO DE SU HONRA.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
DON GUTIERRE ALFONSO.
DON ARIAS.
DON DIEGO.
COQUIN, lacayo.
DOÑA MENCIA DE ACUÑA.
DOÑA LEONOR.
INES, criada.
TEODORA, criada.
JACINTA, esclava herrada.
LUDOVICO, sangrador.
UN SOLDADO.
UN VIEJO.
PRETENDIENTES.
ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICA.
CRIADOS, CRIADAS.

JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una quinta de Don Gutierre, inmediata á Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Suena ruido de caza, y sale cayendo el INFANTE DON ENRIQUE, *y algo despues salen* DON ARIAS y DON DIEGO, *y el último* EL REY DON PEDRO.

DON ENRIQUE. ¡Jesus mil veces! (Cae sin sentido.)
DON ARIAS. ¡El cielo
Te valga!
REY. ¿Qué fué?
DON ARIAS. Cayó
El caballo, y arrojó
Desde él el Infante al suelo.
REY. Si las torres de Sevilla
Saluda de esa manera,
¡Nunca á Sevilla viniera,
Nunca dejara á Castilla! —
¡Enrique, hermano!
DON DIEGO. ¡Señor!
REY. ¿No vuelve?
DON ARIAS. A un tiempo ha perdido
Pulso, color y sentido.
¡Qué desdicha!
DON DIEGO. ¡Qué dolor!
REY. Llegad á esa quinta bella
Que está del camino al paso,
Don Arias, á ver si acaso,
Recogido un poco en ella,
Cobra salud el Infante.
Todos os quedad aquí,
Y dadme un caballo á mí,

Que he de pasar adelante;
Que aunque este horror y mancilla
Mi rémora pudo ser,
No me quiero detener
Hasta llegar á Sevilla.
Allá llegará la nueva
Del suceso. (Vase.)

ESCENA II.

DON ENRIQUE, *desmayado*; DON ARIAS, DON DIEGO.

DON ARIAS. Esta ocasion
De su fiera condicion
Ha sido bastante prueba.
¿Quién á un hermano dejara,
Tropezando desta suerte
En los brazos de la muerte?
¡Vive Dios! . . .
DON DIEGO. Calla, y repara
En que, si oyen las paredes,
Los troncos, Don Arias, ven,
Y nada nos está bien.
DON ARIAS. Tú, Don Diego, llegar puedes
A esa quinta: dí que aquí
El Infante mi señor
Cayó. — Pero no; mejor
Será que los dos así
Le llevemos donde pueda
Descansar.
DON DIEGO. Has dicho bien.
DON ARIAS. Viva Enrique, y otro bien
La suerte no me conceda. (Llevan al Infante.)

Sala en la quinta de Don Gutierre.

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

DOÑA MENCIA. Desde la torre le ví,
Y aunque quién son no podré
Distinguir, Jacinta, sé
Que una gran desdicha allí

Ha sucedido. Venía
Un bizarro caballero
En un bruto tan lijero,
Que en el viento parecia
Un pájaro que volaba;
Y es razon que lo presumas,
Porque un penacho de plumas
Matices al aire daba.
El campo y el sol en ellas
Compitieron resplandores;
Que el campo le dió sus flores,
Y el sol le dió sus estrellas;
Porque cambiaban de modo,
Y de modo relucian,
Que en todo al sol parecian,
Y á la primavera en todo.
Corrió pues y tropezó
El caballo, de manera
Que lo que ave entónces era,
Cuando en la tierra cayó
Fué rosa; y así en rigor
Imitó su lucimiento
En sol, cielo, tierra y viento,
Ave, bruto, estrella y flor.

JACINTA. ¡Ay señora! en casa ha entrado . . .

DOÑA MENCIA. ¿Quién?

JACINTA. Un confuso tropel
De gente.

DOÑA MENCIA. ¿Mas que con él
A nuestra quinta han llegado?

ESCENA IV.

DON ARIAS y DON DIEGO, *que sacan en brazos al* INFANTE, *y siéntanle en una silla.* — DOÑA MENCIA, JACINTA.

DON DIEGO. En las casas de los nobles
Tiene tan divino imperio
La sangre del Rey, que ha dado
En la vuestra atrevimiento
Para entrar desta manera.

DOÑA MENCIA. (Ap.) ¡Qué es esto que miro, cielos!

DON DIEGO. El infante Don Enrique,
Hermano del rey Don Pedro,
A vuestras puertas cayó,
Y llega aquí medio muerto.

DOÑA MENCIA. ¡Válgame Dios! qué desdicha!
DON ARIAS. Decidnos á qué aposento
Podrá retirarse, en tanto
Que vuelva al primero aliento
Su vida. — Pero ¡qué miro!
¡Señora!
DOÑA MENCIA. ¡Don Arias!
DON ARIAS. Creo
Que es sueño ó fingido cuanto
Estoy escuchando y viendo.
¿Que el infante Don Enrique,
Mas amante que primero,
Vuelva á Sevilla, y te halle
Con tan infeliz encuentro,
Puede ser verdad?
DOÑA MENCIA. Sí es:
¡Ojalá que fuera sueño!
DON ARIAS. Pues ¿qué haces aquí?
DOÑA MENCIA. Despacio
Lo sabrás; que ahora no es tiempo
Sino solo de acudir
A la vida de tu dueño.
DON ARIAS. ¡Quién le dijera que así
Llegara á verte!
DOÑA MENCIA. Silencio,
Que importa mucho, Don Arias.
DON ARIAS. ¿Por qué?
DOÑA MENCIA. Va mi honor en ello. —
Entrad en ese retrete,
Donde está un catre cubierto
De un cuero turco y de flores;
Y en él, aunque humilde lecho,
Podrá descansar. — Jacinta,
Saca tú ropa al momento,
Aguas y olores que sean
Dignos de tan alto empleo. (Vase Jacinta.)
DON ARIAS. Los dos, miéntras se adereza,
Aquí al Infante dejemos,
Y á su remedio acudamos,
Si hay en desdichas remedio.
(Vanse los dos.)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA; DON ENRIQUE, *sin conocimiento, en una silla.*

DOÑA MENCIA. Ya se fueron, ya he quedado
Sola. ¡Oh quién pudiera, cielos,

Con licencia de su honor
Hacer aquí sentimientos!
¡Oh quién pudiera dar voces,
Y romper con el silencio
Cárceles de nieve, donde
Está aprisionado el fuego,
Que ya, resuelto en cenizas,
Es ruina que está diciendo:
«¡Aquí fué amor!» — Mas ¿qué digo?
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Yo soy quien soy. Vuelva el aire
Los repetidos acentos
Que llevó; porque aun perdidos,
No es bien que publiquen ellos
Lo que yo debo callar;
Porque ya, con mas acuerdo,
Ni para sentir soy mia;
Y solamente me huelgo
De tener hoy que sentir,
Por tener en mis deseos
Que vencer; pues no hay virtud
Sin experiencia. Perfecto
Está el oro en el crisol,
El iman en el acero,
El diamante en el diamante,
Los metales en el fuego;
Y así mi honor en sí mismo
Se acrisola, cuando llego
A vencerme; pues no fuera
Sin experiencias perfecto.
¡Piedad, divinos cielos!
¡Viva callando, pues callando muero!
¡Enrique! Señor!

DON ENRIQUE. (Volviendo en sí.) ¿Quién llama?

DOÑA MENCIA. Albricias ...

DON ENRIQUE. ¡Válgame el cielo!

DOÑA MENCIA. Que vive tu Alteza.

DON ENRIQUE. ¿Dónde
Estoy?

DOÑA MENCIA. En parte, á lo ménos,
Donde de vuestra salud
Hay quien se huelgue.

DON ENRIQUE. Lo creo,
Si esta dicha, por ser mia,
No se deshace en el viento;
Pues consultando conmigo
Estoy, si despierto sueño,

O si dormido discurro,
Pues á un tiempo duermo y velo.
¿Pero para qué averiguo,
Poniendo á mayores riesgos
La verdad? Nunca despierte,
Si es verdad que ahora duermo;
Y nunca duerma en mi vida,
Si es verdad que estoy despierto.

DOÑA MENCIA. Vuestra Alteza, gran señor,
Trate, prevenido y cuerdo,
De su salud, cuya vida
Dilate siglos eternos,
Fénix de su misma fama,
Imitando al que en el fuego
Ave, llama, ascua y gusano,
Urna, pira, voz é incendio,
Nace, vive, dura y muere,
Hijo y padre de sí mesmo;
Que despues sabrá de mí
Dónde está.

DON ENRIQUE. No lo deseo;
Que si estoy vivo y te miro,
Ya mayor dicha no espero;
Ni mayor dicha tampoco,
Si te miro estando muerto;
Pues es fuerza que sea gloria
Donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
Qué acasos ni qué sucesos
Aquí mi vida guiaron,
Ni aquí la tuya trajeron;
Pues con saber que estoy donde
Estás tú, vivo contento;
Y así ni tú que decirme,
Ni yo que escucharte tengo.

DOÑA MENCIA. (Ap. Presto de tantos favores
Será desengaño el tiempo.)
Dígame ahora, ¿cómo está
Vuestra Alteza?

DON ENRIQUE. Estoy tan bueno,
Que nunca estuve mejor;
Solo en esta pierna siento
Un dolor.

DOÑA MENCIA. Fué gran caida;
Pero en descansando, pienso
Que cobrareis la salud;
Y ya os están previniendo

Cama donde descanseis.
Que me perdoneis, os ruego,
La humildad de la posada;
Aunque disculpada quedo . . .

DON ENRIQUE. Muy como señora hablais,
Mencía. ¿Sois vos el dueño
De esta casa?

DOÑA MENCIA. No, señor;
Pero de quien lo es, sospecho
Que lo soy.

DON ENRIQUE. ¿Y quién lo es?

DOÑA MENCIA. Un ilustre caballero,
Gutierre Alfonso Solis,
Mi esposo y esclavo vuestro.

DON ENRIQUE. ¡Vuestro esposo! (Levántase.)

DOÑA MENCIA. Sí, señor.
No os levanteis, detenéos;
Ved que no podeis estar
En pié.

DON ENRIQUE. Sí puedo, sí puedo.

ESCENA VI.

DON ARIAS, DON DIEGO. — DICHOS.

DON ARIAS. Dame, gran señor, las plantas
Que mil veces toco y beso,
Agradecido á la dicha
Que en tu salud nos ha vuelto
La vida á todos.

DON DIEGO. Ya puede
Vuestra Alteza á este aposento
Retirarse, donde está
Prevenido todo aquello
Que pudo en la fantasía
Bosquejar el pensamiento.

DON ENRIQUE. Don Arias, dadme un caballo,
Dadme un caballo, Don Diego.
Salgamos presto de aquí.

DON ARIAS. ¿Qué decis?

DON ENRIQUE. Que me deis presto
Un caballo.

DON DIEGO. Pues, señor . . .

DON ARIAS. Mira . . .

DON ENRIQUE. Estáse Troya ardiendo,
Y Enéas de mis sentidos,
He de librarlos del fuego.
(Vase Don Diego.)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA MENCIA, DON ARIAS.

DON ENRIQUE. ¡Ay, Don Arias, la caida
No fué acaso, sino agüero
De mi muerte! Y con razon,
Pues fué divino decreto
Que viniese á morir yo,
Con tan justo sentimiento,
Donde tú estabas casada,
Porque nos diesen á un tiempo
Pésames y parabienes
De tu boda y de mi entierro.
De verse el bruto á tu sombra,
Pensé que altivo y soberbio
Engendró con osadía
Bizarros atrevimientos,
Cuando presumiendo de ave,
Con relinchos cuerpo á cuerpo
Desafiaba los rayos,
Despues que venció los vientos.
Y no fué, sino que al ver
Tu casa, montes de celos
Se le pusieron delante
Porque tropezase en ellos;
Que aun un bruto se desboca
Con celos; y no hay tan diestro
Ginete, que allí no pierda
Los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
Presumí el feliz suceso
De mi vida; pero ya,
Mas desengañado, pienso
Que no fué sino venganza
De mi muerte; pues es cierto
Que muero, y que no hay milagros
Que se examinen muriendo.

DOÑA MENCIA. Quien oyere á vuestra Alteza
Quejas, agravios, desprecios,
Podrá formar de mi honor

Presunciones y conceptos
Indignos dél. Y yo ahora,
Por si acaso llevó el viento
Cabal alguna razon,
Sin que en partidos acentos
La troncase, responder
A tantos agravios quiero,
Porque donde fueron qüejas,
Vayan con el mismo aliento
Desengaños. Vuestra Alteza,
Liberal de sus deseos,
Generoso de sus gustos,
Pródigo de sus afectos,
Puso los ojos en mí:
Es verdad, y lo confieso.
Bien sabe, de tantos años
De experiencias, el respeto
Con que constante mi honor
Fué una montaña de hielo,
Conquistada de las flores,
Escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, ¿de qué engaño
Se queja, siendo sugeto
Imposible á sus pasiones,
Reservado á sus intentos,
Pues soy para dama mas,
Lo que para esposa ménos?
Y así, en esta parte ya
Disculpada, en la que tengo
De mujer, á vuestros piés
Humilde, señor, os ruego
No os ausenteis desta casa,
Poniendo á tan claro riesgo
La salud.

DON ENRIQUE. ¿Cuánto mayor
En esta casa le tengo?

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, COQUIN. — DICHOS.

DON GUTIERRE. Déme los piés vuestra Alteza,
Si puedo de tanto sol
Tocar ¡oh rayo español!
La majestad y grandeza.
Con alegría y tristeza

Hoy á vuestras plantas llego,
Y mi aliento, lince y ciego,
Entre asombros y desmayos,
Es águila á tantos rayos,
Mariposa á tanto fuego.
Tristeza de la caida
Que puso con triste efeto
A Castilla en tanto aprieto,
Y alegría de la vida
Que vuelve restituida
A su pompa, á su belleza,
Cuando en gusto vuestra Alteza
Trueca ya la pena mia:
¿Quién vió triste la alegría?
¿Quién vió alegre la tristeza?
Honrad por tan breve espacio
Esta esfera, aunque pequeña;
Porque el sol no se desdeña,
Despues que ilustró un palacio,
De iluminar el topacio
De algun pajizo arrebol.
Y pues sois rayo español,
Descansad aquí; que es ley
Hacer el palacio el rey
Tambien, si hace esfera el sol.

DON ENRIQUE. El gusto y pesar estimo
Del modo que le sentís,
Gutierre Alfonso Solis;
Y así en el alma le imprimo,
Donde á tenerle me animo
Guardado.

DON GUTIERRE. Sabe tu Alteza
Honrar.

DON ENRIQUE. Y aunque la grandeza
Desta casa fuera aquí
Grande esfera para mí,
Pues lo fué de una belleza,
No me puedo detener;
Que pienso que esta caida
Ha de costarme la vida;
Y no solo por caer,
Sino tambien por hacer
Que no pasase adelante
Mi intento . . . Y es importante
Irme; que hasta un desengaño
Cada minuto es un año,
Es un siglo cada instante.

DON GUTIERRE. Señor, ¿vuestra Alteza tiene
Causa tal, que su inquietud
Aventure la salud
De una vida que previene
Tantos aplausos?
DON ENRIQUE. Conviene
Llegar á Sevilla hoy.
DON GUTIERRE. Necio en apurar estoy
Vuestro intento; pero creo
Que mi lealtad y deseo . . .
DON ENRIQUE. Y si yo la causa os doy,
¿Qué direis?
DON GUTIERRE. Yo no os la pido;
Que á vos, señor, no es bien hecho
Examinaros el pecho.
DON ENRIQUE. Pues escuchad. Yo he tenido
Un amigo tal, que ha sido
Otro yo.
DON GUTIERRE. Dichoso fué.
DON ENRIQUE. A este en ausencia fié
El alma, la vida, el gusto
En una mujer. ¿Fué justo
Que atropellando la fe
Que debió al respeto mio,
Faltase en ausencia?
DON GUTIERRE. No.
DON ENRIQUE. Pues á otro dueño le dió
Llaves de aquel albedrío:
Al pecho que yo le fío,
Introdujo otro señor:
Otro goza su favor:
¿Podrá un hombre enamorado
Sosegar con tal cuidado,
Descansar con tal dolor?
DON GUTIERRE. No, señor.
DON ENRIQUE. Cuando los cielos
Tanto me fatigan hoy,
Que en cualquier parte que estoy,
Estoy mirando mis celos,
Tan presentes mis desvelos
Están delante de mí,
Que aquí los miro, y así
De aquí ausentarme deseo;
Que aunque van conmigo, creo
Que se han de quedar aquí.
DOÑA MENCIA. Dicen que el primer consejo
Ha de ser de la mujer;

Y así, señor, quiero ser
(Perdonad si os aconsejo)
Quien os dé consuelo. Dejo
Aparte celos, y digo
Que aguardeis á vuestro amigo
Hasta ver si se disculpa;
Que hay calidades de culpa
Que no merecen castigo.
No os despeñe vuestro brio:
Mirad, aunque esteis celoso,
Que ninguno es poderoso
En el ajeno albedrío.
Cuanto al amigo, confío
Que os he respondido ya;
Cuanto á la dama, quizá
Fuerza, y no mudanza fué:
Oidla vos, que yo sé
Que ella se disculpará.

DON ENRIQUE. No es posible.

ESCENA IX.

DON DIEGO. — DICHOS.

DON DIEGO. Ya está allí
El caballo apercibido.

DON GUTIERRE. Si es del que hoy habeis caido,
No subais en él, y aquí
Recibid, señor, de mí
Una pia hermosa y bella,
A quien una palma sella,
Signo que vuestra la hace;
Que tambien un bruto nace
Con mala ó con buena estrella.
Es este prodigio pues
Proporcionado y bien hecho,
Dilatado de anca y pecho,
De cabeza y cuello es
Corto, de brazos y piés
Fuerte, á uno y otro elemento
Les da en sí lugar y asiento,
Siendo el bruto de la palma
Tierra el cuerpo, fuego el alma,
Mar la espuma, y todo viento.

DON ENRIQUE. El alma aquí no podria
Distinguir lo que procura,

La pia de la pintura,
O por mejor bizarría,
La pintura de la pia.

COQUIN. Aquí entro yo. A mí me dé
Vuestra Alteza mano ó pié,
Lo que está (que esto es mas llano)
O mas á pié ó mas á mano.

DON GUTIERRE. Aparta, necio.

DON ENRIQUE. ¿Por qué?
Dejadle, su humor le abona.

COQUIN. En hablando de la pia,
Entra la persona mia,
Que es su segunda persona.

DON ENRIQUE. Pues ¿quién sois?

COQUIN. ¿No lo pregona
Mi estilo? Yo soy, en fin,
Coquin, hijo de Coquin,
De aquesta casa escudero,
De la pia despensero,
Pues la siso al celemin
La mitad de la comida:
Y en efecto, señor, hoy,
Por ser vuestro dia, os doy
Norabuena muy cumplida.

DON ENRIQUE. ¿Mi dia?

COQUIN. Es cosa sabida.

DON ENRIQUE. Su dia llama uno aquel
Que es á sus gustos fiel;
Si lo fué á la pena mia,
¿Cómo pudo ser mi dia?

COQUIN. Cayendo, señor, en él;
Y para que se publique
En cuantos lunarios hay,
Desde hoy diré: «A tantos cay
«San Infante Don Enrique.»

DON GUTIERRE. Tu Alteza, señor, aplique
La espuela al ijar; que el dia
Ya en la tumba helada y fria,
Huésped del undoso dios,
Hace noche.

DON ENRIQUE. Guárdeos Dios,
Hermosísima Mencía.
Y porque veais que estimo
El consejo, buscaré
A esta dama, y della oiré
La disculpa. (AP. Mal reprimo
El dolor, cuando me animo

A no decir lo que callo.
Lo que en este lance hallo,
Ganar y perder se llama;
Pues él me ganó la dama,
Y yo le gané el caballo.)

(Vanse el Infante, Don Arias, Don Diego y Coquin.)

ESCENA X.

DON GUTIERRE, DOÑA MENCIA.

DON GUTIERRE. Bellísimo dueño mio,
Ya que vive tan unida
A dos almas una vida,
Dos vidas á un albedrío,
De tu amor y ingenio fío
Hoy, que licencia me dés
Para ir á besar los piés
Al Rey mi señor, que viene
De Castilla; y le conviene
A quien caballero es.
Irle á dar la bienvenida.
Y fuera desto, ir sirviendo
Al infante Enrique, entiendo
Que es accion justa y debida,
Ya que debí á su caida
El honor que hoy ha ganado
Nuestra casa.

DOÑA MENCIA. ¿Qué cuidado
Mas te lleva á darme enojos?

DON GUTIERRE. No otra cosa, ¡por tus ojos!

DOÑA MENCIA. ¿Quién duda que haya causado
Algun deseo Leonor?

DON GUTIERRE. ¿Eso dices? No la nombres.

DOÑA MENCIA. ¡Oh que tales sois los hombres!
¡Hoy olvido, ayer amor,
Ayer gusto, y hoy rigor!

DON GUTIERRE. Ayer, como al sol no via,
Hermosa me parecia
La luna; mas hoy, que adoro
Al sol, ni dudo ni ignoro
Lo que hay de la noche al dia.
Escúchame un argumento.
Una llama en noche oscura
Arde hermosa, luce pura,
Cuyos rayos, cuyo aliento

Dulce ilumina del viento
La esfera; sale el farol
Del cielo, y á su arrebol
Todo á sombra se reduce,
Ni arde, ni alumbra, ni luce;
Que es mar de rayos el sol.
Aplícolo ahora: yo amaba
Una luz, cuyo esplendor
Vivió planeta mayor,
Que sus rayos sepultaba:
Una llama me alumbraba;
Pero era una llama aquella,
Que eclipsas divina y bella,
Siendo de luces crisol;
Porque hasta que sale el sol,
Parece hermosa una estrella.

DOÑA MENCIA. ¡Qué lisonjero os escucho!
Muy metafísico estais.

DON GUTIERRE. En fin, ¿licencia me dais?

DOÑA MENCIA. Pienso que la deseais mucho,
Por eso cobarde lucho
Conmigo.

DON GUTIERRE. ¿Puede en los dos
Haber engaño, si en vos
Quedo yo, y vos vais en mí?

DOÑA MENCIA. Pues como os quedeis aquí,
Adios, Don Gutierre.

DON GUTIERRE. Adios. (Vase.)

ESCENA XI.

JACINTA. — DOÑA MENCIA.

JACINTA. Triste, señora, has quedado.

DOÑA MENCIA. Sí, Jacinta, y con razon.

JACINTA. No sé qué nueva ocasion
Te ha suspendido y turbado,
Que una inquietud, un cuidado
Te ha divertido.

DOÑA MENCIA. Es así.

JACINTA. Bien puedes fiar de mí.

DOÑA MENCIA. ¿Quieres ver si de tí fío
Mi vida y el honor mio?
Pues escucha atenta.

JACINTA. Di.

DOÑA MENCIA. Nací en Sevilla, y en ella
Me vió Enrique, festejó

Mis desdenes, celebró
Mi nombre... ¡felice estrella!
Fuése, y mi padre atropella
La libertad que hubo en mí:
La mano á Gutierre dí,
Volvió Enrique, y en rigor,
Tuve amor, y tengo honor.
Esto es cuanto sé de mí. (Vanse.)

Sala en el alcázar de Sevilla.

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR é INES, *con mantos.*

INÉS. Ya sale para entrar en la capilla:
Aquí le espera, y á sus piés te humilla.
DOÑA LEONOR. Lograré mi esperanza,
Si recibe mi agravio la venganza.

ESCENA XIII.

EL REY, CRIADOS, UN SOLDADO, UN VIEJO, PRETENDIENTES. — DICHAS.

VOCES. (Dentro.) ¡Plaza!
PRETENDIENTE 1.º Tu Majestad aqueste lea.
REY. Yo le haré ver.
PRETENDIENTE 2.º Tu Alteza, señor, vea
Este.
REY. Está bien.
PRETENDIENTE 2.º (Ap.) Pocas palabras gasta.
PRETENDIENTE 3.º Yo soy...
REY. El memorial solo me basta.
UN SOLDADO. (Ap.) Turbado estoy! Mal el temor resisto.
REY. ¿De qué os turbais?
SOLDADO. ¿No basta haberos visto?
REY. Sí basta. ¿Qué pedis?
SOLDADO. Yo soy soldado.
Una ventaja.
REY. Poco habeis pedido
Para haberos turbado.
Una gineta os doy.
SOLDADO. ¡Felice he sido!

UN VIEJO. Un pobre viejo soy, limosna os pido.
REY. Tomad este diamante.
VIEJO. ¿Para mí os le quitais?
REY. Y no os espante;
Que, para darle de una vez, quisiera,
Solo un diamante todo el mundo fuera.
DOÑA LEONOR. Señor, á vuestras plantas
Mis piés turbados llegan.
De parte de mi honor vengo á pediros
Con voces que se anegan en suspiros,
Con suspiros que en lágrimas se anegan,
Justicia: para vos y Dios apelo.
REY. Sosegáos, señora, alzad del suelo.
DOÑA LEONOR. (Levántase.) Yo soy...
REY. No prosigais de esa manera.
Salíos todos afuera.
(Vanse todos ménos la dama.)

ESCENA XIV.

EL REY, DONA LEONOR.

REY. Hablad ahora, porque si venísteis
De parte del honor, como dijísteis,
Indigna cosa fuera
Que en público el honor sus quejas diera,
Y que á tan bella cara
Vergüenza la justicia le costara.
DOÑA LEONOR. Pedro, á quien llama el mundo Justiciero,
Planeta soberano de Castilla,
A cuya luz se alumbra este hemisfero,
Júpiter español, cuya cuchilla
Rayos esgrime de templado acero,
Cuando blandida al aire alumbra y brilla,
Sangriento giro, que entre nubes de oro
Corta los cuellos de uno y otro moro:
Yo soy Leonor, á quien Andalucía
Llama (lisonja fué) Leonor la bella;
No porque fuese la hermosura mia
Quien el nombre adquirió, sino la estrella;
Que quien decia bella, ya decia
Infelice; que el nombre incluye y sella
A la sombra no mas de la hermosura
Poca dicha, señor, poca ventura.
Puso los ojos, para darme enojos,
Un caballero en mí, que ¡ojalá fuera

Basilisco de amor á mis despojos,
Aspid de celos á mi primavera!
Luego el deseo sucedió á los ojos,
El amor al deseo, y de manera
Mi calle festejó, que en ella via
Morir la noche y espirar el dia.
¿Con qué razones, gran señor, herida
La voz, diré que á tanto amor postrada,
Aunque el desden me publicó ofendida,
La voluntad me confesó obligada?
De obligada pasé á agradecida,
Luego de agradecida á apasionada;
Que en la universidad de enamorados
Dignidades de amor se dan por grados.
Poca centella incita mucho fuego,
Poco viento movió mucha tormenta,
Poca nube al principio arroja luego
Mucho diluvio, poca luz alienta
Mucho rayo despues, poco amor ciego
Descubre mucho engaño; y así intenta,
Siendo centella, viento, nube, ensayo,
Ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.
Dióme palabra que seria mi esposo;
Que ese de las mujeres es el cebo
Con que engaña al honor el cauteloso
Pescador, cuya pasta es el Erebo,
Que aduerme los sentidos temeroso.
El labio aquí fallece, y no me atrevo
A decir que mintió. No es maravilla.
¿Qué palabra se dió para cumplilla?
Con esta libertad entró en mi casa;
Si bien siempre el honor fué reservado,
Porque yo, liberal de amor, y escasa
De honor, me atuve siempre á este sagrado.
Mas la publicidad á tanto pasa,
Y tanto esta opinion se ha dilatado,
Que en secreto quisiera mas perderla,
Que con público escándalo tenerla.
Pedí justicia; pero soy muy pobre:
Quejéme dél; pero es muy poderoso:
Y ya que es imposible que yo cobre,
Pues se casó, mi honor, Pedro famoso,
Si sobre tu piedad divina, sobre
Tu justicia me admites generoso,
Que me sustente en un convento pido.
Gutierre Alfonso de Solis ha sido.

REY. Señora, vuestros enojos
Siento con razon, por ser
Un Atlante, en quien descansa
Todo el peso de la ley.
Si Gutierre está casado,
No podrá satisfacer,
Como decis, por entero
Vuestro honor; pero yo haré
Justicia como convenga
En esta parte; si bien
No os debe restituir
Honor que vos os teneis.
Oigamos á la otra parte
Disculpas suyas; que es bien
Guardar el segundo oido
Para quien llegue despues;
Y fiad, Leonor, de mí,
Que vuestra causa veré
De suerte, que no os obligue
A que digais otra vez
Que sois pobre, él poderoso,
Siendo yo en Castilla rey.
Mas Gutierre viene allí.
Podrá, si conmigo os ve,
Conocer que me informasteis
Primero. Aquese cancel
Os encubra: aquí aguardad,
Hasta que salgais despues.

DOÑA LEONOR. En todo he de obedeceros. (Escóndese.)

ESCENA XV.

COQUIN, EL REY.

COQUIN. (Para sí.) De sala en sala, par diez,
A la sombra de mi amo,
Que allí se quedó, llegué
Hasta aquí. ¡El cielo me valga!
¡Vive Dios, que está aquí el Rey!
El me ha visto, y se mesura.
Plegue al cielo, que no esté
Muy alto aqueste balcon,
Por si me arroja por él.

REY. ¿Quién sois?

COQUIN. ¿Yo, señor?

REY. Vos.

COQUIN. Yo
(¡Válgame el cielo!) soy quien
Vuestra Majestad quisiere,
Sin quitar y sin poner;
Porque un hombre muy discreto
Me dió por consejo ayer,
No fuese quien en mi vida
Vos no quisieseis; y fué
De manera la licion,
Que ántes, ahora y despues,
Quien vos quisiéredes solo
Fuí, quien gustareis seré,
Quien os place soy; y en esto,
¡Mirad con quién y sin quien!
Y así, con vuestra licencia,
Por donde vine me iré
Hoy con mis piés de compas,
Si no con compas de piés.

REY. Aunque me habeis respondido
Cuanto pudiera saber,
Quién sois os he preguntado.

COQUIN. Y yo os hubiera tambien,
Al tenor de la pregunta
Respondido, á no temer
Que en diciéndôs quien soy, luego
Por un balcon me arrojeis,
Por haberme entrado aquí
Tan sin qué ni para qué,
Teniendo un oficio yo
Que vos no habeis menester.

REY. ¿Qué oficio teneis?

COQUIN. Yo soy
Cierto correo de á pié,
Portador de todas nuevas,
Huron de todo interes,
Sin que se me haya escapado
Señor profeso ó novel:
Y del que me ha dado mas,
Digo mas, digo mas bien.
Todas las casas son mias,
Y aunque lo son, esta vez
La de Don Gutierre Alfonso
Es mi accesoria, en quien fué
Mi pasto meridïano
Un andaluz cordobes.
Soy cofrade del contento;
El pesar no sé quién es,

Ni aun para servirle. En fin,
Soy, aquí donde me veis,
Mayordomo de la risa,
Gentilhombre del placer
Y camarero del gusto,
Pues que me visto con él.
Y por ser esto, he temido
El darme aquí á conocer;
Porque un Rey que no se rie,
Temo que me libre cien
Esportillas batanadas,
Con pespuntes al enves,
Por vagamundo.

REY. ¿En fin, sois,
Hombre que á cargo teneis
La risa?

COQUIN. Sí, mi señor;
Y porque lo echeis de ver,
Esto es jugar de gracioso
En palacio. (Cúbrese.)

REY. Está muy bien;
Y pues sé quien sois, hagamos
Los dos un concierto.

COQUIN. ¿Y es?

REY. ¿Hacer reir profesais?

COQUIN. Es verdad.

REY. Pues cada vez
Que me hiciéredes reir,
Cien escudos os daré;
Y si no me hubiéreis hecho
Reir en término de un mes,
Os han de sacar los dientes?

COQUIN. Testigo falso me haceis,
Y es ilícito contrato
De enorme lesion.

REY. ¿Por qué?

COQUIN. Porque quedaré lisiado
Si le acepto, ¿no se vé?
Dicen, cuando uno se rie,
Que enseña los dientes; pues
Enseñarlos yo llorando,
Será reirme al reves.
Dicen que sois tan severo,
Que á todos dientes haceis;
¿Qué os hice yo, que á mí solo
Deshacérmelos quereis?
Pero vengo en el partido;

Que porque ahora me dejeis
Ir libre, no lo rehuso;
Pues por lo ménos un mes
Me hallo aquí, como en la calle,
De vida; y al cabo dél,
No es mucho que tome postas
En mi boca la vejez.
Y así voy á examinarme
De cosquillas. Voto á diez,
Que os habeis de reir. Adios,
Y veámonos despues. (Vase).

ESCENA XVI.

DON ENRIQUE, DON GUTIERRE, DON DIEGO, DON ARIAS, CRIADOS.—EL REY.

DON ENRIQUE. Déme vuestra Majestad
La mano.
REY. Vengais con bien,
Enrique. ¿Cómo os sentis?
DON ENRIQUE. Mas, señor, el susto fué
Que el golpe: estoy bueno.
DON GUTIERRE. A mí
Vuestra Majestad me dé
La mano, si mi humildad
Merece tan alto bien;
Porque el suelo que pisais,
Es soberano dosel,
Que ilumina de los vientos
Uno y otro rosicler.
Y vengais con la salud
Que este reino ha menester,
Para que os adore España
Coronado de laurel.
REY. De vos, Don Gutierre Alfonso...
DON GUTIERRE. ¿Las espaldas me volveis?
REY. Grandes querellas me dan.
DON GUTIERRE. Injustas deben de ser.
REY. ¿Quién es, decidme, Leonor,
Una principal mujer
De Sevilla?
DON GUTIERRE. Una señora
Bella, ilustre y noble es,
De lo mejor de esta tierra.

REY. ¿Qué obligacion la teneis,
A que habeis correspondido
Necio, ingrato y descortés?
DON GUTIERRE. No os he de mentir en nada;
Que el hombre, señor, de bien
No sabe mentir jamas,
Y mas delante del Rey.
Servíla, y mi intento entónces
Casarme con ella fué,
Si no mudara las cosas
De los tiempos el vaiven.
Visitéla. entré en su casa
Públicamente; si bien
No le debo á su opinion
De una mano el interes.
Viéndome desobligado,
Pude mudarme despues,
Y así, libre de este amor,
En Sevilla me casé
Con Doña Mencía de Acuña,
Dama principal, con quien
Vivo, fuera de Sevilla,
Una casa de placer.
Leonor, mal aconsejada
(Que no la aconseja bien
Quien destruye su opinion),
Pleitos intentó poner
A mi desposorio, donde
El mas riguroso juez
No halló causa contra mí,
Aunque ella dice que fué
Diligencia del favor.
¡Mirad vos si á una mujer
Hermosa favor faltara,
Si le hubiera menester!
Con este engaño pretende,
Puesto que vos lo sabeis,
Valerse de vos; y así
Yo me pongo á vuestros piés,
Donde á la justicia vuestra
Dará la espada mi fe,
Y mi lealtad la cabeza.
REY. ¿Qué causa tuvísteis pues
Para tan grande mudanza?
DON GUTIERRE. ¡Novedad tan grande es
Mudarse un hombre? ¿No es cosa
Que cada dia se ve?

REY. Sí, pero de extremo á extremo
Pasar el que quiso bien,
No fué sin grande ocasion.
DON GUTIERRE. Suplícôs no me apreteis;
Que soy hombre, que, en ausencia
De las mujeres, daré
La vida por no decir
Cosa indigna de su ser.
REY. ¿Luego vos causa tuvísteis?
DON GUTIERRE. Sí, señor; pero creed
Que si para mi descargo
Hoy hubiera menester
Decirlo, cuando importara
Vida y alma, amante fiel
De su honor, no lo dijera.
REY. Pues yo lo quiero saber.
DON GUTIERRE. Señor...
REY. Es curiosidad.
DON GUTIERRE. Mirad...
REY. No me repliqueis;
Que me enojaré, por vida...
DON GUTIERRE. Señor, señor, no jureis;
Que mucho ménos importa
Que yo deje aquí de ser
Quien soy, que veros airado.
REY. (Ap. Que dijese, le apuré,
El suceso en alta voz,
Porque pueda responder
Leonor, si aqueste me engaña
Y si habla verdad, porqué
Convencida con su culpa,
Sepa Leonor que lo sé.)
Decid pues.
DON GUTIERRE. A mi pesar
Lo digo. Una noche entré
En su casa, sentí ruido
En una cuadra, llegué,
Y al mismo tiempo que fuí
A entrar, pude el bulto ver
De un hombre, que se arrojó
Del balcon; bajé tras él,
Y sin conocerle, al fin
Pudo escaparse por piés.
DON ARIAS. (Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿qué es esto
Que miro?
DON GUTIERRE. Y aunque escuché
Satisfacciones, y nunca

Di á mi agravio entera fe,
Fué bastante esta aprension
A no casarme; porque
Si amor y honor son pasiones
Del ánimo, á mi entender,
Quien hizo al amor ofensa,
Se le hace al honor en él;
Porque el agravio del gusto
Al alma toca tambien.

ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR. — DICHOS.

DOÑA LEONOR. Vuestra Majestad perdone;
Que no puedo detener
El golpe á tantas desdichas
Que han llegado de tropel.
REY. (Ap.) ¡Vive Dios, que me engañaba!
La prueba sucedió bien.
DOÑA LEONOR. Y oyendo contra mi honor
Presunciones, fuera ley
Injusta que yo cobarde
Dejara de responder;
Que ménos perder importa
La vida, cuando me dé
Este atrevimiento muerte,
Que vida y honor perder.
Don Arias entró en mi casa...
DON ARIAS. Señora, espera, deten
La voz. Vuestra Majestad
Licencia, señor, me dé,
Porque el honor desta dama
Me toca á mí defender.
Esa noche estaba en casa
De Leonor una mujer
Con quien me hubiera casado,
Si de la parca el cruel
Golpe no cortara fiero
Su vida. Yo, amante fiel
De su hermosura, seguí
Sus pasos, y en casa entré
De Leonor (atrevimiento
De enamorado), sin ser
Parte á estorbarlo Leonor.
Llegó Don Gutierre pues;

Temerosa Leonor dijo
Que me retirase á aquel
Aposento, yo lo hice.
¡Mil veces mal haya, amen,
Quien de una mujer se rinde
A admitir el parecer!
Sintióme, entró, y á la voz
De marido, me arrojé
Por el balcon. Y si entónces
Volví el rostro á su poder
Porque era marido, hoy
Que dice que no lo es,
Vuelvo á ponerme delante.
Vuestra Majestad me dé
Campo, en quien defienda altivo
Que no ha faltado á quien es
Leonor, pues á un caballero
Se le concede la ley.

DON GUTIERRE. Yo saldré donde... (Empuñan.)

REY. ¿Qué es esto?
¿Cómo las manos teneis
En las espadas, delante
De mí? ¿No temblais de ver
Mi semblante? Donde estoy,
¿Hay soberbia ni altivez? —
Presos los llevad al punto:
En dos torres los poned;
Y agradeced que no os pongo
Las cabezas á los piés. (Vase.)

DON ARIAS. Si perdió Leonor por mí
Su opinion, por mí tambien
La tendrá; que esto se debe
Al honor de una mujer.

DON GUTIERRE. (Ap.) No siento en desdicha tal
Ver riguroso y cruel
Al Rey; solo siento que hoy,
Mencía, no te he de ver.
(Llévanlos presos.)

DON ENRIQUE. (Ap.) Con ocasion de la caza,
Preso Gutierre, podré
Ver esta tarde á Mencía.
Don Diego, conmigo ven;
Que tengo de porfiar
Hasta morir, ó vencer. (Vanse.)

DOÑA LEONOR. ¡Muerta quedo! ¡Plegue á Dios,
Ingrato, aleve y cruel,
Falso, engañador, fingido,

Sin fe, sin Dios y sin ley,
Que como inocente pierdo
Mi honor, venganza me dé
El cielo! ¡El mismo dolor
Sientas, que siento, y á ver
Llegues, bañado en tu sangre,
Deshonras tuyas, porque
Mueras con las mismas armas
Que matas, amen, amen!
¡Ay de mí! mi honor perdí.
¡Ay de mí! mi muerte hallé.

JORNADA SEGUNDA.

Jardin de la quinta.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA y DON ENRIQUE, *á oscuras.*

JACINTA. Llega con silencio.
DON ENRIQUE. Apénas
Los piés en la tierra puse.
JACINTA. Este es el jardin, y aquí
Pues de la noche te encubre
El manto, y pues Don Gutierre
Está preso, no hay que dudes,
Sino que conseguirás
Victorias de amor tan dulces.
DON ENRIQUE. Si la libertad, Jacinta,
Que te prometí, presumes
Poco premio á bien tan grande,
Pide mas, y no te excuses
Por cortedad: vida y alma.
Es bien que por tuyas juzgues.
JACINTA. Aquí mi señora siempre
Viene, y tiene por costumbre
Pasar un poco la noche.
DON ENRIQUE. Calla, calla, no pronuncies
Otra razon, porque temo
Que los vientos nos escuchen

JACINTA. Yo, para que tanta ausencia
No me indicie ó no me culpe
Deste delito, no quiero
Faltar de allí. (Vase.)

DON ENRIQUE. Amor ayude
Mi intento. Estas verdes hojas
Me escondan y disimulen;
Que no seré yo el primero
Que á vuestras espaldas hurte
Rayos al sol. Acteon
Con Diana me disculpe. (Vase.)

ESCENA II.

DONA MENCIA, JACINTA, TEODORA, CRIADOS.

DOÑA MENCIA. ¡Silvia, Teodora, Jacinta!
JACINTA. ¿Qué mandas?
DOÑA MENCIA. Que traigas luces,
Y venid todas conmigo
A divertir pesadumbres
De la ausencia de Gutierre,
Donde el natural presume
Vencer hermosos paises
Que el arte dibuja y pule. —
Teodora.
TEODORA. Señora mia.
DOÑA MENCIA. Divierte con voces dulces
Esta tristeza.
TEODORA. Holgaréme
Que de letra y tono gustes.

(Han puesto luz sobre un bufetillo, y siéntase: Doña Mencía en unas almohadas. Canta Teodora.)

Ruiseñor, que con tu canto
Alegras este recinto,
No te ausentes tan aprisa,
Que me das pena y martirio.

(Se queda dormida Doña Mencía.)

JACINTA. No cantes mas; que parece
Que ya el sueño al alma infunde
Sosiego y descanso. Y pues
Hallaron sus inquietudes
En él sagrado, nosotras
No la despertemos.
TEODORA. Huye
Con silencio la ocasion.

JACINTA. (Ap.) Yo lo haré, porque la busque
Quien la deseó. ¡O criadas,
Y cuántas honras ilustres
Se han perdido por vosotras!
(Vanse todas las criadas.)

ESCENA III.

DON ENRIQUE. — DONA MENCIA, *dormida.*

DON ENRIQUE. Sola se quedó. No duden
Mis sentidos tanta dicha.
Y ya que á esto me dispuse,
Pues la ventura me falta,
Tiempo y lugar me aseguren. —
¡Hermosísima Mencía!
DOÑA MENCIA. (Despierta.) ¡Válgame Dios!
DON ENRIQUE. No te asustes.
DOÑA MENCIA. ¿Qué es esto?
DON ENRIQUE. Un atrevimiento,
A quien es bien que disculpen
Tantos años de esperanza.
DOÑA MENCIA. ¿Pues, señor, vos ...
DON ENRIQUE. No te turbes.
DOÑA MENCIA. Desta suerte ...
DON ENRIQUE. No te alteres.
DOÑA MENCIA. Entrásteis ...
DON ENRIQUE. No te disgusteis.
DOÑA MENCIA. En mi casa, sin temer
Que así á una mujer destruye,
Y que así ofende á un vasallo
Tan generoso y ilustre?
DON ENRIQUE. Esto es tomar tu consejo.
Tú me aconsejas que escuche
Disculpas de aquella dama,
Y vengo á que te disculpes
Conmigo de mis agravios.
DOÑA MENCIA. Es verdad, la culpa tuve;
Pero si he de disculparme,
Tu Alteza, señor, no dude
Que es en órden á mi honor.
DON ENRIQUE. ¿Que ignora, acaso presumes,
El respeto que les debo
A tu sangre y tus costumbres?
El achaque de la caza,
Que en estos campos dispuse,

No fué fatigar la caza,
Estorbando que salude
A la venida del dia,
Sino á tí, garza, que subes
Tan remontada, que tocas
Por las campañas azules
De los palacios del sol
Los dorados balaustres.

DOÑA MENCIA. Muy bien, señor, vuestra Alteza
A las garzas atribuye
Esta lucha; pues la garza
De tal instinto presume,
Que volando hasta los cielos
Rayo de pluma sin lumbre,
Ave de fuego con alma,
Con instinto alada nube,
Pardo cometa sin fuego,
Quiere que su intento burlen
Azores reales; y aun dicen
Que, cuando de todos huye,
Conoce al que ha de matarla;
Y así ántes que con él luche,
El temor la hace que tiemble,
Se estremezea y se espeluce.
Así yo, viendo á tu Alteza,
Quedé muda, absorta estuve,
Conocí el riesgo, y temblé,
Tuve miedo y horror tuve;
Porque mi temor no ignore,
Porque mi espanto no dude
Que es quien me ha de dar la muerte.

DON ENRIQUE. Ya llegué á hablarte, ya tuve
Ocasion, no he de perderla.

DOÑA MENCIA. ¿Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.

DON ENRIQUE. A tí misma
Te infamas.

DOÑA MENCIA. ¿Cómo no acuden
A darme favor las fieras?

DON ENRIQUE. Porque de enojarme huyen.

ESCENA IV.

DON GUTIERRE, — DICHOS.

DON GUTIERRE. (Dentro.) Ten ese estribo, Coquin,
Y llama á esa puerta.

DOÑA MENCIA. ¡Cielos!
No mintieron mis recelos,
Llegó de mi vida el fin.
Don Gutierre es este, ¡ay Dios!
DON ENRIQUE. ¡Oh qué infelice nací!
DOÑA MENCIA. ¡Qué ha de ser, señor, de mí,
Si os halla conmigo á vos?
DON ENRIQUE. ¿Pues qué he de hacer?
DOÑA MENCIA. Retiraros.
DON ENRIQUE. ¿Yo me tengo de esconder?
DOÑA MENCIA. El honor de una mujer
A mas que esto ha de obligaros.
No podeis salir (¡soy muerta!);
Que como allá no sabian
Mis criadas lo que hacian,
Abrieron luego la puerta.
Aun salir no podeis ya.
DON ENRIQUE. ¿Qué haré en tanta confusion?
DOÑA MENCIA. Detrás de ese pabellon,
Que en mi misma cuadra esta,
Os esconded.
DON ENRIQUE. No he sabido,
Hasta la ocasion presente,
Qué es temor. ¡Oh qué valiente
Debe de ser un marido! (Vase.)
DOÑA MENCIA. Si inocente una mujer,
No hay desdicha que no aguarde,
¡Válgame Dios, qué cobarde
La culpa debe de ser!

ESCENA V.

DON GUTIERRE, COQUIN, JACINTA. — DOÑA MENCIA.

DON GUTIERRE. Mi bien, señora, los brazos
Darme una y mil veces puedes.
DOÑA MENCIA. Con envidia de estas redes,
Que en tan amorosos lazos
Están inventando abrazos.
DON GUTIERRE. No dirás que no he venido
A verte.
DOÑA MENCIA. Fineza ha sido!
De amante firme y constante.
DON GUTIERRE. No dejo de ser amante
Yo, mi bien, por ser marido;
Que por propia la hermosura

No desmerece jamas
Las finezas; ántes mas
Las alienta y asegura,
Y así á su riesgo procura
Los medios, las ocasiones.

DOÑA MENCIA. En obligacion me pones.

DON GUTIERRE. El alcaide que conmigo
Está, es mi deudo y amigo,
Y quitándome prisiones
Al cuerpo, me las echó
Al alma, porque me ha dado
Ocasion de haber llegado
A tan grande dicha yo,
Como es á verte.

DOÑA MENCIA. ¡Quién vió
Mayor gloria . . .?

DON GUTIERRE. Que la mia;
Aunque, si bien advertia,
Hizo muy poco por mí
En dejarme que hasta aquí
Viniese; pues si vivia
Yo sin alma en la prision
Por estar en tí, mi bien,
Darme libertad fué bien,
Para que en esta ocasion
Alma y vida con razon
Otra vez se viese unida;
Porque estaba dividida,
Teniendo prolija calma,
En una prision el alma
Y en otra prision la vida.

DOÑA MENCIA. Dicen que dos instrumentos
Conformemente templados,
Por los ecos dilatados
Comunican los acentos:
Tocan el uno, y los vientos
Hiere el otro, sin que allí
Nadie le toque: y en mí
Esta experiencia se viera;
Pues si el golpe allá te hiriera,
Muriera yo desde aquí.

COQUIN. ¿Y no le darás, señora,
Tu mano por un momento
A un preso de cumplimiento,
Pues llora, siente y ignora
Por qué siente y por qué llora,
Y está su muerte esperando

Sin saber por qué ni cuándo?
Pero . . .

DOÑA MENCIA. Coquin, ¿qué hay en fin?

COQUIN. Fin al principio en Coquin
Hay, que eso estoy contando:
Mucho el Rey me quiere; pero
Si el rigor pasa adelante,
Mi amo será muerto andante,
Pues irá con escudero.

DOÑA MENCIA. (A Don Gutierre.) Poco regalarte espero,
Porque como no aguardaba
Huésped, descuidada estaba.
Cena os quiero apercibir.

DON GUTIERRE. Una esclava puede ir.

DOÑA MENCIA. Ya, señor, ¿no va una esclava?
Yo lo soy, y lo he de ser.
Jacinta, venme á ayudar.
(Ap. En salud me he de curar:
Ved, honor, cómo ha de ser,
Porque me he de resolver
A una temeraria accion.) (Vanse las dos.)

ESCENA VI.

DON GUTIERRE, COQUIN.

DON GUTIERRE. Tú, Coquin, á esta ocasion
Aquí te queda, y extremos
Olvida, y mira que habemos
De volver á la prision
Antes del dia, y ya falta
Poco: aquí puedes quedarte.

COQUIN. Yo quisiera aconsejarte
Una industria, la mas alta
Que el ingenio humano esmalta:
En ella tu vida está.
¡Oh qué industria! . . .

DON GUTIERRE. Díla ya.

COQUIN. Para salir sin lesion
Sano y bueno de prision!

DON GUTIERRE. ¿Cuál es?

COQUIN. No volver allá.
¿No estás bueno? No estás sano?
Con no volver, claro ha sido
Que sano y bueno has salido.

DON GUTIERRE. ¡Vive Dios, necio, villano,
Que te mate por mi mano!
¿Pues tú me has de aconsejar
Tan vil accion, sin mirar
La confianza que aquí
Hizo el alcaide de mí?

COQUIN. Señor, yo llego á dudar
(Que soy mas desconfiado)
De la condicion del Rey;
Y así el honor de esa ley
No se entiende en el criado,
Y hoy estoy determinado
A dejarte y no volver.

DON GUTIERRE. ¿Dejarme tú?

COQUIN. ¿Qué he de hacer?

DON GUTIERRE. Y de tí, ¿qué han de decir?

COQUIN. ¿Y heme de dejar morir,
Por solo bien parecer?
Si el morir, señor, tuviera
Descarte ó enmienda alguna,
Cosa, que de dos la una,
Un hombre hacerla pudiera,
Yo probara la primera
Por servirte; mas ¿no ves
Que rifa la vida es?
Entro en ella, vengo y tomo
Cartas, y piérdola: ¿cómo
Me desquitaré despues?
Perdida se quedará,
Si la pierdo por tu engaño,
Desde aquí á ciento y un año.

ESCENA VII.

DOÑA MENCIA, *muy alborotada.* — DICHOS.

DOÑA MENCIA. Señor, tu favor me da.

DON GUTIERRE. ¡Válgame Dios! ¿qué será?
¿Qué puede haber sucedido?

DOÑA MENCIA. Un hombre...

DON GUTIERRE. ¡Presto!

DOÑA MENCIA. Escondido
En mi aposento he encontrado,
Encubierto y rebozado.
Favor, Gutierre, te pido.

DON GUTIERRE. ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
Ya es forzoso que me asombre?
¿Embozado en casa un hombre?
DOÑA MENCIA. Yo le vi.
DON GUTIERRE. Todo soy hielo.
Toma esa luz.
COQUIN. ¿Yo?
DON GUTIERRE. El recelo
Pierde, pues conmigo vas.
DOÑA MENCIA. Villano, ¿cobarde estás?
Saca tú la espada, y yo
Iré. — La luz se cayó.
(Al tomar la luz, la mata disimuladamente.)

ESCENA VIII.

JACINTA y DON ENRIQUE, *siguiéndola.* — DICHOS.

DON GUTIERRE. Esto me faltaba mas;
Pero á obscuras entraré. (Vase.)
JACINTA. (Ap. á Don Enrique.) Síguete, señor, por mí.
Seguro vas por aquí,
Que toda la casa sé.
(Miéntras Don Gutierre ha entrado dentro por una puerta, lleva Jacinta á Don Enrique por otro lado. Vuelve á salir Don Gutierre, y encuentra á Coquin.)
COQUIN. ¿Dónde iré yo?
DON GUTIERRE. (Ap) Ya encontré
El hombre.
COQUIN. Señor, advierte...
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Vive Dios, que desta suerte,
Hasta que sepa quién es,
Le he de tener! Que despues
Le darán mis manos muerte.
COQUIN. Mira que yo...
DOÑA MENCIA. (Ap.) ¡Qué rigor!
Si es que con él ha encontrado,
¡Ay de mí!
(Vuelve Jacinta con luz.)
DON GUTIERRE. Luz han sacado. —
Quién eres, hombre?
COQUIN. Señor,
Yo soy.
DON GUTIERRE. ¡Qué engaño! qué error!
COQUIN. Pues yo ¿no te lo decia?

DON GUTIERRE. Que me hablabas presumia,
Pero no que eras el mismo
Que tenia. ¡Oh ciego abismo
Del alma y paciencia mia!
DOÑA MENCIA. ¿Salió ya, Jacinta? (Ap. á ella.)
JACINTA. Sí.
DOÑA MENCIA. ¿Cómo esto en tu ausencia pasa?
Mira bien toda la casa;
Que como saben que aquí
No estás, se atreven así
Ladrones.
DON GUTIERRE. A verla voy.
Suspiros al cielo doy
Que mis sentimientos lleven,
Si es que á mi casa se atreven,
Por ver que en ella no estoy.
(Vase él y Coquin.)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA. Grande atrevimiento fué
Determinarse, señora,
A tan grande accion ahora.
DOÑA MENCIA. En ella mi vida hallé.
JACINTA. ¿Por qué lo hiciste?
DOÑA MENCIA. Porqué
Si yo no se lo dijera,
Y Gutierre lo sintiera,
La presuncion era clara,
Pues no se desengañara
De que yo cómplice era;
Y no fué dificultad
En ocasion tan cruel,
Haciendo del ladron fiel,
Engañar con la verdad.

ESCENA X.

DON GUTIERRE, *que debajo de la capa trae una daga.* — DOÑA MENCIA, JACINTA.

DON GUTIERRE. (A Doña Mencía.) ¿Qué ilusion, qué vanidad
Desta suerte te burló?

Toda la casa vi yo;
Pero en ella no encontré
Sombra de que verdad fué
Lo que á tí te pareció.
(Ap. Mas engáñome ¡ay de mí!
Que esta daga que hallé ¡cielos!
Con sospechas y recelos
Previene mi muerte en sí.
Mas no es esto para aquí.)
Mi bien, mi esposa, Mencía,
Ya la noche en sombra fria
Su manto va recogiendo,
Y cobardemente huyendo
De la hermosa luz del dia.
Mucho siento, claro está,
El dejarte en esta parte,
Por dejarte, y por dejarte
Con este temor; mas ya
Es hora.

DOÑA MENCIA. Los brazos da
A quien te adora.

DON GUTIERRE. El favor
Estimo.

(Al ir á abrazarle Doña Mencía, ve la daga.)

DOÑA MENCIA. Tente, señor!
¿Tú la daga para mí?
En mi vida te ofendí,
Deten la mano al rigor,
[1]Deten...

DON GUTIERRE. ¿De qué estás turbada,
Mi bien, mi esposa, Mencía?

DOÑA MENCIA. Al verte así, presumia
Que ya en mi sangre bañada,
Hoy moria desangrada.

DON GUTIERRE. Como á ver la casa entré,
Así esta daga saqué.

DOÑA MENCIA. Toda soy una ilusion.

DON GUTIERRE. ¡Jesus, qué imaginacion!

DOÑA MENCIA. En mi vida te he ofendido.

DON GUTIERRE. ¡Qué necia disculpa ha sido!
Pero suele una aprension
[2]Tales miedos prevenir.

---

[1] [2] Esta escena x y las cinco anteriores están escritas en décimas regulares; pero aquí, entre dos de ellas, hay una combinacion particular que consta de doce versos.

DOÑA MENCIA. Mis tristezas, mis enojos,
Vanas quimeras y antojos,
Suelen mi engaño fingir.
DON GUTIERRE. Si yo pudiere venir,
Vendré á la noche, y adios.
DOÑA MENCIA. Él vaya, señor, con vos. —
(Ap. ¡Oh qué asombros! oh qué extremos!)
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Ay honor, mucho tenemos
Que hablar á solas los dos! (Vanse.)

Cámara real en el Alcázar.

ESCENA XI.

DON DIEGO, y EL REY *con broquel y capa de color, y miéntras habla, se muda en traje de negro.*

REY. Ten, Don Diego, esa rodela.
DON DIEGO. Tarde vienes á acostarte.
REY. Toda la noche rondé
De aquesta ciudad las calles,
Que quiero saber así
Sucesos y novedades
De Sevilla, que es lugar
Donde cada noche salen
Cuentos nuevos; y deseo
Desta manera informarme
De todo, para saber
Lo que convenga.
DON DIEGO. Bien haces,
Que el rey debe ser un Argos
En su reino, vigilante:
El emblema de aquel cetro
Con dos ojos lo declare.
Mas ¿qué vió tu Majestad?
REY. Vi recatados galanes,
Damas desveladas vi,
Músicas, fiestas y bailes,
Muchos garitos, de quien
Eran siempre voces grandes
La tablilla, que decia:
«Aquí hay juego, caminante.»
Vi valientes infinitos:

Y no hay cosa que me canse
Tanto como ver valientes,
Y que por oficio pase
Ser uno valiente aquí.
Mas porque no se me alaben
Que no doy exámen yo
A oficio tan importante,
A una tropa de valientes
Probé solo en una calle.

DON DIEGO. Mal hizo tu Majestad.

REY. Antes bien, pues con su sangre
Llevaron iluminada . . .

DON DIEGO. ¿Qué?

REY. La carta del exámen.

ESCENA XII.

COQUIN. — DICHOS.

COQUIN. (Ap.) No quise entrar en la torre
Con mi amo, por quedarme
A saber lo que se dice
De su prision. Pero ¡tate!
(Que es un pero muy honrado
Del celebrado linaje
De los tates de Castilla),
Porque el Rey, está delante.

REY. Coquin.

COQUIN. Señor.

REY. ¿Cómo va?

COQUIN. Responderé á lo estudiante.

REY. ¿Cómo?

COQUIN. *De corpore bene*,
Pero *de pecuniis male.*

REY. Decid algo, pues sabeis,
Coquin, que como me agrade,
Teneis aquí cien escudos.

COQUIN. Fuera hacer tú aquesta tarde
El papel de una comedia
Que se intitula: *El Rey Angel.*
Pero con todo eso traigo
Hoy un cuento que contarte,
Que remata en epigrama.

REY. Si es vuestra, será elegante.
Vaya el cuento.

COQUIN. Yo vi ayer
De la cama levantarse
Un capon con bigotera.
¿No te ries de pensarle
Curándose sobre sano
Con tan vagamundo parche?
A esto un epigrama hice.
(No te pido, Pedro el Grande,
Casas ni viñas; que solo
Risa pido; en este guante
Dad vuestra bendita risa
A un gracioso vergonzante.)
«Floro, casa muy desierta
La tuya debe de ser,
Porque eso nos da á entender
La cédula de la puerta:
Donde no hay carta, ¿hay cubierta?
¿Cáscara sin fruta? No,
No pierdas tiempo; que yo,
Esperando los provechos,
He visto labrar barbechos,
Mas barbi-deshechos no.»
REY. ¡Qué frialdad!
COQUIN. No es mas caliente.

ESCENA XIII.

DON ENRIQUE. — DICHOS.

DON ENRIQUE. Dadme vuestra mano.
REY. Infante,
¿Cómo estais?
DON ENRIQUE. Tengo salud,
Contento de que se halle
Vuestra Majestad con ella;
Y esto, señor, á una parte:
Don Arias . . .
REY. Don Arias es
Vuestra privanza: sacadle
De la prision, y haced vos,
Enrique, esas amistades,
Que á vos os deben las vidas.
DON ENRIQUE. La tuya los cielos guarden,
Y heredero de tí mismo,
Apuestes eternidades
Con el tiempo. (Vase el Rey.)

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE, DON DIEGO, COQUIN.

DON ENRIQUE. Ireis, Don Diego,
A la torre, y al Alcaide
Le direis que traiga aquí
Los dos presos. (Ap. ¡Cielos! dadme
(Vase Don Diego.)
Paciencia en tales desdichas
Y prudencia en tantos males.)
Coquin, ¿tú estabas aquí?
COQUIN. Y mas me valiera en Flándes.
DON ENRIQUE. ¿Cómo?
COQUIN. Es el Rey un prodigio
De todos los animales.
DON ENRIQUE. ¿Por qué?
COQUIN. La naturaleza
Permite que el toro brame,
Ruja el leon, muja el buey,
El asno rebuzne, el ave
Cante, el caballo relinche,
Ladre el perro, el gato maye,
Aulle el lobo, el lechon gruña,
Y solo permitió darle
Risa al hombre, y Aristóteles
Risible animal le hace
Por difinicion perfecta;
Y el Rey, contra el órden y arte,
No quiere reirse. Déme
El cielo para sacarle
Risa, todas las tenazas
Del buen gusto y del donaire. (Vase.)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, DON ARIAS, DON DIEGO. — DON ENRIQUE.

DON DIEGO. Ya, señor, están aquí
Los presos.
DON GUTIERRE. Danos tus plantas.
DON ARIAS. Hoy al cielo nos levantas.
DON ENRIRUE. El Rey mi señor de mí
(Porque humilde le pedí
Vuestras vidas este dia)
Estas amistades fía.

DON GUTIERRE. El honrar es dado á vos. —
(Coteja la daga que se halló, con la espada del Infante.)
(Ap. ¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)
DON ENRIQUE. Las manos os dad.
DON ARIAS. La mia
Es esta.
DON GUTIERRE. Y estos mis brazos,
Cuyo lazo y nudo fuerte
No desatará la muerte,
Sin que los haga pedazos.
DON ARIAS. Confirmen estos abrazos
Firme amistad desde aquí.
DON ENRIQUE. Esto queda bien así.
Entrambos sois caballeros,
En acudir los primeros
A su obligacion; y así
Está bien el ser amigo
Uno y otro; y quien pensare
Que no queda bien, repare
En que ha de reñir conmigo.
DON GUTIERRE. A cumplir, señor, me obligo
Las amistades que juro:
Obedeceros procuro,
Y pienso que me honrareis
Tanto, que de mí crêreis
Lo que de mí estais seguro.
Sois fuerte enemigo vos,
Y cuando lealtad no fuera,
Por temor no me atreviera
A romperlas, vive Dios.
Vos y yo para otros dos:
Me estuviera á mí muy bien
Mostrar entónces tambien
Que sé cumplir lo que digo;
Mas con vos por enemigo,
¿Quién ha de atreverse? ¿quién?
Tanto enojaros temiera
El alma cuerda y prudente,
Que á miraros solamente
Tal vez aun no me atreviera;
Y si en ocasion me viera
De probar vuestros aceros,
Cuando yo sin conoceros
A tal extremo llegara,
Que se muriera estimara
La luz del sol por no veros.

DON ENRIQUE. (Ap. De sus quejas y suspiros
Grandes sospechas prevengo.)
Venid conmigo, que tengo
Muchas cosas que deciros,
Don Arias.

DON ARIAS. Iré á serviros.

(Vanse Don Enrique, Don Diego y Don Arias.)

ESCENA XVI.

DON GUTIERRE.

Nada Enrique respondió,
Sin duda se convenció
De mi razon. ¡Ay de mí!
¿Podré ya quejarme? Sí;
Pero consolarme, no.
Ya estoy solo, ya bien puedo
Hablar. ¡Ay Dios, quién pudiera
Reducir solo á un discurso,
Medir con sola una idea
Tantos géneros de agravios,
Tantos linajes de penas
Como cobardes me asaltan,
Como atrevidos me cercan!
¡Ahora, valor, ahora,
Salga repetido en quejas,
Salga en lágrimas envuelto
El corazon á las puertas
Del alma, que son los ojos!
Y en ocasion como esta,
Bien podeis, ojos, llorar:
No lo dejeis de vergüenza.
¡Ahora, valor, ahora
Es tiempo de que se vea
Que sabeis medir iguales
El valor y la prudencia!
Pero cese el sentimiento,
Y á fuerza de honor, y á fuerza
De valor, aun no me dé
Para quejarme licencia;
Porque adula sus penas
El que pide á la voz justicia dellas.
Pero vengamos al caso,
Quizá hallaremos respuesta.
¡Oh! ruego á Dios que la haya!

¡Oh! plegue á Dios que la tenga! —
Anoche llegué á mi casa,
Es verdad; pero las puertas
Me abrieron luego, y mi esposa
Estaba segura y quieta.
En cuanto á que me avisaron
De que estaba un hombre en ella,
Tengo disculpa en que fué
La que me avisó ella mesma.
En cuanto á que se mató
La luz, ¿qué testigo prueba
Aquí que no pudo ser
Un caso de contingencia?
En cuanto á que hallé esta daga,
Hay criados de quien pueda
Ser. En cuanto (¡ay dolor mio!)
Que con la espada convenga
Del Infante, puede ser
Otra espada como ella;
Que no es labor tan extraña,
Que no hay mil que la parezcan.
Y apurando mas el caso,
Confieso (¡ay de mí!) que sea
Del Infante, y mas confieso,
Que estaba allí, aunque no fuera
Posible dejar de verle;
Mas siéndolo, ¿no pudiera
No estar culpada Mencía?
Que el oro es llave maestra,
Que las guardas de criadas
Por instantes nos falsean.
¡Oh! ¡cuánto me estimo haber
Hallado esta sutileza!
Y así acortemos discursos,
Pues todos juntos se cierran
En que Mencía es quien es,
Y soy quien soy. No hay quien pueda
Borrar de tanto esplendor
La hermosura y la pureza.
— Pero sí puede, mal digo;
Que al sol una nube negra,
Si no le mancha, le turba,
Si no le eclipsa, le hiela,
¿Qué injusta ley condena,
Que muera el inocente y que padezca?
A peligro estais, honor,
No hay hora en vos que no sea

Crítica, en vuestro sepulcro
Vivís, puesto que os alienta
La mujer, en ella estais
Pisando siempre la huesa.
Yo os he de curar, honor,
Y pues al principio muestra
Este primero accidente
Tan grave peligro, sea
La primera medicina
Cerrar al daño las puertas,
Atajar al mal los pasos.
Y así os receta y ordena
El Médico de su honra
Primeramente la dieta
Del silencio, que es guardar
La boca, tener paciencia:
Luego dice que apliqueis
A vuestra mujer finezas,
Agrados, gustos, amores,
Lisonjas, que son las fuerzas
Defensibles, porque el mal
Con el despego no crezca!
Que sentimientos, disgustos,
Celos, agravios, sospechas
Con la mujer, y mas propia,
Aun mas que sanan, enferman.
Esta noche iré á mi casa,
De secreto entraré en ella
Por ver qué malicia tiene
El mal; y hasta apurar esta,
Disimularé, si puedo,
Esta desdicha, esta pena,
Este rigor, este agravio,
Este dolor, esta ofensa,
Este asombro, este delirio,
Este cuidado, esta afrenta,
Estos celos . . . ¿Celos dije?
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva
Al pecho, la voz. Mas no,
Que si es ponzoña que engendra
Mi pecho, si no me dió
La muerte (¡ay de mí!) al verterla,
Al volverla á mí podrá;
Que de la víbora cuentan,
Que la mata su ponzoña,
Si fuera de sí la encuentra.
¿Celos dije? ¿Celos dije?

Pues basta; que cuando llega
Un marido á saber que hay
Celos, faltará la ciencia;
Y es la cura postrera
Que el médico de honor hacer intenta. (Vase.)

ESCENA XVII.

DON ARIAS, DOÑA LEONOR.

DON ARIAS. No penseis, bella Leonor,
Que el no haberos visto fué
Porque negar intenté
Las deudas que á vuestro honor
Tengo; y acrêdor á quien
Tanta deuda se previene,
El deudor buscando viene,
No á pagar, porque no es bien
Que necio y loco presuma
Que pueda jamas llegar
A satisfacer y dar
Cantidad que fué tan suma;
Pero en fin, ya que no pago,
Que soy el deudor confieso:
No os vuelvo el rostro, y con eso
La obligacion satisfago.

DOÑA LEONOR. Señor Don Arias, yo he sido
La que obligada de vos,
En las cuentas de los dos
Mas interes ha tenido.
Confieso que me quitásteis
Un esposo á quien queria;
Mas quizá la suerte mia
Por ventura mejorásteis;
Pues es mejor que sin vida,
Sin opinion, sin honor
Viva, que no sin amor,
De un marido aborrecida.
Yo tuve la culpa, yo
La pena siento, y así
Solo me quejo de mí
Y de mi estrella.

DON ARIAS. Eso no:
Quitarme, Leonor hermosa,
La culpa, es querer negar
A mis deseos lugar;

Pues si mi pena amorosa
Os significo, ella diga
En cifra sucinta y breve
Que es vuestro amor quien me mueve,
Mi deseo quien me obliga
A deciros, que pues fuí
Causa de penas tan tristes,
Si esposo por mí perdistes,
Tengais esposo por mí.

DOÑA LEONOR. Señor Don Arias, estimo,
Como es razon, la eleccion;
Y aunque con tanta razon
Dentro del alma la imprimo,
Licencia me habeis de dar
De responderos tambien
Que no puede estarme bien,
No, señor, porque á ganar
No llegaba yo infinito;
Sino porque si vos fuísteis,
Quien á Gutierre le disteis
De un mal formado delito
La ocasion, y ahora viera
Que me casaba con vos,
Fácilmente entre los dos
De aquella sospecha hiciera
Evidencia; y disculpado,
Con demostracion tan clara,
Con todo el mundo quedara
De haberme á mí despreciado.
Y yo estimo de manera
El quejarme con razon,
Que no he de darle ocasion
A la disculpa primera;
Porque, si en un lance tal
Le culpan cuantos le ven,
No han de pensar que hizo bien
Quien yo pienso que hizo mal.

DON ARIAS. Frívola respuesta ha sido
La vuestra, bella Leonor;
Pues cuando de antiguo amor
Os hubiera convencido
La experiencia, ella tambien
Disculpa en la enmienda os da.
¿Cuánto peor os estará
Que tenga por cierto, quien
Le imaginó, vuestro agravio,

Y no le constó despues
La satisfaccion?

DOÑA LEONOR. No es
Amante prudente y sabio,
Don Arias, quien aconseja
Lo que en mi daño se ve.
Pues si agravio entónces fué,
No por eso ahora deja
De ser agravio tambien;
Y peor, cuanto haber sido
De imaginado á creido:
Y á vos no os estará bien
Tampoco.

DON ARIAS. Como yo sé
La inocencia de ese pecho
En la ocasion, satisfecho
Siempre de vos estaré.
En mi vida he conocido
Galan necio, escrupuloso,
Y con extremo celoso,
Que en llegando á ser marido,
No le castiguen los cielos.
Gutierre pudiera bien
Decirlo, Leonor; pues quien
Levantó tantos desvelos
De un hombre en la ajena casa,
Extremos pudiera hacer
Mayores, pues llega á ver
Lo que en la propia le pasa.

DOÑA LEONOR. Señor Don Arias, no quiero
Escuchar lo que decis,
Que os engañais, ó mentis.
Don Gutierre es caballero,
Que en todas las ocasiones
Con obrar y con decir
Sabrá, vive Dios, cumplir
Muy bien sus obligaciones;
Y es hombre cuya cuchilla,
O cuyo consejo sabio,
Sabrá no sufrir su agravio
Ni á un infante de Castilla.
Si pensais vos que con eso
Mis enojos adulais,
Muy mal, Don Arias, pensais:
Y si la verdad confieso,
Mucho perdísteis conmigo;
Pues si fuérais noble vos,

No hablárades, vive Dios,
Así de vuestro enemigo.
Y yo, aunque ofendida estoy,
Y aunque la muerte le diera
Con mis manos si pudiera,
No le murmurara hoy
En el honor, desleal.
Sabed, Don Arias, que quien
Una vez le quiso bien,
No se vengará en su mal. (Vase.)

DON ARIAS. No supe qué responder,
Muy grande ha sido mi error,
Pues en escuelas de honor
Arguyendo una mujer
Me convence. Iré al Infante,
Y humilde le rogaré
Que de estos cuidados dé
Parte ya de aquí adelante
A otro; y porque no lo yerre,
Ya que el dia va á morir,
Me ha de matar, ó no he de ir
En casa de Don Gutierre. (Vase.)

Jardin.

ESCENA XVIII.

DON GUTIERRE, *que sale como saltando unas tapias.* — DOÑA MENCIA, *durmiendo.*

DON GUTIERRE. En el mudo silencio
De la noche, que adoro y reverencio,
Por sombra aborrecida [1],
Como sepulcro de la humana vida,
De secreto he venido
Hasta mi casa, sin haber querido
Avisar á Mencía
De que ya libertad del Rey tenia,
Para que descuidada

---

[1] Querrá decir *aunque aborrecida de otros;* porque si Gutierre *la adora y reverencia*, no cabe que *la aborrezca* tambien. Acaso esté errado el verso, y deba leerse, *puesto que aborrecida.* Mas abajo, en vez de *es en el mundo* no *querer su daño,* yo sustituiria *es en el mundo* el de *querer su daño.*

Estuviese (¡ay de mí!) desta jornada.
Médico de mi honra
Me llamo, pues procuro mi deshonra
Curar; y así he venido
A visitar mi enfermo á hora que ha sido
De ayer la misma, (¡cielos!)
A ver si el accidente de mis celos
A su tiempo repite:
El dolor mis intentos facilite.
Las tapias de la huerta
Salté, porque no quise por la puerta
Entrar. ¡Ay Dios! qué introducido engaño
Es en el mundo, no querer su daño
Examinar un hombre,
Sin que el recelo ni el temor le asombre!
Dice mal quien lo dice;
Que no es posible, no, que un infelice
No llore sus desvelos:
Mintió quien dijo que calló con celos,
O confiéseme aquí que no los siente;
Mas ¡sentir y callar! otra vez miente.
Este es el sitio donde
Suele de noche estar: aun no responde
El eco entre estos ramos.
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;
Que en estas ocasiones
Tienen los celos pasos de ladrones. —
(Ve á Doña Mencía.)
¡Ay, hermosa Mencía,
Qué mal tratas mi amor y la fe mia!
Volverme otra vez quiero.
Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero
Por ahora otra cura,
Pues la salud en él está segura.
Pero ¿ni una criada
La acompaña? Si acaso retirada
Aguarda? . . . — ¡Oh pensamiento
Injusto! oh vil temor! oh infame aliento!
Ya con esta sospecha
No he de volverme; y pues que no aprovecha
Tan grave desengaño,
Apuremos de todo en todo el daño.
Mato la luz, y llego, (Apaga la luz.)
Sin luz y sin razon, dos veces ciego;
Pues bien encubrir puedo
El metal de la voz, hablando quedo. —
¡Mencía! (Despiértala.)

DOÑA MENCIA. ¡Ay Dios! ¿que es esto?
DON GUTIERRE. No dés voces.
DOÑA MENCIA. ¿Quién es?
DON GUTIERRE. Mi bien, yo soy: ¿no me conoces?
DOÑA MENCIA. Sí, señor; que no fuera
Otro tan atrevido...
DON GUTIERRE. (Ap.) Ella me ha conocido.
DOÑA MENCIA. Que así hasta aquí viniera.
¿Quién hasta aquí llegara,
Que no fuérades vos, que no dejara
En mis manos la vida,
Con valor y con honra defendida?
DON GUTIERRE. (Ap. ¡Qué dulce desengaño!
¡Bien haya, amen, el que apuró su daño!
Mencía, no te espantes de haber visto
Tal extremo.
DOÑA MENCIA. ¿Qué mal, temor, resisto
El sentimiento!
DON GUTIERRE. Mucha razon tiene
Tu valor.
DOÑA MENCIA. ¿Qué disculpa me previene...
DON GUTIERRE. Ninguna.
DOÑA MENCIA. De venir así tu Alteza?
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Tu Alteza! No es conmigo. ¡Ay Dios! qué escucho!
Con nuevas dudas lucho.
¡Qué pesar! qué desdicha! qué tristeza!
DOÑA MENCIA. ¿Segunda vez pretende ver mi muerte?
¿Piensa que cada noche...
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Oh trance fuerte!
DOÑA MENCIA. Puede esconderse...
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Cielos!
DOÑA MENCIA. Y matando la luz...
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Matadme, celos!
DOÑA MENCIA. Salir á riesgo mio
Delante de Gutierre?
DON GUTIERRE. (Ap.) Desconfío
De mí, pues que dilato
Morir, y con mi aliento no la mato.
El venir no ha extrañado
El Infante, ni dél se ha recatado;
Sino solo ha sentido
Que en ocasion se ponga (¡estoy perdido!)
De que otra vez se esconda.
¡Mi venganza á mi agravio corresponda!
DOÑA MENCIA. Señor, vuélvase luego.
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Ay Dios! todo soy rabia, todo fuego.

DOÑA MENCIA. Tu Alteza así otra vez no llegue á verse.
DON GUTIERRE. ¿Quién por eso no mas ha de volverse?
DOÑA MENCIA. Mirad que es hora que Gutierre venga.
DON GUTIERRE. (Ap. Habrá en el mundo quien paciencia tenga?
Sí, si prudente alcanza
Oportuna ocasion á su venganza.)
No vendrá, yo le dejo
Entretenido; y guárdame un amigo
Las espaldas el tiempo que conmigo
Estais: él no vendrá, yo estoy seguro.

ESCENA XIX.

JACINTA. — DICHOS.

JACINTA. (Ap.) Temerosa procuro
Ver quién hablaba aquí.
DOÑA MENCIA. Gente he sentido.
DON GUTIERRE. ¿Qué haré?
DOÑA MENCIA. ¿Qué? Retirarte,
No á mi aposento, sino á otra parte.
(Retirase Don Gutierre al paño.)
¡Hola!
JACINTA. Señora . . .
DOÑA MENCIA. El aire que corria
Entre esos ramos, miéntras yo dormia,
La luz ha muerto: luego
Traed luces. (Vase Jacinta.)
DON GUTIERRE. (Ap. Encendidas en mi fuego.
Si aquí estoy escondido,
Han de verme, y de todos conocido,
Podrá saber Mencía
Que he llegado á entender la pena mia.
Y porque no lo entienda,
Y dos veces ofenda,
Una con tal intento,
Y otra pensando que lo sé y consiento,
Dilatando su muerte,
He de hacer la deshecha desta suerte.)
(Entrase, y dice en voz alta:)
¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?
DOÑA MENCIA. Este es Gutierre: otra desdicha espera
Mi espíritu cobarde.
DON GUTIERRE. ¡No han encendido luces, y es tan tarde!
(Sale Jacinta con luz, y Don Gutierre por otra puerta de donde se escondió.)
JACINTA. Ya la luz está aquí.

DON GUTIERRE. ¡Bella Mencía!
DOÑA MENCIA. ¡Oh mi esposo, mi bien y gloria mia!
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Qué fingidos extremos!
Mas, alma y corazon, disimulemos.
DOÑA MENCIA. Señor, ¿por dónde entrásteis?
DON GUTIERRE. De esa huerta,
Con la llave que tengo, abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿En qué te entretenias?
DOÑA MENCIA. Vine ahora
A este jardin, y entre estas fuentes puras
Me dejó el aire á obscuras.
DON GUTIERRE. No me espanto, bien mio;
Que el aire que mató la luz, tan frio
Corre, que es un aliento
Respirado del céfiro violento,
Y que no solo advierte
Muerte á las luces, á las vidas muerte,
Y pudieras dormida
A sus soplos perder tambien la vida.
DOÑA MENCIA. Entenderte pretendo,
Y aunque mas lo procuro, no te entiendo.
DON GUTIERRE. ¿No has visto ardiente llama
Perder la luz al aire que la hiere,
Y que á este tiempo de otra luz inflama
La pavesa? Una vive y otra muere
A solo un soplo. Así, desta manera,
La lengua de los vientos lisonjera
Matarte la luz pudo,
Y darme luz á mí.
DOÑA MENCIA. (Ap. El sentido dudo.)
Parece que celoso
Hablas en dos sentidos.
DON GUTIERRE. (Ap. Riguroso
Es el dolor de agravios;
Mas con celos ningunos fuéron sabios.)
¡Celoso! ¿Sabes tú lo que son celos?
Que yo no sé qué son ¡viven los cielos!
Porque si lo supiera,
Y celos...
DOÑA MENCIA. (Ap.) ¡Ay de mí!
DON GUTIERRE. Llegar pudiera
A tener... ¿qué son celos?
Atomos, ilusiones y desvelos,
No mas que de una esclava, una criada,
Por sombra imaginada,
Con hechos inhumanos

A pedazos sacara con mis manos
El corazon, y luego
Envuelto en sangre, desatado en fuego,
El corazon comiera
A bocados, la sangre me bebiera,
El alma le sacara,
Y el alma ¡vive Dios! despedazara,
Si capaz de dolor el alma fuera.
— Pero ¿cómo hablo yo desta manera?

DOÑA MENCIA. Temor al alma ofreces.

DON GUTIERRE. ¡Jesus, Jesus mil veces!
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mia,
Ah mi dueño, ah Mencía,
Perdona, por tus ojos,
Esta descompostura, estos enojos;
Que tanto un fingimiento
Fuera de mí llevó mi pensamiento:
Y vete por tu vida; que prometo
Que te miro con miedo y con respeto,
Corrido deste exceso.
¡Jesus! No estuve en mí, no tuve seso.

DOÑA MENCIA. (Ap.) Miedo, espanto, temor y horror tan fuerte
Parasismos han sido de mi muerte.

DON GUTIERRE. (Ap.) Pues médico me llamo de mi honra,
Yo cubriré con tierra mi deshonra.

JORNADA TERCERA.

Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON GUTIERRE, Y TODO EL ACOMPAÑAMIENTO.

DON GUTIERRE. Pedro, á quien el indio polo
Coronar de luz espera,
Hablarte á solas quisiera.

REY. Idos todos. — Ya estoy solo.
(Vase el acompañamiento.)

DON GUTIERRE. Pues á tí, español Apolo,
A tí, castellano Atlante,

En cuyos hombros constante
Se ve durar y vivir
Todo un orbe de zafir,
Todo un globo de diamante:
A tí pues rindo en despojos
La vida, mal defendida
De tantas penas, si es vida
Vida con tantos enojos.
No te espantes que los ojos
Tambien se quejen, señor;
Que dicen que amor y honor
Pueden, sin que á nadie asombre,
Permitir que llore un hombre;
Y yo tengo honor y amor.
Honor, que siempre he guardado
Como noble y bien nacido,
Y amor, que siempre he tenido
Como esposo enamorado:
Adquirido y heredado
Uno y otro en mí se ve,
Hasta que tirana fué
La nube que turbar osa
Tanto esplendor en mi esposa,
Y tanto lustre en mi fe.
No sé cómo signifique
Mi pena... Turbado estoy...
Y mas cuando á decir voy
Que fué vuestro hermano Enrique
Contra quien pido se aplique
Desta justicia el rigor:
No porque sepa, señor,
Que el poder mi honor constrasta;
Pero imaginarlo basta
Quien sabe que tiene honor.
La vida de vos espero
De mi honra: así la curo
Con prevencion, y procuro
Que esta la sane primero;
Porque si en rigor tan fiero
Malicia en el mal hubiera,
Junta de agravios hiciera,
A mi honor desahuciara,
Con la sangre le lavara,
Con la tierra le cubriera. —
No os turbeis: con sangre digo
Solamente de mi pecho;
Que Enrique, estad satisfecho,

Está seguro conmigo.
Y para esto hable un testigo:
Esta daga, esta brillante
Lengua de acero elegante,
Suya fué; ved este dia
Si está seguro, pues fía
De mí su daga el Infante.

REY. Don Gutierre, bien está;
Y quien de tan invencible
Honor corona las sienes,
Que con los rayos compiten
Del sol, satisfecho viva
De que su honor . . .

DON GUTIERRE. No me obligue
Vuestra Majestad, señor,
A que piense que imagine
Que yo he menester consuelos
Que mi opinion acrediten.
¡Vive Dios, que tengo esposa
Tan honesta, casta y firme,
Que deja atras las romanas
Lucrecia y Porcia, y Tomíris!
Esta ha sido prevencion
Solamente.

REY. Pues decidme:
Para tantas prevenciones,
Gutierre, ¿qué es lo que vísteis?

DON GUTIERRE. Nada: que hombres como yo
No ven: basta que imaginen,
Que sospechen, que prevengan,
Que recelen, que adivinen,
Que . . . No sé cómo lo diga;
Que no hay voz que signifique
Una cosa, que aun no sea
Un átomo indivisible.
Sola á vuestra Majestad
Di parte, para que evite
El daño que no hay; porque
Si le hubiera, de mí fíe
Que yo le diera el remedio
En vez, señor, de pedirle.

REY. Pues ya que de vuestro honor
Médico os llamais, decidme,
Don Gutierre, ¿qué remedios
Antes del último hicísteis?

DON GUTIERRE. No pedí á mi mujer celos,
Y desde entónces la quise

Mas: vivia en una quinta
Deleitosa y apacible;
Y para que no estuviera
En las soledades triste,
Traje á Sevilla mi casa,
Y á vivir en ella vine,
Adonde todo lo goza
Sin que nada á nadie envidie;
Porque malos tratamientos
Son para maridos viles
Que pierden á sus agravios
El miedo, cuando los dicen.

REY. El Infante viene allí,
Y si aquí os ve, no es posible
Que deje de conocer
Las quejas que dél me dísteis.
Mas acuérdome que un dia
Me dieron con voces tristes
Quejas de vos, y yo entónces
Detras de aquellos tapices
Escondí á quien se quejaba;
Y en el mismo caso pide
El daño el propio remedio,
Pues al revés lo repite.
Y así quiero hacer con vos
Lo mismo que entónces hice;
Pero con un órden mas,
Y es que nada aquí os obligue
A descubriros. Callad
A cuanto viéreis.

DON GUTIERRE. Humilde
Estoy, señor, á tus piés.
Seré el pájaro que fingen
Con una piedra en la boca. (Escóndese.)

ESCENA II.

DON ENRIQUE. — EL REY; DON GUTIERRE, *oculto*.

REY. Vengais norabuena, Enrique,
Aunque mala habrá de ser,
Pues me hallais . . .

DON ENRIQUE. ¡Ay de mí triste!

REY. Enojado.

DON ENRIQUE. ¿Pues, señor,
Con quien lo estais, que os obligue?

REY. Con vos, Infante, con vos.
DON ENRIQUE. Será mi vida infelice.
Si enojado tengo al sol,
Veré mi mortal eclipse.
REY. ¿Vos, Enrique, no sabeis
Que mas de un acero tiñe
El agravio en sangre real?
DON ENRIQUE. ¿Pues por quién, señor, lo dice
Vuestra Majestad?
REY. Por vos
Lo digo, por vos, Enrique.
El honor es reservado
Lugar, donde el alma asiste.
Yo no soy Rey de las almas:
Harto en esto solo os dije.
DON ENRIQUE. No os entiendo.
REY. Si á la enmienda
Vuestro amor no se apercibe,
Dejando vanos intentos
De bellezas imposibles,
Donde el alma de un vasallo
Con ley soberana vive,
Podrá ser de mi justicia
Que aun mi sangre no se libre.
DON ENRIQUE. Señor, aunque tu precepto
Es ley que tu lengua imprime
En mi corazon, y en él
Como en el bronce se escribe,
Escucha disculpas mias;
Que no será bien que olvides
Que con iguales orejas
Ambas partes han de oirse.
Yo, señor, quise á una dama
(Que ya sé por quién lo dices,
Si bien, con poca ocasion):
En efecto, yo la quise
Tanto . . .
REY. ¿Qué importa, si ella
Es beldad tan imposible . . .?
DON ENRIQUE. Es verdad, pero . . .
REY. Callad.
DON ENRIQUE. Pues, señor, ¿no me permites
Disculparme?
REY. No hay disculpa;
Que es belleza que no admite
Objecion.

DON ENRIQUE. Es cierto, pero
El tiempo todo lo rinde,
El amor todo lo puede.
REY. (Ap. ¡Válgame Dios! qué mal hice
En esconder á Gutierre!)
Callad, callad.
DON ENRIQUE. No te incites
Tanto contra mí, ignorando
La causa que á esto me obligue.
REY. Yo lo sé todo muy bien.
(Ap. ¡Oh qué lance tan terrible!)
DON ENRIQUE. Pues yo, señor, he de hablar:
En fin, doncella la quise.
¿Quién, decid, agravia á quién?
¿Yo á un vasallo...
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Ay infelice!
DON ENRIQUE. Que antes que fuese su esposa,
Fué?...
REY. No teneis qué decirme.
Callad, callad, que ya sé
Que por disculpa fingísteis
Tal quimera. Infante, infante,
Vamos mediando los fines.
¿Conoceis aquesta daga?
DON ENRIQUE. Sin ella á palacio vine
Una noche.
REY. ¿Y no sabeis
Dónde la daga perdísteis?
DON ENRIQUE. No, señor.
REY. Yo sí, pues fué
Adonde fuera posible
Mancharse con sangre vuestra.
A no ser el que la rige
Tan notable y leal vasallo.
¿No veis que venganza pide
El hombre que aun ofendido.
El pecho y las armas rinde?
¿Veis este puñal dorado?
Geroglífico es que dice
Vuestro delito: á quejarse
Viene de vos, y he de oirle.
Tomad su acero, y en él
Os mirad: vereis Enrique,
Vuestros defectos.
DON ENRIQUE. Señor,
Considera que me riñes
Tan severo, que turbado...

REY. Toma la daga. — ¿Qué hiciste,
(Dale la daga, y al tomarla, turbado el Infante corta al Rey la mano.)
Traidor?
DON ENRIQUE. ¿Yo?
REY. ¿Desta manera
Tu acero en mi sangre tiñes?
¿Tú la daga que te di,
Hoy contra mi pecho esgrimes?
¿Tú me quieres dar la muerte?
DON ENRIQUE. Mira, señor, lo que dices;
Que yo turbado...
REY. ¿Tú á mí
Te atreves? ¡Enrique, Enrique!
Deten el puñal, ya muero.
DON ENRIQUE. ¡Hay confusiones mas tristes!
Mejor es volver la espalda,
Y aun ausentarme y partirme
Donde en mi vida te vea, (Cáesele la daga.)
Porque de mí no imagines
Que puedo verter tu sangre
Yo ¡mil veces infelice? (Vase.)
REY. ¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
¡Ah qué aprension insufrible!
Bañado me vi en mi sangre,
Muerto estuve. ¿Qué infelice
Imaginacion me cerca,
Que con espantos horribles
Y con helados temores
El pecho y el alma oprime?
Ruego á Dios que estos principios
No lleguen á tales fines,
Que con diluvios de sangre
El mundo se escandalice. (Vase.)

ESCENA III.

DON GUTIERRE.

¡Todo es prodigios el dia!
Con asombros tan terribles,
De que yo estaba escondido
No es mucho que el Rey se olvide.
¡Válgame Dios! ¿qué escuché?
Mas ¿para qué lo repite
La lengua, cuando mi agravio
Con mi desdicha se mide?

Arranquemos de una vez
De tanto mal las raices.
Muera Mencía, su sangre
Bañe el pecho donde asiste;
Y pues aqueste puñal
Hoy segunda vez me rinde
El Infante, con él muera. (Levanta la daga.)
Mas no es bien que lo publíque;
Porque si sé que el secreto
Altas victorias consigue,
Y que agravio que es oculto
Oculta venganza pide,
Muera Mencía de suerte
Que ninguno lo imagine.
Pero ántes que llegue á esto,
La vida el cielo me quite,
Porque no vea tragedias
De un amor tan infelice.
¿Para cuándo, para cuándo
Esos azules viriles
Guardan un rayo? ¿No es tiempo
De que sus puntas se vibren,
Preciando de tan piadosos?
¿No hay, claros cielos, decidme,
Para un desdichado muerte?
¿No hay un rayo para un triste? (Vase.)

Sala en la casa de Don Gutierre, en Sevilla.

ESCENA IV.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA. Señora, ¿qué tristeza
Turba la admiracion á tu belleza,
Que la noche y el dia
No haces sino llorar?

DOÑA MENCIA. La pena mia
No se rinde á razones.
En una confusion de confusiones,
Ni medidas, ni cuerdas,
Desde la noche triste, si te acuerdas,
Que viviendo en la quinta,

Te dije que conmigo habia, Jacinta,
Hablado Don Enrique
(No sé como mi mal te signifique),
Y tú despues dijiste que no era
Posible, porque afuera
A aquella misma hora que yo digo,
El Infante tambien habló contigo,
Estoy triste y dudosa,
Confusa, divertida y temerosa,
Pensando que no fuese
Gutierre quien conmigo habló.

JACINTA. ¿Pues ese
Es engaño que pudo
Suceder?

DOÑA MENCIA. Sí, Jacinta, que no dudo
Que de noche, y hablando
Quedo, y yo tan turbada, imaginando
En él mismo, vendria,
Bien tal engaño suceder podria.
Con esto el verle agora
Conmigo alegre, y que consigo llora
(Porque al fin los enojos,
Que son grandes amigos de los ojos,
No les encubren nada),
Me tiene en tantas penas anegada.

ESCENA V.

COQUIN. — DICHAS.

COQUIN. Señora.

DOÑA MENCIA. ¿Qué hay de nuevo?

COQUIN. Apénas á contártelo me atrevo.
Don Enrique, el Infante . . .

DOÑA MENCIA. Tente, Coquin, no pases adelante,
Que su nombre no mas me causa espanto.
Tanto le temo, ó le aborrezco tanto.

COQUIN. No es de amor el suceso,
Y por eso lo digo.

DOÑA MENCIA. Y yo por eso
Lo escucharé.

COQUIN. El Infante
Que fué, señora, tu imposible amante,
Con Don Pedro su hermano
Hoy un lance ha tenido. Pero en vano

Contártele pretendo,
Por no saberle bien, ó porque entiendo
Que no son justas leyes
Que hombres de burlas hablen de los reyes.
Esto aparte, en efeto
Enrique me llamó, y con gran secreto
Dijo: A Doña Mencía
Este recado da de parte mia.
Que su desden tirano
Me ha quitado la gracia de mi hermano,
Y huyendo desta tierra,
Hoy á la ajena patria me destierra,
Donde vivir no espero,
Pues de Mencía aborrecido muero.

DOÑA MENCIA. ¿Por mí el Infante ausente,
Sin la gracia del Rey? ¡Cosa que intente,
Con novedad tan grande,
Que mi opinion en voz del vulgo ande!
¿Qué haré? ¡cielos!

JACINTA. Ahora
El remedio mejor será, señora,
Prevenir este daño.

COQUIN. ¿Cómo puede?

JACINTA. Rogándole al Infante que se quede;
Pues si una vez se ausenta,
Como dicen, por tí, será tu afrenta
Pública: que no es cosa
La ausencia de un infante tan dudosa,
Que no se diga luego
Cómo y por qué.

COQUIN. ¿Pues cuándo oirá ese ruego,
Si, calzada la espuela,
Ya en su imaginacion Enrique vuela?

JACINTA. Escribiéndole ahora
Un papel en que diga mi señora
Que á su opinion conviene
Que no se ausente: pues para eso tiene
Lugar, si tú le llevas.

DOÑA MENCIA. Pruebas de honor son peligrosas pruebas;
Pero con todo quiero
Escribir el papel, pues considero,
Y no con necio engaño,
Que es de dos daños este el menor daño,
Si hay menor en los daños que recibo.
Quedáos aquí los dos, miéntras yo escribo.
(Vase.)

ESCENA VI.

COQUIN, JACINTA.

JACINTA. ¿Qué tienes estos dias,
Coquin, que andas tan triste? ¿No solias
Ser alegre? ¿Qué efeto
Te tiene así?
COQUIN. Metíme á ser discreto
Por mi mal, y hame dado
Tan grande hipocondría en este lado,
Que me muero.
JACINTA. ¿Y qué es hipocondría?
COQUIN. Es una enfermedad que no la habia
Habrá dos años, ni en el mundo era.
Usase poco ha, y de manera
Lo que se usa, amiga, no se excusa,
Que una dama, sabiendo que se usa,
Le dijo á su galan muy triste un dia:
«Tráigame un poco uced de hipocondría.»
Mas Señor entra ahora.
JACINTA. ¡Ay Dios! Voy á avisar á mi señora.

ESCENA VII.

DON GUTIERRE. — COQUIN, JACINTA.

DON GUTIERRE. Tente, Jacinta, espera.
¿Dónde corriendo vas de esa manera?
JACINTA. Avisar pretendia
A mi señora de que ya venia
Tu persona.
DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Oh criados;
En efecto, enemigos no excusados!
Turbados de temor los dos se han puesto.)
Ven acá, dime tú lo que hay en esto:
Dime por qué corrias. (A Jacinta.)
JACINTA. Solo por avisar de que venias,
Señor, á mi señora.
DON GUTIERRE. El labio sella.
(Ap. Mas deste lo sabré mejor que della.)
Coquin, tú me has servido
Noble siempre, en mi casa te has criado:
A tí vuelvo rendido,
Dime, dime por Dios lo que ha pasado.

COQUIN. Señor, si algo supiera,
De lástima no mas te lo dijera.
¡Plegue á Dios! mi señor...

DON GUTIERRE. ¡No, no dés voces!
¿De qué aquí te turbaste?

COQUIN. Somos de buen turbar; mas esto baste.

DON GUTIERRE. (Ap. Señas los dos se han hecho.
Ya no son cobardías de provecho.)
Idos de aquí los dos. — Solos estamos,
(Vanse los dos.)
Honor, lleguemos ya, desdicha, vamos.
¿Quién vió en tantos enojos
Matar las manos y llorar los ojos?
(Alza una cortina, y descubre á Doña Mencía escribiendo.)

ESCENA VIII.

DONA MENCIA. — DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE. (Ap.) Escribiendo Mencía
Está: ya es fuerza ver lo que escribia.
(Llega á ella y quítale el papel.)

DOÑA MENCIA. ¡Ay Dios! Válgame el cielo! (Se desmaya.)

DON GUTIERRE. Estatua viva se quedó de hielo.
(Lee.) *Vuestra Alteza, señor*... ¡Que por Alteza
Vino mi honor á dar á tal bajeza!
No se ausente... Detente,
Voz; pues le ruega aquí que no se ausente,
A tanto mal me ofrezco,
Que casi las desdichas me agradezco. —
¿Si aquí la doy la muerte...?
Mas esto ha de pensarse desta suerte.
Despediré criadas y criados:
Solos han de quedarse mis cuidados
Conmigo; y ya que ha sido
Mencía la mujer que yo he querido
Mas en mi vida, quiero
Que en el último vale, en el postrero
Parasismo, me deba
La mas nueva piedad, la accion mas nueva,
Ya que la cura he de aplicar postrera,
No muera el alma, aunque la vida muera.
(Escribe y vase. — Vuelve en sí Dona Mencía.)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA.

¡Señor, deten la espada,
No me juzgues culpada:
El cielo sabe que inocente muero!
¿Qué fiera mano, qué sangriento acero
En mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!
¡Una mujer no mates inocente! —
Mas ¿qué es esto? ¡ay de mí! ¿no estaba agora
Gutierre aquí? ¿No via (¿quién lo ignora?)
Que en mi sangre bañada,
Moria en rubias ondas anegada?
¡Ay Dios, este desmayo
Fué de mi vida aquí mortal ensayo!
¡Qué ilusion! Por verdad lo dudo y creo.
El papel romperé. — ¡Pero qué veo!
De mi esposo es la letra, y desta suerte
La sentencia me intima de mi muerte:
(Lee.) *El amor te adora, el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.*
¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es esto?
Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay alguna criada?
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada,
Nadie en casa me escucha.
Mucha es mi turbacion, mi pena es mucha.
Destas ventanas son los cierros rejas,
Y en vano á nadie le diré mis quejas,
Que caen á unos jardines, donde apénas
Habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré desta suerte,
Tropezando en la sombra de mi muerte? (Vase.)

Calle.

ESCENA X.

EL REY, DON DIEGO.

REY. En fin, ¿Enrique se fué?
DON DIEGO. Sí, señor: aquesta tarde
Salió de Sevilla.

REY. Creo
Que ha presumido arrogante
Que él solamente de mí
Podrá en el mundo librarse.
¿Y dónde va?

DON DIEGO. Yo presumo
Que á Consuegra.

REY. Está el Infante
Maestre allí, y querrán los dos
A mis espaldas vengarse
De mí.

DON DIEGO. Tus hermanos son,
Y es forzoso que te amen
Como hermano, y como á rey
Te adoren: dos naturales
Obediencias son.

REY. Y Enrique
¿Quién lleva que le acompañe?

DON DIEGO. Don Arias.

REY. Es su privanza.

DON DIEGO. Música hay en esta calle.

REY. Vámonos llegando á ellos:
Quizá con lo que cantaren,
Me templaré.

DON DIEGO. La armonía
Es antídoto á los males.

Cantan dentro. *El infante don Enrique*
Hoy se despidió del Rey;
Su pesadumbre y su ausencia
Quiera Dios que pare en bien.

REY. ¡Qué triste voz! Vos, Don Diego,
Echad por aquesa calle,
No se nos escape quien
Canta desatinos tales.
(Vase cada uno por su parte.)

Sala en casa de Don Gutierre.

ESCENA XI.

DON GUTIERRE; LUDOVICO, *cubierto el rostro.*

DON GUTIERRE. Entra, no tengas temor;
Que ya es tiempo que destape
Tu rostro y encubra el mio. (Tápase.)

LUDOVICO. ¡Válgame Dios!
DON GUTIERRE. No te espante
Nada que vieres.
LUDOVICO. Señor,
De mi casa me sacásteis
Esta noche; pero apénas
Me tuvísteis en la calle,
Cuando un puñal me pusísteis
Al pecho, sin que cobarde
Vuestro intento resistiese,
Que fué cubrirme y vendarme
El rostro, y darme mil vueltas
Luego á mis propios umbrales.
Dijísteisme que mi vida
Estaba en no destaparme;
Una hora he andado con vos,
Sin saber por donde ande.
Y con ser la admiracion
De aqueste caso tan grave,
Mas me turba y me suspende
Impensadamente hallarme
En una casa tan rica,
Sin ver que la habite nadie
Sino vos, habiéndôs visto
Siempre ese embozo delante.
¿Qué me quereis?
DON GUTIERRE. Que te esperes
Aquí solo un breve instante. (Vase.)
LUDOVICO. ¡Qué confusiones son estas
Que á tal extremo me traen!
¡Válgame Dios!
(Vuelve Don Gutierre.)
DON GUTIERRE. Tiempo es ya
De que entres aquí; mas ántes
Escúchame: aqueste acero
Será de tu pecho esmalte,
Si resistes lo que yo
Tengo ahora de mandarte.
Asómate á ese aposento
¡Qué ves en él?
LUDOVICO. Una imágen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace:
Dos velas tiene á los lados,
Y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir;

Que con unos tafetanes
El rostro tiene cubierto.

DON GUTIERRE. Pues á ese vivo cadáver
Que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICIO. Pues ¿qué quieres?

DON GUTIERRE. Que la sangres,
Y la dejes que rendida
A su violencia, desmaye,
La fuerza, y que en tanto horror
Tú atrevido la acompañes,
Hasta que por breve herida
Ella espire y se desangre.
No tienes que replicar,
Si buscas en mí piedades;
Sino obedecer, si quieres
Vivir.

LUDOVICO. Señor, tan cobarde
Te escucho, que no podré
Obedecerte.

DON GUTIERRE. Quien hace
Por consejos rigurosos
Mayores temeridades.
Darte la muerte sabrá.

LUDOVICO. Fuerza es que mi vida guarde.

DON GUTIERRE. Haces bien; que ya en el mundo
Hay quien viva porque mate.
Desde aquí te estoy mirando,
Ludovico: entra adelante.

(Entrase Ludovico.)

ESCENA XII.

DON GUTIERRE.

Este fué el mas sutil medio
Para que mi afrenta acabe
Disimulada, supuesto
Que el veneno fuera fácil
De averiguar, las heridas
Imposibles de ocultarse.
Y así, contando la muerte,
Y diciendo que fué lance
Forzoso hacer la sangría,
Ninguno podrá probarme
Lo contrario, si es posible
Que una venda se desate.

Haber traido á este hombre
Con recato semejante,
Fué bien; pues si descubierto
Viniera, y viera sangrarse
Una mujer, y por fuerza,
Fuera presuncion notable.
Este no podrá decir,
Cuando refiera este trance,
Quién fué la mujer; demas,
Que cuando de aquí le saque,
Muy léjos ya de mi casa
Estoy dispuesto á matarle.
Médico soy de mi honor:
La vida pretendo darle
Con una sangría; que todos
Curan á costa de sangre. (Vase.)

Calle.

ESCENA XIII.

EL REY y DON DIEGO, *que vuelven á salir cada uno por su parte;* MUSICA, *dentro.*

Cantan dentro. *Para Consuegra camina,*
Donde piensa que han de ser
Teatros de mil tragedias
Las montañas de Montiel.

REY. ¡Don Diego!

DON DIEGO. Señor...

REY. Supuesto
Que cantan en esta calle,
¿No hemos de saber quién es?
¿Habla por ventura el aire?

DON DIEGO. No te desvele, señor,
Oir estas necedades;
Porque á vuestro enojo ya
Versos en Sevilla se hacen.

REY. Dos hombres vienen aquí.

DON DIEGO. Es verdad: no hay que esperarles
Respuesta. Hoy el conocerlos
Importa.

ESCENA XIV.

DON GUTIERRE, *que trae á* LUDOVICO *con los ojos vendados.* — DICHOS.

DON GUTIERRE. (Ap.) ¡Que así me ataje
El cielo, que con la muerte
Deste hombre eche otra llave
Al secreto! — Ya me es fuerza
De aquestos dos retirarme;
Que nada me está peor
Que conocerme en tal parte.
Dejaréle en este puesto. (Vase.

ESCENA XV.

EL REY, DON DIEGO, LUDOVICO, *con los ojos vendados.*

DON DIEGO. De los dos, señor, que ántes
Venian, se volvió el uno,
Y el otro se quedó.
REY. A darme
Confusion; que si le veo
A la poca luz que esparce
La luna, no tiene forma
Su rostro: confusa imágen
El bulto, mal acabado,
Parece de un blanco jaspe.
DON DIEGO. Téngase tu Majestad,
Que yo llegaré.
REY. Dejadme,
Don Diego. — ¿Quién eres, hombre?
LUDOVICO. Dos confusiones son parte,
Señor, á no responderos: (Descúbrese.)
La una, la humildad que trae
Consigo un pobre oficial,
Para que con reyes hable
(Que ya os conocí en la voz,
Luz que tan notorio os hace),
La otra, la novedad
Del suceso mas notable,
Que el vulgo, archivo confuso,
Califica en sus anales.
REY. ¡Qué os ha sucedido?
LUDOVICO. A vos
Lo diré, escuchadme aparte.

REY. Retiráos allí, Don Diego.
DON DIEGO. (Ap.) Sucesos son admirables
Cuantos esta noche veo:
Dios con bien della me saque.
LUDOVICO. No la vi el rostro, mas solo
Entre repetidos ayes
Escuché: «Inocente muero;
El cielo no te demande
Mi muerte.» Esto dijo, y luego
Espiró; y en este instante
El hombre mató la luz,
Y por los pasos, que ántes
Entré, salí. Sintió ruido
Al llegar á aquesta calle,
Y dejóme en ella solo.
Fáltame ahora de avisarte,
Señor, que saqué bañadas
Las manos en roja sangre,
Y que fuí por las paredes,
Como que quise arrimarme,
Manchando todas las puertas,
Por si pueden las señales
Descubrir la casa.
REY. ¡Bien
Hicistes! Venid á hablarme
Con lo que hubiereis sabido,
Y tomad este diamante,
Y decid que por las señas
Dél os permitan hablarme
A cualquier hora que vais.
LUDOVICO. El cielo, señor, os guarde. (Vase.)
REY. Vamos, Don Diego.
DON DIEGO. ¿Qué es eso?
REY. El suceso mas notable
Del mundo.
DON DIEGO. Triste has quedado.
REY. Forzoso ha sido asombrarme.
DON DIEGO. Vente á acostar, que ya el dia
Entre dorados celajes
Asoma.
REY. No he de poder
Sosegar, hasta que halle
Una cosa que deseo.
DON DIEGO. ¿No miras que ya el sol sale,
Y que podrán conocerte
Desta suerte?

ESCENA XVI.

COQUIN. — EL REY, DON DIEGO.

COQUIN. Aunque me mates,
Habiéndote conocido,
¡Oh señor! tengo de hablarte:
Escúchame.

REY. Pues, Coquin,
¿De qué los extremos son?

COQUIN. Esta es una honrada accion,
De hombre bien nacido en fin;
Que aunque hombre me consideras
De burlas con loco humor,
Llegando á veras, señor,
Soy hombre de muchas veras.
Oye lo que he de decir,
Pues de veras vengo á hablar;
Que quiero hacerte llorar,
Ya que no puedo reir.
Gutierre, mal informado
Por aparentes recelos,
Llegó á tener viles celos
De su honor; y hoy obligado
A tal sospecha, que halló
Escribiendo (¡error cruel!)
Para el Infante un papel
A su esposa, que intentó
Con él que no se ausentase,
Porque ella causa no fuese
De que en Sevilla se viese
Lo novedad que causase
Pensar que ella le ausentaba...
Con esta inocencia pues
(Que á mí me consta), con piés
Cobardes, adonde estaba
Llegó, y el papel tomó,
Y, sus celos declarados,
Despidiendo á los criados,
Todas las puertas cerró,
Solo se quedó con ella.
Y enternecido de ver
Una infelice mujer
Perseguida de su estrella,
Vengo, señor, á avisarte
Que tu brazo altivo y fuerte
Hoy la libre de la muerte.

REY. ¿Con qué he de poder pagarte
Tal piedad?
COQUIN. Con darme aprisa
Libre, sin mas accidentes,
De la accion contra mis dientes.
REY. No es ahora tiempo de risa.
COQUIN. ¿Cuándo lo fué?
REY. Y pues el dia
Aun no se muestra, lleguemos,
Don Diego. (Vanse.)

Otra calle, y en ella la casa de Don Gutierre. En la puerta se ve la señal de una mano sangrienta.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.

REY. Así pues daremos
Color á una industria mia,
De entrar en casa mejor,
Diciendo que me ha cogido
Cerca el dia, y he querido
Disimular el color
Del vestido; y una vez
Allá, el estado veremos
Del suceso; y así haremos
Como Rey, supremo juez.
DON DIEGO. No hubiera industria mejor.
COQUIN. De su casa lo has tratado
Tan cerca, que ya has llegado;
Que esta es su casa, señor.
REY. Don Diego, espera.
DON DIEGO. ¿Qué ves?
REY. ¿No ves sangrienta una mano
Impresa en la puerta?
DON DIEGO. Es llano.
REY. (Ap.) Gutierre sin duda es
El cruel que anoche hizo
Una accion tan inclemente.
No sé qué hacer. Cuerdamente
Sus agravios satisfizo.

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, INES, *con mantos.* — DICHOS.

DOÑA LEONOR. Salgo á misa ántes del dia,
Porque ninguno me vea
En Sevilla, donde crea
Que olvido la pena mia.
Mas gente hay aquí. ¡Ay Ines!
¿El Rey qué hará en esta casa?
INES. Tápate en tanto que pasa.
REY. Accion excusada es,
Porque ya estais conocida.
DOÑA LEONOR. No fué encubrirme, señor,
Por excusar el honor
De dar á tus piés la vida.
REY. Esa accion es para mí
De recatarme de vos,
Pues sois acrêdor, por Dios,
De mis honras; que yo os dí
Palabra, y con gran razon,
De que he de satisfacer
Vuestro honor; y lo he de hacer
En la primera ocasion.

ESCENA XIX.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE. (Dentro.) ¡Hoy me he de desesperar,
Cielo airado, si no baja
Un rayo de esas esferas
Y en cenizas me desata!
REY. ¿Qué es esto?
DON DIEGO. Loco furioso
Don Gutierre de su casa
Sale.
REY. ¿Dónde vais, Gutierre?
DON GUTIERRE. (Sale.) A besar, señor, tus plantas;
Y de la mayor desdicha,
De la tragedia mas rara,
Escucha la admiracíon,
Que eleva, admira y espanta.
Mencía, mi amada esposa,
Tan hermosa como casta,
Virtuosa como bella
(Dígalo á voces la fama):

Mencía, á quien adoré
Con la vida y con el alma,
Anoche á un grave accidente
Vió su perfeccion postrada,
Por desmentirla divina
Este accidente de humana.
Un médico, que lo es
El de mayor nombre y fama,
Y el que en el mundo merece
Inmortales alabanzas,
La recetó una sangría,
Porque con ella esperaba
Restituir la salud
A un mal de tanta importancia.
Sangróse en fin; que yo mismo,
Por estar sola la casa,
Llamé al sangrador, no habiendo
Ni criados ni criadas.
A verla en su cuarto pues
Quise entrar esta mañana...
— Aquí la lengua enmudece,
Aquí el aliento me falta.
Veo de funesta sangre
Teñida toda la cama,
Toda la ropa cubierta,
Y que en ella ¡ay Dios! estaba
Mencía, que se habia muerto
Esta noche desangrada.
Ya se ve cuán fácilmente
Una venda se desata.
¿Pero para qué presumo
Reducir hoy á palabras
Tan lastimosas desdichas?
Vuelve á esta parte la cara,
Y verás sangriento el sol,
Verás la luna eclipsada,
Deslucidas las estrellas
Y las esferas borradas;
Y verás á la hermosura
Mas triste y mas desdichada,
Que, por darme mayor muerte,
No me ha dejado sin alma.
(Descúbrese á Doña Mencía en la cama.[1]

---

[1] Esto se haria en tiempo de Calderon descorriendo una cortina, suponiéndose que era de una ventana correspondiente á la alcoba de Doña Mencía.

REY. ¡Notable suceso! (Ap. Aquí
La prudencia es de importancia.
Mucho en reportarme haré.
Tomó notable venganza.)
Cubrid ese horror que asombra,
Ese prodigio que espanta,
Espectáculo que admira,
Símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
Consuelo; y porque le haya
En pérdida que es tan grande
Con otra tanta ganancia,
Dadle la mano á Leonor;
Que es tiempo que satisfaga
Vuestro valor lo que debe,
Y yo cumpla la palabra
De volver en la ocasion
Por su valor y su fama.

DON GUTIERRE. Señor, si de tanto fuego
Aun las cenizas se hallan
Calientes, dadme lugar
Para que llora mis ansias.
¿No quereis que escarmentado
Quede?

REY. Esto ha de ser, y basta.

DON GUTIERRE. Señor, ¿quereis que otra vez,
No libre de la borrasca,
Vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?

REY. Con que vuestro Rey lo manda.

DON GUTIERRE. Señor, escuchad aparte
Disculpas.

REY. Son excusadas.
¿Cuáles son?

DON GUTIERRE. ¿Si vuelvo á verme
En desdichas tan extrañas,
Que de noche halle embozado
A vuestro hermano en mi casa...?

REY. No dar crédito á sospechas.

DON GUTIERRE. ¿Y si detras de mi cama
Hallase tal vez, señor,
De Don Enrique la daga?

REY. Presumir que hay en el mundo
Mil sobornadas criadas,
Y apelar á la cordura.

DON GUTIERRE. A veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar despues
De noche y de dia mi casa?

REY. Quejárseme á mí.
DON GUTIERRE. ¿Y si cuando
Llego á quejarme, me aguarda
Mayor desdicha escuchando?
REY. ¿Qué importa, si él desengaña,
¿Que fué siempre su hermosura
Una constante muralla
De los vientos defendida?
DON GUTIERRE. ¿Y si volviendo á mi casa,
Hallo algun papel que pide
Que el Infante no se vaya?
REY. Para todo habrá remedio.
DON GUTIERRE. ¿Posible es que á esto le haya?
REY. Sí, Gutierre.
DON GUTIERRE. ¿Cuál, señor?
REY. Uno vuestro.
DON GUTIERRE. ¿Qué es?
REY. Sangrarla.
DON GUTIERRE. ¿Qué decis?
REY. Que hagais borrar
Las puertas de vuestra casa;
Que hay mano sangrienta en ellas.
DON GUTIERRE. Los que de un oficio tratan,
Ponen, señor, á las puertas
Un escudo de sus armas;
Trato en honor, y así pongo
Mi mano en sangre bañada
A la puerta; que el honor
Con sangre, señor, se lava.
REY. Dádsela pues á Leonor;
Que yo sé que su alabanza
La merece.
DON GUTIERRE. Sí la doy. (Dale la mano.)
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.
DOÑA LEONOR. No importa;
Que no me admira ni espanta.
DON GUTIERRE. Mira que médico he sido
De mi honra: no está olvidada
La ciencia.
DOÑA LEONOR. Cura con ella
Mi vida, en estando mala.
DON GUTIERRE. Pues con esa condicion
Te la doy. Con esto acaba
El Médico de su honra.
Perdonad sus muchas faltas.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

PERSONAS.

EL REY FELIPE II.
DON LOPE DE FIGUEROA.
DON ALVARO DE ATAIDE, capitan.
UN SARGENTO.
LA CHISPA.
REBOLLEDO, soldado.
PEDRO CRESPO, labrador, viejo.
JUAN, hijo de Pedro Crespo.
ISABEL, hija de Pedro Crespo.
INES, prima de Isabel.
DON MENDO, hidalgo.
NUÑO, su criado.
UN ESCRIBANO.
SOLDADOS. — UN TAMBOR.
LABRADORES. — ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Zalamea y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA.

Campo cercano á Zalamea.

ESCENA PRIMERA.

REBOLLEDO, CHISPA, SOLDADOS.

REBOLLEDO. ¡Cuerpo de Cristo con quien
Desta suerte hace marchar
De un lugar á otro lugar
Sin dar un refresco!
TODOS. Amen.
REBOLLEDO. ¿Somos gitanos aquí,
Para andar desta manera?
Una arrollada bandera
¿Nos ha de llevar tras sí,
Con una caja...
SOLDADO 1.º ¿Ya empiezas?
REBOLLEDO. Que este rato que calló,
Nos hizo merced de no
Rompernos estas cabezas?
SOLDADO 2.º No muestres deso pesar,
Si ha de olvidarse, imagino,
El cansancio del camino
A la entrada del lugar.
REBOLLEDO. ¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá,
Sabe mi Dios si será
Para alojar; pues es cierto
Llegar luego al comisario
Los alcaldes á decir
Que si es que se pueden ir,
Que darán lo necesario.
Responderles, lo primero,

Que es imposible, que viene
La gente muerta; y si tiene
El concejo algun dinero,
Decir: «Señores soldados,
Orden hay que no paremos:
Luego al instante marchemos.»
Y nosotros, muy menguados,
A obedecer al instante
Orden, que es en caso tal,
Para él órden monacal,
Y para mí mendicante.
Pues ¡voto á Dios! que si llego
Esta tarde á Zalamea,
Y pasar de allí desea
Por diligencia ó por ruego,
Que ha de ser sin mí la ida;
Pues no, con desembarazo,
Será el primer tornillazo
Que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1.º Tampoco será el primero
Que haya la vida costado
A un miserable soldado;
Y mas hoy, si considero
Que es el cabo desta gente
Don Lope de Figueroa,
Que si tiene fama y loa
De animoso y de valiente,
La tiene tambien de ser
El hombre mas desalmado,
Jurador y renegado
Del mundo, y que sabe hacer
Justicia del mas amigo,
Sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO. ¿Ven ustedes todo eso?
Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2.º ¿Deso un soldado blasona?

REBOLLEDO. Por mí muy poco me inquieta;
Pero por esa pobreta,
Que viene tras la persona . . .

CHISPA. Seor Rebolledo, por mí
Voacé no se aflija, no;
Que, como ya sabe, yo,
Barbada el alma, nací:
Y ese temor me deshonra;
Pues no vengo yo á servir
Ménos que para sufrir
Trabajos con mucha honra;

Que para estarme, en rigor,
Regalada, no dejara
En mi vida, cosa es clara,
La casa del regidor,
Donde todo sobra, pues,
Al mes mil regalos vienen;
Que hay regidores que tienen
Mesa franca con el mes.
Y pues al venir aquí,
A marchar y padecer
Con Rebolledo, sin ser
Postema, me resolví,
Por mí ¿en qué duda ó repara?

REBOLLEDO. ¡Viven los cielos, que eres
Corona de las mujeres!

SOLDADO 2.º Aquesa es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO. ¡Reviva!
Y mas si por divertir
Esta fatiga de ir
Cuesta abajo y cuesta arriba,
Con su voz al aire inquieta
Una jácara ó cancion.

CHISPA. Responda á esa peticion
Citada la castañeta.

REBOLLEDO. Y yo ayudaré tambien.
Sentencien los camaradas,
Todas las partes citadas.

SOLDADO 1.º ¡Vive Dios, que ha dicho bien!

(Cantan Rebolledo y la Chispa.)

CHISPA. *Yo soy titiri, titiri, tina,*
Flor de la jacarandina.

REBOLLEDO. *Yo soy titiri, titiri, taina,*
Flor de la jacarandaina.

CHISPA. *Vaya á la guerra el alférez,*
Y embárquese el capitan.

REBOLLEDO. *Mate moros quien quisiere,*
Que á mí no me han hecho mal.

CHISPA. *Vaya y venga la tabla al horno,*
Y á mí no me falte pan.

REBOLLEDO. *Huéspeda, máteme una gallina;*
Que el carnero me hace mal.

SOLDADO 1.º Aguarda; que ya me pesa
(Que íbamos entretenidos
En nuestros mismos oídos)
De haber llegado á ver esa

Torre, pues es necesario
Que donde paremos sea.

REBOLLEDO. ¿Es aquella Zalamea?

CHISPA. Dígalo su campanario.
No sienta tanto voacé,
Que cese el cántico ya:
Mil ocasiones habrá
En que lograrle, porque
Esto me divierte tanto,
Que como de otras no ignoran
Que á cada cosita lloran,
Yo á cada cosita canto,
Y oirá uced jácaras ciento.

REBOLLEDO. Hagamos alto aquí, pues
Justo, hasta que venga, es,
Con la órden el Sargento,
Por si hemos de entrar marchando
Y en tropas.

SOLDADO 1.º El solo es quien
Llega ahora; mas tambien
El Capitan esperando
Está.

ESCENA II.

EL CAPITAN, EL SARGENTO. — DICHOS.

CAPITAN. Señores soldados,
Albricias puedo pedir:
De aquí no hemos de salir,
Y hemos de estar alojados
Hasta que Don Lope venga
Con la gente que quedó
En Llerena; que hoy llegó
Orden de que se prevenga
Toda, y no salga de aquí
A Guadalupe, hasta que
Junto todo el tercio esté.
Y él vendrá luego; y así,
Del cansancio bien podrán
Descansar algunos dias.

REBOLLEDO. Albricias pedir podias.

TODOS. ¡Víctor nuestro Capitan!

CAPITAN. Ya está hecho el alojamiento:
El comisario irá dando

Boletas, como llegando
Fueren.

CHISPA. Hoy saber intento
Por qué dijo, voto á tal,
Aquella jacarandina:
«Huéspeda, máteme una gallina;
Que el carnero me hace mal.»
(Vanse.)

Calle.

ESCENA III.

EL CAPITAN, EL SARGENTO.

CAPITAN. Señor Sargento, ¿ha guardado
Las boletas para mí,
Que me tocan?

SARGENTO. Señor, sí.

CAPITAN. ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO. En la casa de un villano,
Que el hombre mas rico es
Del lugar, de quien despues
He oido que es el mas vano
Hombre del mundo, y que tiene
Mas pompa y mas presuncion
Que un infante de Leon.

CAPITAN. Bien á un villano conviene
Rico aquesa vanidad.

SARGENTO. Dicen que esta es la mejor
Casa del lugar, señor:
Y si va á decir verdad,
Yo la escogí para tí,
No tanto porque lo sea,
Como porque en Zalamea
No hay tan bella mujer...

CAPITAN. Di.

SARGENTO. Como una hija suya.

CAPITAN. Pues
Por muy hermosa y muy vana,
¿Será mas que una villana
Con malas manos y piés?

SARGENTO. ¿Que haya en el mundo quien diga
Eso?

CAPITAN. ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO. ¿Hay mas bien gastado rato
(A quien amor no le obliga,
Sino ociosidad no mas)
Que el de una villana, y ver
Que no acierta á responder
A propósito jamas?

CAPITAN. Cosa es que en toda mi vida,
Ni aun de paso me agradó;
Porque en no mirando yo
Aseada y bien prendida
Una mujer, me parece
Que no es mujer para mí.

SARGENTO. Pues para mí, señor, sí,
Cualquiera que se me ofrece.
Vamos allá; que por Dios,
Que me pienso entretener
Con ella.

CAPITAN. ¿Quieres saber
Cuál dice bien de los dos?
El que una belleza adora,
Dijo, viendo á la que amó:
«Aquella es mi dama», y no:
«Aquella es mi labradora.»
Luego si dama se llama
La que se ama, claro es ya
Que en una villana está
Vendido el nombre de dama.
Mas ¿qué ruido es ese?

SARGENTO. Un hombre,
Que de un flaco rocinante
A la vuelta desa esquina
Se apeó, y en rostro y talle
Parece á aquel Don Quijote,
De quien Miguel de Cervántes
Escribió las aventuras.

CAPITAN. ¡Qué figura tan notable!

SARGENTO. Vamos, señor; que ya es hora.

CAPITAN. Lléveme el Sargento antes
A la posada la ropa,
Y vuelva luego á avisarme.

(Vanse.)

ESCENA IV.

DON MENDO, NUÑO.

DON MENDO. ¿Cómo va el rucio?
NUÑO. Rodado,
Pues no puede menearse.
DON MENDO. ¿Dijiste al lacayo, di,
Que un rato le pasease?
NUÑO. ¡Qué lindo pienso!
DON MENDO. No hay cosa
Que tanto á un bruto descanse.
NUÑO. Aténgome á la cebada.
DON MENDO. ¿Y que á los galgos no aten,
Dijiste?
NUÑO. Ellos se holgarán;
Mas no el carnicero.
DON MENDO. Baste;
Y pues han dado las tres,
Cálzome palillo y guantes.
NUÑO. ¿Si te prenden el palillo
Por palillo falso?
DON MENDO. Si álguien,
Que no he comido un faisan,
Dentro de sí imaginare,
Que allá dentro de sí miente,
Aquí y en cualquiera parte
Le sustentaré.
NUÑO. ¿Mejor
No sería sustentarme
A mí, que al otro? que en fin
Te sirvo.
DON MENDO. ¡Qué necedades!
— En efecto, ¿que han entrado
Soldados aquesta tarde
En el pueblo?
NUÑO. Sí, señor.
DON MENDO. Lástima da el villanaje
Con los huéspedes que espera.
NUÑO. Mas lástima da y mas grande
Con los que no espera . . .
DON MENDO. ¿Quién?
NUÑO. La hidalguez; y no te espante;
Que si no alojan, señor,
En cas de hidalgos á nadie,
¿Por qué piensas que es?

DON MENDO. ¿Por qué?
NUÑO. Porque no se mueran de hambre.
DON MENDO. En buen descanso esté el alma
De mi buen señor y padre,
Pues en fin me dejó una
Ejecutoria tan grande,
Pintada de oro y azul,
Exencion de mi linaje.
NUÑO. Tomáramos que dejara
Un poco del oro aparte.
DON MENDO. Aunque si reparo en ello,
Y si va á decir verdades,
No tengo que agradecerle
De que hidalgo me engendrase,
Porque yo no me dejara
Engendrar, aunque él porfiase,
Si no fuera de un hidalgo,
En el vientre de mi madre.
NUÑO. Fuera de saber difícil.
DON MENDO. No fuera, sino muy fácil.
NUÑO. ¿Cómo, señor?
DON MENDO. Tú, en efecto,
Filosofía no sabes,
Y así ignoras los principios.
NUÑO. Sí, mi señor, y aun los antes
Y postres, desde que como
Contigo; y es, que al instante,
Mesa divina es tu mesa,
Sin medios, postres ni antes.
DON MENDO. Yo no digo esos principios.
Has de saber que el que nace,
Sustancia es del alimento
Que antes comieron sus padres.
NUÑO. ¿Luego tus padres comieron?
Esa maña no heredaste.
DON MENDO. Esto despues se convierte
En su propria carne y sangre:
Luego si hubiera comido
El mio cebolla, al instante
Me hubiera dado el olor,
Y hubiera dicho yo: «Tate,
Que no me está bien hacerme
De excremento semejante.»
NUÑO. Ahora digo que es verdad...
DON MENDO. ¿Qué?
NUÑO. Que adelgaza la hambre
Los ingenios.

DON MENDO. Majadero,
¿Téngola yo?

NUÑO. No te enfades;
Que si no la tienes, puedes
Tenerla, pues de la tarde
Son ya las tres, y no hay greda
Que mejor las manchas saque,
Que tu saliva y la mia.

DON MENDO. Pues esa, ¿es causa bastante
Para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes;
Que no somos todos unos;
Que á un hidalgo no le hace
Falta el comer.

NUÑO. ¡Oh, quién fuera
Hidalgo!

DON MENDO. Y mas no me hables
Desto, pues ya de Isabel
Vamos entrando en la calle.

NUÑO. ¿Por qué, si de Isabel eres
Tan firme y rendido amante,
A su padre no la pides?
Pues con eso tú y su padre
Remediareis de una vez
Entrambas necesidades:
Tú comerás, y él hará
Hidalgos sus nietos.

DON MENDO. No hables
Mas, Nuño, en eso. ¿Dineros
Tanto habian de postrarme,
Que á un hombre llano por suegro
Habia de admitir?

NUÑO. Pues ántes
Pensé que ser hombre llano,
Para suegro, era importante;
Pues de otros dicen, que son
Tropezones, en que caen
Los yernos. Y si no has
De casarte, ¿por qué haces
Tantos extremos de amor?

DON MENDO. ¿Pues no hay sin que yo me case,
Huelgas en Búrgos, adonde
Llevarla, cuando me enfade?
Mira si acaso la ves.

NUÑO. Temo, si acierta á mirarme
Pedro Crespo...

DON MENDO. ¿Qué ha de hacerte,
Siendo mi criado, nadie?
Haz lo que manda tu amo.
NUÑO. Sí haré, aunque no he de sentarme
Con él á la mesa.
DON MENDO. Es proprio
De los que sirven, refranes.
NUÑO. Albricias, que con su prima
Ines á la reja sale.
DON MENDO. Di que por el bello oriente,
Coronado de diamantes,
Hoy, repitiéndose el sol,
Amanece por la tarde.

ESCENA V.

ISABEL é INES, *á una ventana.* — DICHOS.

INES. Asómate á esa ventana,
Prima, así el cielo te guarde:
Verás los soldados que entran
En el lugar.
ISABEL. No me mandes
Que á la ventana me ponga,
Estando este hombre en la calle,
Ines, pues ya cuánto el verle
En ella me ofende sabes.
INES. En notable tema ha dado
De servirte y festejarte.
ISABEL. No soy mas dichosa yo.
INES. A mi parecer, mal haces
De hacer sentimiento desto.
ISABEL. ¿Pues qué habia de hacer?
INES. Donaire.
ISABEL. ¿Donaire de los disgustos?
DON MENDO. (Llegando á la ventana.)
Hasta aqueste mismo instante,
Jurara yo á fe de hidalgo
(Que es juramento inviolable)
Que no habia amanecido;
Mas ¿qué mucho que lo extrañe,
Hasta que á vuestras auroras
Segundo dia les sale?
ISABEL. Ya os he dicho muchas veces,
Señor Mendo, cuán en balde

Gastais finezas de amor,
Locos extremos de amante
Haciendo todos los dias
En mi casa y en mi calle.

DON MENDO. Si las mujeres hermosas
Supieran cuánto las hace
Mas hermosas el enojo,
El rigor, desden y ultraje,
En su vida gastarian
Mas afeite que enojarse.
Hermosa estáis, por mi vida.
Decid, decid mas pesares.

ISABEL. Cuando no baste el decirlos,
Don Mendo, el hacerlos baste
De aquesta manera. — Ines,
Entrate acá dentro, y dale
Con la ventana en los ojos. (Vase.)

INES. Señor caballero andante,
Que de aventurero entrais
Siempre en lides semejantes,
Porque de mantenedor
No era para vos tan fácil,
Amor os provea. (Vase.)

DON MENDO. Ines,
Las hermosuras se salen
Con cuanto ellas quieren. — Nuño.

NUÑO. ¡Oh qué desairados nacen
Todos los pobres!

ESCENA VI.

PEDRO CRESPO: *despues,* JUAN CRESPO. — DICHOS.

CRESPO. (Ap.) ¡Que nunca
Entre y salga yo en mi calle,
Que no vea á este hidalgote
Pasearse en ella muy grave!

NUÑO. (Ap. á su amo.) Pedro Crespo viene aquí.

DON MENDO. Vamos por esotra parte;
Que es villano malicioso.

(Sale Juan Crespo.)

JUAN. (Ap.) ¡Que siempre que venga, halle
Esta fantasma á mi puerta,
Calzada de frente y guantes?

NUÑO. (Ap. á su amo.) Pero acá viene su hijo.

DON MENDO. No te turbes ni embaraces.

CRESPO. (Ap.) Mas Juanico viene aquí.
JUAN. (Ap.) Pero aquí viene mi padre.
DON MENDO. (Ap. á Nuño. Disimula.) Pedro Crespo,
Dios os guarde.
CRESPO. Dios os guarde.
(Vanse Don Mendo y Nuño.)

ESCENA VII.

PEDRO y JUAN CRESPO.

CRESPO. (Ap.) El ha dado en porfiar,
Y alguna vez he de darle
De manera que le duela.
JUAN. (Ap. Algun dia he de enojarme.)
¿De dónde bueno, señor?
CRESPO. De las eras; que esta tarde
Salí á mirar la labranza,
Y están las parvas notables
De manojos y montones,
Que parecen al mirarse
Desde léjos montes de oro,
Y aun oro de mas quilates,
Pues de los granos de aqueste
Es todo el cielo el contraste.
Allí el bieldo, hiriendo á soplos
El viento en ellos süave,
Deja en esta parte el grano,
Y la paja en la otra parte;
Que aun allí lo mas humilde
Da el lugar á lo mas grave.
¡Oh, quiera Dios que en las trojes
Yo llegue á encerrarlo, ántes
Que algun turbion me lo lleve,
O algun viento me lo tale!
Tú, ¿qué has hecho?
JUAN. No sé cómo
Decirlo sin enojarte.
A la pelota he jugado
Dos partidos esta tarde,
Y entrambos los he perdido.
CRESPO. Haces bien, si los pagaste.
JUAN. No los pagué; que no tuve
Dineros para ello: antes
Vengo á pedirte, señor...

CRESPO. Pues escucha antes de hablarme.
Dos cosas no has de hacer nunca:
No ofrecer lo que no sabes
Que has de cumplir, ni jugar
Mas de lo que está delante;
Porque si por accidente
Falta, tu opinion no falte.

JUAN. El consejo es como tuyo;
Y porque debo estimarle,
He de pagarte con otro.
En tu vida no has de darle
Consejo al que ha menester
Dinero.

CRESPO. Bien te vengaste. (Vanse.)

Patio ó portal de la casa de Pedro Crespo.

ESCENA VIII.

CRESPO, JUAN, EL SARGENTO.

SARGENTO. ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO. ¿Hay algo que usted le mande?

SARGENTO. Traer á su casa la ropa
De Don Alvaro de Ataide,
Que es el capitan de aquesta
Compañía, que esta tarde
Se ha alojado en Zalamea.

CRESPO. No digais mas: eso baste;
Que para servir á Dios,
Y al Rey en sus capitanes,
Está mi casa y mi hacienda.
Y en tanto que se le hace
El aposento, dejad
La ropa en aquella parte,
Y id á decirle que venga
Cuando su merced mandare
A que se sirva de todo.

SARGENTO. El vendrá luego al instante. (Vase.)

ESCENA IX.

CRESPO, JUAN.

JUAN. ¿Que quieras, siendo tan rico,
Vivir á estos hospedajes
Sujeto?

CRESPO. ¿Pues ¿cómo puedo
Excusarlos ni excusarme?
JUAN. Comprando una ejecutoria.
CRESPO. Dime por tu vida, ¿hay álguien
Que no sepa que yo soy,
Si bien de limpio linaje,
Hombre llano? No por cierto:
Pues ¿qué gano yo en comprarle
Una ejecutoria al Rey,
Si no le compro la sangre?
¿Dirán entónces que soy
Mejor que ahora? Es dislate.
Pues ¿qué dirán? Que soy noble
Por cinco ó seis mil reales.
Y eso es dinero, y no es honra;
Que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial,
Un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
Y al cabo dellos se hace
Una cabellera. Este
En opiniones vulgares,
¿Deja de ser calvo? No,
Pues que dicen al mirarle:
«¡Bien puesta la cabellera
Trae Fulano!» Pues ¿qué hace,
Si aunque no le vean la calva,
Todos que la tiene saben?
JUAN. Enmendar su vejacion,
Remediarse de su parte,
Y redimir las molestias
Del sol, del hielo y del aire.
CRESPO. Yo no quiero honor postizo,
Que el defecto ha de dejarme
En casa. Villanos fueron
Mis abuelos y mis padres;
Sean villanos mis hijos.
Llama á tu hermana.
JUAN. Ella sale.

ESCENA X.

ISABEL, INES. — CRESPO, JUAN.

CRESPO. Hija, el Rey nuestro señor,
Que el cielo mil años guarde,

Va á Lisboa, porque en ella
Solicita coronarse
Como legítimo dueño:
A cuyo efecto marciales
Tropas caminan con tantos
Aparatos militares
Hasta bajar á Castilla
El tercio viejo de Flándes
Con un Don Lope, que dicen
Todos que es español Marte.
Hoy han de venir á casa
Soldados, y es importante
Que no te vean; y así, hija,
Al punto has de retirarte
En esos desvanes, donde
Yo vivia.

ISABEL. A suplicarte
Me dieses esta licencia
Venía. Yo sé que el estarme
Aquí, es estar solamente
A escuchar mil necedades;
Mi prima y yo en ese cuarto
Estaremos, sin que nadie,
Ni aun el mismo sol, hoy sepa
De nosotras.

CRESPO. Dios os guarde.
Juanito, quédate aquí,
Recibe á huéspedes tales,
Miéntras busco en el lugar
Algo con que regalarles. (Vase.)

ISABEL. Vamos, Ines.

INES. Vamos, prima;
Mas tengo por disparate
El guardar á una mujer,
Si ella no quiere guardarse.
(Vanse Isabel é Inés.)

ESCENA XI.

EL CAPITAN, EL SARGENTO. — JUAN.

SARGENTO. Esta es, señor, la casa.

CAPITAN. Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
Toda mi ropa.

SARGENTO. (Ap. al Capitan.) Quiero
Registrar la villana lo primero. (Vase.)

JUAN. Vos seais bien venido
A aquesta casa; que ventura ha sido
Grande venir á ella un caballero
Tan noble como en vos le considero.
(Ap. ¡Qué galan! ¡Qué alentado!
Envidia tengo al traje de soldado.)

CAPITAN. Vos seais bien hallado.

JUAN. Perdonareis no estar acomodado;
Que mi padre quisiera
Que hoy un alcázar esta casa fuera.
El ha ido á buscaros
Que comais; que desea regalaros,
Y yo voy á que esté vuestro aposento
Aderezado.

CAPITAN. Agradecer intento
La merced y el cuidado.

JUAN. Estaré siempre á vuestros piés postrado. (Vase.)

ESCENA XII.

EL SARGENTO. — EL CAPITAN.

CAPITAN. ¿Qué hay, Sargento? ¿Has ya visto
A la tal labradora?

SARGENTO. Vive Cristo,
Que con aquese intento
No he dejado cocina ni aposento,
Y no la he encontrado.

CAPITAN. Sin duda el villanchon la ha retirado.

SARGENTO. Pregunté á una criada
Por ella, y respondióme que ocupada
Su padre la tenia
En ese cuarto alto, y que no habia
De bajar nunca acá; que es muy celoso.

CAPITAN. ¿Qué villano no ha sido malicioso?
Si acaso aquí la viera,
Della caso no hiciera;
Y solo porque el viejo la ha guardado,
Deseo, vive Dios, de entrar me ha dado
Donde está.

SARGENTO. Pues ¿qué harémos
Para que allá, señor, con causa entremos,
Sin dar sospecha alguna?

CAPITAN. Solo por tema la he de ver, y una
Industria he de buscar.

SARGENTO. Aunque no sea
De mucho ingenio, para quien la vea
Hoy, no importará nada;
Que con eso será mas celebrada.
CAPITAN. Oyela pues ahora.
SARGENTO. Di, ¿qué ha sido?
CAPITAN. Tú has de fingir ... — Mas no; pues ha venido
(Viendo venir á Rebolledo.)
Ese soldado, que es mas despejado,
El fingirá mejor lo que he trazado.

ESCENA XIII.

REBOLLEDO, LA CHISPA. — DICHOS.

REBOLLEDO. (A la Chispa.) Con este intento vengo
A hablar al Capitan, por ver si tengo
Dicha en algo.
CHISPA. Pues háblale de modo
Que le obligues; que en fin no ha de ser todo
Desatino y locura.
REBOLLEDO. Préstame un poco tú de tu cordura.
CHISPA. Poco y mucho pudiera.
REBOLLEDO. Miéntras hablo con él, aquí me espera.
(Adelántase.)
— Yo vengo á suplicarte ...
CAPITAN. En cuanto puedo
Ayudaré, por Dios, á Rebolledo,
Porque me ha aficionado
Su despejo y su brio.
SARGENTO. Es gran soldado.
CAPITAN. Pues ¿qué hay que se ofrezca?
REBOLLEDO. Yo he perdido
Cuanto dinero tengo y he tenido
Y he de tener, porque de pobre juro
En presente, pretérito y futuro.
Hágaseme merced de que, por via
De ayudilla de costa, aqueste dia
El alférez me dé ...
CAPITAN. Diga: ¿qué intenta?
REBOLLEDO. El juego de boliche por mi cuenta;
Que soy hombre cargado
De obligaciones, y hombre al fin honrado.
CAPITAN. Dijo que eso es muy justo,
Y el alférez sabrá que ese es mi gusto.

CHISPA. (Ap.) Bien le habla el Capitan. ¡Oh si me viera
Llamar de todos yo la Bolichera!
REBOLLEDO. Daréle ese recado.
CAPITAN. Oye, primero
Que le lleves. De tí fiarme quiero
Para cierta invencion que he imaginado,
Con que salir espero de un cuidado.
REBOLLEDO. Pues ¿qué es lo que se aguarda?
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
En hacerse.
CAPITAN. Escúchame. Yo intento
Subir á ese aposento
Por ver si en él una persona habita,
Que de mí hoy esconderse solicita.
REBOLLEDO. Pues ¿por qué á él no subes?
CAPITAN. No quisiera
Sin que alguna color para esto hubiera,
Por disculparlo mas; y así, fingiendo
Que yo riño contigo, has de irte huyendo
Por ahi arriba. Entónces yo enojado,
La espada sacaré: tú, muy turbado,
Has de entrarte hasta donde
La persona que busco se me esconde.
REBOLLEDO. Bien informado quedo.
CHISPA. (Ap.) Pues habla el Capitan con Rebolledo
Hoy de aquella manera,
Desde hoy me llamarán la Bolichera.
REBOLLEDO. (Alzando la voz.) ¡Vive Dios, que han tenido
Esta ayuda de costa que he pedido,
Un ladron, un gallina y un cuitado!
Y ahora que la pide un hombre honrado,
¡No se la dan!
CHISPA. (Ap.) Ya empieza su tronera.
CAPITAN. Pues ¿cómo me habla á mí desa manera?
REBOLLEDO. ¿No tengo de enojarme,
Cuando tengo razon?
CAPITAN. No, ni ha de hablarme.
Y agradezca que sufro aqueste exceso.
REBOLLEDO. Ucé es mi capitan: solo por eso
Callaré; mas por Dios, que si tuviera
La bengala en la mano...
CAPITAN. (Echando mano á la espada.) ¿Qué me hiciera?
CHISPA. Tente, señor. (Ap. Su muerte considero.)
REBOLLEDO. Que me hablara mejor.
CAPITAN. ¿Qué es lo que espero.
Que no doy muerte á un pícaro atrevido?
(Desenvaina.)

REBOLLEDO. Huyo, por el respeto que he tenido
A esa insignia.
CAPITAN. Aunque huyas,
Te he de matar.
CHISPA. Ya él hizo de las suyas.
SARGENTO. Tente, señor.
CHISPA. Escucha.
SARGENTO. Aguarda, espera.
CHISPA. Ya no me llamarán la Bolichera.
(Vase el Capitan corriendo tras Rebolledo; el Sargento tras el Capitan: sale Juan con espada, y despues su padre.)

ESCENA XIV.

JUAN, CRESPO. — LA CHISPA.

JUAN. Acudid todos presto.
CRESPO. ¿Qué ha sucedido aquí?
JUAN. ¿Qué ha sido esto?
CHISPA. Que la espada ha sacado
El Capitan aquí para un soldado,
Y, esa escalera arriba,
Sube tras él.
CRESPO. ¿Hay suerte mas esquiva?
Subid todos tras él.
JUAN. (Ap.) Accion fué vana
Esconder á mi prima y á mi hermana.
(Vanse.)

Cuarto alto en la misma casa.

ESCENA XV.

REBOLLEDO, *huyendo, y se encuentra con* ISABEL é INES; *despues,* EL CAPITAN y EL SARGENTO.

REBOLLEDO. Señoras, pues siempre ha sido
Sagrado el que es templo, hoy
Sea mi sagrado aqueste,
Puesto que es templo de amor.
ISABEL. ¿Quién á huir desa manera
Os obliga?

INES. ¿Qué ocasion
Teneis de entrar hasta aquí?
ISABEL. ¿Quién os sigue ó busca?
(Salen el Capitan y Sargento.)
CAPITAN. Yo,
Que tengo de dar la muerte
Al pícaro ¡vive Dios!
Si pensase...
ISABEL. Detenéos,
Siquiera, porque, señor,
Vino á valerse de mí;
Que los hombres como vos
Han de amparar las mujeres,
Si no por lo que ellas son,
Porque son mujeres; que esto
Basta, siendo vos quien sois.
CAPITAN. No pudiera otro sagrado
Librarle de mi furor,
Sino vuestra gran belleza:
Por ella vida le doy.
Pero mirad que no es bien
En tan precisa ocasion
Hacer vos el homicidio
Que no quereis que haga yo.
ISABEL. Caballero, si cortés
Poneis en obligacion
Nuestras vidas, no zozobre
Tan presto la intercesion.
Que dejeis este soldado
Os suplico; pero no
Que cobreis de mí la deuda
A que agradecida estoy.
CAPITAN. No solo vuestra hermosura
Es de rara perfeccion,
Pero vuestro entendimiento
Lo es tambien, porque hoy en vos
Alïanza están jurando
Hermosura y discrecion.

ESCENA XVI.

CRESPO y JUAN, *con espadas desnudas*; LA CHISPA. — DICHOS.

CRESPO. ¿Cómo es eso, caballero?
¿Cuando pensó mi temor

Hallaros matando un hombre,
Os hallo...

ISABEL. (Ap.) ¡Válgame Dios!

CRESPO. Requebrando una mujer?
Muy noble, sin duda, sois,
Pues que tan presto se os pasan
Los enojos.

CAPITAN. Quien nació
Con obligaciones, debe
Acudir á ellas, y yo
Al respeto desta dama
Suspendí todo el furor.

CRESPO. Isabel es hija mia,
Y es labradora, señor,
Que no dama.

JUAN. (Ap. ¡Vive el cielo,
Que todo ha sido invencion
Para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
De que piensa que me engañan,
Y no ha de ser.) Bien, señor
Capitan, pudiérais ver
Con mas segura atencion
Lo que mi padre desea
Hoy serviros, para no
Haberle hecho este disgusto.

CRESPO. ¿Quién os mete en eso á vos,
Rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿No habia de ir tras él? Mi hija
Estima mucho el favor
Del haberle perdonado,
Y el de su respeto yo.

CAPITAN. Claro está que no habrá sido
Otra causa, y ved mejor
Lo que decis.

JUAN. Yo lo he visto
Muy bien.

CRESPO. Pues ¿cómo hablais vos
Así?

CAPITAN. Porque estáis delante,
Mas castigo no le doy
A este rapaz.

CRESPO. Detened,
Señor Capitan; que yo
Puedo tratar á mi hijo
Como quisiere, y no vos.

JUAN. Y yo sufrirlo á mi padre,
Mas á otra persona no.
CAPITAN. ¿Qué habiais de hacer!
JUAN. Perder
La vida por la opinion.
CAPITAN. ¿Qué opinion tiene un villano?
JUAN. Aquella misma que vos;
Que no hubiera un capitan,
Si no hubiera un labrador.
CAPITAN. ¡Vive Dios, que ya es bajeza
Sufrirlo!
CRESPO. Ved que yo estoy
De por medio.
(Sacan las espadas.)
REBOLLEDO. ¡Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgon!
CHISPA. (Voceando.) ¡Aquí del cuerpo de guardia!
REBOLLEDO. ¡Don Lope! (Ap. Ojo, avizor.)

ESCENA XVII.

DON LOPE, *con habito muy galan y bengala;* SOLDADOS, UN TAMBOR. — DICHOS.

DON LOPE. ¿Qué es aquesto? La primera
Cosa que he de encontrar hoy,
Acabado de llegar,
¿Ha de ser una cuestion?
CAPITAN. (Ap.) ¡A qué mal tiempo Don Lope
De Figueroa llegó!
CRESPO. (Ap.) Por Dios que se las tenia
Con todos el rapagon.
DON LOPE. ¿Qué ha habido? Qué ha sucedido?
Hablad, porque ¡vive Dios,
Que á hombres, mujeres y casa
Eche por un corredor!
¿No me basta haber subido
Hasta aquí, con el dolor
Desta pierna, que los diablos
Llevaran, amen, sino
No decirme: «Aquesto ha sido?»
CRESPO. Todo esto es nada, señor.
DON LOPE. Hablad, decid la verdad.
CAPITAN. Pues es que alojado estoy
En esta casa: un soldado...

DON LOPE. Decid.
CAPITAN. Ocasion me dió
A que sacase con él
La espada: hasta aquí se entró
Huyendo; entréme tras él
Donde estaban esas dos
Labradoras; y su padre
Y su hermano, ó lo que son,
Se han disgustado de que
Entrase hasta aquí.
DON LOPE. Pues yo
A tan buen tiempo he llegado,
Satisfaré á todos hoy.
¿Quién fué el soldado, decid,
Que á su capitan le dió
Ocasion de que sacase
La espada?
REBOLLEDO. (Ap.) ¿A que pago yo
Por todos?
ISABEL. Aqueste fué
El que huyendo hasta aquí entró.
DON LOPE. Dénle dos tratos de cuerda.
REBOLLEDO. ¿Tra-qué han de darme, señor?
DON LOPE. Tratos de cuerda.
REBOLLEDO. Yo hombre
De aquesos tratos no soy.
CHISPA. (Ap.) Desta vez me le estropean.
CAPITAN. (Ap. á él.) ¡Ah Rebolledo! por Dios,
Que nada digas: yo haré
Que te libren.
REBOLLEDO. (Ap. al Capitan. ¿Cómo no
Lo he de decir, pues si callo,
Los brazos me podrán hoy
Atras como mal soldado?)
El Capitan me mandó
Que fingiese la pendencia,
Para tener ocasion
De entrar aquí.
CRESPO. Ved ahora
Si hemos tenido razon.
DON LOPE. No tuvisteis para haber
Así puesto en ocasion
De perderse este lugar. —
Hola, echa un bando, tambor,
Que al cuerpo de guardia vayan
Los soldados cuantos son,
Y que no salga ninguno,

Pena de muerte, en todo hoy. —
Y para que no quedeis
Con aqueste empeño vos,
Y vos con este disgusto,
Y satisfechos los dos,
Buscad otro alojamiento;
Que yo en esta casa estoy
Desde hoy alojado, en tanto
Que á Guadalupe no voy,
Donde está el Rey.

CAPITAN. Tus preceptos
Ordenes precisas son
Para mí.

(Vanse el Capitan, los soldados y la Chispa.)

CRESPO. Entráos allá dentro.

(Vanse Isabel, Ines y Juan.)

ESCENA XVIII.

CRESPO, DON LOPE.

CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis,
De excusarme la ocasion
De perderme.

DON LOPE. ¿Cómo habiais,
Decid, de perderos vos?

CRESPO. Dando muerte á quien pensara
Ni aun el agravio menor...

DON LOPE. ¿Sabeis, vive Dios, que es
Capitan?

CRESPO. Sí, vive Dios;
Y aunque fuera el general,
En tocando á mi opinion,
Le matara.

DON LOPE. A quien tocara,
Ni aun al soldado menor,
Solo un pelo de la ropa,
Viven los cielos, que yo
Le ahorcara.

CRESPO. A quien se atreviera
A un átomo de mi honor,
Viven los cielos tambien,
Que tambien le ahorcara yo.

DON LOPE. ¿Sabeis que estáis obligado
A sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas?

CRESPO. Con mi hacienda;
Pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.
DON LOPE. ¡Vive Cristo, que parece
Que vais teniendo razon!
CRESPO. Sí, vive Cristo, porque
Siempre la he tenido yo.
DON LOPE. Yo vengo cansado, y esta
Pierna que el diablo me dió,
Ha menester descansar.
CRESPO. Pues ¿quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
Y servirá para vos.
DON LOPE. ¿Y dióla hecha el diablo?
CRESPO. Sí.
DON LOPE. Pues á deshacerla voy;
Que estoy, voto á Dios, cansado.
CRESPO. Pues descansad, voto á Dios.
DON LOPE. (Ap.) Testarudo es el villano:
Tan bien jura como yo.
CRESPO. (Ap.) Caprichudo es el Don Lope:
No haremos migas los dos.

JORNADA SEGUNDA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON MENDO, NUÑO.

DON MENDO. ¿Quién te contó todo eso?
NUÑO. Todo esto contó Ginesa,
Su criada.
DON MENDO. ¡El Capitan,
Despues de aquella pendencia

Que en su casa tuvo (fuese
Ya verdad ó ya cautela),
Ha dado en enamorar
A Isabel!

NUÑO. Y de manera,
Que tan poco humo en su casa
El hace como en la nuestra
Nosotros. En todo el dia
Se ve apartar de la puerta:
No hay hora que no la envíe
Recados: con ellos entra
Y sale un mal soldadillo,
Confidente suyo.

DON MENDO. Cesa;
Que es mucho veneno, mucho,
Para que el alma lo beba
De una vez.

NUÑO. Y mas no habiendo
En el estómago fuerzas
Con que resistirle.

DON MENDO. Hablemos
Un rato, Nuño, de véras.

NUÑO. ¡Pluguiera á Dios fueran burlas!

DON MENDO. ¿Y qué le responde ella?

NUÑO. Lo que á tí, porque Isabel
Es deidad hermosa y bella,
A cuyo cielo no empañan
Los vapores de la tierra.

DON MENDO. ¡Buenas nuevas te dé Dios!
(Al hacer la exclamacion, da una manotada á Nuño en el rostro.)

NUÑO. A tí te dé mal de muelas;
Que me has quebrado dos dientes.
Mas bien has hecho, si intentas
Reformarlos, por familia
Que no sirve ni aprovecha.
El Capitan.

DON MENDO. ¡Vive Dios,
Si por el honor no fuera
De Isabel, que le matara!

NUÑO. (Ap.) Mas será por tu cabeza.

DON MENDO. Escucharé retirado. —
Aquí á esta parte te llega.

ESCENA II.

EL CAPITAN, EL SARGENTO, REBOLLEDO. — DON MENDO y NUÑO, *retirados.*

CAPITAN. Este fuego, esta pasion,
No es amor solo, que es tema,
Es ira, es rabia, es furor.
REBOLLEDO. ¡Oh! ¡nunca, señor, hubieras
Visto á la hermosa villana,
Que tantas ansias te cuesta!
CAPITAN. ¿Qué te dijo la criada?
REBOLLEDO. ¿Ya no sabes sus respuestas?
DON MENDO. (Ap. á Nuño.) Esto ha de ser: pues ya tiende
La noche sus sombras negras,
Antes que se haya resuelto
A lo mejor mi prudencia,
Ven á armarme.
NUÑO. ¡Pues qué! ¿tienes
Mas armas, señor, que aquellas
Que están en un azulejo
Sobre el marco de la puerta?
DON MENDO. En mi guadarnes presumo
Que hay para tales empresas
Algo que ponerme.
NUÑO. Vamos
Sin que el Capitan nos sienta.
(Vanse.)

ESCENA III.

EL CAPITAN, EL SARGENTO, REBOLLEDO.

CAPITAN. ¡Que en una villana haya
Tan hidalga resistencia,
Que no me haya respondido
Una palabra siquiera
Apacible!
SARGENTO. Estas, señor,
No de los hombres se prendan
Como tú: si otro villano
La festejara y sirviera,
Hiciera mas caso dél:
Fuera de que son tus quejas
Sin tiempo. Si te has de ir

Mañana, ¿para qué intentas
Que una mujer en un dia
Te escuche y te favorezca?

CAPITAN. En un dia el sol alumbra
Y falta; en un dia se trueca
Un reino todo; en un dia
Es edificio una peña;
En un dia una batalla
Pérdida y victoria ostenta;
En un dia tiene el mar
Tranquilidad y tormenta;
En un dia nace un hombre
Y muere: luego pudiera
En un dia ver mi amor
Sombra y luz como planeta,
Pena y dicha como imperio,
Gente y brutos como selva,
Paz y inquietud como mar,
Triunfo y ruina como guerra
Vida y muerte como dueño
De sentidos y potencias;
Y habiendo tenido edad
En un dia su violencia
De hacerme tan desdichado,
¿Por qué, por qué no pudiera
Tener edad en un dia
De hacerme dichoso? ¿Es fuerza
Que se engendren mas despacio
Las glorias que las ofensas?

SARGENTO. Verla una vez solamente
¿A tanto extremo te fuerza?

CAPITAN. ¡Qué mas causa habia de haber,
Llegando á verla, que verla?
De sola una vez á incendio
Crece una breve pavesa;
De una vez sola un abismo
Sulfúreo volcan revienta;
De una vez se enciende el rayo,
Que destruye cuanto encuentra;
De una vez escupe horror
La mas reformada pieza;
¿De una vez amor, qué mucho,
Fuego de cuatro maneras,
Mina, incendio, pieza y rayo,
Postre, abrase, asombre y hiera?

SARGENTO. ¿No decias que villanas
Nunca tenian belleza?

CAPITAN. Y aun aquesa confianza
Me mató, porque el que piensa
Que va á un peligro, y va
Prevenido á la defensa;
Quien va á una seguridad,
Es el que mas riesgo lleva,
Por la novedad que halla,
Si acaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
Si hallé una deidad, ¿no era
Preciso que peligrase
En mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
Mas divina, mas perfecta
Hermosura. ¡Ay, Rebolledo!
No sé que hiciera por verla.

REBOLLEDO. En la compañía hay soldado
Que canta por excelencia,
Y la Chispa, que es mi alcaida
Del boliche, es la primera
Mujer en jacarear.
Haya, señor, gira y fiesta
Y música á su ventana;
Que con esto podrás verla,
Y aun hablarla.

CAPITAN. Como está
Don Lope allí, no quisiera
Despertarle.

REBOLLEDO. Pues Don Lope
¿Cuándo duerme, con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa,
Si se entiende, será nuestra,
No tuya, si de rebozo
Vas en la tropa.

CAPITAN. Aunque tenga
Mayores dificultades,
Pase por todos mi pena.
Juntáos todos esta noche;
Mas de suerte que no entiendan
Que yo lo mando. ¡Ah, Isabel,
Qué de cuidados, me cuestas!

(Vanse el Capitan y el Sargento.)

ESCENA IV.

LA CHISPA. — REBOLLEDO.

CHISPA. (Dentro.) Tenga esa.
REBOLLEDO. Chispa, ¿qué es eso?
CHISPA. Ahí un pobrete, que queda
Con un rasguño en el rostro.
REBOLLEDO. Pues ¿por qué fué la pendencia?
CHISPA. Sobre hacerme alicantina
Del barato de hora y media
Que estuvo echando las bolas
Teniéndome muy atenta
A si eran pares ó nones:
Canséme y dile con esta. (Saca la daga.)
Miéntras que con el barbero
Poniéndose en puntos queda,
Vamos al cuerpo de guardia;
Que allá te daré la cuenta.
REBOLLEDO. ¡Bueno es estar de mohina,
Cuando vengo yo de fiesta!
CHISPA. Pues ¿qué estorba el uno al otro?
Aquí está la castañeta:
¿Qué se ofrece que cantar?
REBOLLEDO. Ha de ser cuando anochezca,
Y música mas fundada.
Vamos, y no te detengas.
Anda acá al cuerpo de guardia.
CHISPA. Fama ha de quedar eterna
De mí en el mundo, que soy
Chispilla la Bolichera.
(Vanse.)

Sala baja de casa de Crespo, con vistas y salida á un jardin. Ventana á un lado.

ESCENA V.

DON LOPE, CRESPO.

CRESPO. (Dentro.) En este paso, que está
Mas fresco, poned la mesa
Al señor Don Lope. Aquí

Os sabrá mejor la cena;
Que al fin los dias de agosto
No tienen mas recompensa
Que sus noches.

DON LOPE. Apacible
Estancia en extremo es esta.

CRESPO. Un pedazo es de jardin,
En que mi hija se divierta.
Sentáos; que el viento suave
Que en las blandas hojas suena
Destas parras y estas copas,
Mil cláusulas lisonjeras
Hace al compas desta fuente,
Cítara de plata y perlas,
Porque son en trastes de oro
Las guijas templadas cuerdas.
Perdonad si de instrumentos
Solos la música suena,
Sin cantores que os deleiten,
Sin voces que os entretengan;
Que como músicos son
Los pájaros que gorjean,
No quieren cantar de noche,
Ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentáos pues, y divertid
Esa continua dolencia.

DON LOPE. No podré; que es imposible
Que divertimiento tenga.
¡Válgame Dios!

CRESPO. Valga, amen.

DON LOPE. Los cielos me dén paciencia.
Sentáos, Crespo.

CRESPO. Yo estoy bien.

DON LOPE. Sentáos.

CRESPO. Pues me dais licencia,
Digo, señor, que obedezco,
Aunque excusarlo pudiérais. (Siéntase.)

DON LOPE. ¿No sabeis qué he reparado?
Que ayer la cólera vuestra
Os debió de enajenar
De vos.

CRESPO. Nunca me enajena
A mí de mí nada.

DON LOPE. Pues
¿Cómo ayer, sin que os dijera
Que os sentárais, os sentasteis,
Y aun en la silla primera?

CRESPO. Porque no me lo dijisteis;
Y hoy, que lo decis, quisiera
No hacerlo: la cortesía,
Tenerla con quien la tenga.

DON LOPE. Ayer todo erais reniegos,
Porvidas, votos y pesias;
Y hoy estais mas apacible,
Con mas gusto y mas prudencia.

CRESPO. Yo, señor, respondo siempre
En el tono y en la letra
Que me hablan: ayer vos
Así hablabais, y era fuerza
Que fueran de un mismo tono
La pregunta y la respuesta.
Demas de que yo he tomado
Por política discreta
Jurar con aquel que jura,
Rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
Y es aquesto de manera,
Que en toda la noche pude
Dormir, en la pierna vuestra
Pensando, y amanecí
Con dolor en ambas piernas;
Que por no errar la que os duele,
Si es la izquierda ó la derecha,
Me dolieron á mí entrambas;
Decidme por vida vuestra
Cuál es, y sépalo yo,
Porque una sola me duela.

DON LOPE. ¿No tengo mucha razon
De quejarme, si ha ya treinta
Años que asistiendo en Flándes
Al servicio de la guerra,
El invierno con la escarcha,
Y el verano con la fuerza
Del sol, nunca descansé,
Y no he sabido qué sea
Estar sin dolor una hora?

CRESPO. ¡Dios, señor, os dé paciencia!

DON LOPE. ¿Para qué la quiero yo?

CRESPO. No os la dé.

DON LOPE. Nunca acá venga,
Sino que dos mil demonios
Carguen conmigo y con ella.

CRESPO. Amen, y si no lo hacen,
Es por no hacer cosa buena.

DON LOPE. ¡Jesus mil veces, Jesus!
CRESPO. Con vos y conmigo sea.
DON LOPE. ¡Vive Cristo, que me muero!
CRESPO. ¡Vive Cristo, que me pesa!

ESCENA VI.

JUAN, *que saca la mesa.* — DON LOPE, CRESPO.

JUAN. Ya tienes la mesa aquí.
DON LOPE. ¿Cómo á servirla no entran
Mis criados?
CRESPO. Yo, señor,
Dije, con vuestra licencia,
Que no entraran á serviros,
Y que en mi casa no hicieran
Prevenciones; que á Dios gracias,
Pienso que no os falte en ella
Nada.
DON LOPE. Pues no entran criados,
Hacedme merced que venga
Vuestra hija aquí á cenar
Conmigo.
CRESPO. Dila que venga
A tu hermana al punto, Juan. (Vase Juan.)
DON LOPE. Mi poca salud me deja
Sin sospecha en esta parte.
CRESPO. Aunque vuestra salud fuera,
Señor, la que yo os deseo,
Me dejara sin sospecha.
Agravio haceis á mi amor;
Que nada deso me inquieta:
Pues decirla que no entrara
Aquí, fué con advertencia
De que no estuviese á oir
Ociosas impertinencias;
Que si todos los soldados
Corteses como vos fueran,
Ella habia de asistir
A servirlos la primera.
DON LOPE. (Ap.) ¡Qué ladino es el villano,
O cómo tiene prudencia!

ESCENA VII.

JUAN, INES, ISABEL. — DON LOPE, CRESPO.

ISABEL. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
CRESPO. El señor Don Lope intenta
Honraros: él es quien llama.
ISABEL. Aquí está una esclava vuestra.
DON LOPE. Serviros intento yo.
(Ap. ¡Qué hermosura tan honesta!)
Que ceneis conmigo quiero.
ISABEL. Mejor es que á vuestra cena
Sirvamos las dos.
DON LOPE. Sentáos.
CRESPO. Sentáos, haced lo que ordena
El señor Don Lope.
ISABEL. Esté
El mérito en la obediencia.
(Siéntase. — Tocan dentro guitarras.)
DON LOPE. ¿Qué es aquello?
CRESPO. Por la calle
Los soldados se pasean
Tocando y cantando.
DON LOPE. Mal
Los trabajos de la guerra
Sin aquesta libertad
Se llevaran; que es estrecha
Religion la de un soldado,
Y darla ensanches es fuerza.
JUAN. Con todo eso, es linda vida.
DON LOPE. Fuérades con gusto á ella?
JUAN. Sí, señor, como llevara
Por amparo á Vuecelencia.

ESCENA VIII.

SOLDADOS, REBOLLEDO. — DICHOS.

UN SOLDADO. (Dentro.) Mejor se cantará aquí.
REBOLLEDO. (Dentro.) Vaya á Isabel una letra.
Y porque despierte, tira
A su ventana una piedra.
(Suena una piedra en una ventana.)
CRESPO. (Ap.) A ventana señalada
Va la música: paciencia.

UNA VOZ. (Canta dentro.) *Las flores del romero,*
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Y mañana serán miel.
DON LOPE. (Ap. Música, vaya; mas esto
De tirar es desvergüenza...
¡Y á la casa donde estoy
Venirse á dar cantaletas!...
Pero disimularé
Por Pedro Crespo y por ella.)
¡Qué travesuras!
CRESPO. Son mozos.
(Ap. Si por Don Lope no fuera,
Yo les hiciera...)
JUAN. (Ap.) Si yo
Una rodelilla vieja,
Que en el cuarto de Don Lope
Está colgada, pudiera
Sacar... (Hace que se va.
CRESPO. ¿Dónde vais, mancebo?
JUAN. Voy á que traigan la cena.
CRESPO. Allá hay mozos que la traigan.
SOLDADOS. (Dentro cantando.) *Despierta, Isabel, despierta.*
ISABEL. (Ap.) ¿Qué culpa tengo yo, cielos.
Para estar á esto sujeta?
DON LOPE. Ya no se puede sufrir,
Porque es cosa muy mal hecha. (Arroja la mesa.)
CRESPO. Pues ¡y cómo que lo es! (Arroja la silla.)
DON LOPE. (Ap. Llevéme de mi impaciencia.)
¿No es, decidme, muy mal hecho
Que tanto una pierna duela?
CRESPO. Deso mismo hablaba yo.
DON LOPE. Pensé que otra cosa era.
Como arrojásteis la silla...
CRESPO. Como arrojásteis la mesa
Vos, no tuve que arrojar
Otra cosa yo mas cerca.
(Ap. Disimulemos, honor.)
DON LOPE. (Ap. ¡Quién en la calle estuviera!)
Ahora bien, cenar no quiero.
Retiráos.
CRESPO. En hora buena.
DON LOPE. Señora, quedad con Dios.
ISABEL. El cielo os guarde.
DON LOPE. (Ap.) A la puerta
De la calle ¿no es mi cuarto?
Y en él ¿no está una rodela?

CRESPO. (Ap.) ¿No tiene puerta el corral,
Y yo una espadilla vieja?
DON LOPE. Buenas noches.
CRESPO. Buenas noches.
(Ap. Encerraré por defuera
A mis hijos.)
DON LOPE. (Ap.) Dejaré
Un poco la casa quieta.
ISABEL. (Ap.) ¡Oh qué mal, cielos, los dos
Disimulan que les pesa!
INES. (Ap.) Mal el uno por el otro
Van haciendo la deshecha.
CRESPO. ¡Hola, mancebo!...
JUAN. Señor.
CRESPO. Acá está la cama vuestra.
(Vanse.)

Calle.

ESCENA IX.

EL CAPITAN, EL SARGENTO; LA CHISPA, y REBOLLEDO, *con guitarras.* — SOLDADOS.

REBOLLEDO. Mejor estamos aquí.
El sitio es mas oportuno:
Tome rancho cada uno.
CHISPA. ¿Vuelve la música?
REBOLLEDO. Sí.
CHISPA. Ahora estoy en mi centro.
CAPITAN. ¡Que no haya una ventana
Entreabierto esta villana!
SARGENTO. Pues bien lo oyen allá dentro.
CHISPA. Espera.
SARGENTO. Será á mi costa.
REBOLLEDO. No es mas de hasta ver quién es
Quien llega.
CHISPA. Pues qué ¿no ves
Un jinete de la costa?

ESCENA X.

DON MENDO, *con adarga*, NUÑO. — DICHOS.

DON MENDO. (Ap. á Nuño.) ¿Ves bien lo que pasa?
NUÑO. No,
No veo bien; pero bien
Lo escucho.
DON MENDO. ¿Quién, cielos, quién
Esto puede sufrir?
NUÑO. Yo.
DON MENDO. ¿Abrirá acaso Isabel
La ventana?
NUÑO. Sí abrirá.
DON MENDO. No hará, villano.
NUÑO. No hará.
DON MENDO. ¡Ah, celos, pena cruel!
Bien supiera yo arrojar
A todos á cuchilladas
De aquí; mas disimuladas
Mis desdichas han de estar,
Hasta ver si ella ha tenido
Culpa dello.
NUÑO. Pues aquí
Nos sentemos.
DON MENDO. Bien: así
Estaré desconocido.
REBOLLEDO. Pues ya el hombre se ha sentado,
Si ya no es que ser ordena
Alguna alma que anda en pena,
De las cañas que ha jugado,
Con su adarga á cuestas, da
Voz al aire. (A la Chispa.)
CHISPA. Ya él la lleva.
REBOLLEDO. Va una jácara tan nueva,
Que corra sangre.
CHISPA. Sí hará.

ESCENA XI.

DON LOPE y CRESPO, *á un tiempo, con broqueles, y cada uno por su lado.* — DICHOS.

CHISPA. (Canta.) *Érase cierto Sampayo,*
La flor de los andaluces,
El jaque de mayor porte

Y el rufo de mayor lustre.
Este pues á la Chillona
Halló un dia . . .

REBOLLEDO. No le culpen
La fecha; que el asonante
Quiere que haya sido en lúnes.

CHISPA. *Halló, digo, á la Chillona,*
Que brindando entre dos luces
Ocupaba con el Garlo
La casa de las azumbres.
El Garlo, que siempre fué,
En todo lo que le cumple,
Rayo de tejado abajo,
Porque era rayo sin nube,
Sacó la espada, y á un tiempo
De tajo y reves sacude.

CRESPO. Sería desta manera.

DON LOPE. Que sería así no duden. —

(Acuchillan Don Lope y Crespo á los soldados y á Don Mendo y Nuño; métenlos, y vuelve Don Lope.)

Huyeron, y uno ha quedado
Dellos, que es el que está aquí.

(Vuelve Crespo.)

CRESPO. (Ap.) Cierto es que el que queda allí,
Sin duda es algun soldado.

DON LOPE. (Ap.) Ni aun este se ha de escapar
Sin almagre.

CRESPO. (Ap.) Ni este quiero
Que quede sin que mi acero
La calle le haga dejar.

DON LOPE. Huid con los otros.

CRESPO. Huid vos,
Que sabreis huir mas bien.

(Riñen.)

DON LOPE. (Ap.) ¡Vive Dios, que riñe bien!

CRESPO. (Ap.) ¡Bien pelea, vive Dios!

ESCENA XII.

JUAN, *con espada.* — DON LOPE, CRESPO.

JUAN. (Ap. Quiera el cielo que le tope.)
Señor, á tu lado estoy.

DON LOPE. ¿Es Pedro Crespo?

CRESPO. Yo soy.
¿Es Don Lope?

DON LOPE. Sí es Don Lope.
¿Que no habiais, no dijisteis,
De salir? ¿Qué hazaña es esta?
CRESPO. Sean disculpa y respuesta
Hacer lo que vos hicisteis.
DON LOPE. Aquesta era ofensa mia,
Vuestra no.
CRESPO. No hay que fingir;
Que yo he salido á reñir
Por haceros compañía.

ESCENA XIII.

SOLDADOS, EL CAPITAN. — DICHOS.

SOLDADOS. (Dentro.) A dar muerte nos juntemos
A estos villanos.
CAPITAN. (Dentro.) Mirad . . .
(Salen los soldados y el Capitan.)
DON LOPE. ¿Adónde vais? Esperad.
¿De qué son estos extremos?
CAPITAN. Los soldados han tenido
(Porque se estaban holgando
En esta calle, cantando
Sin alboroto y rüido)
Una pendencia, y yo soy
Quien los está deteniendo.
DON LOPE. Don Alvaro, bien entiendo
Vuestra prudencia; y pues hoy
Aqueste lugar está
En ojeriza, yo quiero
Excusar rigor mas fiero;
Y pues amanece ya,
Orden doy que en todo el dia,
Para que mayor no sea
El daño, de Zalamea
Saqueis vuestra compañía:
Y estas cosas acabadas,
No vuelvan á ser, porque
Otra vez la paz pondré,
Vive Dios, á cuchilladas.
CAPITAN. Digo que por la mañana
La compañía haré marchar.
(Ap. La vida me has de costar,
Hermosísima villana.)

CRESPO. (Ap.) Caprichudo es el Don Lope;
Ya haremos migas los dos.
DON LOPE. Veníos conmigo vos,
Y solo ninguno os tope.
(Vanse.)

ESCENA XIV.

DON MENDO; NUÑO, *herido.*

DON MENDO. ¿Es algo, Nuño, la herida?
NUÑO. Aunque fuera menor, fuera
De mí muy mal recibida,
Y mucho mas que quisiera.
DON MENDO. Yo no he tenido en mi vida
Mayor pena ni tristeza.
NUÑO. Yo tampoco.
DON MENDO. Que me enoje
Es justo. ¿Que su fiereza
Luego te dió en la cabeza?
NUÑO. Todo este lado me coge.
(Tocan dentro.)
DON MENDO. ¿Qué es esto?
NUÑO. La compañía,
Que hoy se va.
DON MENDO. Y es dicha mia,
Pues con eso cesarán
Los celos del Capitan.
NUÑO. Hoy se ha de ir en todo el dia.

ESCENA XV.

EL CAPITAN y EL SARGENTO, *á un lado.* — DON MENDO y NUÑO, *al otro.*

CAPITAN. Sargento, vaya marchando
Antes que decline el dia
Con toda la compañía,
Y con prevencion que cuando
Se esconda en la espuma fria
Del océano español
Ese luciente farol,
En ese monte le espero,
Porque hallar mi vida quiero
Hoy en la muerte del sol.
SARGENTO. (Ap. al Capitan.) Calla, que está aquí un figura
Del lugar.

DON MENDO. (Ap. á Nuño.) Pasar procura,
Sin que entienda mi tristeza.
No muestres, Nuño, flaqueza.

NUÑO. ¿Puedo yo mostrar gordura?
(Vanse Don Mendo y Nuño.)

ESCENA XVI.

EL CAPITAN, EL SARGENTO.

CAPITAN. Yo he de volver al lugar,
Porque tengo prevenida
Una criada, á mirar
Si puedo por dicha hablar
A aquesta hermosa homicida.
Dádivas han granjeado
Que apadrine mi cuidado.

SARGENTO. Pues, señor, si has de volver,
Mira que habrás menester
Volver bien acompañado;
Porque al fin no hay que fiar
De villanos.

CAPITAN. Ya lo sé.
Algunos puedes nombrar
Que vuelvan conmigo.

SARGENTO. Haré
Cuanto me quieras mandar.
Pero, si acaso volviese
Don Lope, y te conociese
Al volver . . .

CAPITAN. Ese temor
Quiso tambien que perdiese
En esta parte mi amor;
Que Don Lope se ha de ir
Hoy tambien á prevenir
Todo el tercio á Guadalupe;
Que todo lo dicho supe
Yéndome ahora á despedir
Dél, porque ya el Rey vendrá,
Que puesto en camino está.

SARGENTO. Voy, señor, á obedecerte.

CAPITAN. Que me va la vida advierte.

ESCENA XVII.

REBOLLEDO, LA CHISPA. — EL CAPITAN, EL SARGENTO.

REBOLLEDO. Señor, albricias me da.
CAPITAN. ¿De qué han de ser, Rebolledo?
REBOLLEDO. Muy bien merecerlas puedo,
Pues solamente te digo...
CAPITAN. ¿Qué?
REBOLLEDO. Que ya hay un enemigo
Ménos á quien tener miedo.
CAPITAN. ¿Quién es? Dilo presto.
REBOLLEDO. Aquel
Mozo, hermano de Isabel.
Don Lope se le pidió
Al padre, y él se le dió,
Y va á la guerra con él.
En la calle le he encontrado
Muy galan, muy alentado,
Mezclando á un tiempo, señor,
Rezagos de labrador
Con primicias de soldado:
De suerte que el viejo es ya
Quien pesadumbre nos da.
CAPITAN. Todo nos sucede bien,
Y mas si me ayuda quien
Esta esperanza me da,
De que esta noche podré
Hablarla.
REBOLLEDO. No pongas duda.
CAPITAN. Del camino volveré;
Que ahora es razon que acuda
A la gente que se ve
Ya marchar. Los dos sereis
Los que conmigo vendreis. (Vase.)
REBOLLEDO. Pocos somos, vive Dios,
Aunque vengan otros dos,
Otros cuatro y otros seis.
CHISPA. Y yo, si tú has de volver,
Allá ¿qué tengo de hacer?
Pues no estoy segura yo,
Si da conmigo el que dió
Al barbero que coser.
REBOLLEDO. No sé qué he de hacer de tí.
¿No tendrás ánimo, di,
De acompañarme?

CHISPA. ¿Pues no?
¿Vestido no tengo yo,
Animo y esfuerzo?
REBOLLEDO. Sí,
Vestido no faltará;
Que ahí otro del paje está
De jineta, que se fué.
CHISPA. Pues yo plaza pasaré
Por él.
REBOLLEDO. Vamos, que se va
La bandera.
CHISPA. Y yo veo ahora
Por qué en el mundo he cantado.
«Que el amor del soldado
No dura un hora.» (Vanse.)

ESCENA XVIII.

DON LOPE, CRESPO, JUAN.

DON LOPE. A muchas cosas os soy
En extremo agradecido;
Pero sobre todas, esta
De darme hoy á vuestro hijo
Para soldado, en el alma
Os la agradezco y estimo.
CRESPO. Yo os le doy para criado.
DON LOPE. Yo os le llevo para amigo;
Que me ha inclinado en extremo
Su desenfado y su brio,
Y la aficion á las armas.
JUAN. Siempre á vuestros piés rendido
Me tendreis, y vos vereis
De la manera que os sirvo,
Procurando obedeceros
En todo.
CRESPO. Lo que os suplico,
Es que perdoneis, señor,
Si no acertare á serviros,
Porque en el rústico estudio,
Adonde rejas y trillos,
Palas, azadas y bieldos
Son nuestros mejores libros,
No habrá podido aprender
Lo que en los palacios ricos

Enseña la urbanidad
Política de los siglos.

DON LOPE. Ya que va perdiendo el sol
La fuerza, irme determino.

JUAN. Veré si viene, señor,
La litera. (Vase.)

ESCENA XIX.

ISABEL, INES. — DON LOPE, CRESPO.

ISABEL. ¿Y es bien iros,
Sin que os despidais de quien
Tanto desea serviros?

DON LOPE. (A Isabel.) No me fuera sin besaros
Las manos y sin pediros
Que liberal perdoneis
Un atrevimiento digno
De perdon, porque no el premio
Hace el don, sino el servicio.
Esta venera, que aunque
Está de diamantes ricos
Guarnecida, llega pobre
A vuestras manos, suplico
Que la tomeis y traigais
Por patena, en nombre mio.

ISABEL. Mucho siento que penseis,
Con tan generoso indicio,
Que pagais el hospedaje,
Pues de honra que recibimos,
Somos los deudores.

DON LOPE. Esto
No es paga, sino cariño.

ISABEL. Por cariño, y no por paga,
Solamente la recibo.
A mi hermano os encomiendo,
Ya que tan dichoso ha sido
Que merece ir por criado
Vuestro.

DON LOPE. Otra vez os afirmo
Que podeis descuidar dél;
Que va, señora, conmigo.

ESCENA XX.

JUAN. — DICHOS.

JUAN. Ya está la litera puesta.
DON LOPE. Con Dios os quedad.
CRESPO. El mismo
Os guarde.
DON LOPE. ¡A buen Pedro Crespo!
CRESPO. ¡Ah señor Don Lope invicto!
DON LOPE. ¿Quién os dijera aquel dia
Primero que aquí nos vimos,
Que habiamos de quedar
Para siempre tan amigos?
CRESPO. Yo lo dijera, señor,
Si allí supiera, al oiros,
Que erais . . . (Al irse ya.)
DON LOPE. Decid por mi vida.
CRESPO. Loco de tan buen capricho.
(Vase Don Lope.)

ESCENA XXI.

CRESPO, JUAN, ISABEL, INES.

CRESPO. En tanto que se acomoda
El señor Don Lope, hijo,
Ante tu prima y tu hermana
Escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
Eres de linaje limpio
Mas que el sol, pero villano:
Lo uno y lo otro te digo,
Aquello, porque no humilles
Tanto tu orgullo y tu brio,
Que dejes, desconfiado,
De aspirar con cuerdo arbitrio
A ser mas; lo otro, porque
No vengas, desvanecido,
A ser ménos: igualmente
Usa de entrambos designios
Con humildad; porque siendo
Humilde, con recto juicio
Acordarás lo mejor;
Y como tal, en olvido
Pondrás cosas que suceden

Al reves en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
Algun defecto consigo,
Le han borrado por humildes!
Y ¡á cuántos, que no han tenido
Defecto, se le han hallado,
Por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobremanera,
Sé liberal y esparcido;
Que el sombrero y el dinero
Son los que hacen los amigos;
Y no vale tanto el oro
Que el sol engendra en el indio
Suelo y que conduce el mar,
Como ser uno bienquisto.
No hables mal de las mujeres;
La mas humilde, te digo
Que es digna de estimacion,
Porque, al fin, dellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa;
Que cuando en los pueblos miro
Muchos que á reñir enseñan,
Mil veces entre mí digo:
«Aquesta escuela no es
La que ha de ser, pues colijo
Que no ha de enseñarse á un hombre
Con destreza, gala y brio
A reñir, sino á por qué
Ha de reñir; que yo afirmo
Que si hubiera un maestro solo
Que enseñara prevenido,
No el cómo, el por qué se riña,
Todos le dieran sus hijos:»
Con esto, y con el dinero
Que llevas para el camino,
Y para hacer, en llegando
De asiento, un par de vestidos,
El amparo de Don Lope
Y mi bendicion, yo fío
En Dios que tengo de verte
En otro puesto. Adios, hijo;
Que me enternezco en hablarte.

JUAN. Hoy tus razones imprimo
En el corazon, adonde
Vivirán, miéntras yo vivo.
Dame tu mano, y tú, hermana,
Los brazos; que ya ha partido

Don Lope, mi señor, y es
Fuerza alcanzarle.

ISABEL. Los mios
Bien quiesieran detenerte.

JUAN. Prima, adios.

INES. Nada te digo
Con la voz, porque los ojos
Hurtan á la voz su oficio.
Adios.

CRESPO. Ea, vete presto;
Que cada vez que te miro,
Siento mas el que te vayas;
Y haz por ser lo que te he dicho.

JUAN. El cielo con todos quede.

CRESPO. El cielo vaya contigo.

(Vase Juan.)

ESCENA XXII.

CRESPO, ISABEL, INES.

ISABEL. ¡Notable crueldad has hecho!

CRESPO. (Ap. Ahora que no le miro,
Hablaré mas consolado.)
¿Qué habia de hacer conmigo,
Sino ser toda su vida
Un holgazan, un perdido?
Váyase á servir al Rey.

ISABEL. Que de noche haya salido,
Me pesa á mí.

CRESPO. Caminar
De noche por el estío,
Antes es comodidad
Que fatiga, y es preciso
Que á Don Lope alcance luego
Al instante. (Ap. Enternecido
Me deja, cierto, el muchacho,
Aunque en público me animo.)

ISABEL. Entrate, señor, en casa.

INES. Pues sin soldados vivimos,
Estémonos otro poco
Gozando á la puerta el frio
Viento que corre; que luego
Saldrán por ahí los vecinos.

CRESPO. (Ap. A la verdad, no entro dentro,
Porque desde aquí imagino,

Como el camino blanquea,
Que veo á Juan en el camino.)
Ines, sácame á esta puerta
Asiento.

INES. Aquí está un banquillo.

ISABEL. Esta tarde diz que ha hecho
La villa eleccion de oficios.

CRESPO. Siempre aquí por el agosto
Se hace.

(Siéntanse.)

ESCENA XXIII.

EL CAPITAN, EL SARGENTO, REBOLLEDO, LA CHISPA y SOLDADOS, *embozados.* — CRESPO, ISABEL, INES.

CAPITAN. (Ap. á los suyos.) Pisad sin ruido.
Llega, Rebolledo, tú,
Y da á la criada aviso
De que ya estoy en la calle.

REBOLLEDO. Yo voy. Mas ¡qué es lo que miro!
A su puerta hay gente.

SARGENTO. Y yo
En los reflejos y visos
Que la luna hace en el rostro,
Que es Isabel, imagino,
Esta.

CAPITAN. Ella es: mas que la luna,
El corazon me lo ha dicho.
A buena ocasion llegamos.
Si ya, una vez que venimos,
Nos atrevemos á todo,
Buena venida habrá sido.

SARGENTO. ¿Estás para oir un consejo?

CAPITAN. No.

SARGENTO. Pues ya no te le digo.
Intenta lo que quisieres.

CAPITAN. Yo he de llegar, y atrevido
Quitar á Isabel de allí.
Vosotros á un tiempo mismo
Impedid á cuchilladas
El que me sigan.

SARGENTO. Contigo
Venimos, y á tu órden hemos
De estar.

CAPITAN. Advertid que el sitio
Donde habemos de juntarnos
Es ese monte vecino,
Que está á la mano derecha,
Como salen del camino.

REBOLLEDO. Chispa.

CHISPA. ¿Qué?

REBOLLEDO. Ten esas capas.

CHISPA. Que es del reñir, imagino,
La gala el guardar la ropa,
Aunque del nadar se dijo.

CAPITAN. Yo he de llegar el primero.

CRESPO. Harto hemos gozado el sitio.
Entrémonos allá dentro.

CAPITAN. (Ap. á los suyos.) Ya es tiempo, llegad, amigos.

(Lléganse á los tres los soldados; detienen á Crespo y á Ines, y se apoderan de Isabel.)

ISABEL. ¡Ah traidor! Señor, ¿qué es esto?

CAPITAN. Es una furia, un delirio
De amor. (Llévala y vase.)

ISABEL. (Dentro.) ¡Ah traidor! — ¡Señor!

CRESPO. ¡Ah cobardes!

ISABEL. (Dentro.) ¡Padre mio!

INES. (Ap.) Yo quiero aquí retirarme. (Vase.)

CRESPO. ¡Cómo echais de ver (¡ah impíos!)
Que estoy sin espada, aleves,
Falsos y traidores!

REBOLLEDO. Idos,
Si no quereis que la muerte
Sea el último castigo.

(Vanse los robadores.)

CRESPO. ¿Qué importará, si está muerto
Mi honor, el quedar yo vivo!
¡Ah! ¡quién tuviera una espada!
Porque sin armas seguirlos
Es en vano; y si brioso
A ir por ella me aplico,
Los he de perder de vista.
¿Qué he de hacer, hados esquivos;
Que de cualquiera manera
Es uno solo el peligro?

ESCENA XXIV.

INES, *con una espada.* — CRESPO.

INES. Ya tienes aquí la espada.
CRESPO. A buen tiempo la has traido.
Ya tengo honra, pues tengo
Espada con qué seguiros.
(Vanse.)

Campo.

ESCENA XXV.

CRESPO, *riñendo con* EL SARGENTO, REBOLLEDO *y los* SOLDADOS; *despues,* ISABEL.

CRESPO. Soltad la presa, traidores
Cobardes, que habeis cogido;
Que he de cobrarla, ó la vida
He de perder.
SARGENTO. Vano ha sido
Tu intento, que somos muchos.
CRESPO. Mis males son infinitos,
Y riñen todos por mí... (Cae.)
— Pero la tierra que piso,
Me ha faltado.
REBOLLEDO. Dadle muerte.
SARGENTO. Mirad que es rigor impío
Quitarle vida y honor.
Mejor es en lo escondido
Del monte dejarle atado,
Porque no lleve el aviso.
ISABEL. (Dentro.) ¡Padre y señor!
CRESPO. ¡Hija mia!
REBOLLEDO. Retírale como has dicho.
CRESPO. Hija solamente puedo
Seguirte con mis suspiros.
(Llévanle.)

ESCENA XXVI.

ISABEL y CRESPO, *dentro; despues,* JUAN.

ISABEL. (Dentro.) ¡Ay de mí!
JUAN. (Saliendo.) ¡Qué triste voz!

CRESPO. (Dentro.) ¡Ay de mí!
JUAN. ¡Mortal gemido!
A la entrada dese monte
Cayó mi rocin conmigo,
Veloz corriendo, y yo ciego
Por la maleza le sigo.
Tristes voces á una parte,
Y á otra míseros gemidos
Escucho, que no conozco,
Porque llegan mal distintos.
Dos necesidades son
Las que apellidan á gritos
Mi valor; y pues iguales
A mi parecer han sido,
Y uno es hombre, otra mujer,
A seguir esta me animo;
Que así obedezco á mi padre
En dos cosas que me dijo:
«Reñír con buena ocasion,
Y honrar la mujer» pues miro
Que así honro las mujeres,
Y con buena ocasion riño.

JORNADA TERCERA.

Interior de un monte.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, *llorando.*

Nunca amanezca á mis ojos
La luz hermosa del dia,
Porque á su sombra no tenga
Vergüenza yo de mí misma.
¡Oh tú, de tantas estrellas
Primavera fugitiva,
No dés lugar á la aurora,
Que tu azul campaña pisa,
Para que con risa y llanto

Borre tu apacible vista,
O ya que ha de ser, que sea
Con llanto, mas no con risa!
Detente, oh mayor planeta,
Mas tiempo en la espuma fria
Del mar: deja que una vez
Dilate la noche esquiva
Su trémulo imperio: deja
Que de tu deidad se diga,
Atenta á mis ruegos, que es
Voluntaria y no precisa.
¿Para qué quieres salir
A ver en la historia mia
La mas enorme maldad,
La mas fiera tiranía,
Que en vergüenza de los hombres
Quiere el cielo que se escriba?
Mas ¡ay de mí! que parece
Que es crueldad tu tiranía;
Pues desde que te he rogado
Que te detuvieses, miran
Mis ojos tu faz hermosa
Descollarse por encima
De los montes. ¡Ay de mí!
Que acosada y perseguida
De tantas penas, de tantas
Ansias, de tantas impías
Fortunas, contra mi honor
Se han conjurado tus iras.
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?
Si á mi casa determinan
Volver mis erradas plantas,
Será dar nueva mancilla
Al anciano padre mio,
Que otro bien, otra alegría
No tuvo, sino mirarse
En la clara luna limpia
De mi honor, que hoy ¡desdichado!
Tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo, por su respeto
Y mi temor afligida,
De volver á casa, dejo
Abierto el paso á que digan
Que fuí cómplice en mi infamia;
Y ciega y inadvertida
Vengo á hacer de la inocencia
Acrêdora á la malicia.

¡Qué mal hice, qué mal hice
De escaparme fugitiva
De mi hermano! ¿No valiera
Mas que su cólera altiva
Me diera la muerte, cuando
Llegó á ver la suerte mia?
Llamarle quiero, que vuelva
Con saña mas vengativa
Y me dé muerte: confusas
Voces el eco repita,
Diciendo...

ESCENA II.

CRESPO. — ISABEL.

CRESPO. (Dentro.) Vuelve á matarme,
Serás piadoso homicida;
Que no es piedad el dejar
A un desdichado con vida.
ISABEL. ¿Qué voz es esta, que mal
Pronunciada y poco oida,
No se deja conocer?
CRESPO. (Dentro.) Dadme muerte, si os obliga
Ser piadosos.
ISABEL. ¡Cielos, cielos!
Otro la muerte apellida,
Otro desdichado hay mas,
Que hoy á pesar suyo viva.
(Aparta unas ramas, y descúbrese Crespo atado.)
Mas ¿qué es lo que ven mis ojos?
CRESPO. Si piedades solicita
Cualquiera que aqueste monte
Temerosamente pisa,
Llegue á dar muerte... Mas ¡cielos!
¿Qué es lo que mis ojos miran?
ISABEL. Atadas atras las manos
A una rigurosa encina...
CRESPO. Enterneciendo los cielos
Con las voces que apellida...
ISABEL. Mi padre está.
CRESPO. Mi hija veo.
ISABEL. ¡Padre y señor!
CRESPO. Hija mia,
Llégate, y quita estos lazos.

ISABEL. No me atrevo; que si quitan
Los lazos que te aprisionan,
Una vez las manos mias,
No me atreveré, señor,
A contarte mis desdichas,
A referirte mis penas;
Porque si una vez te miras
Con manos, y sin honor,
Me darán muerte tus iras;
Y quiero, antes que lo veas,
Referirte mis fatigas.

CRESPO. Detente, Isabel, detente,
No prosigas; que hay desdichas,
Que para contarlas, no
Es menester referirlas.

ISABEL. Hay muchas cosas que sepas,
Y es forzoso que al decirlas,
Tu valor se irrite, y quieras
Vengarlas antes de oirlas.
— Estaba anoche gozando
La seguridad tranquila,
Que al abrigo de tus canas
Mis años me prometian,
Cuando aquellos embozados
Traidores (que determinan
Que lo que el honor defiende,
El atrevimiento rinda)
Me robaron: bien así
Como de los pechos quita
Carnicero hambriento lobo
A la simple corderilla.
Aquel Capitan, aquel
Huésped ingrato, que el dia
Primero introdujo en casa
Tan nunca esperada cisma
De traiciones y cautelas,
De pendencias y rencillas,
Fué el primero que en sus brazos
Me cogió, miéntras le hacian
Espaldas otros traidores,
Que en su bandera militan.
Aqueste intrincado, oculto
Monte, que está á la salida
Del lugar, fué su sagrado:
¿Cuándo de la tiranía
No son sagrado los montes?
Aquí ajena de mí misma

Dos veces me miré, cuando
Aun tu voz, que me seguia,
Me dejó; porque ya el viento,
A quien tus acentos fias,
Con la distancia, por puntos
Adelgazándose iba:
De suerte, que las que eran
Antes razones distintas,
No eran voces, sino ruido;
Luego, en el viento esparcidas,
No eran voces, sino ecos
De unas confusas noticias;
Como aquel que oye un clarin,
Que cuando dél se retira,
Le queda por mucho rato,
Si no el ruido, la noticia.
El traidor pues en mirando
Que ya nadie hay que le siga,
Que ya nadie hay que me ampare,
Porque hasta la luna misma
Ocultó entre pardas sombras,
O cruel ó vengativa,
Aquella ¡ay de mí! prestada
Luz que del sol participa;
Pretendió ¡ay de mí otra vez
Y otras mil! con fementidas
Palabras, buscar disculpa
A su amor. ¿A quién no admira
Querer de un instante á otro
Hacer la ofensa caricia?
¡Mal haya el hombre, mal haya
El hombre que solicita
Por fuerza ganar un alma,
Pues no advierte, pues no mira
Que las victorias de amor,
No hay trofeo en que consistan,
Sino en granjear el cariño
De la hermosura que estiman!
Porque querer sin el alma
Una hermosura ofendida,
Es querer á una mujer
Hermosa, pero no viva.
¡Qué ruegos, qué sentimientos,
Ya de humilde, ya de altiva,
No le dije! Pero en vano,
Pues (calle aquí la voz mia)
Soberbio (enmudezca el llanto),

Atrevido (el pecho gima),
Descortés (lloren los ojos),
Fiero (ensordezca la envidia),
Tirano (falte el aliento),
Osado (luto me vista) . . .
Y si lo que la voz yerra,
Tal vez con la accion se explica,
De vergüenza cubro el rostro,
De empacho lloro ofendida,
De rabia tuerzo las manos,
El pecho rompo de ira:
Entiende tú las acciones,
Pues no hay voces que lo digan;
Baste decir que á las quejas
De los vientos repetidas,
En que ya no pedia al cielo
Socorro, sino justicia,
Salió el alba, y con el alba,
Trayendo la luz por guia,
Sentí ruido entre unas ramas:
Vuelvo á mirar quién sería,
Y veo á mi hermano. ¡Ay cielos!
¿Cuándo, cuándo ¡ah suerte impía!
Llegaron á un desdichado
Los favores mas aprisa?
El á la dudosa luz
Que, si no alumbra, ilumina,
Reconoce el daño, antes
Que ninguno se le diga;
Que son linces los pesares,
Que penetran con la vista.
Sin hablar palabra, saca
El acero que aquel dia
Le ceñiste: el Capitan,
Que el tardo socorro mira
En mi favor, contra el suyo
Saca la blanca cuchilla:
Cierra el uno con el otro;
Este repara, aquel tira;
Y yo, en tanto que los dos
Generosamente lidian,
Viendo temerosa y triste
Que mi hermano no sabía
Si tenia culpa ó no,
Por no aventurar mi vida
En la disculpa, la espalda
Vuelvo, y por la entretejida

Maleza del monte huyo;
Pero no con tanta prisa,
Que no hiciese de unas ramas
Intrincadas celosías,
Porque deseaba, señor,
Saber lo mismo que huia.
A poco rato, mi hermano
Dió al Capitan una herida:
Cayó, quiso asegundarle,
Cuando los que ya venian
Buscando á su capitan,
En su venganza se irritan.
Quiere defenderse; pero
Viendo que era una cuadrilla,
Corre veloz; no le siguen,
Porque todos determinan
Mas acudir al remedio
Que á la venganza que incitan.
En brazos al Capitan
Volvieron hácia la villa,
Sin mirar en su delito;
Que en las penas sucedidas,
Acudir determinaron
Primero á la mas precisa.
Yo pues que atenta miraba
Eslabonadas y asidas
Unas ansias de otras ansias,
Ciega, confusa y corrida,
Discurrí, bajé, corrí,
Sin luz, sin norte, sin guia,
Monte, llano y espesura,
Hasta que á tus piés rendida,
Antes que me dés la muerte
Te he contado mis desdichas.
Ahora que ya las sabes,
Rigurosamente anima
Contra mi vida el acero,
El valor contra mi vida;
Que ya para que me mates,
Aquestos lazos te quitan (Le desata.)
Mis manos: alguno dellos
Mi cuello infeliz oprima.
Tu hija soy, sin honra estoy
Y tú libre: solicita
Con mi muerte tu alabanza,
Para que de tí se diga

Que por dar vida á tu honor,
Diste la muerte á tu hija.

CRESPO. Alzate, Isabel, del suelo;
No, no estés mas de rodillas;
Que á no haber estos sucesos
Que atormenten y que aflijan,
Ociosas fueran las penas,
Sin estimacion las dichas
Para los hombres se hicieron,
Y es menester que se impriman
Con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa:
Démos la vuelta á mi casa;
Que este muchacho peligra,
Y hemos menester hacer
Diligencias exquisitas
Por saber dél y ponerle
En salvo.

ISABEL. (Ap.) Fortuna mia,
O mucha cordura, ó mucha
Cautela es esta.

CRESPO. Camina.
(Vanse.)

Calle á la entrada del pueblo.

ESCENA III.

CRESPO, ISABEL.

CRESPO. ¡Vive Dios, que si la fuerza
Y necesidad precisa
De curarse, hizo volver
Al Capitan á la villa,
Que pienso que le está bien
Morirse de aquella herida,
Por excusarse de otra
Y otras mil! que el ansia mia
No ha de parar, hasta darle
La muerte. Ea, vamos, hija,
A nuestra casa.

ESCENA IV.

EL ESCRIBANO. — CRESPO, ISABEL.

ESCRIBANO. ¡Oh señor
Pedro Crespo! dadme albricias.
CRESPO. ¡Albricias! ¿De qué, Escribano?
ESCRIBANO. El concejo aqueste dia
Os ha hecho alcalde, y teneis
Para estrena de justicia
Dos grandes acciones hoy:
La primera, es la venida
Del Rey, que estará hoy aquí
O mañana en todo el dia,
Segun dicen; es la otra,
Que ahora han traido á la villa
De secreto unos soldados
A curarse con gran prisa,
A aquel Capitan, que ayer
Tuvo aquí su compañía.
El no dice quién le hirió;
Pero si esto se averigua,
Será una gran causa.
CRESPO. (Ap. ¡Cielos!
¡Cuando vengarse imagina,
Me hace dueño de mi honor
La vara de la justicia!
¿Cómo podré delinquir
Yo, si en esta hora misma
Me ponen á mí por juez,
Para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
No se ven con tanta prisa.)
En extremo agradecido
Estoy á quien solicita
Honrarme.
ESCRIBANO. Venid á la casa
Del concejo, y recibida
La posesion de la vara,
Hareis en la causa misma
Averiguaciones.
CRESPO. Vamos. —
A tu casa te retira.
ISABEL. ¡Duélase el cielo de mí!
¿No he de acompañarte?

CRESPO. Hija,
Ya teneis el padre alcalde:
El os guardará justicia.
(Vanse.)

Alojamiento del Capitan.

ESCENA V.

EL CAPITAN, *con banda, como herido;* EL SARGENTO.

CAPITAN. Pues la herida no era nada,
¿Por qué me hicisteis volver
Aquí?
SARGENTO. ¿Quién pudo saber
Lo que era ántes de curada?
Ya la cura prevenida,
Hemos de considerar
Que no es bien aventurar
Hoy la vida por la herida.
¿No fuera mucho peor
Que te hubieras desangrado?
CAPITAN. Puesto que ya estoy curado,
Detenernos será error.
Vámonos, antes que corra
Voz de que estamos aquí.
¿Están ahí los otros?
SARGENTO. Sí.
CAPITAN. Pues la fuga nos socorra
Del riesgo destos villanos;
Que si se llega á saber
Que estoy aquí, habrá de ser
Fuerza apelar á las manos.

ESCENA VI.

REBOLLEDO. — EL CAPITAN, EL SARGENTO.

REBOLLEDO. La justicia aquí se ha entrado.
CAPITAN. ¿Qué tiene que ver conmigo
Justicia ordinaria?
REBOLLEDO. Digo
Que ahora hasta aquí ha llegado.

CAPITAN. Nada me puede á mí estar
Mejor: llegando á saber
Que estoy aquí, no hay temer
A la gente del lugar;
Que la justicia, es forzoso
Remitirme en esta tierra
A mi consejo de guerra:
Con que, aunque el lance es penoso,
Tengo mi seguridad.
REBOLLEDO. Sin duda, se ha querellado
El villano.
CAPITAN. Eso he pensado.

ESCENA VII.

CRESPO, EL ESCRIBANO, LABRADORES. — DICHOS.

CRESPO. (Dentro.) Todas las puertas tomad,
Y no me salga de aquí
Soldado que aquí estuviere;
Y al que salirse quisiere,
Matadle.
CAPITAN. Pues ¿cómo así
Entrais? (Ap. Mas ¡qué es lo que veo!)
(Sale Pedro Crespo con vara, y labradores con él.)
CRESPO. ¿Cómo no? A mi parecer,
La justicia ¿ha menester
Mas licencia?
CAPITAN. A lo que creo,
La justicia (cuando vos
De ayer acá lo seais)
No tiene, si lo mirais,
Que ver conmigo.
CRESPO. Por Dios,
Señor, que no os altereis;
Que solo á una diligencia
Vengo, con vuestra licencia,
Aquí, y que solo os quedeis
Importa.
CAPITAN. (Al Sargento y á Rebolledo.) Salíos de aquí.
CRESPO. (A los labradores.) Salíos vosotros tambien.
(Ap. al Escribano. Con esos soldados ten
Gran cuidado.)
ESCRIBANO. Harélo así.
(Vanse los labradores, el Sargento, Rebolledo y el Escribano.)

ESCENA VIII.

CRESPO, EL CAPITAN.

CRESPO. Ya que yo, como justicia,
Me valí de su respeto
Para obligaros á oirme,
La vara á esta parte dejo,
Y como un hombre no mas,
Deciros mis penas quiero. (Arrima la vara.)
Y puesto que estamos solos,
Señor Don Alvaro, hablemos
Mas claramente los dos,
Sin que tantos sentimientos
Como han estado encerrados
En las cárceles del pecho
Acierten á quebrantar
Las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
Que á escoger mi nacimiento,
No dejara (es Dios testigo)
Un escrúpulo, un defecto
En mí, que suplir pudiera
La ambicion de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
Me he tratado con respeto:
De mí hacen estimacion
El cabildo y el concejo.
Tengo muy bastante hacienda.
Porque no hay, gracias al cielo,
Otro labrador mas rico
En todos aquestos pueblos
De la comarca; mi hija
Se ha criado, á lo que pienso,
Con la mejor opinion,
Virtud y recogimiento
Del mundo: tal madre tuvo;
Téngala Dios en el cielo.
Bien pienso que bastará,
Señor, para abono desto,
El ser rico, y no haber quien
Me murmure; ser modesto,
Y no haber quien me baldone;
Y mayormente, viviendo
En un lugar corto, donde
Otra falta no tenemos

Mas que saber unos de otros
Las faltas y los defectos,
Y ¡pluguiera á Dios, señor,
Que se quedara en saberlos!
Si es muy hermosa mi hija,
Díganlo vuestros extremos...
Aunque pudiera, al decirlo,
Con mayores sentimientos
Llorarlo porque esto fué
Mi desdicha. — No apuremos
Toda la ponzoña al vaso;
Quédese algo al sufrimiento.
— No hemos de dejar, señor,
Salirse con todo al tiempo;
Algo hemos de hacer nosotros
Para encubrir sus defectos.
Este, ya veis si es bien grande;
Pues aunque encubrirle quiero,
No puedo; que sabe Dios
Qué á poder estar secreto
Y sepultado en mí mismo,
No viniera á lo que vengo;
Que todo esto remitiera,
Por no hablar, al sufrimiento.
Deseando pues remediar
Agravio tan manifiesto,
Buscar remedio á mi afrenta,
Es venganza, no es remedio:
Y vagando de uno en otro,
Uno solamente advierto,
Que á mí me está bien, y á vos
No mal; y es, que desde luego
Os tomeis toda mi hacienda,
Sin que para mi sustento
Ni el de mi hijo (á quien yo
Traeré á echar á los piés vuestros)
Reserve un maravedí,
Sino quedarnos pidiendo
Limosna, cuando no haya
Otro camino, otro medio
Con que poder sustentarnos.
Y si quereis desde luego
Poner una S y un clavo
Hoy á los dos y vendernos,
Será aquesta cantidad
Mas del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinion

Que habeis quitado. No creo
Que desluzcais vuestro honor
Porque los merecimientos
Que vuestros hijos, señor,
Perdieren por ser mis nietos,
Ganarán con mas ventaja,
Señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla, el refran dice
Que el caballo (y es lo cierto)
Lleva la silla. — Mirad (De rodillas.)
Que á vuestros piés os lo ruego
De rodillas, y llorando
Sobre estas canas, que el pecho,
Viendo nieve y agua, piensa
Que se me están derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
Que me quitasteis vos mesmo;
Y con ser mio, parece,
Segun os le estoy pidiendo
Con humildad, que no es mio
Lo que os pido, sino vuestro.
Mirad que puedo tomarle
Por mis manos, y no quiero,
Sino que vos me le déis.

CAPITAN. Ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
Agradeced que no os doy
La muerte á mis manos hoy,
Por vos y por vuestro hijo;
Porque quiero que debais
No andar con vos mas cruel,
A la beldad de Isabel.
Si vengar solicitais
Por armas vuestra opinion,
Poco tengo que temer;
Si por justicia ha de ser,
No teneis jurisdiccion.

CRESPO. ¿Que en fin, no os mueve mi llanto?

CAPITAN. Llanto no se ha de creer
De viejo, niño y mujer.

CRESPO. ¿Que no pueda dolor tanto
Mereceros un consuelo?

CAPITAN. ¿Qué mas consuelo quereis,
Pues con la vida volveis?

CRESPO. Mirad que echado en el suelo,
Mi honor á voces os pido.

CAPITAN. ¿Qué enfado!
CRESPO. Mirad que soy
Alcalde en Zalamea hoy.
CAPITAN. Sobre mí no habeis tenido
Jurisdiccion: el consejo
De guerra enviará por mí.
CRESPO. ¿En eso os resolveis?
CAPITAN. Sí,
Caduco y cansado viejo.
CRESPO. ¿No hay remedio?
CAPITAN. Sí, el callar
Es el mejor para vos.
CRESPO. ¿No otro?
CAPITAN. No.
CRESPO. Pues juro á Dios,
Que me lo habeis de pagar. —
¡Hola! (Levántase y toma la vara.)

ESCENA IX.

LABRADORES. — CRESPO, EL CAPITAN.

UN LABRADOR. (Dentro.) ¡Señor!
CAPITAN. (Ap.) ¿Qué querrán
Estos villanos hacer?
(Salen los labradores.)
LABRADORES. ¿Qué es lo que mandas?
CRESPO. Prender
Mando al señor Capitan.
CAPITAN. ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
Y en servicio del Rey, no
Se puede hacer.
CRESPO. Probaremos.
De aquí, si no es preso ó muerto,
No saldreis.
CAPITAN. Yo os apercibo
Que soy un capitan vivo.
CRESPO. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Dáos al instante á prision.
CAPITAN. No me puedo defender:
Fuerza es dejarme prender.
Al Rey desta sinrazon
Me quejaré.
CRESPO. Yo tambien
De esotra: — y aun bien que está

Cerca de aquí, y nos oirá
A los dos. — Dejar es bien
Esa espada.

CAPITAN. No es razon
Que . . .

CRESPO. ¿Como no, si vais preso?

CAPITAN. Tratad con respeto . . .

CRESPO. Eso
Está muy puesto en razon.
Con respeto le llevad
A las casas, en efeto,
Del concejo; y con respeto
Un par de grillos le echad
Y una cadena; y tened,
Con respeto, gran cuidado
Que no hable á ningun soldado;
Y á esos dos tambien poned
En la cárcel; que es razon,
Y aparte, porque despues,
Con respeto, á todos tres
Les tomen la confesion.
Y aquí, para entre los dos,
Si hallo harto paño, en efeto,
Con muchísimo respeto
Os he de ahorcar, juro á Dios.

CAPITAN. ¡Ah villanos con poder!

(Vanse los labradores con el Capitan.)

ESCENA X.

REBOLLEDO, LA CHISPA, EL ESCRIBANO. — CRESPO.

ESCRIBANO. Este paje, este soldado
Son á los que mi cuidado
Solo ha podido prender;
Que otro se puso en huida.

CRESPO. Este el pícaro es que canta:
Con un paso de garganta
No ha de hacer otro en su vida.

REBOLLEDO. ¿Pues qué delito es, señor,
El cantar?

CRESPO. Que es virtud siento,
Y tanto, que un instrumento
Tengo en que canteis mejor.
Resolvéos á decir . . .

REBOLLEDO. ¿Qué?
CRESPO. Cuanto anoche pasó . . .
REBOLLEDO. Tu hija mejor que yo
Lo sabe.
CRESPO. O has de morir.
CHISPA. (Ap. á él.) Rebolledo, determina
Negarlo punto por punto:
Serás, si niegas, asunto
Para una jacarandina
Que cantaré.
CRESPO. A vos despues
Tambien os harán cantar.
CHISPA. A mí no me pueden dar
Tormento.
CRESPO. Sepamos pues,
¿Por qué?
CHISPA. Eso es cosa asentada,
Y que no hay ley que tal mande.
CRESPO. ¿Qué causa teneis?
CHISPA. Bien grande.
CRESPO. Decid, ¿cuál?
CHISPA. Estoy preñada.
CRESPO. ¿Hay cosa mas atrevida?
Mas la cólera me inquieta.
¿No sois paje de jineta?
CHISPA. No, señor, sino de brida.
CRESPO. Resolvéos á decir
Vuestros dichos.
CHISPA. Sí, dirémos
Aun mas de lo que sabemos;
Que peor será morir.
CRESPO. Eso excusará á los dos
Del tormento.
CHISPA. Si es así,
Pues para cantar nací,
He de cantar, vive Dios:
(Canta.) *Tormento me quieren dar.*
REBOLLEDO. (Canta.) *¿Y qué quieren darme á mí?*
CRESPO. ¿Qué haceis?
CHISPA. Templar desde aquí,
Pues que vamos á cantar.
(Vanse.)

Sala en casa de Crespo.

ESCENA XI.

JUAN.

Desde que al traidor herí
En el monte, desde que
Riñendo con él (porqué
Llegaron tantos) volví
La espalda, el monte he corrido,
La espesura he penetrado,
Y á mi hermana no he encontrado.
En efecto, me he atrevido
A venirme hasta el lugar
Y entrar dentro de mi casa,
Donde todo lo que pasa
A mi padre he de contar.
Veré lo que me aconseja
Que haga ¡cielos! en favor
De mi vida y de mi honor.

ESCENA XII.

INES, ISABEL, *muy triste.* — JUAN.

INES. Tanto sentimiento deja;
Que vivir tan afligida,
No es vivir, matarte es.

ISABEL. ¿Pues quién te ha dicho ¡ay Ines!
Que no aborrezco la vida?

JUAN. Diré á mi padre . . . (Ap. ¡Ay de mí!
¿No es esta Isabel? Es llano.
Pues ¿qué espero?) (Saca la daga.)

INES. ¡Primo!

ISABEL. ¡Hermano!
¿Qué intentas?

JUAN. Vengar así
La ocasion en que hoy has puesto
Mi vida y mi honor.

ISABEL. Advierte . . .

JUAN. ¡Tengo de darte la muerte,
Viven los cielos!

ESCENA XIII.

CRESPO, LABRADORES. — DICHOS.

CRESPO. ¿Qué es esto?
JUAN. Es satisfacer, señor,
Una injuria, y es vengar
Una ofensa y castigar . . .
CRESPO. Basta, basta; que es error
Que os atrevais á venir . . .
JUAN. ¿Qué es lo que mirando estoy?
CRESPO. Delante así de mí hoy,
Acabando ahora de herir
En el monte un capitan.
JUAN. Señor, si le hice esa ofensa
Que fué en honrada defensa,
De tu honor . . .
CRESPO. Ea, basta, Juan.
Hola, llevadle tambien
Preso.
JUAN. ¿A tu hijo, señor,
Tratas con tanto rigor?
CRESPO. Y aun á mi padre tambien
Con tal rigor le tratara.
(Ap. Aquesto es asegurar
Su vida, y han de pensar
Que es la justicia mas rara
Del mundo.)
JUAN. Escucha por qué,
Habiendo un traidor herido,
A mi hermana he pretendido
Matar tambien.
CRESPO. Ya lo sé;
Pero no basta sabello
Yo como yo; que ha de ser
Como alcalde, y he de hacer
Informacion sobre ello.
Y hasta que conste qué culpa
Te resulta del proceso,
Tengo de tenerte preso.
(Ap. Yo le hallaré la disculpa.)
JUAN. Nadie entender solicita
Tu fin, pues sin honra ya,
Prendes á quien te la da,
Guardando á quien te la quita.
(Llévanle preso.)

ESCENA XIV.

CRESPO, ISABEL, INES.

CRESPO. Isabel, entra á firmar
Esta querella que has dado
Contra aquel que te ha injuriado.

ISABEL. Tú, que quisiste ocultar
La ofensa que el alma llora,
¡Así intentas publicarla!
Pues no consigues vengarla,
Consigue el callarla ahora.

CRESPO. No: ya que como quisiera,
Me quita esta obligacion
Satisfacer mi opinion,
Ha de ser desta manera. (Vase Isabel.)
Ines, pon ahí esa vara;
Que pues por bien no ha querido
Ver el caso concluido,
Querrá por mal.
(Vase Ines.)

ESCENA XV.

DON LOPE, SOLDADOS. — CRESPO.

DON LOPE. (Dentro.) Pára, pára.

CRESPO. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
Se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(Salen Don Lope y soldados.)

DON LOPE. ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;
Que volviendo á este lugar
De la mitad del camino
(Donde me trae, imagino,
Un grandísimo pesar),
No era bien ir á apearme
A otra parte, siendo vos
Tan mi amigo.

CRESPO. Guárdeos Dios;
Que siempre tratais de honrarme.

DON LOPE. Vuestro hijo no ha parecido
Por allá.

CRESPO. Presto sabreis
La ocasion: la que teneis,

Señor, de haberos venido,
Me haced merced de contar;
Que venis mortal, señor.

DON LOPE. La desvergüenza es mayor
Que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
Que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
Y me dijo en el camino . . .
— Que estoy perdido, os confieso,
De cólera.

CRESPO. Proseguí.

DON LOPE. Que un alcaldillo de aquí
Al Capitan tiene preso —
Y ¡vive Dios! no he sentido
En toda aquesta jornada
Esta pierna excomulgada,
Sino es hoy, que me ha impedido
El haber antes llegado
Donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
Al grande desvergonzado
A palos le he de matar!

CRESPO. Pues habeis venido en balde,
Porque pienso que el alcalde
No se los dejará dar.

DON LOPE. Pues dárselos, sin que deje
Dárselos.

CRESPO. Malo lo veo;
Ni que haya en el mundo creo
Quien tan mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?

DON LOPE. No; mas sea lo que fuere,
Justicia la parte espere
De mí; que tambien sé yo
Degollar, si es necesario.

CRESPO. Vos no debeis de alcanzar,
Señor, lo que en un lugar
Es un alcalde ordinario.

DON LOPE. ¿Será mas que un villanote?

CRESPO. Un villanote será,
Que si cabezudo da
En que ha de darle garrote,
Por Dios, se salga con ello.

DON LOPE. No se saldrá tal, par Dios;
Y si por ventura vos,

Si sale ó no, quereis vello,
Decid dónde vive ó no.

CRESPO. Bien cerca vive de aquí.

DON LOPE. Pues á decirme vení
Quién es el alcalde.

CRESPO. Yo.

DON LOPE. ¡Vive Dios, que si sospecho! . . .

CRESPO. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!

DON LOPE. Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO. Pues, señor, lo hecho hecho.

DON LOPE. Yo por el preso he venido,
Y á castigar este exceso.

CRESPO. Pues yo acá le tengo preso
Por lo que acá ha sucedido.

DON LOPE. ¿Vos sabeis que á servir pasa
Al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO. ¿Vos sabeis que me robó
A mi hija de mi casa?

DON LOPE. ¿Vos sabeis que mi valor
Dueño desta causa ha sido?

CRESPO. ¿Vos sabeis como atrevido
Robó en un monte mi honor?

DON LOPE. ¿Vos sabeis cuánto os prefiere
El cargo que he gobernado?

CRESPO. ¿Vos sabeis que le he rogado
Con la paz, y no la quiere?

DON LOPE. Que os entrais, es bien se argüya,
En otra jurisdiccion.

CRESPO. El se me entró en mi opinion,
Sin ser jurisdiccion suya.

DON LOPE. Yo sabré satisfacer,
Obligándome á la paga.

CRESPO. Jamas pedí á nadie que haga
Lo que yo me puedo hacer.

DON LOPE. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.

CRESPO. Yo por acá he sustanciado
El proceso.

DON LOPE. ¿Qué es proceso?

CRESPO. Unos pliegos de papel
Que voy juntando, en razon
De hacer la averiguacion
De la causa.

DON LOPE. Iré por él
A la cárcel.

CRESPO. No embarazo
Que vais: solo se repare,

Que hay órden, que al que llegare,
Le dén un arcabuzazo.

DON LOPE. Como esas balas estoy
Enseñado yo á esperar.
Mas no se ha de aventurar
Nada en esta accion de hoy. —
Hola, soldado, id volando,
Y á todas las compañías
Que alojadas estos dias
Han estado y van marchando,
Decid que bien ordenadas
Lleguen aquí en escuadrones,
Con balas en los cañones
Y con las cuerdas caladas.

UN SOLDADO. No fué menester llamar
La gente; que habiendo oido
Aquesto que ha sucedido,
Se han entrado en el lugar.

DON LOPE. Pues vive Dios, que he de ver
Si me dan el preso ó no.

CRESPO. Pues vive Dios, que antes yo
Haré lo que se ha de hacer.

(Vanse.)

Sala de la cárcel.

ESCENA XVI.

DON LOPE, EL ESCRIBANO, SOLDADOS, CRESPO, *todos dentro.*

(Suenan cajas.)

DON LOPE. Esta es la cárcel, soldados,
Adonde está el Capitan:
Si no os le dan, al momento
Poned fuego y la abrasad,
Y si se pone en defensa
El lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO. Ya, aunque la cárcel enciendan,
No han de darle libertad.

SOLDADOS. Mueran aquestos villanos.

CRESPO. ¿Que mueran? Pues ¡qué! ¿no hay mas?

DON LOPE. Socorro les ha venido.
Romped la cárcel: llegad,
Romped la puerta.

ESCENA XVII.

Salen los SOLDADOS y DON LOPE *por un lado; y por otro*, EL REY, CRESPO, LABRADORES y ACOMPAÑAMIENTO.

REY. ¿Qué es esto?
Pues ¡desta manera estáis,
Viniendo yo!

DON LOPE. Esta es, señor,
La mayor temeridad
De un villano, que vió el mundo.
Y, vive Dios, que á no entrar
En el lugar tan aprisa,
Señor, vuestra Majestad,
Que habia de hallar luminarias
Puestas por todo el lugar.

REY. ¿Qué ha sucedido?

DON LOPE. Un alcalde
Ha prendido un capitan,
Y viniendo yo por él,
No le quieren entregar.

REY. ¿Quién es el alcalde?

CRESPO. Yo.

REY. ¿Y qué disculpa me dais?

CRESPO. Este proceso, en quien bien
Probado el delito está,
Digno de muerte, por ser
Una doncella robar,
Forzarla en un despoblado,
Y no quererse casar
Con ella, habiendo su padre
Rogádole con la paz.

DON LOPE. Este es el alcalde, y es
Su padre.

CRESPO. No importa en tal
Caso, porque si un extraño
Se viniera á querellar,
¿No habia de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué mas se me da
Hacer por mi hija lo mismo
Que hiciera por los demas?
Fuera de que, como he preso
Un hijo mio, es verdad
Que no escuchara á mi hija,

Pues era la sangre igual [1]...
Mírese si está bien hecha
La causa, miren si hay
Quien diga que yo haya hecho
En ella alguna maldad,
Si he inducido algun testigo,
Si está escrito algo de mas
De lo que he dicho, y entónces
Me dén muerte.

REY. Bien está
Sentenciado; pero vos
No teneis autoridad
De ejecutar la sentencia
Que toca á otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
Remitid el preso.

CRESPO. Mal
Podré, señor, remitirle,
Porque como por acá
No hay mas que sola una audiencia,
Cualquiera sentencia que hay,
La ejecuta ella, y así
Está ejecutada ya.

REY. ¿Qué decis?

CRESPO. Si no creeis
Que es esto, señor, verdad,
Volved los ojos, y vedlo.
Aqueste es el Capitan.

(Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el Capitan.)

REY. Pues ¿como así os atrevisteis?

CRESPO. Vos habeis dicho que está
Bien dada aquesta sentencia:
Luego esto no está hecho mal.

REY. El consejo ¿no supiera
La sentencia ejecutar?

CRESPO. Toda la justicia vuestra
Es solo un cuerpo no mas:
Si este tiene muchas manos,
Decid, ¿qué mas se me da
Matar con aquesta un hombre
Que estotra habia de matar?
Y ¿qué importa errar lo menos,
Quien ha acertado lo mas?

---

[1] Ha de faltar algo: en otros muchos pasajes de la comedia creemos que sucede lo mismo, ó que está viciado el texto.

REY. Pues ya que aquesto es así,
¿Por qué, como á capitan
Y caballero, no hicisteis
Degollarle?

CRESPO. ¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
Viven tan bien por acá,
El verdugo que tenemos,
No ha aprendido á degollar.
Y esa es querella del muerto,
Que toca á su autoridad,
Y hasta que él mismo se queje,
No les toca á los demas.

REY. Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está;
Que errar lo menos no importa,
Si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
Alguno, y haced marchar
Con brevedad; que me importa
Llegar presto á Portugal. —
Vos, por alcalde perpetuo
De aquesta villa os quedad.

CRESPO. Solo vos á la justicia
Tanto supiérais honrar.

(Vase el Rey y el acompañamiento.)

DON LOPE. Agradeced al buen tiempo
Que llegó su Majestad.

CRESPO. Por Dios, aunque no llegara,
No tenia remedio ya.

DON LOPE. ¿No fuera mejor hablarme,
Dando el preso, y remediar
El honor de vuestra hija?

CRESPO. En un convento entrará;
Que ha elegido y tiene esposo,
Que no mira en calidad.

DON LOPE. Pues dadme los demas presos.

CRESPO. Al momento los sacad. (Vase el Escribano.)

ESCENA XVIII.

REBOLLEDO, LA CHISPA, SOLDADOS; *despues*, JUAN. — DON LOPE, CRESPO, SOLDADOS y LABRADORES.

DON LOPE. Vuestro hijo falta, porque
Siendo mi soldado ya,
No ha de quedar preso.

CRESPO. Quiero
Tambien, señor, castigar
El desacato que tuvo
De herir á su capitan;
Que aunque es verdad que su honor
A esto le pudo obligar,
De otra manera pudiera.

DON LOPE. Pedro Crespo, bien está.
Llamadle.

CRESPO. Ya él está aquí.
(Sale Juan.)

JUAN. Las plantas, señor, me dad;
Que á ser vuestro esclavo iré.

REBOLLEDO. Yo no pienso ya cantar
En mi vida.

CHISPA. Pues yo sí,
Cuantas veces á mirar
Llegue el pasado instrumento.

CRESPO. Con que fin el autor da
A esta historia verdadera:
Sus defectos perdonad.

ECO Y NARCISO.

PERSONAS.

NARCISO.
FEBO, pastor galan.
SILVIO, pastor galan.
ANTEO, pastor galan.
SILENO, pastor viejo.
BATO, villano.
ECO, zagala.
LIRIOPE, zagala.
LAURA, zagala.
NISE, zagala.
LIBIA, zagala.
SIRENE, villana.
ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

Descúbrese el teatro, que será de bosque, y sale por un lado SILVIO, *de gala.*

SILVIO. Alto monte de Arcadia, que eminente
Al cielo empinas la elevada frente,
Cuya grande eminencia tanto sube,
Que empieza monte y se remata nube,
Siendo de tu copete y de tus huellas
La alfombra rosas y el dosel estrellas...

Por el otro lado sale FEBO.

FEBO. Bella selva de Arcadia, que florida,
Siempre estás de matices guarnecida,
Sin que á tu pompa, á todas horas verde,
El diciembre ni el julio se le acuerde,
Siendo el mayo corona de tu esfera,
Y tu edad todo el año primavera...
SILVIO. Pájaros, que en el aire fugitivos,
Sois matizados ramilletes vivos,
Y añadiendo colores á colores,
En los árboles sois parleras flores...
FEBO. Ganados, que en el monte divididos,
Música sois de esquilas y balidos,
Y en la márgen de aquese arroyo breve
Cándidos trozos de cuajada nieve...
SILVIO. A pediros albricias mi alegría
Viene de las venturas deste dia,
Pues Eco, en él, zagala la mas bella
Que vió la luz de la mayor estrella,
De humana da floridos desengaños,
Un círculo cumpliendo de sus años.
FEBO. Pésames viene á daros mi tristeza
De que la rara y singular belleza

De Eco, desengañada de que ha sido
Inmortal, hoy un círculo ha cumplido
De sus años; que aunque de dichas llenos,
Cada año mas es una gracia ménos.

Sale BATO, *por otro lado.*

BATO. Selvas de Arcadia, bello excelso monte,
Ganados y aves pues, deste horizonte,
A pediros albricias he venido
Y á daros hoy un pésame cumplido:
Las albricias, porque Eco á la florida
Fiesta hoy de sus años nos convida,
Y con su vanidad hacer promete
A todos un opíparo banquete:
Y el pésame, porque (¡dolor extraño!)
Otro no nos hará desde aquí á un año.

FEBO. ¡Oh Silvio!

SILVIO. ¡Oh Febo!

BATO. ¡Oh Bato!

FEBO. ¿Tú mismo á tí te nombras, mentecato?

BATO. Pues si no hay quien me nombre,
¿Qué he de hacer? Y el estilo no os asombre:
Que el tiempo está tan necio y importuno,
Que es menester honrarse cada uno.

FEBO. Silvio, pues ¿dónde bueno?

SILVIO. De gusto vengo y de alborozo lleno,
A esta hermosa cabaña,
Que dos veces pajiza, el sol la baña.

FEBO. Yo tambien á ella vengo,
Y de verte á tí en ella celos tengo;
Que ya mi amor está desengañado
De que vives de Eco enamorado.

SILVIO. ¡Oh qué temprano, cielos,
Antes que con mi amor, di con mis celos!

BATO. ¡Que falsos, con esfuerzos semejantes,
Están unos con otros los amantes!

FEBO. ¿Por qué lo dices?

BATO. Aunque yo quisiera
Decirlo, no pudiera,
Porque toda esta música, este ruido,
Dice que Eco ha salido
De todos los zagales festejada.

SILVIO. Daréla el parabien con voz turbada,
Hasta que hablen mas claro mis desvelos.

FEBO. ¿Quién vió en villano amor tan nobles celos?

Salen Los Músicos *cantando y bailando*, SILENO, ANTEO, NISE y SIRENE; y ECO *detras.*

Músicos. *A los años felices de Eco,*
Divina y hermosa deidad de las selvas,
Feliz los señale el mayo con flores,
Ufano los cuente el sol con estrellas.

Silvio. Eco hermosa, en quien cifró
La sabia naturaleza
La mas singular belleza
Que jamas la Arcadia vió:
El círculo que cumplió
La aurora en tus luces bellas,
Tanto mejores, que en ellas
Unos y otros resplandores...

Él y Músicos. *Feliz los señale*, etc.

Febo. Tu florida primavera
El invierno ignore frio,
Ardiente ignore el estío,
Porque dure lisonjera
En su verdor de manera,
Que de la muerte las huellas
No truequen sus rosas bellas,
Sino sus claros albores...

Él y Músicos. *Feliz los señale*, etc.

Bato. Mi lengua no te aconseja
Vivir tanto; que es error,
Pues morir moza es mejor,
Que no llegar á ser vieja.
Y así las edades deja,
Que en pasándosete aquella
De la hermosura mas bella,
Los matices y colores...

Él y Músicos. *Feliz los señale*, etc.

Eco. Estoy muy agradecida
Al festejo que me haceis,
Y para que me mandeis,
Solo estimaré esa vida
En la cancion repetida;
Pero quejarme tambien
Debo este tiempo de quien
Con extremos mas extraños
En la fiesta de mis años
No me ha dado el parabien.

Anteo. Si es que lo dices por mí,
Yo soy rústico pastor:

Nunca hablar supe en amor;
Luchar con las fieras sí.
Y ya que he callado aquí,
En tu nombre al monte iré,
Cuanto cazare traeré;
Y así, con accion mas alta,
Lo que en palabras me falta,
En obras te lo diré.

SILVIO. Si por mi tambien ha sido,
Eco, la queja que has dado,
No extrañes que mi cuidado
Me tenga tan suspendido.
Años tambien han cumplido
Hoy mis mayores enojos:
Y así, en rendidos despojos,
No te ofrecen mis agravios
Las lisonjas de los labios,
Sino el llanto de los ojos.
Doce años ha que faltó
Liríope, mi hija bella,
De estos valles, y que della
No tuve noticia yo:
Hoy los cumple, y así, no
Admires ver en mis daños
Sentimientos tan extraños,
Pues el dia (¡suerte dura!)
Que cumple años tu hermosura,
Cumple mi desdicha años.

BATO. Hoy no es de lágrimas dia.

SIRENE. No nos quite la extrañeza,
De tu notable tristeza
Nuestra comun alegría.

NISE. Vuelva la dulce armonía
A poblar los vientos.

ECO. Hoy
Al templo ofrecida estoy
De Júpiter, que en lo oculto
Yace deste monte inculto;
Pues acompañada voy
De todos, cumplirle quiero
Ahora; que mal pudiera
Sola yo, sin que temiera
El horrible monstruo fiero
Que en él se esconde.

FEBO. Aunque infiero
Cuánto es grave pesadumbre
Querer penetrar la cumbre

Donde ese templo se asienta,
Pues su fábrica opulenta
Al sol escala su lumbre,
Vamos; que yendo contigo,
La dificultad mayor
Hará fácil el amor.

SILVIO. Y yo lo mismo te digo.

BATO. Yo no, que á ir no me obligo
Adonde un monstruo encantado
Muesas gentes y ganado
Tantas veces asombró.

SIRENE. Vuelva la música, y no
Quede pastor en el prado
Que no vaya.

SILVIO. Yo tambien
Llegar hasta el templo quiero,
Por si en él piedad espero.

NISE. Pues prosiga el parabien.

FEBO. ¡Ay, Eco divina, quien
Obligara tu rigor!

SILVIO. ¡Quién lograra tu favor!

ECO. ¡Quién querida no se viera!

SILENO. ¡Quién su llanto divirtiera!

BATO. ¡Quién no tuviera temores!

MUSICOS. *A los años felices de Eco,*
Divina y hermosa deidad de las selvas,
Feliz los señale, etc.

Otro punto del bosque.

Vanse, y sale NARCISO, *vestido de pieles, y* LIRIOPE, *deteniéndole, vestida de pieles, con arco y flechas.*

LIRIOPE. No has de pasar de aquí.

NARCISO. ¿Cómo
Quieres tú que me detenga,
Si esos pájaros que escucho,
Forman tan extraña y nueva
Música para mi oido,
Que arrebatado me llevan
Tras sus acentos? Jamas
Voces escuché tan tiernas,
Aunque escuché tantas veces
Las aves que al sol despiertan.

LIRIOPE. Esas voces que has oido,
Y que tú ser aves piensas,
No lo son.
NARCISO. Pues ¿qué son, madre?
LIRIOPE. No conviene que lo sepas,
Porque los hados han puesto
Tu mayor peligro en ellas.
NARCISO. ¿Que peligro, si el mayor
Será no escucharlas? Deja
Que las siga: sepa quién
Tan süavemente alienta
Los acentos de su voz,
Diciendo en cláusulas tiernas . . .
EL Y MÚSICOS. (Dentro.) *A los años felices de Eco,*
Divina y hermosa deidad de las selvas . . .
LIRIOPE. (Ap.) Naturalmente llevado
Del afecto, los remeda.
NARCISO Y MÚSICOS. (Dentro.) *Feliz los señale el mayo con flores,*
Ufano los cuente el sol con estrellas.
LIRIOPE. (Ap.) ¡Que en tantos años no haya
Quien á discurrir se atreva
Esta intrincada espesura,
Y hoy con tal música vengan!
NARCISO. Permíteme, madre mia,
Que los siga.
LIRIOPE. Tente.
NARCISO. Suelta,
Que ¿cómo he de detenerme,
Oyendo que á decir vuelvan? . . .
ÉL Y MÚSICOS. (Dentro.) *Feliz los señale el mayo con flores,*
Ufano los cuente el son con estrellas.
LIRIOPE. ¿Ya no sabes que no puedes
Llegar mas que hasta esta peña,
Que es pardo cancel que encubre
Los umbrales desta cueva
Donde vivimos los dos?
Pues ¿cómo romper intentas
Los fueros de mi precepto,
Las leyes de mi obediencia?
NARCISO. Como aquella novedad
Me ha dado, madre, licencia,
No para que intente solo
Quebrantarlas y romperlas,
Mas para que intente hablarte
Mas claro: escúchame atenta.
Yo, desde aqueste peñasco,
Que es raya donde me ordenas

Que pueda llegar, he visto
De la gran naturaleza
Varios efectos. Un dia
Sobre aquella parda sierra
Vi una ave, que es sin duda
De todas las otras reina,
Segun lo ufana que vive,
Y segun lo alto que vuela.
Esta, sobre un verde nido
Hecho de pajas y yerbas,
Unos polluelos tenia,
A quien con su boca mesma
Mantenia en cuanto estaban
Desnudos de pluma; apénas
Vestidos los vió y con alas,
Cuando, las piedades vueltas
En rigores, los echó
Del nido, para que fuera
Del discurso de su vida
La necesidad maestra.
Entre aquellos dos peñascos
(Aun allí dura la quiebra)
Una leona criaba
Sobre pieles de otras fieras
Unos cachorros, á quien
Desangrada su fiereza
Por los pechos, mantenia,
Hasta que cobrando fuerzas,
Los arrojó de sí misma,
Tratándolos con soberbia,
Para que ellos conociesen
Lo que les daba en herencia.
Pues si una fiera y una ave
Del lecho y el nido echan
A sus hijos, para que ellos
A vivir sin madre aprendan,
¿Por qué tú, viéndome ya
Con las alas que en mí engendra
El discurso, y con el brio
Que mi juventud ostenta,
No me despides de tí?
¿No me has contado tú mesma
Que hay mas mundo que estos montes
Mas casas que aquesta cueva,
Mas gente que aquestos brutos,
Mas poblacion que estas selvas?
Pues ¿por qué, madre, me quitas

La libertad, y me niegas
Don que á sus hijos conceden
Una ave y una fiera,
Patrimonio que da el cielo
Al que ha nacido en la tierra?

LIRIOPE. De que discurras, Narciso,
Hoy tan resuelto, me pesa,
Porque me obligas á darte
Desas dudas la respuesta.
Yo lo haré, pero no ahora;
Que antes que el sol se oscurezca,
A cazar que comas quiero
Salir: en dando la vuelta,
Los peligros te diré
Que amenazan tu belleza,
Y las causas por que así
Te he criado: que pues llegas
A tener ya entendimiento,
Tú sabrás guardarte dellas.
Solo lo que ahora mi voz
Con mis lágrimas te ruega,
Es que no salgas de aquí
Hasta que yo á verte vuelva.

NARCICO. Yo te lo ofrezco con una
Condicion, y es, que no venga
Otra vez á mis oidos
Aquella voz lisonjera
Que escuché, porque será
Mucho no irme tras ella,
Si otra vez á decir vuelve
Con voz tan suave y tierna...

ÉL Y MÚSICOS. (Dentro). *A los años felices de Eco divina*, etc.
(Vase Narciso.)

LIRIOPE. Llegó el dia que temí,
Pues ya declarar es fuerza
A Narciso los sucesos
De mi vida y de su estrella.
Dioses, dad ventura hoy
A las puntas de mis flechas;
Que nunca mas me importó
Dar presto al albergue vuelta. (Vase.)

Sale ANTEO, *con venablo.*

ANTEO. Solo un dia que ha querido
Cazar con mas diligencia
El deseo, no ha encontrado

Alguna caza. Aunque sea
Penetrando las entrañas
Desta confusa maleza,
Que tarde ó nunca ha sentido
De humanas plantas la huella,
No he de volver al lugar,
Sin llevar alguna presa
Que la pueda dar á Eco,
Pues vine en su nombre.

Vuelve á salir LIRIOPE.

LIRIOPE. Apénas
Tímido conejo hoy corre,
Cobarde perdiz hoy vuela.
Nunca viene mas despacio
Que cuando se busca apriesa,
La caza.

ANTEO. Entre aquellas ramas
Ruido he sentido.

LIRIOPE. Entre aquellas
Hojas rumor he escuchado.

ANTEO. En cualquier cosa que sea,
La cuchilla he de dejar
Deste venablo sangrienta.

LIRIOPE. En lo que fuere, he de ver
Manchado el hierro á mis flechas...
— Pero un hombre es. ¡Ay de mí!
No dispares: tente, espera.

ANTEO. Bien ha sido menester
Oir que pronuncia tu lengua
Voz humana, para que
La accion al brazo suspenda.

LIRIOPE. Y bien menester ha sido
El mirarte con las señas
De hombre, para que el impulso
Afloje al arco la cuerda.

ANTEO. Humano monstruo, ¿quién eres?

LIRIOPE. Soy una ignorada fiera
Destos montes; y así, antes
Que aquí mas noticia tengas
De mí, vuélvete, porque
Si dar otro paso intentas,
Desde mi aljaba á tu pecho
Verás volar las saetas
Tan veloces, que ellas solas
Se embaracen á sí mesmas.

ANTEO. Si las señas no me mienten,
Conocido he por tus señas
Que eres el prodigio á quien
Toda esta comarca tiembla.
Y así, aunque dos muertes juntas
Aquí mi recelo tema,
La una de tus arpones,
La otra de tu extrañeza,
He de atropellarlos ambas;
Porque ya, no solo intenta
Mi admiracion apurar
Quién, extraño monstruo, seas,
Pero llevarte conmigo;
Que á una zagala hice ofrenda
De lo que hoy cace en el monte,
Y será notable empresa
El ofrecerte á sus plantas,
Y el asegurar la tierra.

LIRIOPE. No desesperado intentes
Tan grande accion, pues arriesgas
Tu vida.

ANTEO. Ya no es posible
Dejar de intentarlo.

LIRIOPE. Piensa
Antes á lo que te atreves.

ANTEO. No hay cosa á que no me atreva
Ya.

LIRIOPE. Pues será á tanto riesgo
Como el de morir.

ANTEO. ¿Qué esperas?
Dispara.

LIRIOPE. Sí haré. — Mas ¡cielos!
Con la sobrada violencia
Que alentar el tiro quise,
Al arco rompí la cuerda.

ANTEO. Sin duda, que yo consiga
Esta victoria desean
Los dioses.

LIRIOPE. Pues si has vencido
Mis desdichas, no mis fuerzas.
Mil pedazos te haré ántes,
Que segunda vez me venzas.
(Luchan los dos.)

ANTEO. Mal sabes quién es el jóven
Que te lidia; que aunque fueras
Leona destas montañas,
Humillara tu soberbia.

LERIOPE. ¡Ay, infelice de mí!
Ya que á tu valor sujeta
Estoy, no me lleves sola;
Que lleve conmigo deja
La otra mitad de mi vida. —
¡Narciso!
ANTEO. Los labios cierra,
No llames á quien te ampare,
Porque, sin que te defiendan,
He de lograr esta dicha.
LIRIOPE. ¡Narciso!
ANTEO. Calle tu lengua.

Vanse los dos luchando, y sale NARCISO.

NARCISO. La voz de mi madre he oido,
Que tristemente se queja,
Llamándome. Si ella misma
Que no salga de la cueva
Me manda, ¿cómo me llama?
LIRIOPE. (Desde léjos á voces.) ¡Narciso, adios! que me ausentan
De tí mis hados.
NARCISO. ¡Qué escucho!
¿Pues cómo, madre, me dejas,
Diciéndome desde léjos,
Sin que yo dónde estás sepa,
Que los hados te han dispuesto
A hacer de mi amor ausencia?
El dia que te esperaban
Mi alma y vida mas contentas
Porque esperaban saber
Quién soy, y cómo me niegas
La libertad, ¡solamente
Vuelven tus voces, y aun esas
No cabales, pues el viento
La mitad usurpa de ellas!
LIRIOPE. (Dentro á lo léjos.) ¡Narciso, adios!
NARCISO. ¡Ay de mí
Qué he de hacer sin tí en aquestas
Montañas solo, ignorando
Quién soy, y qué modo tengan
De vivir los hombres, pues
Nada sino á hablar me enseñas?
Y aun eso te perdonara
Ahora, porque no tuvieran
En su abono las desdichas
El consuelo de las quejas.

Mi bien, mi madre, señora,
Vuelve, vuelve á mí: no seas
Tan ingrata, que me dejes
A vivir entre estas peñas,
Compañero de sus troncos,
De sus brutos y sus fieras.
¿Qué enojo te he dado yo,
Para que desta manera
Huyas de mí? ¿No he vivido
Siempre atento á tu obediencia?
¿Sé yo mas de lo que tú,
Madre, has querido que sepa?
Pues ¿para qué me castigas
Con tan extraña sentencia?
¡Ay de mí! ¿Qué haré? La voz
Hácia allí se oyó: tras ella
Iré; que no dudo que
Mis lágrimas la detengan.
Ea, adelantáos, suspiros!
Decid que ya el llanto llega,
Que le aguarde un breve instante,
Que solo va á enternecerla.
Mas ¡ay triste! que no sé
Si acierta el discurso ú yerra
En la eleccion de mis pasos;
Que como es la vez primera
Que de la cueva he salido,
No sé si yerra ó si acierta.
Dioses, mis plantas guidad;
Cielos, socorred mis penas;
Sol, alumbra mis sentidos;
Inclinad mi arbitrio, estrellas;
Fieras, doléos de mí;
Aves, repetid mis quejas;
Montañas, dadme salida;
Troncos, decidme la senda;
Pues á un infeliz, á quien
Su misma madre le deja,
Justo será que le amparen
Dioses, cielos, sol, estrellas,
Fieras, pájaros, montañas,
Troncos, peñascos y selvas. (Vase.)

Mudase el teatro, teniendo en el foro la puerta del templo, y salen primero FEBO y SILVIO, *asidos de una cinta, y* ECO *deteniéndolos; luego* LAURA, SIRENE, LIBIA, SILENO Y LOS MÚSICOS.

FEBO. Antes perderé la vida,
Que dé la cinta.
ECO. Mirad
Que estoy yo aquí.
SILVIO. Tu beldad
Me perdone, y no me impida
El quedar con el liston,
Ya que habiéndose caido
De tu cabello, yo he sido
El que en aquella ocasion
Le llegó á alzar el primero.
FEBO. Amor nunca en sus favores
Gradúa los acrêdores,
Y aunque llegase postrero,
Le he de llevar.
BATO. ¿No advertis . . .
FEBO. ¿Qué?
BATO. Que es muy civil contienda
Por un liston, que en la tienda
A veinte maravedís
Vale la vara, luchar?
Si los dos habeis culpado
Que mi prolijo cuidado
Hoy me acuerde mi pesar,
Diciéndome que no es dia
De lágrimas el que veis,
¿Cómo convertir quereis
En tristeza la alegría
Con que del templo volvemos?
SILVIO. Como en cualquiera ocasion
Los celos disculpa son
Aun de mayores extremos.
ECO. Oidme á mí, sin que tengais
Mas contienda ni porfía,
Si el liston, por prenda mia,
Tanto los dos estimais,
Advertid que no merece
Hasta ahora esa estimacion,
Pues no es favor un liston
Que el viento acaso os ofrece,
De mi cabello volado;
Que aunque yo no entiendo nada

De amor, la ocasion tomada
Ha de ser, y el favor dado.
Y así, hasta que yo le dé,
No le tengais por favor:
Volvérmele á mí es mejor;
Que yo despues le daré
De mi mano á quien quisiere
Que con mi gusto le tenga.

FEBO. Aunque mi temor prevenga
Que nunca esta dicha espere,
El liston te restituyo. (Dásele.)

SILENO. Yo tambien, aunque no creo
Que jamas vuelva el deseo
A verse con favor tuyo. (Dásele.)

BATO. Si habértele vuelto aquí,
Es para que tú le dés
Al mas galan, venga pues,
Que claro es que es para mí.

SILENO. ¿Tú el mas galan?

BATO. ¿Por qué no
¿Qué me falta para sello,
Sino que caigan en ello
Hoy los demas como yo?

SILVIO. Ya que á tí restituido
Ese íris de colores,
Que con tantos resplandores
Lisonja del viento ha sido,
Habemos los dos, te pido
Que cumpla tu beldad rara
Hoy su palabra. Declara
Para cuál de los dos es,
Como ofreciste.

FEBO. No dés
Igual sentencia, y repara
Que si yo te le volví,
Por obedecerte fué
Solamente, y no porqué
Merecerle presumí
Jamas; y siendo esto así,
Que no le dés te prevengo;
Que á ser tan infeliz vengo
En amar y padecer,
Que aun temo que he de perder
La esperanza que no tengo.

SILVIO. Yo tampoco la he tenido;
Que el haber yo deseado
Ver mi dolor declarado,

Mas desconfianza ha sido;
Que si á una duda rendido
Tengo de morir, que acuda
Es mejor mi fe desnuda
De su desengaño al daño,
Por morir del desengaño,
Si he de morir de la duda.

FEBO. Duda ó desengaño infiero
Hoy precisos; y pues no
Es posible tener yo
La ventura que no espero,
Vivir hoy dudoso quiero,
Antes que desengañado,
Pues en mi infeliz estado
Es lance ménos penoso
El ser en duda dichoso,
Que de cierto desdichado.

SILVIO. Poco ama aquel que en su engaño
Consolado, de su dama
No ama el favor.

FEBO. Ménos ama
Quien no teme un desengaño.

SILVIO. La duda es dolor extraño.

FEBO. Ese quiero padecer.

SILVIO. Querer dudar, no es querer.

FEBO. Querer saber, no es amar.

SILVIO. Pues yo no quiero dudar.

FEBO. Pues yo no quiero saber.

ECO. Vos que me declare, y vos
Que calle solicitais,
Y yo en la duda en que estais
He de igualar á los dos.
(Ap. Déme pues el cielo dios
Industria para que aquí
Hable y calle. — Solo así
El callar y hablar se infiere.)
El liston daré al que hiciere
Mayor fineza por mí.

FEBO. Yo acepto la condicion,
Y solamente pudiera
Ser esa la que pusiera
Alas á mi presuncion.
Fúndolo en esta razon:
El merecer no está en mí,
Y en mi está el servir; y así
Puedo esperanza tener,

Pues no está en mí el merecer,
Y el hacer finezas sí.

SILVIO. Yo la condicion no aceto,
Porque si tan feliz fuera
Que hacer finezas pudiera,
No las guardara á este efeto:
Nada un amor que es perfecto
Reservó: siendo esto así,
Bien la condicion temí,
Pues mi corazon constante
No podrá hacer adelante
Mas de lo que ha hecho hasta aquí.

Sale ANTEO *con* LIRIOPE.

ANTEO. Eco hermosa, á quien el cielo
Dotó de tantos favores,
Bellas zagalas, pastores,
Honor del arcadio suelo,
Vivid, vivid sin recelo
De aquel monstruo que con tantas
Penas os asombró cuantas
Veces le visteis, pues ya
Humilde y rendido está
Besando de Eco las plantas.
En su nombre al monte fuí.
Y en el monte le encontré:
No es la admiracion de que
Os le haya traido aquí;
No el verle cubierto así
De cabello, no el andar
Es lo que os ha de admirar,
Sino el oirle hablar; que tiene
Nuestra humana voz, que viene
A hacerle mas singular.
Preguntadle, hablad con él;
Que á todo os responderá.

ECO. Si hablar sabes, dínos ya
Quién eres, monstruo cruel.

FEBO. Respóndanos tu horror fiel
Cuánto su esclavitud siente.

SILVIO. ¿De qué especie diferente
Eres?

SILENO. ¿Sabes dónde estás?

LIRIOPE. Pues no puedo callar mas,
Escuchadme atentamente.
Yo, pastores de la Arcadia,

No soy, como persumis,
Monstruo irracional, que soy
Una mujer infeliz;
Si bien no ha sido el engaño
Muy notable, si advertis
Que solo para ser monstruo
De la fortuna nací.
Estos valles, que están siempre
De un matiz y otro matiz
Llenos, porque en todo el año
No saben mas que el abril,
Fuéron mi primera cuna:
¡Pluguiese á ese azul viril,
Que tumba, y no cuna, hubiesen
Sido entónces para mí!
Jóven, mi hermosura apénas
Empezaba á descubrir
En mis primeras auroras
Algun agrado gentil,
Cuando á descubrir tambien
Empezó (esto permitid
Que diga) que no vió el sol
Una hermosura feliz.
Céfiro, un galan mancebo
(Hijo del viento sutil,
Por el nombre, que su padre
Debió de llamarse así),
Me vió en el prado una tarde,
Y enamorado de mí,
A entender me dió su amor
Cortesmente: á que el carmin
Respondió de mis mejillas,
Parlero no, mudo sí.
Desde allí mi sombra fué
Y yo su luz desde allí,
Pues no hice mas que abrasar,
Y él no hizo mas que seguir.
¡Oh cuántas veces, oh cuántas
Dar á los vientos le ví
Suspiros de ciento en ciento,
Lágrimas de mil en mil,
Sin que en el buril ni lima
Del porfiar ni el asistir
Pudiesen labrar mi pecho,
Porque era diamante, en fin
Defendido aun de las mellas
De la lima y del buril!

Desesperado su amor
De no poder conseguir
Mi amor, y desesperado
De padecer y sentir,
Una tarde que al ejido
Apacentando salí
Una manada de blancos
Corderillos, que entre sí
Retozando celebraban
La libertad del redil,
A mí Céfiro llegó,
Y abrazándose de mí,
Bien como al muro la yedra,
Bien como al olmo la vid,
Dijo: «Lo que no han podido
Rendimientos conseguir,
Consíganlo las violencias.»
Y en este instante (¡ay de mí!)
El Céfiro arrebató
A los dos con tan sutil
Movimiento, que á las nubes
Volar sin alas me vi;
Que como era padre suyo,
Por no mirarle morir
De amor, le prestó sus alas:
¡Mirad qué piedad tan vil!
¿Quién vió contienda de amor
Tan nueva, pues bien así
Volábamos los dos como
La temerosa perdiz
En las garras del azor,
La garza en las del neblí?
Viéndome desvanecer
Al solicitar medir
La distancia de la tierra,
Los ojos cerré, y me así
Al traidor hijo del viento:
¡Ah, qué abrazo es tan rüin
El que la necesidad
Hace dar y no sentir!
Desta suerte pues, conmigo
Llegó el velero adalid
Del aire, á esa cumbre altiva,
A quien todo ese turquí
Globo con su peso está
Agabiando la cerviz.
Hay en sus duras entrañas

Una oscura cueva: aquí
De los piélagos vacíos
El humano bergantin
Tomó puerto, á quien salió
Un anciano á recibir.
Despues os diré quién era,
Porque ahora es fuerza decir
Que honestando la traicion
Con la disculpa civil
De amor, que aun el enojar
Es en nosotras servir,
Llegó ... Entendedlo vosotros,
Y á mi vergüenza suplid
Cosas, que para saberse
No se han menester oir.
¿Quién crêrá que tan extraño
Principio de amor su fin
Tan cerca tuviese, que
Su nacer fué su morir?
Todos lo creed; que apénas
Coronada de jazmin
Salió otra aurora (no sé
Si á llorar ó si á reir),
Cuando, ausente de mis brazos,
Mas á Céfiro no vi.
¿Qué hay que fiar del que finge
Si el que ama procede así?
En poder de aquel anciano
Caduco quedé ... Ahora oid
Con mas atencion, porque
Empieza otro caso aquí,
No menos extraño. Este
Tiresias era, el sutil
Mágico que tantas veces
Habreis oido decir
Que asombraba con su ciencia
A los dioses, pues así
A ese encuadernado libro
De once hojas de zafir
Le leia los secretos,
Que muchas veces le vi
Los futuros contingentes
Anunciar y prevenir.
Cuántas veces eclipsó
Al sol puesto en su cenit,
Y cuántas resplandecer
Le hizo desde su nadir!

¡Cuántas á la blanca luna
La vistió de carmesí,
Y cuántas á las estrellas
Las vistió el oro de Ofir!
Porque se quiso igualar
A Júpiter, él allí
Ciego y preso le tenia;
Consideradme ahora á mí
Presa allí y ciega tambien,
Aborreciendo el vivir,
Y las lástimas vereis
Con que mis penas sentís.
Sola una utilidad pudo
Mi soledad adquirir,
Que fué saber los sucesos,
Que de su ciencia aprendí,
Principalmente en las causas
Naturales, á quien fuí
Mas inclinada. No hay piedra,
Flor, yerba ni hoja, que en fin
Su naturaleza niegue . . .
Pero esto no es para aquí.
Un dia pues, aquel caduco
Esqueleto me habló así:
«Yo he hallado por mis estudios
Que ya el término cumplí
De mis alientos: hoy es
Cuando tengo de morir.
No tengo qué te dejar,
¡Oh compañera gentil!
De mis fortunas, si no es
Lo que te voy á decir.
En cinta estás: un garzon
Bellísimo has de parir:
Una voz y una hermosura
Solicitarán su fin
Amando y aborreciendo:
Guárdale de ver y oir.»
Yo, viendo del vaticinio
Ya los anuncios cumplir
En el parto y la belleza,
Todo lo demas temí:
Y así, sin querer jamas
De aquella cueva salir,
Asegurando á Narciso
De sus peligros, viví
Criándole, sin que llegase

A saber ni á discurrir
Mas de lo que quise yo
Que él alcanzase, y en fin,
Sin que otra persona viese
Humana, sino es á mí.
Esta es la causa por qué,
Viéndome tal vez huir
Por el monte los pastores,
Escándalo suyo fuí.
Mas ya que ha querido el cielo
Mis secretos descubrir,
Rendida de aqueste jóven,
Todos conmigo venid
Por mi hijo, pues es fuerza
Ya entre vosotros vivir,
Fuera de que ya el discurso
Suyo le empieza á afligir,
Y no dudo que su pena
Le acabe al verse sin mí.
Y para que me creais
Todo cuanto os referí;
Por si oisteis alguna vez
Mi suceso referir,
Y hay alguno entre vosotros
Que ahora se acuerde de mí;
Yo, que en los inquietos mares
De la fortuna corrí
Tan graves tormentas; yo,
Que al nunca mudo clarín
De la fama voladora
Tantos asuntos la dí;
Yo, que al teatro del mundo
Cómica tragedia fuí;
Yo, ejemplo del padecer;
Yo, epílogo del sentir;
Yo, cifrar del suspirar,
De llorar y del gemir,
La hija soy de Sileno,
Liríope la infeliz.

SILENO. ¡Ay hija del alma mia!
Deja que una vez y mil
Tu cuello enlace. Yo soy
Sileno; y pues merecí
A la que muerta lloré,
Viva abrazar, ver y oir,
Venga la muerte, pues ya
No tengo mas que vivir.

LIRIOPE. Humilde á tus piés estoy,
Aunque la vergüenza aquí
Me embaraza mucha parte
Del contento que hay en mí.

ECO. Los brazos albricias sean
De suceso tan feliz.

FEBO. Aquí mas dice el callar,
Que el decir puede decir.

SILVIO. Con bien, Liríope vuelvas
A esta campaña gentil.

BATO. Yo, hasta veros desollada
Del pellejo que vestis,
Aun no me atrevo á abrazaros.

ANTEO. Dichoso mil veces fuí,
Pues traer tanta alegría
Pude al valle conseguir.

LIRIOPE. Mayor será, cuando todos
Veais mi hijo, en quien sutil
Esmeró naturaleza
Sus perfecciones. Venid
Conmigo á la cueva donde
Me espera: hallareis allí
Bruto el mas bello diamante,
Y tosco el mejor rubí.

SILENO. Guia, Liríope mia.

ECO. Todos habemos de ir
Juntos.

FEBO. ¿Quién se quedará
Sin ver de este acaso el fin?

BATO. Yo, que si no hay que fiar
De una mujer mansa, di,
¿Qué habrá que fiar de aquesta
Tan montaraz y cerril?

SILVIO. Vamos todos.

TODOS. Vamos todos.

LIRIOPE. Vamos, mis pasos seguid.
Narciso, no te entristezca
Mi ausencia, ya voy por tí.

JORNADA SEGUNDA.

Salen LIRIOPE, SILENO, ECO, FEBO, ANTEO, BATO, SIRENE, *y todos los demas que acabaron la primera jornada.*

LIRIOPE. Mil veces infeliz fuí.
FEBO. Oye.
SILENO. Aguarda.
ECO. Escucha.
SILVIO. Espera.
NISE. Mira.
ANTEO. Advierte.
SIRENE. Considera.
LIRIOPE. No hay consuelo para mí,
Habiéndome sucedido
Una desdicha tan nueva,
Pues Narciso de la cueva
Falta. Jamas ha salido
Della, sino solo hoy,
Y ya su muerte recelo. —
¡Narciso! ¡Narciso! Al cielo
En vano estas voces doy.
Sin duda el haber tardado
Tanto en venir aquí yo,
De la cueva le sacó.
¡Oh, máteme mi cuidado!
ANTEO. No te aflijas que pues él
En este monte ha de estar,
Yo te le sabré buscar.
TODOS. Todos iremos.
LIRIOPE. Cruel
Fortuna ha sido la mia. —
¡Narciso! Yo estoy mortal.
SILENO. ¡Ay dioses! ¿cuándo cabal
Sucederá una alegría?
SILVIO. Discurriendo el monte vamos,
Llamándole, pues será
Cierto el responder.
LIRIOPE. No hará;
Porque si así le buscamos,
El, que nunca gente vió,
Mas es fuerza que se esconda,
Que no á las voces responda.
Mas oid lo que pensó

Mi ingenio: para que venga
Buscándonos, ha de haber
Una industria.

TODOS. ¿Qué ha de ser?

LIRIOPE. No hay cosa que con él tenga
Mas fuerza para atraelle,
Que oir música; y siendo así,
Divididos desde aquí
Cantando para movelle
Todos id.

FEBO. Con Laura esta
Falda al monte correré.

SÍLVIO. Y yo con Sirene iré
Penetrando esa floresta.

ANTEO. Yo con Libia hasta la cumbre
Dese monte he de subir.

SILENO. Yo con Eco he de medir
Su mas alta pesadumbre.

BATO. Y yo con Nise tambien
He de entrar á ese jaral,
Y si cantáremos mal,
Por Eco aullarémos bien.

LIRIOPE. Yo sin ley y sin aviso
Por todas partes iré.
Cada uno cante lo qué
Sepa. — ¡Narciso! ¡Narciso!

LAURA. (Canta.) *Pues del monte la falda*
Tocó á mis voces,
Díganme de Narciso
Fuentes y flores.

NISE. (Canta.) *Pues á mí de la selva*
Tocó lo alegre,
De Narciso me digan
Flores y fuentes.

SIRENE. (Canta.) *Pues le tocó á mi acento*
Medir la cumbre,
Díganme de Narciso
Sombras y luces.

ECO. (Canta.) *Y pues á mis acentos*
Los riscos tocan,
De Narciso me digan
Luces y sombras.

LAURA. A la falda.

NISE. A la selva.

SIRENE. A la cumbre.

ECO. Al risco.

LIRIOPE. Oiga á todos y todas
Decir . . .
ELLA, MÚSICA Y TODOS. *¡Narciso!*
A la falda, á la selva,
A la cumbre, al risco.

Vanse, y sale NARCISO.

NARCISO. Aunque la süave voz
De mi madre me parece
Que oigo, sombra es que me ofrece
Sin cuerpo el aire veloz,
Pues hallarla no he podido,
Por mas que al monte he bajado,
Ya el aliento me ha faltado.
Aquí moriré rendido
Al cansancio, aunque no es
El lo que mas me fatiga,
Sino la sed; y así siga
De aquella agua el ruido, pues
Para darme alivio,
Diciendo corre . . .
LAURA Y MÚSICA. (Dentro.) *Díganme de Narciso*
Fuentes y flores.
NARCISO. Pero ¿qué voz es esta
Que me suspende?
NISE. (Dentro.) *Díganme de Narciso*
Flores y fuentes.
NARCISO. Como ya en dos partes
Quiere que escuche . . .
SIRENE. (Dentro.) *De Narciso me digan*
Sombras y luces.
NARCISO. Y aun en tres, supuesto
Que dice estotra . . .
ECO. (Dentro.) *Díganme de Narciso*
Luces y sombras.
NARCISO. Por seguir á todas,
Ninguna sigo.
TODA LA MÚSICA. (Dentro.) *A la falda, á la selva,*
A la cumbre, al risco.
LIRIOPE. (Dentro.) Oiga á todos y todas
Decir . . .
ELLA Y TODA LA MÚSICA. (Dentro.) *Narciso.*
NARCISO. ¿Cómo, si á mí me llamais,
Sonoras hermosas voces,
Volveis huyendo veloces,
Y no solo no le dais

Un alivio á mi sentido,
Mas trocándole en agravio,
Me embarazais el del labio
Por irme tras del oido?
Y pues de vosotras mal
Puedo percibir las señas,
El ruido que entre estas peñas,
No ménos dulce, el cristal
Hace, su aliento me dé,
Siendo la primer vez esta
Que afan el llegar me cuesta
Al agua; pues no dejé
Nunca la cueva hasta hoy,
Donde un alcornoque era
Taza menos lisonjera,
Que la que mirando estoy,
Guarnecida de yerbas
Y ramos, donde . . .

LAURA. (Dentro, cantando.) *Díganme de Narciso*
Fuentes y flores.

NARCISO. Mas la voz á pararme,
Diciendo vuelve . . .

NISE. (Dentro.) *De Narciso me digan*
Flores y fuentes.

NARCISO. Si es que á mí me buscas,
¿Por qué me huyes?

SIRENE. (Dentro.) *Díganme de Narciso*
Sombras y luces.

NARCISO. Puesto que no me alivias,
¿Por qué me estorbas?

ECO. (Dentro.) *Díganme de Narciso*
Luces y sombras.

LIRIOPE. (Dentro.) Repitiendo á un tiempo
Tonos distintos,
Oiga á todos, y todas
Decir . . .

ELLA, MÚSICA Y TODOS. (Dentro.) *Narciso.*

NARCISO. Pues á todos escucho,
Y á nadie veo,
Vuelvo al agua. Mas ¿cómo
Si oigo este acento?

LAURA. (Dentro.) *Es el engaño traidor,*
Y el desengaño leal,
El uno dolor sin mal,
Y el otro mal sin dolor.

NARCISO. Solo aquella voz pudiera
Ser rémora de un sediento.

Seguir quiero de su acento
La música lisonjera.

NISE. (Dentro.) *Si acaso mis desvaríos*
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

NARCISO. Pero mas cerca esta suena,
Aunque una y otra me encanta.
Si aquella tan dulce canta,
Mas estotra me enajena
De mí mismo, porque tiene
Mas agrado y mas dulzura.
Por esta verde espesura
El buscarla me conviene.

SIRENE. (Dentro.) *Ven, muerte, tan escondida*
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

NARCISO. En lo alto de aquellas peñas
Otra dulce voz sonó,
Que nuevamente borró
De las pasadas las señas.

ECO. (Dentro.) *Solo el silencio testigo*
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

NARCISO. ¡Válgame el cielo! Esta sí
Que es reina de todas ellas;
Que aunque por dulces y bellas
Juzgué las que hasta ahora oí,
Con mas fuerza ha suspendido
Esta, con mayor empeño.
¡Qué hermoso será su dueño,
Pues vence por el oido
Dos efectos, que en rigor
Son con fuerza desigual . . .

LAURA. (Dentro.) *El uno dolor sin mal*
Y el otro mal sin dolor.

NARCISO. Voz, que postrando mis brios,
Mis males creces mortales . . .

NISE. (Dentro.) *La lástima de ser males*
Quite el horror de ser mios.

NARCISO. No quisiera ver rendida
La vida á tanto sentir . . .

SIRENE. (Dentro.) *Porque el placer del morir*
No me vuelva á dar la vida.

NARCISO. Lo que siento, mal me obligo
A que lo diga mi aliento . . .

ECO. (Dentro.) *Y aun no cabe lo que siento*
En todo lo que no digo.

MARCISO. En mil partes divididos
Mis cuidados, son despojos
Del viento. Ved algo, ojos,
O no escucheis tanto, oídos.

Vuelve á cantar cada una su copla, y sale ECO.

ECO. Hácia aquesta parte yo
He de penetrar lo ameno.
Destas intrincadas breñas,
Una y otra vez diciendo . . .
(Canta.) *Solo el silencio testigo*
Ha de ser de mi tormento, etc.

NARCISO. Pájaro destas montañas,
Que con süaves acentos
Tan sonoramente eres
Dulce confusion del viento;
Si entre el oido y el labio
Dudoso, absorto y suspenso
Me ví, sin saber quién es
Mi mas poderoso afecto,
Pues al oir el cristal,
Que me llamaba sediento,
Sediento tambien me llama
El aire que á beber vuelvo;
¿Cómo de una sed y otra
Tanto has trocado el afecto,
Que en vez que labios y oídos
Beban agua y aire, has hecho
Que beban fuego los ojos,
Y tan venenoso fuego,
Que para explicarle es fuerza
Pensar que en tu estilo mesmo . . .

ÉL Y ECO. (Cantan.) *Solo el silencio testigo*
Ha de ser de mi tormento?

ECO. Bruto diamante, que mal
Pulido dese grosero
Tosco traje, brillar dejas
El alma que ocultas dentro,
No ménos suspensa yo
Quedé al mirarte, supuesto
Que absorta, helada y confusa,

Solo á responderte acierto
Con lo mismo que cantaba . . .
(Canta.) *Y aun no cabe lo que siento*
En todo lo que no digo.

NARCISO. Parecidas, segun eso,
Son nuestras dos suspensiones
Tanto, que los dos dirémos,
Tú, por si á mí me respondes,
Yo, por si á tí me parezco . . .

LOS DOS. (Cantan.) *Solo el silencio testigo*
Ha de ser de mi tormento.

NARCISO. ¿Quién eres?

ECO. Una mujer.

NARCISO. La segunda eres que veo,
Y aun la primera pudiera
Decir, pues á lo que entiendo
No era mujer para mí
La primera que vi, puesto
Que en mi pecho no encendió
Nunca tan activo fuego
Como tu voz y tu vista
Han encendido en mi pecho.
¿Adónde vas por aquí?

ECO. A solo buscarte vengo,
Y con desear hallarte,
Estimara, á lo que entiendo,
No haberte hallado, porque
Hoy en tí mas que hallo pierdo.

NARCISO. ¿Conocíasme?

ECO. Yo no.

NARCISO. Pues ¿cómo en este desierto
A quien no conoces buscas?
Usase en el mundo eso
De que busquen las mujeres
A quien no conocen?

ECO. Presto
La causa que me ha traido
Sabrás.

NARCISO. Dila, pues.

ECO. (Llamando.) ¡Sileno!

NARCISO. ¿A quién llamas? ¿Qué pretendes?

ECO. ¡Febo, Bato, Silvio, Anteo!

NARCISO. Tú quieres matarme, como
Si ya no me hubieras muerto.

ECO. ¡Sirene, Liríope, Nise!
Venid todos á este puesto,
Que ya he llegado á Narciso.

Salen TODOS.

SILVIO. Llamado de tu voz vengo.
ANTEO. De tu voz vengo traido.
SILENO. Alas me ha dado tu acento.
FEBO. Aquí Eco hermosa llamaba.
BATO Y SIRENE. Pues todos llegan, lleguemos.
NARCISO. ¿Tanta gente hay en el mundo?
LIRIOPE. ¡Felice yo que te veo!
NARCISO. Pues ¿cómo, madre, á buscarme
Vienes con todos aquestos?
SILENO. Pedazos del corazon,
Dadme los brazos.
NARCISO. Tenéos,
Y si me ha de abrazar álguien,
Sea aquella que estoy viendo.
Quién es, me di, y lo que intentas,
Madre, porque estoy suspenso,
Tan notables diferencias
De rostros y trajes viendo.
LIRIOPE. Despacio sabrás tu historia.
SILENO. Dices bien, que ahora no es tiempo
De detenernos aquí.
Juntos al valle bajemos:
Allá mudarás de traje
Y oirás todos tus sucesos,
Hermoso Narciso mio.
FEBO. Perdonad mi atrevimiento,
Sileno, y dadme licencia
Para dar al zagalejo,
Miéntras vos le haceis vestido,
Un pellico, que por nuevo
Irá con mejor disculpa.
SILENO. La merced os agradezco.
FEBO. Yo me adelanto á enviarle.
(Ap. Y desocupado desto,
Amor, intenta finezas,
Que hacer por tu hermoso dueño.) (Vase.)
SILVIO. (Ap.) Dadme lecciones de cómo
Obligue un desden, deseos. (Vase.)
SILENO. ¡Dichoso yo, que he vivido
Hasta haber mirado esto! (Vase.)
ANTEO. Dicha he tenido en ser yo
Deste acaso el instrumento. (Vase.)
LIRIOPE. Sigue, Narciso, mis pasos;
Que ya no es patria el desierto. (Vase.)

NARCISO. Muchas cosas he admirado,
Pero una sola me ha muerto. (Vase.)
ECO. ¿Mas que segun son las penas
Que dentro del alma siento,
Vienen á ser nueva historia
Del mundo Narciso y Eco? (Vase.)
BATO. ¡Ah Sirene!
SIRENE. ¿Qué me quieres?
BATO. Algo es lo que te quiero,
Para que sepas en algo
El mal gusto que yo tengo.
SIRENE. Peor le tuviera yo,
Si te quisiera á tí.
BATO. Niego!
Que, cada cosa en su tanto,
Todo es malo y nada es bueno.
Pero esto aparte, entre tanto
Que á nuestros amos siguiendo
Vamos, ¿tú no me dirás
Una verdad?
SIRENE. Yo la ofrezco.
BATO. No la cumplirás, que no
Estás enseñada á hacerlo.
Pero vaya. Yo, Sirene,
Soy muy grande majadero.
SIRENE. Grandísimo.
BATO. ¡Voto al sol,
Que ahora he caido en ello,
Desde que estó viendo cosas
Que son cosas que estó viendo
Sin entenderlas, Sirene!
SIRENE. ¿Qué cosas?
BATO. ¿Pues hay suceso
Tan extraño, como haberse
Hallado hoy mi amo Sileno
Una hija suya salvaja
Con un salvajito nieto.
Y haberme de ir yo ahora
A casa á vivir con ellos?
SIRENE. Pues eso ¿qué importa? di.
BATO. Tú no sabes, segun eso,
Lo que es tratar con salvajes.
SIRENE. Bato, no lo son aquestos,
Sino una mujer y un hombre.
BATO. Esos, á lo que yo entiendo,
Son los peores salvajes,
La vez que llegan á serlo.

SIRENE. Pues ¿has visto tú en tu vida
Garzon mas hermoso y bello
Que Narciso?

BATO. Ya estarás
Caprichosa; mas no es nuevo
Agradarse de salvajes
Las mujeres.

SIRENE. ¡Oh mal fuego
En tu lengua! ¿Qué mujer
Se ha llegado á agradar dellos?

BATO. ¿Qué mujer? Todas aquestas
Que iré, Sirene, diciendo.
Mujer hay que se enamora
De un volatin, atendiendo
Que es tan gran salvaje, que
Anda en aire habiendo suelo.
Mujer hay que se enamora
De un toreador, advirtiendo
Que es tan gran salvaje, que anda
Con el toro en galanteos.
Mujer hay que se enamora
De un disciplinante, viendo
Que es tan gran salvaje, que
A sí mismo se da recio.
Mujer hay que se enamora
De un danzante, conociendo
Que es tan gran salvaje, que
Se muele á compas los huesos.
Mujer hay que se enamora
De uno que esgrime, sabiendo
Que es tan gran salvaje, que
Pone sus ojos á riesgo.
Mujer hay que se enamora . . .

SIRENE. Tente, que saber no quiero
Mas.

BATO. Pues ahora empezaba.

SIRENE. Divertidos, en efecto,
Con tus locuras, al valle
Hemos llegado.

BATO. (Mirando adentro.) Y habiendo
Dejado en casa á los dos,
Se va el acompañamiento.

SIRENE. Cada uno á su ganado
Querrá acudir.

BATO. Si no es Febo,
Que á la soledad se vuelve.

Sale FEBO.

FEBO. Sirene, á buscarte vengo.
SIRENE. ¿En qué puedo yo servirte?
BATO. Yo por no estorbar me ausento,
Y tambien por ir á ver
Qué hacen los huéspedes nuevos. (Vase.)
FEBO. Pues nadie, Sirene, ignora
En el valle la firmeza
Con que la rara belleza
De Eco mi atencion adora,
No habré menester ahora
Repetirla; y pues aquí
Estabas cuando (¡ay de mí!)
Un favor depositó
Para una fineza, yo
Le intento ganar por tí.
Sirene, supuesto que eres
Hoy tú la zagala á quien
Eco ha querido mas bien,
Y en su gracia te prefieres;
Si dar vida á un muerto quieres,
Procura saber en qué
Mas agradarla podré;
Que las finezas no son
De mayor estimacion,
Por grandes, Sirene, que
Por la ocasion en que llegan.
SIRENE. No tienes que decir mas.
Cuanto yo sepa, verás
Que mis labios no te niegan.
FEBO. Eso mis ansias te ruegan.
SIRENE. Ya te digo que lo haré,
Y nada te callaré. (Vase.)
FEBO. ¿Quién mayor tormento alcanza
Que el que ama sin esperanza
A una hermosura sin fe?
Apénas el invierno helado y cano
Este monte de nieves encanece,
Cuando la primavera le florece,
Y el que helado se vió, se mira ufano.
Pasa la primavera, y el verano
Los rigores del sol sufre y padece:
Llega el fértil otoño, y enriquece
El monte de verdor, de fruta el llano.

Todo vive sujeto á la mudanza:
De un dia y otro dia los engaños
Cumplen un año, y este al otro alcanza.
Con esperanza sufre desengaños
Un monte; que á faltarle la esperanza,
Ya se rindiera al peso de los años.

Salen LIRIOPE y NARCISO.

LIRIOPE. ¿Has estado atento?
NARCISO. Sí,
Y todo cuanto me has dicho,
En la memoria lo tengo
Y en el corazon escrito.
Y para que lo conozcas,
El haber, madre, nacido
En los montes, y el haber
Criádome con tal retiro,
Todo pára en que yo tengo
En las estrellas previsto
Que una voz y una hermosura,
Con dos efectos distintos,
Amando y aborreciendo,
Son mis mayores peligros.
LIRIOPE. Pues haz por guardarte dellos,
Considerando, Narciso . . .
NARCISO. ¿Qué?
LIRIOPE. Que tú solo no mas
Podrás guardarte á tí mismo.
NARCISO. De todo advertido ya,
Licencia, madre, te pido
Para ir á ver por el valle
Lo que otras veces he visto.
Sepa yo de los pastores
Los diversos ejercicios,
El modo de apacentar
Los ganados, el estilo
De las labranzas del campo;
Y ya que libre me miro,
Débales algo á los ojos
Hoy mi natural instinto;
Que no todas las noticias
Deber tengo á los oidos.
LIRIOPE. Aunque con algun temor,
La licencia te permito;
Mas porque no vayas solo
Quiero que vaya contigo

Un criado de mi padre,
Que te informe y te dé aviso
De todo. — Bato. (Llama.)

Sale BATO.

BATO. Señora.
LIRIOPE. Hoy de tu despejo fío
Mi temor. Narciso quiere
Ir á ver todo el ejido,
Y conocer los pastores,
De aqueste valle vecinos.
Llévale por ahí, y dél
No te apartes. Advertido
Escucha, Bato, lo que,
A solas, aquí te digo. (Ap. á él.)
No le dejes con alguna
Zagala hablar.
BATO. No me obligo
A eso solo, porque es
Muy desapacible oficio
El de estorbador, y yo
A lo contrario me inclino
Mas; que en fin es hacer gusto,
Y muero por ser bienquisto.
LIRIOPE. Tú harás lo que yo te encargo.
Mejorad, dioses divinos,
Del hado las amenazas. (Vase.)
BATO. Buena comision ha sido
La que tu madre me ha dado.
¿Quién en el mundo habrá visto
Que sean ayos los Batos?
NARCISO. Ea, vamos, Bato amigo,
Discurriendo todo el valle.
BATO. Escurramos.
NARCISO. ¿Qué edificio
Es aquel?
BATO. ¿Aquel? Un tempro
De Apolo, eminente y rico.
NARCISO. Es muy justo que los dioses
Tengan lugar mas altivo,
Que aun en lo material deben
Ser al hombre preferidos.
No te sabré decir cuánto
El haber mirado estimo
El edificio dorado
Entre los demas pajizos.

ANTEO. (Dentro.) Yo os pondré en paz, voto al sol,
Si la honda me desciño.
NARCISO. ¿Qué es aquello?
BATO. Están lidiando
Allí dos fuertes novillos
De Anteo, y él los aparta
Con la honda y con el silbo.
NARCISO. ¿Quién es Anteo?
BATO. Un zagal
El mas valiente que ha habido
En toda la Arcadia.
NARCISO. Y ¿qué es
Ser valiente?
BATO. Haberlo él dicho.
NARCISO. ¿Cúyo ha sido aquel rebaño?
BATO. Si has de matarme, Narciso,
A pescudas, ¿no es mijor
Tomar aqueste cochillo
Y degollarme con él,
Que con el de palo?
NARCISO. Digo
Que no preguntaré mas.
¿Cúyo aquel rebaño ha sido,
Que de ese monte á ese valle
Desciende en tan excesivo
Número, que tras sí trae
Descabellados los riscos?
BATO. De Febo, que es el pastor
Mas discreto y entendido
Que tiene toda la Arcadia.
NARCISO. Y ¿en qué, dime, ha consistido
El ser entendido un hombre?
BATO. En dar otros en decirlo,
Porque una misma razon
Dicha de dos, ya se ha visto
Ser en el uno agudeza
Y en el otro desatino.
NARCISO. ¿Y aquel ganado que llega,
Amenazándole, al rio,
Que ha de agotar su corriente?
BATO. ¿Quién me ha juntado contigo?
De Silvio, que es el pastor
Mas galan.
NARCISO. Y ¿en qué ha caido
Ser galan?
BATO. En parecerlo,
Siendo al uso talle y brio.

NARCISO. Pues ¿hay usos en los talles?
BATO. Sí: yo me acuerdo haber visto
Usarse un año á los pechos,
Y otro año á los tobillos:
Y esto no es mucho, que en fin
Consistia en los vestidos.
Mas en las caras me acuerdo
El tener usos distintos
Las mujeres.
NARCISO. ¿En las caras,
Que naturaleza hizo,
Uso?
BATO. Un tiempo que se dieron
En usar ojos dormidos,
No habia hermosura despierta,
Y todo era mirar bizco.
Usáronse ojos rasgados
Luego, y dieron en abrirlos
Tanto, que de temerosos,
Se hicieron espantadizos.
Las bocas chicas, entónces
Era de lo mas valido,
Y andaban por esas calles
Todas, los labios fruncidos.
Dieron en usarse grandes,
Y en aquel instante mismo
Se desplegaron las bocas,
Y dejando lo jarifo
De lo pequeño, pusieron
Su perfeccion en lo limpio
De lo grande, hasta enseñar
Dientes, muelas y colmillos.
ECO. (Canta dentro.) *Pues el sol y el aire*
Turban mi color,
Hácenlo de envidia
El aire y el sol.
NARCISO. ¿Quién es esta, que en rebaño
Trae de blancos corderillos,
Dando á entender que se dejan
Apacentar los armiños?
BATO. Esta es Eco, la mas bella
Zagala que el sol ha visto.
NARCISO. ¿Qué será que al verla yo
Pierdo todos mis sentidos,
Y este pesar que me hace,
Se le agradezco y estimo,

Dejándome engañar dél,
Creyendo que es regocijo?

BATO. A la hé, que esos extremos
De amor son. De resistirlos.
Trata al principio, porque
Solo podrás al principio.

ECO. (Canta.) *Pues el sol y el aire*
Turban mi color,
Hácenlo de envidia
El aire y el sol.

NARCISO. Si una voz y una hermosura
Me amenazan con castigo,
De su hermosura y su voz
Huyamos, Bato.

Salen ECO y SIRENE.

ECO. Narciso . . .

NARCISO. Hermosa zagala.

ECO. Mucho
Verte en este traje estimo.
¿Cómo te parece el valle?
¿No es mas ameno este sitio
Que el monte donde naciste?

NARCISO. Si en él tu belleza admiro,
No solo mejor que el monte,
Mejor será que el Elísio.
Mas quédate adios.

ECO. ¿Por qué
Te vas tan presto?

NARCISO. Imagino
Que me importa el ausentarme.

ECO. ¿Cómo?

NARCISO. Como habiendo sido
Una voz y una hermosura
Mis dos mayores peligros,
Y concurriendo en tí entrambos,
El huir de tí es preciso;
Que es un encanto tu voz
Y tu hermosura un hechizo. (Vase.)

BATO. Criarse quiere el mochacho. (Vase.)

ECO. Sirene, ¿qué es lo que miro?
¿Zagal hay que al darle yo
Ocasion (tiemblo al decirlo)
De hablar conmigo, se ausenta,
Huyendo de hablar conmigo?
Y aun no extraño tanto, no,

Que él pueda (pierdo el sentido)
Consigo acabarlo, como
El que yo no haya podido
Conmigo, al ver que se ausente,
Acabar de no sentirlo.
Yo que la mas celebrada
Pastora soy, que ha tenido
La Arcadia, yo, que de tantos
Idolatrada me he visto,
¿Al desaire de un rapaz
Tan grosero como lindo,
Tantas vanidades postro,
Tantas altiveces rindo,
Que confiese que lo siento?
Mas ¡ay de mí! ¿qué me aflijo?
Que ninguna siente mas
Los desaires que la hizo
La libre condicion de uno,
Que quien ufana ha rendido
La esclava pasion de todos;
Porque en efecto es preciso
Que todo estilo se extrañe,
Cuando es extraño el estilo.

SIRENE. No desa manera sientas
Un acaso sucedido
Tan acaso.

ECO. Si supieses
Lo que siente el pecho mio,
¡Ay, Sirene! no culparas
Estos extremos que has visto.
Desde el instante que vi
La hermosura de Narciso,
Vivo, juzgando que muero,
Muero, juzgando que vivo.

Salen por los dos lados SILVIO y FEBO.

FEBO. ¡Qué escucho, cielos! ¿Tú quejas?

SILVIO. ¿Tú extremos? Cielos, ¡qué miro!

FEBO. ¿Tú llanto?

SILVIO. ¿Tú sentimiento?

FEBO. ¿Tú lágrimas?

SILVIO. ¿Tú suspiros?

ECO. Esto solo me faltaba.

SILVIO. Mirando que tus divinos
Ojos mas perlas congelan

Que de la aurora el rocío,
Al cielo pediré albricias.

FEBO. Yo al ver que en dos bellos hilos
De aljófar hoy se desata
Todo el campo del Olimpo,
El pésame daré al cielo.

SILVIO. (Ap.) Alegre á su voz me rindo,
Porque este apacible llanto
Con sus ternezas me ha dicho
Que sabe sentir su pecho.

FEBO. (Ap.) Triste hoy á sus piés me humillo,
Porque me ha dicho este llanto
Que hay algo que ella ha sentido.

ECO. (Ap.) ¡Oh qué mal contento, amor,
Eres, pues que no ha podido
Despicarte de un amado,
Tener dos aborrecidos!

SILVIO. Si en el desear ¡oh Febo!
Hacer finezas compito
Con tu amor, en esta accion
Mas Eco á mí me ha debido.

FEBO. ¿De qué suerte?

SILVIO. Desta suerte. —
Oye, pues es tuyo el juicio. (A Eco.)

ECO. (Ap.) Por disimular mis penas,
Habré por fuerza de oirlo,

SILVIO. Tan rara es, tan peregrina
De Eco la belleza ufana,
Que no creyéndola humana,
La adoré como divina.
Hoy pues que al llanto se inclina,
Mayor esperanza alcanza
Mi amor: luego en confianza
Tal debe mi pensamiento
Estimar su sentimiento,
Pues dél nace mi esperanza.

FEBO. Yo desde el punto que vi
A Eco, siempre la adoré
Como divina, y aunque
Llorar ahora la vi,
Humana no la creí;
Con que persuadirme intento
Que siente mi atrevimiento,
Porque á ser divina alcanza:
Luego debe mi esperanza
Morir de su sentimiento.

SILVIO. Suceder en el amor
Lo que en un enfermo suele,
Que ninguno dél se duele,
Si no sabe qué es dolor.
Luego sentir fuera error
El verla sentir aquí;
Pues viendo que siente así,
Podrá mas piadosamente
Obligarla lo que siente
A que se duela de mí.

FEBO. Que solo se compadece.
El que padece un dolor,
Concedo; y así, mi amor
Del suyo se compadece.
Si á tí su dolor te ofrece
Alivio, porque de tí
Se duela, yo al reves fuí,
Pues es mas justo que yo
Me duela della, que no
Que ella se duela de mí.

SILVIO. Si yo remediar pudiera
Con mi dolor su dolor,
El no hacerlo fuera error.

FEBO. Yo de cualquiera manera
Sentir su dolor quisiera.

SILVIO. Hacer, no es contra decoro,
Dél conveniencia.

FEBO. Eso ignoro.
¿Qué mayor inadvertencia
Que el hacer yo conveniencia
Del dolor de lo que adoro?

ECO. Atentamente he escuchado
De uno y otro la importuna
Competencia, y que ninguna
Se declara en mi cuidado.
En tí, ni en tí he estimado
Consuelo ni compasion,
Y puesto que iguales son
Del que estima y del que llora
Los afectos, hasta ahora
No es de ninguno el liston. (Vase.)

SILVIO. ¡Plegue á amor, pues ofendida
Dél, en mi agravio te empleas,
Que de quien amas te veas
Quejosa y aborrecida! (Vase.)

FEBO. Eso á los cielos no pida
Mi voz: mejor es que así

Aborrezcas, pues aquí
Quieren mas mis penas fieras,
A trueco que á nadie quieras,
Que me aborrezcas á mí.
¡Ay, Sirene! ¿qué haré yo,
Me di, si es que algo has sabido,
Que en el mar de mis desdichas
Me pueda servir de alivio?

SIRENE. Sola una cosa.

FEBO. ¿Cuál es?

SIRENE. Olvidar.

FEBO. Sin duda has visto
Desahuciada mi esperanza,
Pues la recetas olvido,
Que es sepulcro del amor.

SIRENE. Mal haré si no te digo
Lo que sé, ya que has fiado
Tu dolor del pecho mio.
Eco no puede quererte,
Y no tan comun ha sido
Su desden, que no se haya
Postrado . . .

FEBO. ¿A quién?

SIRENE. A Narciso.

FEBO. ¡Ay, Sirene! Mal has hecho . . .

SIRENE. ¿En qué?

FEBO. En habérmelo dicho.

SIRENE. Tú, ¿no me lo has preguntado?

FEBO. Sí, mas por aqueso mismo
No decírmelo debieras;
Pues cuanto un celoso quiso
Saber, quiso no saber.
Y pues no estaba en mi arbitrio
No preguntarlo, estuviera
En el tuyo no decirlo.

SIRENE. Anque tarde esa leccion
Me das, Febo, solicito
Pagártela yo con otra.
Nunca lo que está escondido
De mujer, quieras saberlo,
Si has de sentir el oirlo. (Vase.)

FEBO. Flores deste ameno valle,
Troncos destos altos riscos,
Aves deste manso viento,
Fieras deste monte altivo,
Pastores destas riberas,
Ganados destos apriscos,

Hermosuras destos campos,
Cristales de aquestos rios,
Pues todos testigos fuisteis
Del venturoso amor mio,
De mis desdichados celos
Sed ahora tambien testigos.

Quédase suspenso sobre el cayado, y salen BATO y NARCISO.

BATO. ¿Dónde vuelves?
NARCISO. No lo sé;
Que por mas que me resisto,
No puedo mas. A ver vuelvo
La beldad que en este sitio
Dejé.
BATO. Pues ya no está aquí.
NARCISO. Dígasme, pastor amigo,
Que sobre el cayado estribas
Tan confuso y suspendido,
Si á Eco, honor destas montañas,
Por estos valles has visto.
FEBO. Respóndate aqueste acebo
(Amenázale con el cayado.)
En tu púrpura teñido. —
Pero no, que no he de hacerte
Yo infeliz, porque te hizo
Feliz tu amor. Vive, jóven,
Ufano y desvanecido;
Que yo no quiero tomar
Mas venganza que en mí mismo,
Pues tú no tienes la culpa
De querer á quien te quiso,
Y yo sí de haber amado
A la que me ha aborrecido. (Vase.)
NARCISO. ¿Qué es esto, Bato?
BATO. ¿Qué quieres
Que sea, si inadvertido
Preguntas por Eco á quien
A Eco adora?
NARCISO. ¿Qué esquivo
Veneno en esa palabra
Me has dado por el oido,
Que ha corrido al corazon
Tan vario, que á un tiempo mismo
Me abraso y tiemblo, alternando
Hielo ardiente y fuego frio?
BATO. El que tú á Febo le diste.

NARCISO. Y Febo, di, Bato amigo,
¿Es de Eco querido?

BATO. No,
Antes siempre aborrecido
Vivió.

NARCISO. La mitad del peso
Has quitado á mis sentidos;
Que aunque arde el hielo, es templado,
Y aunque hiela el fuego, es tibio.

Sale ECO.

ECO. (Ap. Mejor es que de una vez
Se declare el dolor mio.)
Narciso, á buscarte vengo.

NARCISO. Ya el ver que á buscarme vino,
Me quitó la otra mitad;
Pues si no hubiera venido
A buscarme, fuera yo
A buscarla. — ¿En qué te sirvo?

ECO. En escucharme: cantando
Lo diré, por si te obligo
Mas con mis voces.

BATO. Yo quiero
Dar á Liríope aviso
De aquestos extremos, pues
Yo no basto á resistirlos. (Vase.)

ECO. (Canta.) *Bellísimo Narciso,*
Que á estos amenos valles
Del monte en que naciste,
Las asperezas traes,
Mis pesares escucha,
Pues deben obligarte,
Cuando no por ser mios,
Solo por ser pesares.
Amor sabe con cuanta
Vergüenza llego á hablarte,
Y no dudo ni temo
Que tú tambien lo sabes,
Si atiendes los colores
Que en el rostro me salen,
La púrpura y la nieve
Variada por instantes;
Porque en cada suspiro,
Que en efecto son aire,
Camaleon de amor,
Se muda mi semblante.

Desde el primero dia
Que al monte fuí á buscarte,
Y te hallé la primera
Entre sus soledades,
Mi vida á tu hermosura
Rindió sus libertades,
Haciendo tu extrañeza
De mi altivez donaire.
Que aunque estaba tan bruto
Entónces el diamante
De tu pecho, ya daba
Muestra de sus quilates.
Eco soy, la mas rica
Pastora destos valles:
Bella decir pudieran
Mis infelicidades;
Que de amor en el templo,
Por culto á sus altares,
De felices bellezas
Pocas lámparas arden.
Todo aquese oceano
De vellones, que hace
Con las ondas de llana
Crecientes y menguantes,
Desde aquella alta roca,
Hasta este verde márgen
Esmeraldas paciendo
Y bebiendo cristales,
Todo es mio: no hay
Pastores que lo guarden,
Que á mi sueldo no vivan
Atentos y leales.
Todo á tus piés lo ofrezco;
Y no porque á rogarte
Lleguen hoy mis ternezas,
Imágines que nacen
En la constancia mia
De usadas liviandades,
Supuesto, bello jóven,
Que no puede obligarme,
Sino es de ser tu esposa,
A que mi amor declare,
Porque tengas en mí
Siempre firme y constante
Una alma que te adore,
Un pecho que te ame,
Una fe que te estime,

Un nudo que te enlace,
Atencion que te sirva,
Amor que te regale,
Deseo que te obligue,
Cuidado que te agrade.
Y si estos rendimientos
No pueden obligarte,
Triste, confusa, ciega.
Muda, absorta, cobarde,
Infelice, afligida,
Me verás entregarme
Tanto á mis sentimientos,
Que en voces lamentables
El aire, confundido
De mis voces, se alabe
De que Eco enamorada
Se ha convertido en aire.

NARCISO. Hecho habia tu rigor
Experiencias en mi pecho,
Con que te iba mejor:
Mal, Eco divina, has hecho
En declararme tu amor;
Pues tan claramente arguyo,
Que postrado mi albedrío,
Yo ahora á despecho suyo
Te dijera el amor mio,
Si hubieras callado el tuyo.
Al buscarte á tí mi airada
Pena, la tuya te tray,
Con que ya, la accion mudada,
Ve las distancias que hay
De rogar á ser rogada.
Sin reparar en el hado,
Mi amor iba á tí rendido;
Ya en su riesgo he reparado;
Que veo mas, favorecido,
Que veia despreciado.
Y así, no me digas, no,
Tu amor, ni en tu vida esperes
Ver que su luz me abrasó,
Pues con saber que me quieres,
Viviré contento yo.

ECO. Oye, aguarda, espera; ten
El paso.

NARCISO. Suelta la mano.

Al tenerle asido, sale SILVIO.

SILVIO. (Ap.) ¿Que es lo que mis ojos ven?
ECO. Escúchame.
NARCISO. Será en vano.
ECO. Narciso, mi amor, mi bien . . .
NARCISO. No he de oirte.
SILVIO. (Ap.) ¿Cómo así
Sufro mis ofensas yo?
NARCISO. Déjame.
ECO. ¿De mí huyes?
NARCISO. Sí.
SILVIO. (Ap.) ¿Quién mayor desdicha vió?
ECO. Véngueme el cielo de tí.
SILVIO. Si tú le pides al cielo
Que dél te vengue (¡ah cruel!),
Ya con mayor desconsuelo
Pedir puede mi desvelo
Que me vengue de tí y dél.
Y supuesto que él aquí
A tí, fiera, te ofendió,
Y tú y él juntos á mí,
Dél me vengaré, pues no
Me puedo vengar de tí.
Advenedizo zagal,
Que dese monte eminente
A solo aumentar mi llama,
Hijo del viento desciendes:
Aunque no es tuya la culpa
De que Eco á amarte llegue,
Sino suya, y aunque tengo
En parte que agradecerte,
Al ver cuán dueño de tí
Tanta ventura desprecies;
Tan fuera de la razon
Las leyes los celos tienen,
Que mandan que muera quien
Es querido, y no quien quiere.
Sin duda que fué mujer
Quien introdujo esas leyes,
Pues condenó al instrumento,
Y no al que con él ofende.
Y así, pues ya recibido
Está en uso que se venguen
En los hombres los agravios
Que nos hacen las mujeres,

Fuerza es el vengarme en tí,
Aunque es fuerza que me pese
Que seas tan tierno jóven,
Que no haga nada en vencerte.

ECO. Silvio, mira . . . (Ap. ¡Muerta estoy!)

NARCISO. ¡Ay de mí infelice!

ECO. Advierte . . . (Pónese delante.)

SILVIO. Para matarle me irritas
Mas, cuanto mas le defiendes.

NARCISO. Pues no me defiendas mas.
Deja que á mis brazos llegue;
Que valor hay en mis brazos
Que sabrán, Eco, vencerle.

(Luchan los dos, y cae Narciso.)

SILVIO. ¿Cómo, si á mis plantas ya
Estás? Por dichoso muere;
Que es delito ser dichoso
En los amantes.

Va á sacar el puñal para darle, sale FEBO, *y detiénele.*

FEBO. Detente,
No le mates.

SILVIO. ¿Tú lo estorbas?

FEBO. Sí.

SILVIO. Será porque no tienes
Noticia tú del porqué,
Febo; que si la tuvieses,
Me ayudaras á matarle.

FEBO. No hiciera, que por saberle
Antes que por ignorarle,
Le guardo; que no merece
Morir por verse querido.

SILVIO. ¡Oh qué infames celos tienes,
Pues mil muertes no deseas
A hombre que á tu dama quiere!

FEBO. Antes son mis celos nobles,
Pues desengañar pretenden
Hoy al mundo del error
Que en esa parte padece.
Querer lo que quiero yo,
Casi lisonja á ser viene,
Pues aprueba mi buen gusto?
Ser mas dichoso en que llegue
A ser mas querido, es
Donativo de la suerte:
Pues ¿por qué al que el cielo hizo

Mas venturoso, he de hacerle
Yo mas desdichado? Fuera
De que es tan sagrado siempre
Para mí (extráñelo el gusto,
Yerre yo en esto, ó acierte)
Cuanto es gusto de mi dama,
Que tengo de defenderle,
Por no hacerla este pesar
De ofender lo que ella quiere.

SILVIO. En amor, Febo, no hay
Sofisterías . . . y advierte
Que en celos nunca hay nobleza:
Lo que se siente se siente.
Y así, tengo de matarle
Porque ella le favorece,
Aunque tenga que estimarle
El ver que él á Eco desprecie.

FEBO. ¿El despreciar á Eco?

SILVIO. Sí.

FEBO. Ahora le daré yo muerte,
Porque á lo que quiero yo
No ha de haber quien lo desprecie.

SILVIO. Ahora le defenderé
Yo, si advierto que le tiene
Esa obligacion mi amor.

FEBO. ¡Oh qué villano amor tienes,
Pues al que Eco quiere matas,
Guardando al que á Eco no quiere!
Y así, es forzoso que aquí
Dese desaire la vengue.

SILVIO. Yo por él he de guardarle.

FEBO. El que de los dos venciere,
Siga despues su opinion.

(Luchan Febo y Silvio.)

ECO. ¿Quién vió confusion mas fuerte?
Pastores desta montaña,
Venid á favorecerme,
Estorbando una desdicha
Que hoy á mis ojos sucede.

Salen ANTEO, SILENO, LIRIOPE, BATO, *y los demas.*

ANTEO. ¿Qué es aquesto? Silvio, Febo,
Tenéos, que estoy presente.

SILENO. Narciso, ¿tan presto ya
Pendencia en el valle tienes?

NARCISO. Y aun dos, pues dos enemigos
Aquí matarme pretenden.
LIRIOPE. ¿Qué presto empiezan los hados
A declararnos que tienes
Tu riesgo en una hermosura!
BATO. Yo, sin que astrólogo fuese,
Lo dijera, porque ¿quién
No tuvo su riesgo siempre
En una hermosura, y aun
En una fealdad mil veces?
SILENO. ¿Qué es esto, Eco hermosa?
ECO. Ser
Desdichada solamente. (Vase.)
ANTEO. ¿Qué es esto, Silvio?
SILVIO. Ser yo
Infeliz: Febo os lo cuente. (Vase.)
LIRIOPE. ¿Qué es esto, Febo?
FEBO. No sé:
Narciso decirlo puede. (Vase.)
SILENO. Narciso, ¿qué es esto?
NARCISO. Yo
No sé lo que me sucede. (Vase.)
ANTEO. Bato, pues fuiste á llamarnos
Dinos tú mas claramente
¿Qué es esto?
BATO. Ser desdichado.
Ahí os lo dirá esa gente. (Vase.)
SILENO. Sigámoslos, porque no
Vuelvan otra vez á verse,
Antes que amigos se hagan. (Vase.)
ANTEO. Vamos, aunque me parece
Que el serlo será imposible
Donde una dama interviene;
Que amistades sobre celos
Hanse visto pocas veces. (Vase.)
LIRIOPE. Cielos, pues ya me vais dando
Indicios tan evidentes
En la hermosura de Eco
Del peligro que previenen
Vuestros astros á Narciso,
Dadme valor con que enmiende
Los amagos, antes que
Las ejecuciones lleguen.
Válgame lo que he aprendido,
Para que el daño remedie,
Pues primero que le vea
Sucedido, he de ponerle

Mil embarazos al paso,
Si sé altiva, osada y fuerte
Trastornar todos los globos
Desa máquina celeste,
Viéndola á prodigios mios
Desplomada de sus ejes. (Vase.)

JORNADA TERCERA.

Salen FEBO, SILVIO y ANTEO.

ANTEO. Esto habeis de hacer por mí,
Pues ocasion no teneis
De no ser amigos.

FEBO. Mal
Sabes lo que es querer bien,
Pues dices que no tenemos
Ocasion para no ser
Amigos los dos, amando
Los dos un mismo desden.

SILVIO. ¿Cómo es posible que sea
Un hombre amigo de quien
Quiere lo que él quiere, siendo
Ira los celos?

ANTEO. Aunque
Entiendo poco del duelo
De amor, á mi parecer,
Cuando igualmente los dos
Aborrecidos os veis,
Y ninguno es preferido,
Podeis ser amigos, pues
Lo que al sentimiento obliga
En cualquier amante, es
Que la esperanza ó favor
Que yo pierdo, gane aquel.
Mas sin favor ni esperanza
El uno y otro, es querer

Estirar el duelo á mas
De lo que manda la ley.

FEBO. Esa es bastante razon
Para no reñir con él;
Mas no para ser su amigo.

SILVIO. Febo ha respondido bien;
Que una cosa es amistad
Y otra es competencia.

ANTEO. Pues
En aquesa diferencia,
Yo me contento con que
Enemigos no seais,
Si amigos no quereis ser.

FEBO. Deso la palabra doy
A mi pesar.

SILVIO. Yo tambien.
Pero advierte que se queda
El mayor disgusto en pié,
Porque yo la doy, Anteo,
En cuanto á Febo, que es
Igual conmigo en mis penas,
No en cuanto á Narciso, pues
Si Eco le quiere, yo tengo
De vengarme de ella en él.

FEBO. Yo, no porque ella le adore,
Pues dicha y no culpa es;
Porque él la desdeñe, sí;
Que yo no tengo de ver
Que ninguno trate mal
A lo que yo quiero bien.

ANTEO. Antes de hablar á los dos,
Con ese zagal hablé,
Y me ofreció de estorbar
Las ocasiones en que
Disgustar á alguno pueda
En despreciar ni en querer.
Y puesto que en esta parte
Estais compuestos los tres,
Ved que queda sobre mí
Vuestra competencia, y ved
Que el que la rompa, conmigo
Habrá de reñir despues. (Vase.)

SILVIO. ¿Quién llegó á mayor desdicha,
Que el galan que llegó á ver
Cara á cara un desengaño . . .

FEBO. ¿Quién llegó á mas dicha, quién,
Que el amante que llegó
Un desengaño á tener . . .
SILVIO. Pues cuanto vivió engañado,
Vivió contento, porque
Una cosa es ignorar.
Y otra cosa es padecer?
FEBO. Pues cuanto engañado amó,
Fué desdichado, porque
No hay mal como el que encubierto
Mata, sin saberse dél?
SILVIO. ¡Oh quién engañado amara
Toda su vida . . .
FEBO. ¡Oh quién
Hubiera este desengaño
Tenido antes . . . .
SILVIO. Para que
Nunca sintiera el dolor!
FEBO. Para que siempre el cruel
Dolor hubiera sentido!
SILVIO. Que en un amor . . .
FEBO. Una fe . . .
SILVIO. No hay cosa como ignorar!
FEBO. No hay cosa como saber!

Sale ECO.

ECO. (Ap.) Silvio y Febo están aquí.
¡Cuánto siento que otra vez
Su cansada competencia
A escuchar he de volver!
FEBO. (Ap.) Eco es la que ven mis ojos.
SILVIO. (Ap.) Eco la que miro es.
FEBO. (Ap.) Dadme valor, sentimientos,
Para dejarla de ver.
SILVIO. (Ap.) Para no llegar á hablarla,
Quejas, esfuerzos haced.
FEBO. Eco, los diosess te guarden. (Vase.)
SILVIO. Vida los cielos te dén. (Vase.)
ECO. ¿Cómo los dos, sin hablarme,
Se van desta suerte? ¿Quién
Crêrá que sentí el hallarlos
Aquí, cuando aquí llegué,
Porque temí que me hablaran
En su amor, y que despues
He sentido que se ausenten
Los dos, sin hablarme en él?

Pero ¿qué mucho, qué mucho,
Si en efecto la mujer
Que mas ha olvidado, mas
Ha llegado á aborrecer,
Aun de lo que quiere mal
Le suena la queja bien?
Que es una ceremoniosa
Vanidad verse querer,
Que se desestima antes,
Y se echa menos despues.

Salen BATO y NARCISO.

BATO. ¿Dónde vas?
NARCISO. A caza al monte
Voy, Bato; que quiero ver
Si con la ausencia mejor
Venzo esta pasion cruel,
Porque á Eco en toda mi vida
Tengo de escuchar ni ver;
Que está en ella mi peligro.
ECO. (Ap.) El viene aquí, ¿qué he de hacer?
NARCISO. (Ap.) Ella está aquí: huyamos antes
Que llegue á hablarme.
ECO. (Ap.) Mas ¿qué
Lo que he de hacer dudo yo?
Aquí á sentir no llegué
Que se fuesen sin hablarme
Los dos que aborrecí? Pues
Lo que fué veneno en ellos,
Será medicina en él.
Esfuérzate, corazon,
Vence siquiera una vez.)
Narciso.
NARCISO. ¿Qué quieres, Eco?
ECO. Que vida el cielo te dé. (Vase hácia el paño.)
NARCISO. ¿Cómo sin decirme mas
Te vas?
BATO. Andando en dos piés.
NARCISO. (Ap. á él.) ¿Luego ya no siente, Bato,
Que desengaños lá dé,
Pues ella no me da quejas?
BATO. Paréceme que no.
NARCISO. ¿Quién
Habrá llegado á sentir
Lo que llegó á pretender?

BATO. Quien pretendió lo que habia
De sentir.
ECO. (Ap.) ¿Esto es querer?
Sí; mas por disimular,
Y porque juzgue tambien
Que nada siento, cantando
La deshecha quiero hacer.
Si espanta su mal quien canta,
¿Cómo yo espanto mi bien? (Vanse.)
NARCISO. Mas ¿qué importa que se vaya?
BATO. Nada, si se mira bien.
NARCISO. (Pégale.) Pues no importa sino mucho.
BATO. Importe . . . — y la mano ten.
ECO. (Canta dentro.) *Si en los que bien quieren*
Todo es padecer,
Y no hay dicha alguna
En el bien querer,
¡Fuego de Dios en el querer bien!
NARCISO. Amen.
BATO. Amen.
Pero ¿de qué te amohinas?
NARCISO. De que cante.
BATO. Dices bien;
Que es el cantar muy mal hecho,
Despreciada una mujer.
NARCISO. Huyamos, Bato, de aquí;
Que si la escucho otra vez,
Tras sí me llevará.
BATO. Dices
Lindamente: al monte ven.
ECO. (Dentro.) *¡Fuego de Dios en el querer bien!*
NARCISO. Amen.
BATO. Amen.
NARCISO. Detente, que aquella voz
Un clarin del amor es,
Que á mi oido mis deseos
Ha tocado á recoger.
Dejarme sin hacer caso
De mí, tan fiera y cruel,
Cantar tan alegre y libre,
Fuerza es que lo sienta. Ven
Conmigo, que de mis quejas
Testigo te quiero hacer.
BATO. Pues ¿dónde hemos de ir?
NARCISO. Tras ella.
BATO. ¿Qué te obliga ahora?

NARCISO. No sé,
Pero estando triste yo,
Al ver que ella alegre esté,
Porque canta la siguiera,
Cuando no cantara bien. —
Eco hermosa, espera, escucha . . .

Al entrarse, sale LIRIOPE, *y le detiene.*

LIRIOPE. La voz y el paso deten,
Narciso.

NARCISO. ¿Cómo es posible,
Cuando decir escuché? . . .

(Eco dentro y Narciso fuera repiten.)

LOS DOS. *Si en los que bien quieren*
Todo es padecer,
Y no hay dicha alguna
En el bien querer,
¡Fuego de Dios en el querer bien!
¡Amen, amen!

LIRIOPE. ¿Es posible que, sabiendo
Que está en ese azul dosel
Escrito con plumas de oro
Y letras de rosicler
El influjo de tus hados
Que te amenaza cruel,
Sus hojas quieras abrir,
Y sus capítulos lêr?
¿No sabes que esa hermosura
Y esa voz alguna vez
A declararse empezaron
Contra tí, cuando á los piés
De los celosos amantes
Te llegaste á defender
Del un peligro en el otro?
Pues allí el aviso crê,
Agradeciendo á los cielos
Que tan de tu parte estén,
Que escuches la voz del trueno
Antes que el rayo te dé.

NARCISO. Yo te confieso que es justo
El recelar y el temer;
Pero vencerse á sí mismo,
Di, ¿quién ha podido?

LIRIOPE. Quien,
Antevisto el daño, huye.

NARCISO. Pues si eso basta, yo huiré.
Al monte me voy á caza,
Y al valle no he de volver
Hasta que vuelva olvidado
De esta tan dudosa fe,
Que un dia todo es amar,
Y otro dia aborrecer.
Y así, ya en otro sentido,
Diciendo con ella iré . . .

ÉL Y ECO. (Dentro.) *Si en los que bien quieren*
Todo es padecer, etc.

(Vase Narciso.)

LIRIOPE. Aun hasta en eso hoy el cielo
Te da el aviso mas fiel,
Pues aborrecer y amar
Destino es tuyo tambien. —
Ve con él, Bato.

BATO. Ya voy;
Mas mala comision es
La de andarse tras de un amo
Que pesar da y quiere bien. (Vase.)

LIRIOPE. Cielos, ya está declarada
La suerte, y pues ya llegué
Del peligro de Narciso
La causa á reconocer,
¿De qué, si no la remedio,
Me habrá servido, de qué,
Cuanto aprendí de Tiresias,
Cuanto leí y estudié
En aquella soledad?
Aprovechémonos pues
De saber; que no aplicado,
De nada sirve el saber.
De Eco en la voz y hermosura
Sus dos peligros se ven:
Pues destruyamos el uno,
Para que quede despues
El otro imperfecto. Yo
Entre las cosas que sé
De la gran naturaleza,
Sé un veneno, el mas cruel
Que produjo la abundancia
De su infinito poder.
Este entorpece la lengua
De tal manera, que aquel
A quien se le da, incapaz
Queda del habla, porque

De las razones no usa,
Sin pronunciar ni aprender,
Sino solo lo que oye,
Y aun eso la última vez.
Este pues tan poderoso,
Torpe veneno; este pues,
Parto del opio y beleño,
Letargo de Eco ha de ser.
Tan eficazmente hiere,
Que no será menester
Que le beba; que le pise
Bastará, para correr
Brevemente al corazon
Por el contacto del pié.
Confeccionado le tengo,
Y al paso se le pondré
De aquella senda que pisa.
Muera de Eco la voz, pues
La voz de Eco es la que pudo
Tanto á Narciso mover;
Que pues conseguir no pude
Criarle sin ver mujer,
De otra suerte he de guardarle.
Y si esto no basta á hacer
El efecto que deseo,
De la tierra dejaré
Los secretos producidos,
Y hasta ese claro dosel
De los cielos mis portentos
Subirán: desclavaré
De su epiciclo los astros,
Y esa gran caterva fiel
De estrellas y de luceros
Perderá su rosicler.
La faz mancharé á la luna,
Turbaréle al sol la tez,
Y titubeando del cielo,
Desde un ej hasta otro ej,
La gran república hermosa,
Ruina amenazar la haré
Sobre el globo de la tierra:
Tanto, que temiendo esté
Si se cae ó no se cae
A un vaiven y otro vaiven. (Vase.)

Salen NARCISO *y* BATO.

BATO. Sigue aquel corzo que, herido
De una flecha, al viento iguala.

NARCISO. ¿Cómo en ave convertido,
Volar hoy con sola una ala
Tan igualmente has podido,
O corzo, y con tan mortal
Herida vuelves la espalda,
Cuando con presteza igual,
Cuanto pisas esmeralda
Lo vas dejando coral?

BATO. En la espesura se ha entrado,
Para morir desangrado
En aquel arroyo.

NARCISO. Ve
Tú, remátale, porque
Yo, rendido y fatigado,
No puedo pasar de aquí.

BATO. Ni yo, y ahora creí
Que verdad debe de ser . . .

NARCISO. Di ¿qué?

BATO. Que cansa el correr,
Porque me ha cansado á mí.

NARCISO. Entre aquellas ramas bellas
Un poco estemos, pues ellas
Impiden el arrebol
Del sol, en tanto que al sol
Late el can del cielo estrellas.

BATO. Dices muy bien: descansemos
Aquí un poco, que el lugar
Convida; y pues que nos vemos
Sin otra cosa en que hablar,
¿De la caza no hablaremos?
¿Hay bobería mayor
Que con este resistero
Seguir un gamo, señor,
Que á la sombra un despensero
Le caza mucho mejor,
Y mas descansado?

NARCISO. No,
Porque el gusto de matalle
Es lo que aquí se estimó.

BATO. Que era el gusto, pensé yo,
El cocelle ó empanalle.

NARCISO. Que es el escucharte, piensa,
De un noble ejercicio ofensa.
BATO. Tú, que no hay, imagina,
Selva como una cocina,
Bosque como una despensa.
NARCISO. De la caza la porfía
Deja.
BATO. ¿En qué, si esto te pesa,
Hablarás?
NARCISO. De Eco querria.
BATO. Pues tambien es caza esa,
Y aun caza de montería.
NARCISO. ¡Que siempre!... Pero ¿qué ruido
Es este?
BATO. Que el corzo herido,
De espuma y sangre bañado,
Por esta parte ha tornado.
NARCISO. Cóbrale tú, que rendido
Yo, no puedo.
BATO. Yo lo haré,
Señor, y á cobrarle iré,
Como él pagárseme quiera.
NARCISO. Yo á la márgen lisonjera
De este arroyo esperaré.
(Vase Bato, y descúbrese la fuente.)
¿Atreveréme á beber
Los cristales de su fuente,
Sin recelar ni temer
Que segunda vez intente
Mis sentidos suspender
Quizá la ninfa que está
En ella? Pero no hará;
Que ofensa no puede ser
Llegar yo en ella á beber,
Si ella brindándome está.
¡Oh qué ignorante nací!
Oh qué necio me crié,
Pues nunca de alguno oí
Si ofensa ó lisonja fué
De las ninfas el que así
Se atrevan á su cristal!
Mas si es deidad lisonjera
Para remediar mi mal,
Forzoso es ser liberal.
O tú, que eres la primera
Ninfa del agua, á quien yo
Sediento á pedir llegué

Alivio y consuelo, no
Te ofendas ahora de que (Asómase á la fuente.)
A tí me atreva. — ¿Quién vió
Jamas igual hermosura
De la que aquí á mirar llego,
Pues su ninfa (¡qué ventura!)
Flechando está vivo fuego
Dentro de la nieve pura?
No sin espanto y recelo
A ver llegan mis temores
En otro mundo de hielo
Otros árboles y flores,
Otros montes y otro cielo.
— Como mis voces oyó,
A responderme salió. —
Bellísimo asombro, á quien
La vida y el alma es bien
Que ya sacrifique yo,
Dime si podré (¡ay de mí!)
En el cristal que tú estás
Guardando, templar aquí
Mi sed. — Ya dice que sí,
Aunque por señas no mas;
Bien que las entienden, fío,
Mi discurso y mi albedrío:
Duda en ellas no se halla,
Pues aunque al hablarla calla
Se rie cuando me rio.
No vi hermosura jamas
Tan divina. — Beberé,
Pues tú licencia me das.
— Cuanto al cristal me acerqué
Tanto ella se acercó mas.
Vestida (¡qué admiracion!)
Como yo está su belleza.
Dos árboles, con razon,
Se visten de una corteza,
Si tienen un corazon.
Beberé pues, pero enojos,
Porque en sus claros despojos
Hallo contrarios agravios!
¿Cómo lo que es en los labios
Hielo, es incendio en los ojos?
Cómo, cuando al agua llego,
En mí tal fuego se fragua?
Cómo (estoy mudo, estoy ciego),
Si al fuego le mata el agua,

Aquí el agua enciende al fuego?
— Desde el punto que te ví,
¡Oh beldad! morirme siento:
Solo viene bien aquí
Aqueste encarecimiento
De «quiérote como á mí»
Puesto que á mí no me quiero
Mas que á tí, pues por tí muero.
¿Por qué no hablas ni respondes?
Pero de la voz que escondes
Segunda ventura infiero,
Porque si mi suerte dura,
En voz y hermosura atroz,
Fin á mi vida procura,
El no tener tú una voz,
Es tener otra hermosura.
¿Quieres darme aquesa mano?
— ¡Vive amor, que la acercó!
Hoy altos favores gano.
Mas ¡ay de mí! que es en vano
Que tal bien consiga yo,
Porque al ir (¡hay pena igual!)
A asirla, de amores loco,
Su luz turbó celestial;
Y yo solo el cristal toco,
Y no el alma del cristal.

Quédase divertido en la fuente, y sale ECO.

ECO. (Sin ver á Narciso.) De la compañía del valle,
Que mas que divierte, cansa,
A la soledad del monte
Huyendo vienen mis ansias.
A llorar vengo á esta fuente,
En cuya apacible estancia
Suelen mis melancolías
Divertirse, porque el agua
Instrumento es de los tristes,
Y este en dulce consonancia
Con cuerdas de vidrio hiere
Trastes de oro y lazos de ámbar.
Muchas veces vine aquí
A divertir mis desgracias;
Pero de todas (¡ay cielos!)
Ninguna con mayor causa;
Que inquietamente confusa,
No sé qué siento en el alma,

Que á golpes dentro del pecho
El corazon se me arranca.
Pero ... (Ap. ¡Qué miro! Narciso
Suspenso en ella con tanta
Atencion está, que creo
Que es ya de la fuente estatua.
A que le he seguido yo
No quiero que se persuada;
Y así, me he de recatar
Entre aquestas verdes ramas.)

NARCISO. Como tú, hermoso prodigio,
Solo me miras y callas,
Yo no hago mas que mirarte
Y callar; pero esto basta,
Porque como yo te vea,
¿Qué mas dicha?

ECO. (Ap.) ¿Con quien habla
Que la está diciendo amores?
¿Los desprecios no bastaban,
Sino los celos tambien?
Mas celos ¿á qué amor faltan?
Acercarme quiero mas;
Que puesto que está de espaldas,
No me verá; que no duda
Mi necia desconfianza
Que de la otra parte esté
Alguna hermosa zagala,
Con quien habla.

NARCISO. ¡Qué divina
Eres, deidad soberana!
Bella me pareció Eco
Antes que á tí te mirara;
Pero despues que te ví,
Aun no es tu sombra.

ECO. (Ap.) ¿Qué aguarda
Mi sufrimiento, que ya
A voces no se declara,
Viendo cuán á costa mia
Guarnece las alabanzas
De otra? Pero á nadie veo;
Y pues mi vista no alcanza
Desde aquí, por detras dél
He de procurar mirarla,
Si es que me deja valor
Quien lentamente me mata.

(Asómase Eco por detras de Narciso á la fuente.)

NARCISO. Bella es Eco, pero tú . . .
¡Ay de mí triste! Al nombrarla,
Al lado de la que adoro
Se puso. ¿Dentro del agua
Eco está? ¿Cómo es posible?
Mas ¡ay de mí! mis desgracias
A sus palacios habrán
Facilitado la entrada,
O sus celos. — No la creas
Lo que en mi ofensa te habla
Al oido, porque en todo
Cuanto te dice, te engaña.

ECO. No engaña, Narciso.

NARCISO. ¡Cielos!
¿Quién se ha visto en dudas tantas?
¿Cómo, si el cuerpo está allí,
Aquí suena la voz? Rara
Confusion en este caso
Es la que padece el alma.
(Vuelve á mirar á Eco, y deja la fuente.)
¿Cómo estás aquí, si estás
En el cristalino alcázar
Desta fuente? ¿A un tiempo mismo
Dos cuerpos tienes? Turbada
Mi vista al verte en dos partes,
Con admiracion se espanta.

ECO. Escucha.

NARCISO. Déjame . . . Pero
En vano mi voz te agravia:
Eco hermosa de mis ojos,
Si me quieres, si me amas,
Si á buscarme al monte vienes,
Muestra tus finezas altas
En decirme cómo entraste
A ese palacio de plata,
Y cómo tan presto dél
Saliste, para que vaya
Y por donde tú saliste
A ver á la soberana
Deidad de esta fuente.

ECO. Espera,
Narciso, detente, aguarda;
Que con ser tanta mi pena,
Aun es mayor tu ignorancia.
¿A quién ves en esa fuente?
¿Con quién á esa fuente hablas,
Si cuanto está dentro della

Solo es una sombra falsa,
Que á nuestros ojos ofrece
La reflexion en el agua,
Porque, como es un cristal
Que nuestros cuerpos retrata,
Finge ese objeto á la vista?

NARCISO. Ya sé, Eco, que me engañas,
Porque disuadirme intentas
De mi amor y mi esperanza.
Yo he visto la ninfa hermosa
Desa fuente, á cuya rara
Perfeccion dió el monte nieve,
El clavel púrpura, y nácar
La rosa, el jazmin candor,
Hermoso arrebol el alba,
El sol mismo trenzas de oro,
Y el cristal manos de plata.
No es sombra fingida, no;
Que ella en su profunda estancia,
Entre otras selvas y cielos,
Otros montes y otras plantas,
Se ha dejado ver de mí.
Llega tú, llega á mirarla,
Que aun aquí está todavía.

ECO. ¡Oh si el dolor me dejara
Aliento con que pudiera
Desengañar tu ignorancia,
Para tomar de una vez
De tu vanidad venganza!
Mas sí dejará; que yo,
A despecho de su saña,
Sabré vencerle. Narciso,
Esa deidad que en el agua
Viste . . . ¡Qué dudo! No sé
Lo que iba á decir. ¡Extraña
Pena! — Para que prosiga,
Acuérdame tú en qué hablaba.

NARCISO. En la deidad desa fuente.

ECO. ¡Ah sí! Esa sombra, que vana
Tu fantasía presume
Que es la ninfa que la guarda,
Es . . . ¿Cómo lo diré yo?
Una . . . Explicacion me falta . . .
Lo mismo en que estoy hablando,
Dudo con presteza tanta . . .
Y no tan solo el concepto,

Pero tambien las palabras.
¿Quién eres tú que aquí estás?

NARCISO. ¿Qué preguntas si me hablas?
Yo soy Narciso.

ECO. (Repitiendo.) Narciso.

NARCISO. Sí. ¿Qué te espantas?

ECO. ¿Espantas?

NARCISO. Pues ¿no he de espantarme yo,
Al ver en tí tal mudanza?
¿Qué ibas diciendo?

ECO. ¿Diciendo?

NARCISO. Sí, no calles nada.

ECO. Nada.
Pero miento, que mil cosas
Voy á decir, y turbada
La lengua solo pronuncia
Lo que oye.

NARCISO. ¡Confusion rara!
Eco . . .

ECO. Eco.

NARCISO. ¿Qué es esto?

ECO. Esto.

NARCISO. Sí, ¿qué sientes? Habla.

ECO. Habla.

NARCISO. (Ap. Sin duda que, como quiso
Ofender la soberana
Deidad desa fuente, ella
Ha tomado esta venganza,
Embargándola la voz.
Ya me da asombro el mirarla.
Della huiré. — Ella me detiene,
Y solo en señas declara
Su dolor. El corazon
Con su misma mano arranca.)
¿Qué es lo que quieres?

ECO. ¿Que quieres?

NARCISO. ¿Tú me detienes y llamas?
Dímelo tú á mí.

ECO. Tú á mí.

NARCISO. Suelta.

ECO. Suelta.

NARCISO. Basta.

ECO. Basta.

Sale BATO.

BATO. No he podido volver ántes,
Porque . . . Mas no habré hecho falta.

Si tan bien entretenido
Estabas, señor.

NARCISO. No estaba
Sino mal, porque no sé
Qué es lo que á mi vida pasa.
Habla con Eco: quizá
Podrá aquí menos turbada
Que conmigo, hablar contigo;
Y estórbala que no vaya
Tras mí; que voy á buscar
Por todas esas montañas
Músicos, que á cantar vengan
A la ninfa soberana
Desa fuente, á quien rendí
El ser, la vida y el alma. (Vase.)

BATO. ¿Ya tenemos otra historia?
¿Qué ninfa ó qué calabaza,
Señora, es aquesta?

ECO. ¿Aquesta?

BATO. Sí.

ECO. Sí.

BATO. ¡Linda flema gastas!

(Quiere ir Eco tras Narciso, y Bato la detiene.)

No le sigas.

ECO. No le sigas.

BATO. No le sigas tú y tu alma;
Que yo harto quedo me estoy.
Un instante aguarda.

ECO. Aguarda.

BATO. ¿Qué es, di, señora?

ECO. Señora.

BATO. (Ap. ¿Señora yo? Está borracha.)
Di lo que sientes.

ECO. Que sientes.

Yo no siento nada.

ECO. Nada.

BATO. ¿Lo que oyes dices? ¿De cuándo
Acá tú eres papagaya?
Notables extremos hace.
Llena de mortales ansias
Se hiere el pecho. El temor
Della ya me aparta.

ECO. Aparta.

(Ap. Por de dentro, hácia mí misma,
Sin articular palabra
Hablar puedo, pues conozco
Que pronunciar bien le falta

Al órgano de mi voz,
Aunque no sé por que causa.
En mi vida me verán
Humanas gentes la cara.
Huyendo de los poblados
A las ásperas montañas
Iré, y escondida en ellas,
Las mas cóncavas estancias
Viviré triste y confusa,
Repitiendo á cuantos pasan
Ultimos acentos solo.
Asperos montes de Arcadia,
De Arcadia apacibles selvas,
Nobles pastores, zagalas
Hermosas, blancos rebaños,
Verdes troncos, fuentes claras:
Eco, vuestra compañera,
Ya de entre vosotros falta.
No la busqueis, porque oculta
En las ásperas entrañas
De los montes va á vivir,
De Narciso enamorada.
Mas si quereis saber della,
Desde los valles habladla;
Que de responder á todos
Desde aquí doy la palabra,
Llorando con los que lloran,
Cantando con los que cantan.) (Vase.)

BATO. Señores, ¿qué ha sido esto
Que á Eco ha dado, que no habla
Sino solo lo que oye?
¡Oh, quién supiera la causa
Para venderla! porque
¡Cuántos hombres me pagaran
A peso de oro (si hay oro)
Que sus mujeres y damas,
Por mucho que ellos hablasen,
Ni aun una sola palabra
Hablasen en todo el dia!
Y ¡cuántas mujeres, cuántas
Tambien pagaran la cura,
Porque los hombres no hablaran
Mas de lo que ellas quisieran!

Sale SIRENE.

SIRENE. Aquí dijeron que estaba
Eco, y á buscarla vengo.

BATO. (Ap. ¡Oh, si hubiera la desgracia
Hoy tenido tan buen gusto,
Que hubiera quitado el habla
Tambien á Sirene!) ¿Qué hay,
Sirene?

SIRENE. (Ap.) ¡Oh, cuánto me cansa
Este necio! Hablar no quiero,
Porque me deje y se vaya.

BATO. ¿Pues no me respondes? ¿No?
¿Y por señas? ¿Qué? ¿no hablas?
¡Linda cosa! Albricias, hombres:
Todas las mujeres callan
Desde hoy: peste general
Ha venido por sus hablas.

SIRENE. ¡Malos años para vos!
Que por tardes y mañanas,
Cuanto me venga al calletre,
He de habrar.

BATO. Ya me espantaba
Yo de que era tan dichoso.

Sale FEBO.

FEBO. (Ap. ¿Dónde me llevan mis ansias
Tras un divino imposible
Sin dicha y sin esperanza?)
Bato.

BATO. ¿Qué hay, Febo?

FEBO. Por dicha
Entre aquestas intrincadas
Espesuras que tejió
Rústicamente la varia
Naturaleza, que á veces
Es sin el arte mas sabia,
¿Viste á la divina Eco?

BATO. No vi sino á la Eco humana,
Porque si fuera divina
No padeciera desgracias.

FEBO. ¿Qué desgracias?

BATO. La mas grande
Que pudo, Febo, á zagala
Alguna suceder.

FEBO. ¿Cómo?
¿Fué alguna fiera tirana
Sangriento horror de su vida?

BATO. Mayor.

FEBO. ¿Desas peñas altas
Se ha despeñado?
BATO. Mayor.
FEBO. ¿Fué monumento de plata
Suyo el raudal dese rio?
BATO. Mayor.
FEBO. ¿Mayor que anegada,
Que despeñada y herida?
BATO. Sí.
FEBO. ¿Qué fué?
BATO. Faltóle el habla,
Que en mujer es mas que todo.
FEPO. ¡Una y mil veces mal hayas!
Pues ¿ahora me hablas de burlas?
BATO. Muy de véras ahora hablaba,
Porque sin poder decir
Mas que sola una palabra,
Aquí la vi.
FEBO. Sus tristezas
Deso habrán sido la causa.
BATO. Pero no te aflijas mucho:
Tambien Sirene callaba
Ahora, y habló al instante
Mas que cuatro mil urracas;
Y lo mismo será de Eco,
Porque si el hablar es falta
En las hembras, no se pierde
Tan presto una mala maña.
FEBO. Sin darte crédito, voy
Por este monte á buscarla.
(Dentro música á lo léjos.)
¿Pero qué es esto?
SIRENE. Notable
Ruido de músicas varias
Hácia aquí viene.
FEBO. No quiero
Tenerme á saber la causa;
Porque cuando lloro yo,
Me afligen mas los que cantan.
SIRENE. ¿A qué propósito hoy
Habrá, Bato, fiesta tanta?
BATO. En albricias de que calle
Una mujer: ¿qué mas causa?

Sale NARCISO y LOS MUSICOS.

NARCISO. Aquí, amigos, ha de ser
La música; que esta clara

Fuente es la esfera de un sol
Que á su luz de hielo abrasa.
No llegueis hasta que yo
Llegue á la fuente á llamarla;
Porque hasta que ella esté allí
No es bien que música haya.

BATO. Narciso, ¿qué es esto?

NARCISO. Ya,
Cuando con Eco quedabas,
De paso ¿no te lo dije?

BATO. Pues dímelo ahora de estancia.

NARCISO. A la ninfa desa fuente
Mi pecho rendido ama.
Llegando á beber la vi,
Dióme licencia de amarla
Por señas, porque la voz
No suena dentro del agua.
Una música la traigo,
Bato, para festejarla,
Y voy á ver si está aquí.

BATO. ¡Cuánto de verla me holgara!
Porque aunque he oido decir
Que ninfas y duendes haya,
Ni duende ni ninfa he visto.

NARCISO. Tente, que podrá enojarla
El que tú llegues á verla,
Y aun podrá ser que no salga.
Déjame llegar á mí,
Y si á mi voz que la llama
Saliere, llegarás tú
Secretamente á miralla. —
Deidad cristalina, á quien
Mi corazon idolatra,
Sal á mis voces.

BATO. ¿Salió?

NARCISO. Sí. No sabré decir cuánta
Es mi alegría de ver
Que tan presto á mi voz salgas;
Una música te traigo,
Y á saber lo que te agrada,
Te trajera cuantos dones
Producen estas campañas.
¿No agradeces el deseo?
Di que sí . . . Esa seña basta.

BATO. ¿Podré llegar ya?

NARCISO. Entre tanto
Que á decir que canten vaya

A los músicos, podrás
Verla, Bato; mas repara
Que llegues tan quedo, que
No te sienta. — Soberana
Belleza, á decir que lleguen
Los músicos voy: aguarda.
— Llega, que ahí queda.

BATO. Ya llego
Con harto miedo y con harta
Vergüenza; que es la primera
Vez que á fuente llego: tanta
Ha sido la antipatilla
Que he tenido con el agua,
Y fe que he guardado al vino.
(Mírase en la fuente.)
¡Qué malditísima cara
De ninfa! La mia no puede
Ser peor ni aun ser tan mala.

NARCISO. Llegad, desde aquí decid
De mi bien las alabanzas.
¿Hasla visto?

BATO. Ya la he visto.

NARCISO. ¿No es su belleza extremada?

BATO. Mucho, señor, si tuviera . . .

NARCISO. Prosigue, ¿qué?

BATO. Hecha la barba,
Porque tiene mas que yo
Debo de tener.

NARCISO. ¡Qué extraña
Es tu simpleza! — Cantad. —
Oye, mi bien, lo que cantan
(Cantan, y desde adentro responde Eco.)

MÚSICOS. *Las glorias de amor . . .*

ECO. (Dentro.) Amor.

MÚSICOS. *Tienen en los celos . . .*

ECO. (Dentro.) Celos.

MÚSICOS. *Libradas las penas . . .*

ECO. (Dentro.) Penas.

MÚSICOS. *Que en el alma siento . . .*

ECO. (Dentro.) Siento.

MÚSICOS. *¡Ay que me muero de celos y amores!*
¡Ay que me muero!

ECO. (Dentro.) ¡Ay que me muero!

NARCISO. Oid: qué segunda voz,
Repetida de los vientos,
Duplica vuestros acentos,
Rompiendo el aire veloz?

BATO. No sé, que admirado yo,
Con harto miedo la oia.
NARCISO. ¿Cómo la letra decia
Que vuestro tono cantó?
MÚSICOS. *Las glorias de amor . . .*
ECO. (Dentro.) Amor.
MÚSICOS. *Tienen en los celos . . .*
ECO. (Dentro.) Celos.
MÚSICOS. *Libradas las penas . . .*
ECO. (Dentro.) Penas.
MÚSICOS. *Que en el alma siento.*
ECO. (Dentro.) Siento.
MÚSICOS. *¡Ay que me muero de celos y amores!*
¡Ay que me muero!
ECO. (Dentro.) ¡Ay que me muero!
NARCISO. De suerte que repetidos
Desos versos los finales,
Alguien lamenta sus males,
Diciendo en otros sentidos:
«Amor, celos, penas siento.
¡Ay que me muero!»
BATO. ¿Quién será?
SIRENE. Alguna deidad,
Porque quien deidad no fuera
No hablara sin que se viera.
NARCISO. Pues segunda vez cantad.
Veamos . . .

Sale LIRIOPE.

LIRIOPE. No canteis mas.
¿A quién, di, Narciso, en esta
Siempre apacible floresta
Aquesta música das?
NARCISO. A la mayor hermosura
Que jamas el cielo vió,
En quien de los hados yo
Tengo mi vida segura;
Porque si mi fin atroz
En voz y hermosura están,
Aquí los cielos me dan
La hermosura sin la voz.
LIRIOPE. (Ap.) Sin duda que amor procura
A Eco, que es Eco infelice.
Ya solo lo que oye dice,
Y está sin voz su hermosura.

NARCISO. La deidad de aquesta fuente
Es, madre, la que yo adoro
Dentro della está, y no ignoro
Que agradezcas noblemente
Tan alto empleo.

LIRIOPE. Pues ¿cuándo
La deidad viste?

NARCISO. Al beber
Su cristal, la pude ver
Dentro del agua abrasando
Y tanto me favorece,
Conociendo el amor mio,
Que se rie si me rio,
Y si lloro se entristece.

LIRIOPE. Tu ignorancia te ha tenido,
Por las señas que me has dado,
De tí mismo enamorado.

NARCISO. ¿Cómo eso puede haber sido?

LIRIOPE. Llega al cristal, lo verás,
Para que desengañado
Te burles de tu cuidado,
Y no te diviertas mas.

NARCISO. Llega tú, que ella está aquí.
(Llega á la fuente Narciso.)

LIRIOPE. ¿Estoy en el agua yo
Ahora, Narciso?

NARCISO. No.
(Llega ahora Liríope.)

LIRIOPE. Y ahora ¿estoy en ella?

NARCISO. Sí,
Y equívoco mi deseo,
Extraños discursos fragua,
Cuando en la tierra y el agua
A un mismo tiempo te veo.

LIRIOPE. Pues desa misma manera
Que á mí me miras, te ves.
La que juzgas deidad es
Sombra tuya. Considera
Si ha sido tu amor locura,
Pues á sí mismo se amó.

NARCISO. ¡Válgame el cielo! ¿qué yo
Tengo tan rara hermosura,
Y que no puedo (¡ay de mí!),
Siendo quien puede tenerla,
Aspirar á merecerla?
¡Cielo! ¿es aquesto así?

ECO. (Dentro.) Sí.

NARCISO. ¿Quién á mi voz respondió?
LIRIOPE. Eco, á quien el monte esconde,
Que á cuanto escucha responde.
NARCISO. ¿Y á sí no perdonó?
ECO. (Dentro.) No.
NARCISO. Pues, Eco, oye. Aunque tú mueras...
ECO. (Dentro.) Mueras...
NARCISO. Celosa, yo enamorado...
ECO. (Dentro.) Enamorado...
NARCISO. No me he de acordar de tí.
ECO. (Dentro.) De tí.
NARCISO. Mas ¡ay cielos! que si aquí
Junto las voces que oí.
¡Oh madre! y las consideras,
En tres voces dijo: «Mueras
Enamorado de tí.»
Y temo que la oiga el cielo!
ECO. (Dentro.) El cielo...
NARCISO. Pues es fuerza que me dé...
ECO. Me dé...
NARCISO. De mí mismo á mí venganza.
ECO. Venganza.
NARCISO. Y mas ahora que alcanza
A ver mi desconfianza,
Que lo último repitiendo
De mi acento, está diciendo:
«El cielo me dé venganza.»
— Esta imposible hermosura...
ECO. (Dentro.) Hermosura...
NARCISO. Y aquella hermosura y voz...
ECO. (Dentro.) Y voz...
NARCISO. A un mismo tiempo me han muerto.
ECO. (Dentro.) Me han muerto.
NARCISO. Pues tan claramente advierto
Que oráculo del desierto,
Cuando á mis penas compite,
Eco conmigo repite:
«Hermosura y voz me han muerto;»
¡Ay de mí infeliz, que muero!
ECO. (Dentro.) Muero...
NARCISO. Y mi misma sombra amando...
ECO. (Dentro.) Amando...
NARCISO. Una voz aborreciendo...
ECO. (Dentro.) Aborreciendo.
NARCISO. Con que se está averiguando
Que el hado va ejecutando
Sus amenazas. Huir quiero

De mí mismo, pues ya «muero
Aborreciendo y amando.» (Vase.)

LIRIOPE. Oye, Narciso, detente.

BATO. Al monte se ha entrado huyendo.

LIRIOPE. ¡Oh qué en vano los mortales
Quieren entender al cielo!
Todos los medios que puse
Para estorbar los empeños
Hoy de su destino, han sido
Facilitarlos mas presto;
Pues la voz de Eco le aflije,
Y por venir della huyendo,
Muerte le da su hermosura:
Con que ya cumplido veo
Que hermosura y voz la matan,
Amando y aborreciendo.

Salen FEBO y SILVIO.

FEBO. Asombro de aquestos valles . . .

SILVIO. De aquestos montes portento . . .

FEBO. Que habiendo fiera venido . . .

SILVIO. A tu principio te has vuelto . . .

FEBO. ¿Qué hechizo á Eco la has dado . . .

SILVIO. ¿Qué tósigo, qué veneno . . .

FEBO. Que huyendo las gentes, muere

SILVIO. Loca por esos desiertos?

LIRIOPE. ¡Qué tósigo ni qué hechizo,
Ni qué veneno mas fiero
Que su proprio amor! El es,
Zagales, el que la ha muerto.

FEBO. Mientes, que tus magias ciencias . . .

SILVIO. Con sus nocivos alientos . . .

LOS DOS. Juicio y vida la han quitado.

LIRIOPE. Si ellas bastaran á eso,
Bastaran á que á Narciso
No le pasara lo mesmo:
Y pues él muere á otro amor
No menos extraño, es cierto
Que no ha sido efecto mio.

FEBO. Sí ha sido, pues ese efecto
Es venganza de los dioses,
Que en él tus atrevimientos
Han castigado.

SILVIO. Y yo en tí
A ella he de vengar y á ellos.

FEBO. Primero de mis rigores.
Será despojo.

Al acometerla los dos, sale ANTEO, *y los detiene.*

ANTEO. Tenéos,
Que corre á cuenta esta vida
Del que aquí la trajo.

FEBO. Anteo,
No la defiendas, pues ves
Las razones que tenemos.

SILVIO. Y porque mejor lo digas,
Vuelve á ver furiosa á Eco,
Cómo, buscando las grutas,
Va de los montes huyendo.

LIRIOPE. Vuelve tambien, para ver
La poca culpa que tengo,
No menos loco á Narciso.

Sale ECO, *furiosa.*

ECO. (Para sí.) ¿Dónde ocultarme pretendo,
De mí misma aborrecida,
Si á mí conmigo me llevo?

Sale NARCISO.

NARCISO. De mí mismo enamorado,
A verme en la fuente vuelvo.

ANTEO. Si fueran suyos, no fueran
Iguales los sentimientos.

FEBO. Ya que defiendes su vida,
Verás que yo otra defiendo;
Pues lo noble de mi amor,
A la salud acudiendo
De Eco, intentaré curarla.

SILVIO. Lo altivo, sañudo y fiero
Del mio, mas que á su cura,
A su venganza resuelto,
La muerte dará á quien fué
La causa de sus despechos.

LIRIOPE. (Ap.) ¿Para cuándo son, fortuna,
De mi magia los efectos?

Perturbe de sus acciones
El encanto los intentos.

FEBO. Bella Eco . . .
SILVIO. (A Narciso.) Infeliz jóven . . .
FEBO. Darte la vida pretendo.
SILVIO. Y darte la muerte yo.
ECO. (Para sí, ó por señas.) ¿Para qué, si la aborrezco?
NARCISO. Tarde llegas, puesto que
Ya mis desdichas me han muerto.
ECO. (Para sí, ó por señas.) Y para que no lo logres,
Desesperada á ese centro
Me he de arrojar.
NARCISO. Y porque
Nunca sea tu trofeo,
Me despeñaré á esas ondas.
FEBO. Ven conmigo.
ECO. (Para sí, ó por señas.) Es vano intento . . .
SILVIO. Muere á mi acero.
NARCISO. Es en vano . . .
LIRIOPE. ¿Qué aguardan los elementos?
ECO. Que yo, de mí aborrecida,
De mí en mí vengarme intento.
NARCISO. Que yo, de mí enamorado,
Moriré de mi amor mesmo.
FEBO. Detendréte yo.
SILVIO. Daréte
Yo la muerte.

(Teniendo Febo asida á Eco, y Silvio á Narciso, vuela Eco á lo alto, y cae muerto Narciso en el tablado. Suena ruido de terremoto, oscurécese el teatro, y en cesando, sale de la tierra una flor que imite á la del narciso y oculte el cuerpo que cayó en el tablado.)

TODOS. Mas ¿qué es esto?
ANTEO. Que el sol empañando el dia
En pardas sombras se ha vuelto.
SILVIO. ¡Qué asombro!
FEBO. ¡Qué maravilla!
LIRIOPE. ¡Qué prodigio!
ANTEO. ¡Qué portento!
TODOS. ¡Qué ha sido esto?
FEBO. Que Eco en aire
Entre mis brazos se ha vuelto.
SILVIO. Y Narciso en sus cristales,
Antes que á mi saña, ha muerto.
TODOS. En cuyas obsequias hacen
Cielo y tierra sentimiento.

(Aclárase el teatro, y aparece la flor.)

LIRIOPE. Cumplió el hado su amenaza,
Valiéndose de los medios
Que para estorbarlo puse:
Pues ruina de entrambos fueron
Una voz y una hermosura,
Aire y flor entrambos siendo.

BATO. ¡Y habrá bobos que lo crean!
Mas sea cierto ó no sea cierto,
Tal cual la fábula es
Esta de *Narciso y Eco*,
Perdonad las muchas faltas
Del que, á vuestras plantas puesto,
Siempre acuerda la disculpa
De que yerra obedeciendo.

EL PINTOR DE SU DESHONRA.

PERSONAS.

DON JUAN ROCA.
JUANETE, su criado.
DON LUIS, viejo.
PORCIA, su hija.
DON ALVARO, su hermano.
DON PEDRO, viejo.
SERAFINA, su hija.
EL PRINCIPE DE URSINO.
FLORA, criada.
JULIA, criada.
CELIO. — FABIO.
BELARDO, vejete.
HOMBRES, de máscara.
MUJERES, de máscara.
MARINEROS. — MUSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Gaeta, Barcelona, Nápoles y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA.

Sala de casa de Don Luis, en Gaeta.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *vestido de camino;* DON LUIS.

DON LUIS. Otra vez, Don Juan, me dad
Y otras mil veces los brazos.
DON JUAN. Otra y otras mil sean lazos
De nuestra antigua amistad.
DON LUIS. ¿Cómo venis?
DON JUAN. Yo me siento
Tan alegre, tan ufano,
Tan venturoso, tan vano,
Que no podrá el pensamiento
Encareceros jamas
Las venturas que poseo,
Porque el pensamiento creo
Que aun ha de quedarse atras.
DON LUIS. Mucho me huelgo de que
Os haya en Nápoles ido
Tan bien.
DON JUAN. Mas dichoso he sido
De lo que yo imaginé.
DON LUIS. ¿Cómo?
DON JUAN. Ya os dije, señor
Don Luis, cuando por aquí
Pasé, que aunque siempre fuí
Poco inclinado al amor,
De mis deudos persuadido,
De mis amigos forzado,
Traté de tomar estado;
Siendo así que divertido

En varias curiosidades,
Dejé pasar la primera
Edad de mi primavera.

DON LUIS. Ya sé las dificultades
Que hubo en vuestra condicion,
Para esa plática, y que
Siempre que en ella os hablé.
Hallé vuestra inclinacion
Muy contraria, habiendo sido
De vuestro divertimiento
Lo postrero el casamiento;
Pues en libros suspendido
Gastabais noches y dias;
Y si, para entretener
Tal vez fatigas del lêr,
Con vuestras melancolías
Treguas tratábades, era
Lo prolijo del pincel
Su alivio, porque aun en él
Parte el ingenio tuviera:
De cuyo noble ejercicio,
Que en vos es habilidad,
O gala ó curiosidad,
Pudiera otro hacer oficio;
Pues es tanta la destreza
Con que sus líneas formais,
Que parece que le dais
Ser á la naturaleza.
Cuando vuestro huésped fuí
Y en esto ocupado os via,
Me acuerdo lo que os reñia.

DON JUAN. Pues siendo todo eso así,
Ya rendido á la atencion
De mis deudos, ó á que fuera
Lástima que se perdiera,
Faltándome sucesion,
Un mayorazgo que creo
Que el ilustre y principal
Y no de poco caudal,
Correspondí á su deseo:
Y dando (lo que no habia
Hecho en mi menor edad)
Lugar á la voluntad
Que hasta entónces no tenia,
Tomar estado traté,
Dando á mi prima la mano,

Que es hija del castellano
De Santelmo.

DON LUIS. Ya lo sé,
Y ya os dije, cuando aquí
Al pasar mi huésped fuisteis,
La buena eleccion que hicisteis.

DON JUAN. Pues mas lo es hoy.

DON LUIS. ¿Cómo así?

DON JUAN. Como aunque mi pecho ingrato,
Por las noticias que tuvo
Desde allá, inclinado estuvo
De Serafina al retrato;
Despues que vió á Serafina,
Tan del todo se rindió,
Que aun yo no sé si soy yo.

DON LUIS. Es su hermosura divina,
Es su ingenio singular:
De uno y otro soy testigo.

DON JUAN. Hoy, en fin, viene conmigo
A ser Vénus deste mar
O Flora de sus riberas,
Por no perder la ocasion
Para nuestra embarcacion,
En llegando las galeras.
Su padre con ella viene,
Que hasta Gaeta ha querido
Acompañarla: esta ha sido
La causa porque previene
Mi amistad adelantarme;
Porque como os ofrecí
Ser vuestro huésped aquí
Cuando volviese á embarcarme,
He querido preveniros
Del forzoso inconveniente
De venir con tanta gente;
Y así me atrevo á pediros...

DON LUIS. ¿Qué?

DON JUAN. Que licencia me deis
Para ir á mi posada,
Que estará ya aderezada.

DON LUIS. Notable agravio me haceis.
¿Soy hombre yo que pudiera,
Igual dicha deseando,
Nada embarazarme, cuando
Todo Nápoles viniera
Con vos?

DON JUAN. Ya sé lo que os debo;
Pero ...
DON LUIS. No hay que responder.
O á mi casa, ó á no ser
Mas amigos.
DON JUAN. No me atrevo
A aventurar amistad
Tan segura y verdadera.
DON LUIS. ¿Tan gran desaire pudiera
Hacerse á mi voluntad,
Y mas, cuando por solo esto,
Si os digo verdad, estoy
En el gobierno hasta hoy?
DON JUAN. ¿Cómo?
DON LUIS. Como habia dispuesto
Retirarme á mi hacenduela,
Postrado á los desengaños
De mis ya prolijos años;
Que como no me desvela
El adquirir, desde el dia
Que á Don Alvaro perdí,
Estoy ya violento aquí.
DON JUAN. Confieso que no querria
Hablaros en esto; pero
Ya la plática salió.
¿Nunca dél supisteis?
DON LUIS. No,
Sino el aviso primero,
Que fué, habiéndose embarcado
A negocios que en España
Tuvo, que esa azul campaña
Le sepultó, derrotado
El bajel. Desto tuvimos
Aviso, porque una nave,
Que de la tormenta grave
Venir á abrigarse vimos,
Contó cómo á pique habia
Visto irse su bajel.
DON JUAN. ¿Y cómo supo ser él?
DON LUIS. Como era desdicha mia.
Venía de Barcelona,
Donde el viaje habia de hacer,
Y lo confirma el no haber
Noticia de su persona.
Mas no hablemos mas en esto.
¿Cuándo decis que vendrá
Vuestra esposa?

DON JUAN. Ya estará
Cerca de aquí.
DON LUIS. Pues id presto
A esperarla y á decirla
De mi parte que ir no puedo
A servirla, porque quedo
Ocupado acá en servirla.
DON JUAN. Desa suerte lo diré,
Pues vos . . .
DON LUIS. No me digais mas. —
(Vase Don Juan.)
Porcia.

ESCENA II.

PORCIA. — DON LUIS.

PORCIA. Señor . . .
DON LUIS. Ya sabrás
(Mil veces te lo conté)
Las grandes obligaciones
Que á Don Juan Roca he tenido.
PORCIA. Que eres su amigo te he oido
Decir en mil ocasiones.
DON LUIS. Pues has de saber que ya
Con su esposa por aquí
Vuelve.
PORCIA. ¿Serafina?
DON LUIS. Sí,
Y hasta embarcarse será
Mi huésped.
PORCIA. Yo lo agradezco
De mi parte.
DON LUIS. ¿Qué te obliga?
PORCIA. Ser Serafina mi amiga,
Y pensará que la ofrezco
El hospedaje.
DON LUIS. Está bien.
Y supuesto, siendo así,
Que por tí, Porcia, y por mí
Agasajarlos es bien,
Te ruego que á tus criadas
Las mandes aderezar
Ese cuarto en que han de estar.
PORCIA. Prevenciones excusadas
Son. ¿Cuándo no está, señor,

Uno y otro apercibido
Para huéspedes, si has sido
Aun mas que gobernador,
Hostalero?

DON LUIS. Mas contento
Es festejar á quien pasa.

ESCENA III.

JUANETE, *de camino*, — DICHOS.

JUANETE. Paz sea en aquesta casa;
Y á este propósito un cuento.
Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decia:
«Dos soldados para mí.» —
«Lo que excusar quieren todos,
Dijo uno, ¡con tales modos
Pides!» Y el respondió: «Sí;
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen cuando se van.»
Con esto pues, y con que
Mi amo aquí manda esperar,
Dadme los dos á besar,
Vos la mano, y vos el pié.

DON LUIS. Juanete, seas bien venido;
Que ya te echaba mi amor
Ménos, viendo á tu señor.

PORCIA. ¿Cómo de boda te ha ido?

JUANETE. Convidóle á merendar
Un cortesano en el rio
A un forastero, y muy frio
Le dió un pollo al empezar.
Pidió de beber, y estaba
Tan caliente la bebida
Como fria la comida.
Viendo pues que nada hallaba
A propósito, cogió
El pollo, y con sutil traza
Le echó dentro de la taza.
El amigo que tal vió,
«¿Qué haceis?» dijo. Él impaciente

Respondió: «Así determino
Hacer que el pollo enfrie el vino,
O el vino al pollo caliente.»
Lo mismo me ha sucedido
En la boda, pues me han dado
Moza novia y desposado
No mozo: con que habrá sido
Fuerza juntarlos al fiel,
Porque él con ella doncella,
O él la refresque á ella,
O ella le caliente á él.

PORCIA. Deja locuras, y di
Cómo Serafina viene.

JUANETE. En coche.

PORCIA. Y eso ¿qué tiene
Que ver con lo que yo aquí
Te pregunto?

JUANETE. Mucho, puesto
Que quien dice en coche, dice
Contenta, ufana y felice.

DON LUIS. ¿Por qué lo dices?

JUANETE. Por esto.
Murió una dama una noche,
Y porque pobre murió,
Licencia el vicario dió
Para entarrarla en un coche.
Apénas en él la entraban,
Cuando empezó á rebullir;
Y mas, cuando oyó decir
A los que le acompañaban:
«Cochero, á San Sebastian;»
Pues dijo á voces: «No quiero.
Da vuelta al Prado, cochero;
Que despues me enterraran.»

DON LUIS. ¿A quién tu lengua perdona
Con aquesos cuentecillos?

JUANETE. A cuatro ó cinco chiquillos
Dabe un dia en Barcelona
De comer su padre . . .

VOCES. (Dentro.) Pára.

PORCIA. Ya parece que han llegado.

JUANETE. De la boca me han quitado
El cuento.

ESCENA IV.

JULIA. — DICHOS.

JULIA. Señor, repara
En que ya el huésped que esperas
Llega.
DON LUIS. A recibirle vamos.
JUANETE. En los chiquillos quedamos.
PORCIA. Ya suben las escaleras
Y llegan hácia esta parte.

ESCENA V.

DON JUAN, *que trae de la mano á* SERAFINA, *vestida de camino*; DON PEDRO, FLORA. — DICHOS.

DON LUIS. Dadme ¡oh bella Serafina!
Cuya hermosura divina
Rayos con el sol reparte,
A besar la mano, en muestra
Del contento y alegría
Que hoy tiene esta casa mia
En solo parecer vuestra.
Y perdonad si no es
Capaz esfera, señora,
De las luces del aurora.
PORCIA. Eso á mí me toca, pues
Es mia la obligacion
Y la vergüenza de ver
Que no pueda merecer
Dichas que tan grandes son.
Tú seas muy bien venida.
SERAFINA. Habiendo de responder
A los dos, bien menester
Será que partido os pida;
Que á dos favores ¡ay Dios!
Estilo no hallo oportuno;
Y así no respondo al uno
Por no agraviar á los dos.
DON PEDRO. Mucho me pesa de que
Don Juan no os haya excusado,
Señor Don Luis, este enfado.
DON LUIS. No me corrais; pues en fe,
Señor Don Pedro, de ser

Yo tan vuestro servidor,
Me hace Don Juan este honor.

JUANETE. (A Flora.) ¿Hay paciencia para ver
Una plática molesta
De cumplimiento?

FLORA. ¿Peor
No es oir á un preguntador?

DON JUAN. Vamos . . . Mas ¿qué salva es esta?
(Disparan dentro.)

ESCENA VI.

FABIO. — DICHOS.

FABIO. La atalaya ha descubierto
De Nápoles dos galeras,
Que costeando sus riberas
Vienen ya tomando el puerto.

DON LUIS. ¡Qué placer me da el oir
Que vienen!

JUANETE. (Ap.) Es gran placer
Al ver los huéspedes, ver
La recua en que se han de ir.

DON LUIS. Junto viene todo el bien;
Pues en ellas, imagino
Que el gran príncipe de Ursino
Vuelve á Nápoles, á quien
Es forzoso que reciba,
Y aun que en mi casa le hospede,
Si quien no es su dueño puede
Disponer della.

DON JUAN. Así viva,
Que me hagais merced de darme
Licencia . . .

DON LUIS. No hay para qué
Volver á esto; que yo sé
Que sabré desempeñarme. —
Porcia, lleva á Serafina
Bella á su cuarto, y los dos
Esperadme en él.

DON PEDRO. Con vos
Saldrémos á la marina.

DON LUIS. Yo lo permito, porque
De los dos acompañado,
Llegue, si es él, mas honrado.

JUANETE. Y yo entre todos iré
Por ver si entre los corrillos
De la bulla hallo lugar . . .
DON LUIS. ¿Para qué?
DON JUAN. Para acabar
El cuento de los chiquillos.
(Vanse Don Juan, Don Luis, Don Pedro, Fabio y Juanete.)

ESCENA VII.

PORCIA, SERAFINA, JULIA, FLORA.

SERAFINA. ¿Fueronse?
PORCIA. Sí, ya se fueron.
SERAFINA. Pues ¿qué aguarda mi pasion?
PORCIA. ¿Qué lágrimas esas son?
SERAFINA. Son, amiga, las que fueron;
Y pues tú no las ignoras,
No será facilidad
Fiarlas á tu amistad.
PORCIA. No sé mas de ver que lloras.
SERAFINA. Sí sabes; si ya no es
Que de mi olvido ofendida,
Te das por desentendida.
PORCIA. No sé qué te diga.
SERAFINA. Pues
Quedemos solas ahora;
Verás si soy la que era.
PORCIA. Julia, salte tú allá fuera.
SERAFINA. Véte tú con ella, Flora.
JULIA. Vén, si desde el mirador
Ver las galeras quisieras.
FLORA. Eso es echarme á galeras,
Y á dormir fuera mejor.
(Vanse las criadas.)

ESCENA VIII.

SERAFINA, PORCIA.

SERAFINA. ¿Estamos ya solas?
PORCIA. Sí.
SERAFINA. ¿No nos oye nadie?
PORCIA. No.
SERAFINA. ¿Quién supo mis dichas?
PORCIA. Yo.

SERAFINA. Pues oye mis penas.
PORCIA. Di.
SERAFINA. Ya te acuerdas, Porcia mia,
De aquel venturoso tiempo
Que en Nápoles las dos fuímos
Tan amigas, que pudieron
Juzgar nuestros corazones,
Regidos de un movimiento,
Que habia en un cuerpo dos almas
O estaba un alma en dos cuerpos.
Ya te acuerdas . . . No te extrañe
El ver que desde aquí empiezo
Las fortunas de un amor,
Que sabes tú y yo padezco;
Porque habiendo de ser este
El vale último, el postrero
Trance de mi vida, es bien,
Pues las exequias celebro
A una difunta esperanza,
Que nada te calle, puesto
Que cuanto diga de mas
Tendré que sentir de ménos.
En fin, ya te acuerdas, digo,
De cuánta ocasion tuvieron
Nuestras continuas visitas
Para hablarnos, para vernos
Yo y Don Alvaro tu hermano . . .
¿Cómo ¡ay infeliz! refiero
Su nombre, sin que el dolor,
Aspid que abrigué en el pecho,
Pisado de la memoria
Que le alimenta acá dentro,
No reviente, inficionando
El aire con mis alientos?
Mas ¡ay de mí! que no fuera
Tan mortal, tan cruel, tan fiero
Veneno que me matara
De una vez, como veneno
Que obstinadamente tibio
Y porfiadamente lento,
A todas horas está
Atormentando y no hiriendo.
De aquellas pues continuadas
Visitas, Porcia, nacieron
Su atencion y mi cuidado,
Su inclinacion y mi afecto;
Que aunque es verdad que al principio

Le respondí con despegos,
Acá en el alma quedaba
(Si ahora la verdad confieso)
Cierto género de agrado,
Cierta especie de contento,
Que ni bien era cariño,
Ni bien dejaba de serlo,
Porque á media luz no mas,
Andaba mi pensamiento
En crepúsculos de amor,
Si agradezco ó no agradezco.
Muy pocas mujeres, Porcia,
O ninguna, se ofendieron
De ser amadas: quien mas
Llore su aborrecimiento,
A los desaires atienda
De su dama, y verá en ellos
Que aunque el valor los anima,
Andan en visos y léjos
Rebozados los favores
A sombra de los desprecios.
Dígalo yo, y aun tú puedes
Decirlo tambien, supuesto
Que tantas veces me viste
Culpar sus atrevimientos.
Escribióme, ya lo sabes;
Rompí el papel, no fué exceso;
Quiso hablar, no le dí oidos;
Volvió á escribir, hice extremos;
Valióse de tí, fiado
De tu amistad, culpé el medio;
Persuadísteme, enojéme;
Porfió, hice sentimiento;
Vile llorar, y reíme;
Siendo así que todo esto,
Quien me viera el corazon,
Viera con cuánto tormento
Hace el honor repugnancias,
Cuando hace el amor esfuerzos.
Una noche que yo acaso
Estaba tomando el fresco
A una reja que caia
Sobre el mar, pudo encubierto
Llegar á hablarme; y despues
De los usados afectos
De un rendido, que por ser
Lugares comunes, dejo,

Palabra me dió de esposo:
Con cuyo honestado medio,
Si no mejoró su dicha,
Mejoró su fingimiento;
Pues corriendo desde entónces
Mas licencioso el respeto,
Fué el desden el embozado
Y el favor el descubierto.
Esto he dicho, por (si acaso
Lo ignoras) que el mas pequeño
Escrúpulo no se quede
Contra mi honor. En efecto,
Desde aquella noche ¡ay triste!
Hablándonos en secreto,
Creció amor correspondido;
Aunque vulgares conceptos
Dicen que el amor sin trato
Ni es amor ni puede serlo.
En este medio mi padre
Trataba mi casamiento
Con Don Juan Roca, mi primo;
Y el tuyo en aqueste medio
Tambien trató de ausentarse,
Por venir á este gobierno,
Desde donde envió á tu hermano
A España á no sé qué pleitos;
Y confiriendo los dos
Si seria buen acuerdo
Que entre mi boda y su ausencia
Nos declarásemos; viendo
Que no era justo enojar
A entrambos padres á un tiempo,
Sin reservar al delito
Sagrado en que retraernos;
Hasta la vuelta ajustamos
Callar. ¿Cuándo, cuándo ¡cielos!
Le estuvo mal al amor
El valerse del silencio;
Despedimonos, fiando
El de mi parte el ingenio
Con que habia de apartar
De mi padre los intentos;
Yo, fiando de la priesa
Con que habian sus deseos
De dar la vuelta á mis brazos.
Mas ¡oh qué necios, qué necios
Son los que no tienen mas

Que una esperanza, y sabiendo
Que al viento se la quitaron,
Vuelven á dársela al viento!
Mi padre pues deseaba
Ejecutar los conciertos
Tratados . . . ¡Jesus mil veces!

PORCIA. ¿Qué tienes?

SERAFINA. No sé qué tengo.
No será nada. — Y yo atenta
A mi amor y á su respeto,
Me valia de razones
Contra la razon, diciendo
Que el haber de irme sin él
A España . . . Otra vez ha vuelto
A afligirme la congoja.
¡Válgame Dios! Yo me muero.

PORCIA. Sosiégate, y no prosigas,
Si te aflige hablar en esto.

SERAFINA. Claro está, pues entra ahora
El decir que en este tiempo
Llegó la nueva de que
Habia Don Alvaro muerto,
Derrotado desos mares,
Donde ahora — ¡valgame el cielo! —
Con la muerte agonizando
Parece que le estoy viendo. (Desmáyase.)

PORCIA. ¡Serafina! amiga! — Extraño
Accidente la ha cubierto
El corazon. — ¡Julia! Flora!
Nadie oye: todas subieron
A ver desde el mirador
Las galeras en el puerto. —
¡Flora! Julia!

ESCENA IX.

JUANETE. — PORCIA; SERAFINA, *desmayada.*

JUANETE. Aunque no soy
Flora ni Julia, me atrevo
A entrar hasta aquí, porqué
A pedir albricias vengo.

PORCIA. ¿De qué has de pedirme albricias,
Si buena nueva no espero?

JUANETE. Por eso será mejor;
Y por decirla de presto,
Tu hermano, señora, vive.

PORCIA. ¿Qué? Qué dices?
JUANETE. Lo que es cierto.
Con el príncipe de Ursino
En las galeras ha vuelto.
PORCIA. ¿Pues como? . . .
JUANETE. No sé de comos;
Que yo decirte no puedo
Mas de que así como vi
Que el aviso no fué cierto,
Y vi á tu padre abrazarle,
Me he adelantado, creyendo
Que cuando nada me valga,
Me valdrá contar un cuento.
PORCIA. Aunque las albricias mando,
Aunque la nueva agradezco,
Tengo mucho que sentir,
Mas quizá de lo que siento,
Que este desmayo me quita
Grande parte del consuelo.
JUANETE. ¡Desmayo! ¡Cuerpo de Dios,
Que yo pensé que era sueño!
Por eso no me asustaba.
Asústome ahora, y vuelvo
A decirlo á mi señor. (Vase.)
PORCIA. Oye. — El se va, y yo me quedo
Con dos gustos y una pena,
Tan sola como primero.
Iré á llamar quien me ayude,
Pues Serafina no ha vuelto. —
¡Hola! ¿no hay quien me responda? (Vase.)

ESCENA X.

DON ÁLVARO. — SERAFINA, *desmayada.*

DON ÁLVARO. (Sin ver á Serafina.) No me ha sufrido el deseo
De ver á mi hermana, hacer
Que asista á los cumplimientos
Del Príncipe; y así, á verla
Primero que todos, vengo.
Fuera de que el haber visto
Con mi padre allá á Don Pedro
El padre de Serafina,
Me trae con mejor afecto
A saber si tiene nuevas
Della. — Mas ¡qué es lo que veo!

¡En mi casa Serafina
Tan sola, y rendida al sueño!
Poca dicha es de un ausente
Hallar su dama durmiendo. —
¡Serafina! ¡Dueño mio!

SERAFINA. (Desvariando.) Déjame; por Dios te ruego,
Don Alvaro, no me mates. (Vuelve en sí.)

DON ÁLVARO. Sosiégate.

SERAFINA. (Reparando en Don Álvaro.) ¿Como puedo,
Si estoy mirando ¡ay de mí!
Mi fantasía con cuerpo,
Con voz mi imaginacion,
Con alma mi pensamiento?

DON ÁLVARO. Mi bien, mi dueño, mi esposa,
Si el verme, por dicha, ha hecho
Horror á tus ojos, mira
Que vivo estoy.

SERAFINA. Ya te entiendo;
Y si en venganza me buscas
De que tu fineza ofendo,
De que mi palabra rompo,
Bastante disculpa tengo.
Contando á tu hermana estaba
Que hasta saber que habias muerto,
No me persuadió mi padre
A haber elegido dueño.
Viuda de tí me ha casado.

DON ÁLVARO. Ahora conozco, ahora advierto
Que debe de ser verdad
El asombro tuyo, puesto
Que no es posible estar tú
Casada, y no estar yo muerto.
Vuelve, vuelve, y no el espanto
Te haga decir desaciertos.
Vivo estoy; que aunque corrí
La tormenta que dijeron,
Y se fué el bajel á pique,
Pude sobre sus fragmentos
Sustentarme hasta llegar
Las galeras que acudieron,
Por ser á vista de tierra,
A socorrerme. Si tengo
Culpa en no escribirlo, ha sido
No haber ocasion de hacerlo.
Dame los brazos.

SERAFINA. Tambien
Ahora conozco, ahora veo.

Que debe de ser verdad
Que vives, Alvaro, puesto
Que soy yo tan desdichada,
Que aun una dicha que tengo,
No lo es ya, pues muerto ó vivo,
De cualquier modo te pierdo.

DON ÁLVARO. ¿Luego...

SERAFINA. ¡Qué pena!

DON ÁLVARO. Es verdad...

SERAFINA. ¡Qué ansia!

DON ÁLVARO. Que tú...

SERAFINA. ¡Qué veneno!

DON ÁLVARO. Serafina...

SERAFINA. ¡Qué dolor!

DON ÁLVARO. Como has dicho...

SERAFINA. ¡Qué tormento!

DON ÁLVARO. Estás...

SERAFINA. ¡Qué rigor!

DON ÁLVARO. Casada?

SERAFINA. ¿Como puedo, como puedo
Decir que sí, si estás vivo,
Ni decir que no, si miento?

DON ÁLVARO. Pues ¿como, ingrata, pues como?

ESCENA XI.

PORCIA, FLORA, JULIA. — DICHOS.

PORCIA. Llegad las dos. — Mas ¡qué veo!

FLORA. ¡Buena mi ama!

JULIA. ¡Mi amo vivo!

PORCIA. Pues cesen mis sentimientos,
Y dame, Alvaro, los brazos.

DON ÁLVARO. ¡Ay Porcia! si esos extremos
Son porque me ves con vida,
Te engañas; que no la tengo.
Dime, Porcia, dime, Flora,
Y dime tú, Julia, presto
Si es cierto que se ha casado
Serafina.

ESCENA XII.

DON JUAN, DON PEDRO, JUANETE. — DICHOS.

DON JUAN. ¿Qué ha sido esto?
¡Mi bien, mi dueño, mi esposa!

DON ÁLVARO. Ya no os pregunto si es cierto.
DON PEDRO. A los dos ese criado
Dijo tu desmayo.
SERAFINA. Un hielo
El corazon me cubrió.
PORCIA. Y tanto, que te prometo
Que por muerto le ha tenido
Gran rato dentro del pecho.
SERAFINA. Y es verdad, todo mi mal
Fué que le tuve por muerto.
DON JUAN. ¿Y como, mi bien, te sientes?
SERAFINA. Aunque rendida me siento
A dolor, sabré al dolor
Ponerle tantos esfuerzos,
Que no te dé otro cuidado.
JUANETE. Aquí viene bien mi cuento.
A cuatro ó cinco chiquillos...
DON JUAN. Quita, loco.
DON PEDRO. Aparta, necio.
JUANETE. Ello, hay cuentos desgraciados.
PORCIA. Retírate á tu aposento.
DON PEDRO. Vén, repararás el susto.
DON JUAN. Vén, mi amor, mi bien, mi cielo.
DON ÁLVARO. (Ap.) ¿Que esto escuche? Que esto vea?
SERAFINA. (Ap.) ¡Oh, si fueran los postreros
Pasos que diera en mi vida!
PORCIA. Ya ves que dejar no puedo
De ir con ella: aguarda aquí,
Alvaro, que al punto vuelvo.
(Vanse todos, ménos Don Álvaro y Juanete.)
JUANETE. Pues yo no he de reventar.
Alguien lo ha de oir: sobre eso
Haré que me oigan los sordos.
DON ÁLVARO. ¡Qué es esto que miro, cielos!
¡Serafina se ha casado,
Y viéndola yo en ajenos
Brazos, no pierdo la vida!

ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE, DON LUIS, CELIO, ACOMPAÑAMIENTO. — DON ÁLVARO, JUANETE.

PRÍNCIPE. Cada dia que aquí llego,
Os debo nuevas finezas.
DON LUIS. Yo soy, señor, el que os debo
Nuevas honras cada dia,

Y nunca os las agradezco;
Y esta de haberme traido
Hoy á Don Alvaro, creo
Que no pagaré en mi vida.

PRÍNCIPE. Fué notable su suceso.
A vista de tierra estaba
Tormenta el bajel corriendo,
Como ya dije, y pasando
Las galeras, recogieron
Los desperdicios del mar
Y á Don Alvaro con ellos.
Estaba yo en Barcelona
Esperando viaje, y viendo
Que llegaba derrotado,
Procuré albergarle, siendo
Desde allí mi camarada.

DON ÁLVARO. No sino criado vuestro.

DON LUIS. ¿Has visto á tu hermana?

DON ÁLVARO. Sí,
Señor.

DON LUIS. ¡Oh cuánto me huelgo!

PRÍNCIPE. ¡Qué buen dia habrá tenido!

DON ÁLVARO. No mucho, porque sospecho
Que un accidente que ha dado
Aquí á una amiga, la ha puesto
En cuidado de asistirla.

DON LUIS. ¡Accidente! Dadme, os ruego,
Licencia para saber,
Gran señor, qué ha sido esto. (Vase.)

DON ÁLVARO. A mí para ir á buscar
Un grande amigo que tengo.
(Ap. No es sino enemigo, pues
Voy á buscarme á mí mesmo.)

(Vase, y con él Juanete y el acompañamiento.)

ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE, CELIO.

PRÍNCIPE. Celio, que hemos malogrado
Toda la fineza, creo.

CELIO. ¿Por qué?

PRÍNCIPE. Porque si no veo
A Porcia, ¿de qué el cuidado
Ni la prisa me ha servido?

CELIO. Si su padre te previene
De que otros huéspedes tiene,
No te des ya por sentido
Del descuido.

PRÍNCIPE. ¿Como no,
Si son siglos los instantes?

CELIO. Notables sois los amantes.

PRÍNCIPE. ¿Nunca tú has amado?

CELIO. Yo
Miron del amor he sido;
Y, á pagar de mi dinero,
A la que me quiere, quiero,
Y á la que me olvida, olvido.

PRÍNCIPE. Pues ya no extraño que aquí
Me culpes; que quien no tiene
Amor, juzgo no se aviene
Con quien ama.

CELIO. ¿Como?

PRÍNCIPE. Así.
Quien ve de léjos danzar
Al que mas airoso ha sido,
Como no oye el dulce ruido
De la música, en juzgar
Que está loco, juzga bien,
Pues sin compas las acciones,
Parecen desatenciones:
Lo que no sucede á quien
De cerca oye la armonía,
Que es alma de su primor.
Así el que ignora de amor
Una y otra fantasía,
A cuyo compas quien ama
Se mueve, estar loco puede
Juzgar: lo que no sucede
A quien la dulzura inflama
Que le negó la distancia;
Pues atento al blando son,
No oye, no mira accion
Que no le haga consonancia.
Acércate pues un poco
Al ruido de amor: verás
Que está danzando á compas
El que piensas que está loco.

CELIO. Bien pudiera replicar
Que en quien se acerca ó se aleja,
Aun siendo á compas, no deja

De ser locura el danzar.
Pero no es tiempo, pues vi
Que á verte Porcia salió.

ESCENA XV.

PORCIA. — DICHOS.

PORCIA. Aquí mi hermano quedó.
PRÍNCIPE. Pues ya, Porcia, no está aquí;
Y si en esto habeis querido
Decir que en dejaros ver
No tengo que agradecer,
Yo me doy por entendido
Del disfavor.
PORCIA. Son errores;
Que cuando tan feliz fuera
Que esa atencion os debiera,
En quejas, no en disfavores
La lograra.
PRÍNCIPE. ¿En quejas?
PORCIA. Sí.
PRÍNCIPE. ¿De quién tenerlas podeis,
Sabiendo yo que sabeis
Las finezas que hubo en mí
Desde el venturoso dia
Que en Nápoles os amé?
PORCIA. De vos, pues de vos no fué
Estimada la fe mia
En esta prolija ausencia.
PRÍNCIPE. Yo sé que me disculpara,
Si gente, Porcia, no entrara.
PORCIA. ¿Cuánto diere Vuexcelencia
Por el estorbo?

ESCENA XVI.

SERAFINA. — DICHOS.

SERAFINA. No puedo
¡Ay amiga! sosegar,
Y á tí te vuelvo á buscar,
Perdido á mi muerte el miedo. —
Mas ¡ay Dios! ¿quién está aquí?
PORCIA. El Príncipe.

SERAFINA. Vuexcelencia
Perdone mi inadvertencia.
Confieso que no le vi,
Como turbada venia.
PRÍNCIPE. Yo os agradezco la accion,
Porque en vuestra turbacion
Pueda disculpar la mia.
SERAFINA. Pues si turbados los dos
Reconocemos estar,
Poco tenemos que hablar.
Mil años os guarde Dios. (Vase.)
PRÍNCIPE. (Ap.) En toda mi vida vi
Cortesanía mas bella.
PORCIA. Fuerza es, señor, ir con ella.
¿Veréisme esta noche?
PRÍNCIPE. Sí.
(Vase Porcia.)

ESCENA XVII.

EL PRÍNCIPE, CELIO.

PRÍNCIPE. ¿Has visto, Celio, en tu vida
Plática mas bien cortada?
CELIO. Si tan en sí está turbada,
¿Como estará prevenida?
PRÍNCIPE. ¿Quién aquesta dama es?
CELIO. Yo ¿como lo he de decir,
Si ahora acabo de venir?
PRÍNCIPE. Alvaro lo dirá, pues
A tan buena ocasion viene.
CELIO. ¿Qué te va en esto?
PRÍNCIPE. Saber
No mas quién será mujer
Que tanta hermosura tiene.

ESCENA XVIII.

DON ÁLVARO. — DICHOS.

DON ÁLVARO. (Ap.) ¡Qué mal descansa un dolor!
Apénas de aquí me fuí,
Cuando ya me vuelvo aquí.
PRÍNCIPE. Don Álvaro...
DON ÁLVARO. Gran señor...

PRÍNCIPE. ¿Quién es una hermosa aurora,
Huéspeda de Porcia bella,
Con quien el sol es estrella?

DON ÁLVARO. (Ap. Esto me faltaba ahora.)
Esta es, señor, Serafina,
Hija de aquel noble anciano,
De Santelmo castellano.

PRÍNCIPE. Es su hermosura divina.

DON ÁLVARO. ¿Nunca la habiais visto?

PRÍNCIPE. No,
Hasta ahora.

DON ÁLVARO. Pues yo sí.

PRÍNCIPE. Y en lo poco que la oí,
Discreta me pareció.

DON ÁLVARO. Es su ingenio singular.
(Ap.) (¿Hay confusion mas extraña?)

PRÍNCIPE. ¿Y qué hace aquí?

DON ÁLVARO. Pasa á España.

PRÍNCIPE. ¿A qué?

DON ÁLVARO. (Ap. ¿Hay mas preguntar?)
Es que va casada á ella.

PRÍNCIPE. ¿Con quién?

DON ÁLVARO. Con un deudo.

PRÍNCIPE. Y pues,
¿Quién aquese deudo es
Tan feliz, que merecella
Pudo?

DON ÁLVARO. Don Juan Roca, aquel
Caballero que llegó
Con mi padre á hablarte.

PRÍNCIPE. No
Reparé entónces en él,
Como no le conocia;
Y aun otra vez si le viera,
No sé si le conociera.

ESCENA XIX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS. Si pudo la amistad mia
Mereceros, gran señor,
Una fineza, por mí
La habeis de hacer.

PRÍNCIPE. Cuanto así
Tarda vuestra voz, mi amor
Tardará en obedeceros.
DON ÁLVARO. (Ap.) ¿Hay confusiones mas fieras?
DON LUIS. El patron de las galeras
Dice que solo á traeros
Hasta aqueste puerto viene,
Y que trae órden de que
En él un hora no esté.
PRÍNCIPE. Es verdad, ese órden tiene.
DON LUIS. Ya os dije que tengo aquí
Un huésped á quien quisiera
Festejar dos dias siquiera:
Ha de ir en ellas, y así
El dilatarlas . . .
PRÍNCIPE. No puedo;
Que está empeñado mi honor
Con palabra que al señor
Don García de Toledo
Le dí, de no detenellas.
Harto lo siento por pos.
(Ap. Y porque imagino ¡ay Dios!
Que se me va un bien en ellas
Que . . . Mas no imagino nada;
Que es necedad, que es locura
Idolatrar hermosura
Antes perdida que hallada.)
(Vase con Celio.)

ESCENA XX.

DON LUIS, DON ÁLVARO.

DON LUIS. Pues si eso no puede ser,
Bien es que no se dilate
Su partida, y della trate.
DON ÁLVARO. Aunque hoy el Príncipe hacer
No ha querido, ó no ha podido,
Esta fineza por tí,
Tú has de hacer, señor, por mí
Otra que humilde te pido.
DON LUIS. ¿Qué es?
DON ÁLVARO. A España me enviaste,
Y en el riesgo que me vi,
Toda la hacienda perdí
Que al partirme me entregaste.

Hallándome en Barcelona
Pobre y desnudo, me fué
Forzoso volver, porque
Mal pudiera mi persona
Ir á la corte á pleitear
Sin lucimiento y dinero;
Y es lo que pedirte quiero,
Que me vuelvas á enviar,
Pues hay hoy embarcacion.

DON LUIS. No es el riesgo á que te ofreces,
Alvaro, para dos veces.

DON ÁLVARO. Por esa misma razon
Te lo suplico, porque
No se presuma de mí
Que á la fortuna rendí
Valor que de tí heredé.

DON LUIS. Aunque agradezco el deseo,
No has de ir . . .

DON ÁLVARO. (Ap.) ¿Quién mi muerte ignora?

DON LUIS. Por lo ménos, por ahora. (Vase.)

ESCENA XXI.

DON ÁLVARO.

DON ÁLVARO. ¡En qué confusion me veo!
¿Posible ¡ay de mí! posible
Es que Serafina, á cuya
Deidad idólatra el alma,
Sacrificó la mas pura
Fe que en profanos altares,
Sacrílegamente injusta,
El ara sin sangre mancha,
La imágen sin luz alumbra,
Se ha casado? Pero ¿quién
A un infeliz, desventuras
Que padece como propias,
Como ajenas las pregunta?
Cierta es mi muerte, pues es
Cierta la mudanza suya:
Créamosla de una vez.
¿De qué sirve andar en busca
De alivio? Que lo peor
No debe dudarse nunca;
Y es echar á mal la queja
Lisonjear con la duda.

Y aun para que no me quede
En tanta queja, ninguna
Esperanza de consuelo,
Tanto el tiempo me apresura
Los términos, que no deja
Lugar de quejarme. ¡Dura
Desdicha! pero no tanto,
Que ya el dolor no lo supla.
Con mi hermana viene. ¿Quién
Crêrá que cuando mas busca
Ocasion de hablar la voz,
Es cuando queda mas muda?
¡Oh qué de cosas tenia
Antes de ver su hermosura,
Que decir! Pero al mirarla,
Ya no encuentro con ninguna.

ESCENA XXII.

PORCIA, SERAFINA. — DON ÁLVARO.

PORCIA. En fin, ¿es fuerza con tanta
Prisa partir?

SERAFINA. ¿Cuándo dura
Mas que un instante la dicha,
Mas que un punto el placer?

DON ÁLVARO. Nunca.
Y estando yo aquí, ¿por qué
A Porcia se lo preguntas,
Pues nadie mejor que yo,
Aleve, falsa, perjura,
Te podrá decir cuán breve
Es la edad de la ventura?

SERAFINA. Señor Don Alvaro, puesto
Que satisfagais la duda
Que acaso tuve, os suplico
No prosigais; que es injusta
Penalidad oir la queja
Quien no ha de dar la disculpa.

DON ÁLVARO. ¿Por qué, ingrata, no has de darla?

SERAFINA. Porque no tengo mas que una,
Y esa muchas veces ya
La he dicho.

DON ÁLVARO. Es error; que nunca
Son para quien las estima,
Las satisfacciones muchas;

Y una palabra en amor
Tanto los sentidos muda,
Que aunque es una en quien la dice,
Siempre es otra en quien la escucha.
Vuelve pues, vuelve á decir
Esa razon en que fundas
Tu sinrazon.

SERAFINA. Ya no puedo,
Porque decir que vïuda
De tí me casé, fué bien
Cuando tu vista me turba
Tanto, que es disculpa ahora
El dar entónces disculpa.

DON ÁLVARO. Segun eso, ¿mejor fuera
Ser hoy, en la opinion tuya,
Muerto que vivo?

SERAFINA. No sé;
Pues pudiera yo, segura
De quién soy, llorarte muerto;
Y vivo fuera locura
Llorarte, pues la que entónces
Era lástima tan justa,
Seria liviandad ahora,
Trocando mi fama augusta
Lástima que fué virtud,
Por satisfaccion que es culpa.
(Quiere irse, y detiénela él.)

DON ÁLVARO. Pues aunque muerto me llores
O me olvides vivo, escucha;
Que has de llevarte mis quejas,
Pues me dejas tus injurias.

SERAFINA. No he de escucharte.

DON ÁLVARO. Escucharme
Tienes.

SERAFINA. Porcia, ¿no me ayudas
A defender de un peligro,
En que ves que se aventura
Honor, sér y vida?

DON ÁLVARO. Porcia,
¿Tú ese peligro no excusas
Con mirar quién viene?

PORCIA. Sí;
Que yo entre los dos confusa,
Ni quito ni pongo amor;
Pero hago en esta duda
Lo que debo á ser hermana.
Mi cuidado te asegura.

Quéjate, suspira, llora,
Pues no tienes mas fortunas. (Retírase.)

SERAFINA. Pues si he de escuchar por fuerza,
Antes que empieces, escucha.
Don Alvaro, yo te amé
Cuando imaginé ser tuya,
Y pasando mi esperanza
Desde perdida á difunta,
Me casé: ahora soy quien soy.
Sobre esto tus quejas funda.

DON ÁLVARO. ¿Qué he de decir, si tú lloras?

SERAFINA. Engáñaste, si lo juzgas.
Si lloran, mienten mis ojos.

DON ÁLVARO. ¿Es posible que reduzgas
Tan fácilmente á ser iras
Ya las ternezas? ¿Tan tuyas
Son tus pasiones, que puedes,
Cuando de un rendido triunfas,
Llorar y no llorar? ¿Son
Las lágrimas por ventura
Tan bien mandadas, que saben
Obedecer? Pues si alguna
Fineza has de hacer por mí,
Sea enseñarme como usas
De las lágrimas, si á tiempo
Las viertes y las enjugas.

SERAFINA. Cuando me acuerdo quién fuí,
El corazon las tributa;
Cuando me acuerdo quién soy,
El mismo me las rehusa;
Y así entre estos dos afectos,
Como el uno á otro repugna,
Las vierte el dolor, y al mismo
Tiempo el honor me las hurta;
Porque no pueda el dolor
Decir que del honor triunfa.

DON ÁLVARO. En fin, ¿sientes . . .

SERAFINA. No lo niego.

DON ÁLVARO. Ser ajena?

SERAFINA. ¿Quién lo duda?

DON ÁLVARO. ¿Luego . . .

SERAFINA. No hagas consecuencias.

DON ÁLVARO. Podré desde hoy . . .

SERAFINA. No arguyas.

DON ÁLVARO. Fiado en tu llanto . . .
SERAFINA. ¿En qué llanto?
DON ÁLVARO. Esperar . . .
SERAFINA. Será locura.
DON ÁLVARO. Que algun dia . . .
SERAFINA. No es posible.
DON ÁLVARO. Se enmiende . . .
SERAFINA. No ha de ser nunca.
DON ÁLVARO. Mi desdicha . . .
SERAFINA. Soy quien soy.
DON ÁLVARO. Restituyendo . . .
SERAFINA. ¡Qué injuria!
DON ÁLVARO. Mi perdido bien . . .
SERAFINA. ¡Qué engaño!
DON ÁLVARO. A mis brazos?
SERAFINA. ¿Tal pronuncias?
DON ÁLVARO. Sí, y á este efecto . . .
SERAFINA. ¡Qué pena!
DON ÁLVARO. Tras tí . . .
SERAFINA. Tu peligro buscas.
DON ÁLVARO. Tengo de ir . . .
SERAFINA. Mi muerte intentas.
DON ÁLVARO. A España. . .
SERAFINA. Mucho aventuras.
DON ÁLVARO. Donde . . .
SERAFINA. Me hallarás ajena.
DON ÁLVARO. Serás mia.
SERAFINA. ¿Yo ser tuya?
Un rayo . . . ¡Válgame el cielo!
(Disparan dentro.)
DON ÁLVARO. ¡Ay de mí! ¡Cuánto me asusta
Que el aire ejecute el trueno,
Cuando tú el rayo pronuncias!
(Vuelve Porcia.)
PORCIA. Mirad que la pieza ya
De leva el partir anuncia,
Y vienen por tí tu padre
Y tu esposo.
DON ÁLVARO. ¡Suerte dura!
SERAFINA. ¡Grave pena!
PORCIA. (A Don Álvaro.) No te vean
Con las dos.

DON ÁLVARO. ¡Sentencia injusta!
Adios, Serafina.
SERAFINA. Adios,
Don Alvaro.
DON ÁLVARO. Piensa...
SERAFINA. Juzga...
DON ÁLVARO. Que yo he de adorarte mucho.
SERAFINA. Que yo no he de amarte nunca.

JORNADA SEGUNDA.

Casa de Don Juan, en Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA, *sentada;* DON JUAN, *retratándola.*

DON JUAN. ¿Cánsaste de estar así?
SERAFINA. Si es tu gusto el retratarme,
¿Como puedo yo cansarme
De lo que te agrada á tí?
DON JUAN. Muchas veces te pedí,
Si bien loco, altivo y vano,
Que por mí tu soberano
Cielo hiciera esta fineza
De tener de tu belleza
Un retrato de mi mano.
Y aunque estoy agradecido
Al haberlo tú otorgado,
No sé si me hubiera holgado
De no haberlo yo pedido.
SERAFINA. ¿Como así?
DON JUAN. Como rendido
A tanto empeño, no sé
Si dél airoso saldré.
SERAFINA. ¿Tú, que á tí solo excedias,
Tanto de tí desconfías?
DON JUAN. Sí.
SERAFINA. ¿Por qué?

DON JUAN. Escucha por qué.
De la gran naturaleza
Son no mas que imitadores
(Vuelve un poco) los pintores:
Y así, cuando su destreza
Forma una rara belleza
De perfeccion singular,
No es fácil de retratar;
Porque como su poder
Tuvo en ella mas que hacer,
Da en ella mas que imitar.
Demas, que en una atencion
Imprime cualquier objeto
Con mas señas un defeto,
Mi bien, que una perfeccion;
Y como sus partes son
Mas tratables, se asegura
La fealdad en la pintura;
Y así, con facilidad
Se retrata una fealdad
Primero que una hermosura.

SERAFINA. Confieso, esposo, que eso
Será en lo perfecto así;
Pero conviene en mí
La razon.

DON JUAN. Yo lo confieso
Tambien; que es tanto el exceso
De tu hermosura, que aun esta
Disculpa no lo es.

SERAFINA. Dispuesta
A oir la razon estoy, ya
Que dicho el desaire está.

DON JUAN. No está, si oyes la respuesta.
Deste arte la obligacion
(Mírame ahora, y no te rias)
Es sacar las simetrías,
Que medida, proporcion
Y correspondencia son
De la faccion; y aunque ha sido
Mi estudio, he reconocido
Que no puedo desvelado
Haberlas yo imaginado
Como haberlas tú tenido.
Luego si en su perfeccion
La imaginacion exceden,
Mal hoy los pinceles pueden

Seguir la imaginacion.
Y otra razon.

SERAFINA. ¿Qué razon?

DON JUAN. Fuego, luz, aire y sol niego
Que pintarse puedan: luego
Retratarse no podrá
Beldad que compuesta está
De sol, aire, luz y fuego . . .
(Levántase arrojando los pinceles.)
Y así me doy por vencido,
Y te pido, si mi amor
Volver quisiere á este error,
No lo permitas, corrido
De ver que no he conseguido
Retratarte parecida.

SERAFINA. Aunque quedo agradecida
A las razones que das,
Ofrezco no volver mas,
Si me costase la vida,
A dejarme retratar
De tí, porque disgustado
No he de verte.

DON JUAN. Que me ha dado
Disgusto, enfado y pesar,
No te lo puedo negar,
Al ver que solo á este intento
Me falta el conocimiento
Que tengo de la pintura;
Mas culpa es de tu hermosura.

ESCENA II.

JUANETE. — DICHOS.

JUANETE. Aquí viene . . .

DON JUAN. ¿Quién?

JUANETE. Un cuento.
Sordo un hombre amaneció,
Y viendo que nada oia
De cuanto hablaban, decia:
«¿Qué diablos os obligó
A hablar hoy de aquesos modos?»
Volvian á hablarle bien,
Y él decia: «¡Hay tal! ¡que dén
Hoy en hablar quedo todos!»

Sin persuadirse á que fuese
Suyo el defecto. Tú así
Presumes que no está en tí
La culpa; y aunque te pese,
Es tuya, y no la conoces,
Pues das sordo en la locura
De no entender la hermosura
Que el mundo te dice á voces.

DON JUAN. ¡Qué locura! Vén conmigo.

SERAFINA. ¿Adónde, mi señor, vas?

DON JUAN. Hasta el muelle iré no mas;
Porque si verdad te digo,
Divertirme será bien
Deste necio sentimiento.

SERAFINA. Pues ¿es tu divertimiento
El no verme?

DON JUAN. Sí, mi bien,
Porque solo desa suerte
Que yo me divierta es justo;
Pues con no verte, es el gusto
Mayor de volver á verte.

SERAFINA. No cortesano, señor,
Con esas galanterías
Las desconfianzas mias
Quiera divertir tu amor.
Ya sé que te llevará
El aplauso que pregona
La fama de Barcelona,
Viendo publicadas ya
Sus carnestolendas, pues
Mil disfrazadas bellezas
Merecerán tus finezas.

DON JUAN. No desconfiada des
Ahora en pedirme celos;
Que á tí en el mundo no hay quien
Darlos pueda.

SERAFINA. Yo sé bien,
Mejor que tú, tus desvelos.

DON JUAN. ¿Mejor que yo?

SERAFINA. ¿Qué mujer
Propia, mas de su marido
Que aun él mismo, no ha sabido?

DON JUAN. Eso ¿como puede ser?

JUANETE. Cierto cura de un lugar
Con un vecino reñia
Donde su mujer lo oia;
Y entre uno y otro pesar,

Airado el cura y sañudo
Dijo aquel nombre inhumano
Que empezando en *cor*-tesano
Viene á acabar en des-*nudo*.
Su mujer á esta ocasion
Dijo con desenvoltura:
«Testigos me sean, que el cura
Revela mi confesion.»
Mira pues si habrá sabido
La mujer en sus defetos
De su marido secretos,
Que no sabe su marido.

DON JUAN. ¡Oh qué tema tan cansado!

JUANETE. Aunque te enfades de oillos,
A cuatro ó cinco chiquillos . . .

DON JUAN. Calla.

JUANETE. ¡Oh cuento desdichado!

DON JUAN. Quédate, mi bien, adios;
Que al instante volveré.

SERAFINA. Dios te guarde. — ¡Oh cuánto fué,
(Vanse Don Juan y Juanete.)
Vendado y desnudo dios,
El imperio tuyo! ¡Oh cuánto
Supo rendir y vencer
De tus flechas el poder!
Dígalo yo, pues el llanto,
Que jamas imaginé
Que ver enjuto podria,
Tanto á un dia y á otro dia
Domesticado se ve,
Que no es posible . . .

ESCENA III.

FLORA, *alborotada*. — SERAFINA.

FLORA. Señora . . .

SERAFINA. ¿Qué tienes? Qué ha sucedido?

FLORA. Llamando á la puerta . . .

SERAFINA. Di.

FLORA. Ví que era un hombre vestido
De marinero.

SERAFINA. Pues bien.
¿Qué quieres?

FLORA. Tiemblo al decirlo.
Darte . . .
SERAFINA. ¿Qué?
FLORA. Una carta . . .
SERAFINA. ¿Cúya?
FLORA. De Porcia.
SERAFINA. Y eso ¿ha podido
Turbarte?
FLORA. ¿Pues no, si es,
Ya que la verdad te digo,
Don Álvaro el marinero?
SERAFINA. ¿Le has visto tú?
FLORA. Yo le he visto.
SERAFINA. ¿Dístete por entendida
De que él fuese?
FLORA. Fué preciso.
SERAFINA. ¿Y qué te dijo?
FLORA. Que á tí
Te lo dijese, me dijo.
SERAFINA. Pues di que no te atreviste,
Medrosa de mi castigo;
Y como que de tí sale,
Añade de cuánto es digno
El disfraz, y haz de manera
Que sin verme (¡estoy sin juicio!),
Ni que sepa que lo sé,
Se vuelva al instante mismo.
FLORA. Yo lo haré así.

ESCENA IV.

DON ÁLVARO, *de marinero.* — DICHAS.

DON ÁLVARO. ¿Para qué?
Que habiendo entrado atrevido
Yo hasta aquí, porque de casa
Salir á Don Juan he visto,
Ya es excusado que Flora
Me diga lo que yo he oido.
SERAFINA. Antes parece que no
Lo oisteis, pues habiendo sido
Lo que dije, que os volvieseis
Sin verme, mas es indicio
El atreveros á verme
De no oirlo, que de oirlo.

DON ÁLVARO. Es verdad; pero eso fuera,
Hermoso imposible mio,
Si de un delito no fuese
Consecuencia otro delito.
Y pues á verte no mas
En este traje he venido,
Atento solo al recato
Con que tu belleza estimo,
Con que tu respeto adoro
Y con que tu opinion miro,
No tanto extrañes el verme,
Que disgustada conmigo,
Sea ofensa la fineza
Y desmérito el servicio.

SERAFINA. Señor Don Álvaro, no
Penseis que el pararme á oiros,
Es consentida licencia
Que para hablar os permito;
Que no es sino turbacion,
De que cobrada, os suplico
Me hagais merced de dejar
La plática en los principios;
Y si es verdad que esto puede
Ser que sea fineza, os pido
La ilustreis con una accion
Digna de vos.

DON ÁLVARO. ¿Cuál es?

SERAFINA. Iros
Tan presto, que pueda yo
Veros á vos persuadido
A que el amor de mi esposo,
La paz del estado mio,
La obligacion de mi sangre,
El trato, el gusto, el cariño,
Me han trocado de manera,
Que robusta encina, fijo
Escollo será mas fácil
A los embates continuos
Del mar, ó á los destemplados
Soplos del ábrego frio
Moverse, que mi fineza,
Si contrastase mi brio
Todo el mar lágrimas hecho,
Todo el aire hecho suspiros.

DON ÁLVARO. ¿Qué importará que blasonen
Tus altiveces conmigo
De ser al viento y al agua

Dura encina, escollo altivo,
Si antes que rebelde tronco
Fuiste girasol, que al vivo
Rayo de amor abrasado,
Enamoraste sus visos;
Y edificio antes que escollo,
En cuyo apacible sitio
Vive amor idolatrado
Deste humano sacrificio?
Pues siendo así, ¿como puedo
Acobardar mis designios,
Si antes de haber sido encina
Armada de hojas, yo mismo
Te conocí amante flor,
Y antes tambien de haber sido
Escollo armado de hiedra,
Yo te conocí edificio?

SERAFINA. No lo niego; mas tambien,
Sí me valgo dese indigno
Concepto que contra mí
Hallaron tus desvaríos,
Desa humilde fácil flor
Hacer el tiempo ha podido,
Con las raices que ha echado
Dentro de mi pecho invicto,
Inmortal tronco, y tambien
Dese amoroso edificio
Caduca ruina: de suerte
Que uno atento al precipicio
Y otro á la raiz atento,
Olvidaron sus principios
Tanto, que aun no conservando
La memoria del olvido,
Han sido, son y han de ser
En fuerza y en desperdicios
Ejemplo de lo que acaba
La carrera de los siglos.

DON ÁLVARO. ¿Qué siglos, si aun por instantes
Cuentan hoy mis desatinos
Recien nacida la edad
De tus rigores esquivos?
Ayer fué cuando me amaste:
No pues con tirano estilo
Te valgas del tiempo ya;
Que ni es, ni ha de ser, ni ha sido
Posible que de un instante
A otro, de uno á otro improviso,

Confesando tú que fuiste
Primero flor y edificio,
Crea yo que tan mudado
(¡Oh hermoso, oh bello prodigio!)
De lo que fuiste primero
Estás tan desconocido.

SERAFINA. No la culpa dese error
Quieras partirla conmigo,
Don Alvaro; que no es bien
Dudar tú lo que yo afirmo.
Demas de que yo á este efecto
De tí mismo solicito
Valerme. Tú mismo sabes
Mi honor, mi altivez, mi brio;
Y pues nadie como tú
Examinó en los principios
Lo ilustre de mis respetos,
Lo honrado de mis desvíos,
Lo atento de mis decoros,
Lo noble de mis designios,
A tí mismo te examina
En mi favor por testigo,
Porque si á tí mismo tú
No te vences, será indicio
Que de tí mismo olvidado,
No te acuerdas de tí mismo.

DON ÁLVARO. Sí me acuerdo, sí me acuerdo.

ESCENA V.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN. (Dentro.) ¿Como, habiendo anochecido,
No hay aquí luz?

FLORA. ¡Mi señor!

SERAFINA. ¡Muerta estoy!

DON ÁLVARO. ¡Estoy perdido!

FLORA. (Ap.) ¡Que nunca falte á este paso
Galan, hermano ó marido!

DON ÁLVARO. ¿Qué he de hacer?

SERAFINA. No sé.

FLORA. Yo sí.

DON ÁLVARO. ¿Qué es?

FLORA. Esperar, escondido
En este cancel, que él
Entre en su cuarto.

DON ÁLVARO. Esto elijo,
No por mi peligro, tanto
Como ¡ay Dios! por tu peligro.
(Vanse Don Álvaro y Flora, y sale Don Juan.)
SERAFINA. (Ap.) ¿Que esto sin mi culpa pueda
Suceder, cielos divinos?
DON JUAN. ¿Como no hay aquí una luz?
SERAFINA. Descuido, señor, ha sido
De las criadas.

ESCENA VI.

FLORA, *con luces.* — DON JUAN, SERAFINA: DON ÁLVARO, *escondido.*

FLORA. Aquí
Están ya.
SERAFINA. Mucho te estimo
(Ap. Esforcemos, corazon,
La pena que no resisto)
El haber vuelto tan presto.
DON JUAN. Unos parientes y amigos
Me obligaron á volver
A casa, habiéndome dicho
Que importaba que viniese
A ella . . .
SERAFINA. (Ap.) ¡Ay de mí!
DON JUAN. A darte aviso
De que han trazado una fiesta . . .
SERAFINA. (Ap.) Vivamos, alma.
DON ÁLVARO. (Ap. al paño.) De un hilo
Pendiente estuve.
DON JUAN. En que salen
Mañana á los regocijos
De Barcelona, embozadas
Sus familias: permitido
Uso entre nosotros, pues
Lo mejor y mas lucido,
Con sus mujeres, hermanas
Y hijas, tienen por estilo
Gozar así los disfraces,
Juegos y otros artificios:
Y como este es el primero
Año que no los has visto,
Han querido festejarte,
Y aun á la vuelta imagino

Que en la quinta de Don Diego
De Cardona (que es el sitio
Mas deleitoso, porque es
Sobre el mar) ha prevenido
Un banquete. De su parte
Y de la mia te pido
Que te disfraces y salgas
Con ellas; que yo el vestido
O traje que tú eligieres,
De aquí á mañana me obligo
A traerte. — ¿Qué respondes?

SERAFINA. ¿Tengo yo eleccion ni arbitrio
Mas que tu gusto? El es solo
Alma y ley de mi albedrío:
Y porque veas, señor,
Con cuánto gusto te sirvo,
Vén á mi cuarto; que quiero,
Ya que este favor recibo
De tí, enseñarte unas muestras
De tela que habia traido
A otro propósito, y quiero
Que veas la que yo elijo.

DON JUAN. ¿Quién pudiera de diamantes,
No solo hacerte el vestido,
Mas para que le pisaras,
Irte empedrando el camino?

SERAFINA. Aunque yo no te merezca
Esas finezas, te afirmo
Que las merece mi amor.
Vén, pues. (Toma la luz.)

DON JUAN. ¿Qué haces?

SERAFINA. ¿Qué? Mi oficio,
Que es servirte.

DON JUAN. Toma, Flora,
Tú esa luz.

SERAFINA. Es desatino;
Que Flora no ha de hacer mas
De aquello que yo le digo,
Pues ella me sirve á mí (Hace señas á Flora.)
En ver como yo te sirvo.
(Vanse los dos.)

ESCENA VII.

DON ÁLVARO. — FLORA.

FLORA. Señor Don Álvaro, ya
Que está seguro el camino,
Seguidme. (Toma la otra luz.)
DON ÁLVARO. Sí haré . . . con harto
Temor.
FLORA. ¿De qué?
DON ÁLVARO. De haber visto
La verdad de cuán valiente
Es en su casa un marido.
FLORA. Vamos de aquí. — Mas no salgas,
Espera.
(Al ir tras ella, suena ruido.)
DON ÁLVARO. ¿Qué ha sucedido?
FLORA. Que viene Juanete.
DON ÁLVARO. Mata
La luz, haciendo algun ruido;
Que yo tomaré la puerta
Sin que me vea.
FLORA. Hecho y dicho.
(Déjase caer Flora y mata la luz.)
¡Jesus mil veces!

ESCENA VIII.

JUANETE. — DICHOS.

JUANETE. ¿Qué es esto,
Flora?
FLORA. Esto es haber caido,
Juanete.
JUANETE. ¿En la tentacion,
O en qué?
FLORA. ¿Qué sé yo en qué ha sido?
Toma esta vela, y volando
Vé á encenderla.
(Al ir á tomar la vela Juanete tropieza con Don Alvaro.)
JUANETE. ¡Jesucristo!
FLORA. ¿Qué es eso?
JUANETE. Ver, aunque á obscuras,
Cuán grande espanto has tenido,
Pues has barbado de espanto.

DON ÁLVARO. (Ap.) ¡Que hubiese de dar conmigo!
Pero ya hallé con la puerta. (Vase.)
FLORA. ¿Estás loco?
JUANETE. Lo que digo
Es cierto: aquí anda mas gente. —
¡Señor!

ESCENA IX.

DON JUAN, *con luz.* — JUANETE, FLORA.

DON JUAN. ¿Qué voces, qué ruido
Es este?
FLORA. No es nada.
JUANETE. ¿Como
Que no es nada? Es muchísimo.
FLORA. Yendo á cerrar esa puerta,
Tropecé: esto solo ha sido.
JUANETE. Mas ha sido que eso solo,
Pues yo tambien . . .
DON JUAN. Dilo, dilo.
JUANETE. Tropecé aquí con un hombre,
Que de tu cuarto escondido
Salia.
DON JUAN. (Ap. ¡Válgame el cielo!)
¡Hombre aquí!
JUANETE. Y nada lampiño.
FLORA. Yo era, señor, con quien él
Dió.
JUANETE. No era, vive Cristo.
Miente, señor, por la barba.
DON JUAN. ¿Estás loco? ¿Estás sin juicio?
(Ap. Mas ¡ay cielos! yo lo estoy,
Si en un instante colijo
Que el llevarme Seratina
De aquí, y con traidor aviso
Dejar aquí á Flora . . . Pero
¿Qué es esto? ¡Ay de mí! Yo mismo
Miento si lo digo, y miento
¡Ay de mí! si no lo digo.)
Toma, toma aquesta luz;
Que quiero, aunque no imagino
Que digas verdad, mirar
La casa. Entra pues conmigo.
(Ap. Apuremos, corazon,
Todo el veneno al peligro.)

JUANETE. Ello, bien podrás no hallarlo;
Mas, señor, lo dicho dicho.
(Saca la espada y éntrase Don Juan, y Juanete con luz.)

ESCENA X.

SERAFINA; *despues*, DON JUAN y JUANETE. — FLORA.

SERAFINA. Flora, ¿qué ha sido esto?
FLORA. Apénas
Sabré, señora, decirlo.
Don Álvaro iba á salir,
Juanete á este tiempo vino;
Maté la luz, encontróle,
Dió voces, Don Juan al ruido
Salió, y va á mirar la casa.
SERAFINA. ¿Sabes si él habrá salido?
(Vuelven Don Juan y Juanete.)
DON JUAN. La casa miré, y no hay nadie. —
Serafina, vén conmigo
A mi cuarto: escogerás
Qué joyas y qué vestido
Has de llevar á la fiesta.
SERAFINA. Tu gusto solo es el mio.
(Ap. ¡Válgame Dios! ¡qué de asombros
En solo un instante he visto!)
DON JUAN. (Ap.) ¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Llevo que pensar conmigo!
FLORA. Tú tienes culpa de todo.
JUANETE. Pícara, lo dicho dicho.
(Vanse.)

Calle en Nápoles. Muros, con rejas, del jardin de Don Luis.

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE y CELIO, *de noche.*

CELIO. Notable es tu tristeza.
PRÍNCIPE. ¡Ay Celio! tan rebelde la extrañeza
Es de mi pensamiento,
Que solo siento el bien del mal que siento.

CELIO. Yo juzgaba estos dias
Pasados, que eran tus melancolías
Vivir de Porcia ausente;
Mas despues que su padre cuerdamente
Dejó el gobierno y vino
A Nápoles, no creo ni imagino
Que sea la causa ella,
Pues que favorecido de tu estrella,
Con la seña que tienes,
A aquestas rejas cada noche vienes,
Y tu mal no mejora;
Y mas, señor, ahora
Que Don Álvaro ausente,
Aun te ha quitado ese inconveniente.

PRÍNCIPE. ¿Qué importa, Celio, ver á Porcia bella,
Si de mi pena no es la causa ella?
Este divertimiento
Es no mas que engañar el pensamiento.

CELIO. Pues ¿qué causa has tenido
Para que no sea amor este ni olvido?

PRÍNCIPE. Yo la causa dijera,
Si al hablar no temiera
Que ha de calificarse por locura.

CLCIO. Ya que eso te asegura
De la objecion, explica tu tristeza.

PRÍNCIPE. ¿Acuérdaste de ver una belleza
Que huéspeda de Porcia el mismo dia
Que de España venia,
Fué á mis ojos, en espacio breve,
Monstruosa exhalacion de fuego y nieve?

CELIO. Bien me acuerdo: por señas que ese dia
Se fué tambien; y novedad seria
Que en la ausencia empezase tu violencia,
Cuando se acaban otras en la ausencia.

PRÍNCIPE. No porque al primer paso,
Antes de ver las sombras del ocaso,
Tal vez el sol en nubes se obscurece,
Podremos decir dél que no amanece;
No porque al primer susto
Del relámpago y trueno
Tal vez se desvanezca el rayo, es justo
Decir que no fué rayo de iras lleno;
No porque de su seno
Nazca tal vez, orilla
Del mar, á breve edad la fuentecilla
Donde su cuna en su sepulcro vea,
Dirán que su cristal cristal no sea;

No porque ardiente llama
Al primer resplandor con que se inflama
Espirase tal vez de un soplo herida,
Se dirá que no tuvo ser ni vida;
Y no porque tal vez en el primero
Albor la flor examinase el fiero
Hielo que su esplendor adormeciese,
Se dirá de la flor que flor no fuese:
Luego no porque hallase en un momento
La nube, el mar, el soplo, el hielo, el viento
Mi amor recien nacido,
Sol, rayo, fuente, llama y flor no ha sido.

CELIO. Bien argüir pudiera
Contra aquesa razon, si ya no oyera
En el jardin sonoro el instrumento
Que es la seña de Porcia.

PRÍNCIPE. Escucha atento;
Que el tono ha de decirme
Si llegaré á la reja ó si he de irme;
Pues de concierto están nuestros desvelos,
Que llegue si es amor, que huya si es celos.

ESCENA XII.

PORCIA. — DICHOS.

PORCIA. (Canta dentro.) *¿Para qué es, Amor tirano,*
Tanta flecha y tanto sol,
Tanta municion de rayos
Y tanto severo arpon?
(Sale á la reja.)

PRÍNCIPE. Esperando, Porcia bella,
Estuve á ver si tu voz
Me despedia con celos
O llamaba con amor.

PORCIA. Este es efecto, que aunque
No fuera seña en los dos,
Siempre sucediera, pues
Cualquiera dama, señor,
Con el amor ó los celos
Llama ó despide.

PRÍNCIPE. Es error;
Que yo sé alguna que estando
Al reves desa opinion,
Suele llamar con los celos,
Y con los amores no.

PORCIA. Muy necio será el amante
Que viendo agravio y favor,
Haga de aqueste desprecio,
Y del otro estimacion.

PRÍNCIPE. No digo yo que será
Cuerdo; solo digo yo
Que lo rebelde tal vez
Hace su afecto mayor.

PORCIA. Bien mi fineza amparara
La opinion desa opinion,
Si esta noche como otras
Tuviésemos ocasion
De hablar despacio.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué
Nos lo embaraza?

PORCIA. El temor
De no estar ya recogido
Mi padre, pues le obligó
El disgusto de la ausencia
De mi hermano á la atencion
De unos despachos; y así
Lo que haya de hablar con vos,
Es fuerza que este instrumento
Lo acompañe, porque no
Pregunte por mí, escuchando
Que aquí divertida estoy;
Y pueda tambien el ruido
De la música, el rumor
Desmentir de nuestras voces.

PRÍNCIPE. No será esta la ocasion
Primera que hablado haya
En cláusulas el amor
Y fantasías; que todas
Compuesta música son.

PORCIA. Pues escuchadme; que tengo
Mil cosas que hablar con vos,
Y aunque sea desta suerte,
Importa decirlas hoy. (Toca y habla.)
Mi padre dejó el gobierno,
Ya lo sabeis, por razon
De retirarse á vivir
A la aldea de Belflor.
Mi hermano, que embarazaba
Aquesta resolucion,
Con haber sin su licencia
Idose, sin que él ni yo
Sepamos dónde, le ha dado

De apresurar la ocasion:
De suerte, que irse mañana
Intenta de aquí . . . — El dolor
Me enmudece, porque haya
En mí tan nueva pasion,
Que todos canten tañendo,
Y llorando sola yo.

PRÍNCIPE. Bien es menester ¡oh Porcia!
Disfrazar al dulce son
Dese instrumento esa nueva,
Bien como para el dolor
Suele dorarse lo amargo
Del remedio; aunque mejor
Pudiera decir que es
Cierta especie de traicion
Halagar con la dulzura
Y matar con el rigor.

PORCIA. ¿Quién mas que yo deseara? . . .

ESCENA XIII.

JULIA, *y despues*, DON LUIS, *en el jardin*. — DICHOS.

JULIA. Que ha bajado mi señor
Al jardin: sus pasos siento.
(Apártanse de la reja el Príncipe y Celio.)

PORCIA. Esto es cumplir con los dos.
(Canta.) *Si celos han de vencerme,*
Aunque blasones de dios,
Para qué es, Amor tirano,
Tanta flecha y tanto sol?

PRÍNCIPE. De celos canta, señal
Cierta que al jardin entró.

CELIO. ¿Quién sino tú tuvo puesta
En música su pasion?

JULIA. ¿Quién va?

PORCIA. ¿Quién es?
(Por dentro llega Don Luis á la reja.)

DON LUIS. Yo soy, Porcia;
Que tanto me divirtió
Tu voz, estando escribiendo,
Que su dulce suspension
Me hizo bajar al jardin,
Bien que á pesar del dolor
De la ausencia de tu hermano.

PORCIA. En estas rejas estoy,
Gozando en ellas el blando
Viento que corre veloz,
Con mi voz y este instrumento
Divertida.

DON LUIS. ¿Qué mejor?
Y miéntras yo me paseo
Por él, te ruega mi amor
Vuelvas á cantar.

PORCIA. Sí haré,
Si en eso gusto te doy. —
(Vase Don Luis por dentro del jardin.)
Y mas si te alejas, pues
Volverá á ser la cancion . . .
(Canta.) *Amor, si de tus rigores*
Te vence, ¿para qué son
Tanta municion de rayos
Y tanto severo arpon?

CELIO. Ya dice que volver puedes,
Pues vuelve á cantar de amor.

PRÍNCIPE. ¿Puedo llegar, Porcia?

PORCIA. Sí;
Que aunque mi padre bajó
Al jardin, podrás oirme
El aviso que te doy.
Mañana se va á su aldea: (Tañendo.)
En ella tiene, señor,
Un castillo, que del bosque
Es rústica poblacion:
Si en achaque de la caza
A él quisieres ir, mejor
En el tendremos mil veces
Para hablarnos ocasion.

PRÍNCIPE. Digo que iré, Porcia mia,
A verte.

DON LUIS. (Dentro del jardin, desde donde no se le ve.)
¡Porcia!

PORCIA. Señor.

DON LUIS. (Dentro.) Ya es hora de recogerte.

PORCIA. (Al Príncipe.) Fuerza es irme.

PRÍNCIPE. Adios.

PORCIA. Adios;
Y ya que el tiempo me quita
Aun esta breve ocasion,
Hablando contigo iré,
Si no de celos, de amor,
En otro sentido.

PRÍNCIPE. ¿Cuál?
PORCIA. Eso lo dirá mi voz. (Vase y canta dentro.)
¡Ay mortal ausencia!
Ay partida union!
Ay noche sin dia!
Ay dia sin sol!
PRÍNCIPE. Ya que de amor y de celos
Variar hubo la cancion,
Fué de ausencia, porque así
Tambien convenga á los dos;
Mas con una diferencia:
Que ella habla conmigo, y yo
Con aquel bello imposible,
Diciendo de ambos la voz . . .
(Ella canta dentro, y él representa.)
LOS DOS. *¡Ay mortal ausencia!*
Ay partida union!
Ay noche sin dia;
Ay dia sin sol!
(Vanse.)

Plaza en Barcelona.

ESCENA XIV.

DON ÁLVARO y FABIO *de gala, con máscaras.*

DON ÁLVARO. Aquesta la puerta es
Del palacio, á quien la fama
De catalan nombre llama
La plaza del Clos; y pues
Es aquí donde á parar
Todas las máscaras vienen,
Donde los músicos tienen
Tablado para danzar,
Aquí es donde esperaré
Ver aquella disfrazada,
Que de Flora acompañada
Salió de casa; pues fué
Fuerza no haberla seguido,
Hasta que desta manera
De máscara me vistiera,
Para no ser conocido.

FABIO. No dudes que aquí, señor,
Ocasion de hablar tendrás,
Pues al máscara jamas
Se le ha negado el favor
De hablar todo el tiempo que
El rostro tenga cubierto,
Como no sea descubierto
Quién sea.

DON ÁLVARO. Notable fué
La introduccion destos dias,
Pues aunque padre ó marido
Las acompañen, han sido,
Fabio, las galanterías
Permitidas.

FABIO. Y es de suerte,
Que con ser tan belicosa
Nacion esta y tan celosa,
No ha sucedido una muerte.

DON ÁLVARO. Ea, ya en la plaza entrando
Diversos disfraces vi.

FABIO. Verlos podrás desde aquí
Pasar tañendo y cantando.

ESCENA XV.

Dentro suena grita, córrese una cortina, y están en un tabladillo los MUSICOS, *y salen* MUJERES *por una parte bailando, con máscaras; y por otra* HOMBRES, *con trajes diferentes.* DON JUAN, SERAFINA, FLORA y JUANETE. — DICHOS.

MUJER 1.ª (Cantando.) *Veníu las miñonas*
A bailar al Clos,
¡Tararera!
Que en las Carnestolendas
Se disfraz Amor.
¡Tararera!

HOMBRE 1.º (Cantando.) *Veníu los fadrines*
Al Clos á bailar,
¡Tararera!
Que en las Carnestolendas
Amor se disfraz.
¡Tararera!

DON JUAN. ¿Qué, bien mio, te parece
Desta comun alegría?

SERAFINA. Que no tuve mejor dia
En mi vida, y te agradece

Mi amor el haberme hecho
Tal festejo.

DON JUAN. (Ap.) Para mí
Lo fuera tambien, si aquí
La confusion de mi pecho
Me le dejara gozar;
Aunque en vano me atormento
Con mi mismo pensamiento.

JUANETE. Volver quieren á bailar.

MUJER 1.ª *Sonau, músicos, sonau.*

HOMBRE 1.º Prevenid las castañetas.

UN MÚSICO. *¿Qué voleu?*

TODOS. *Las paradetas*
Digan tois.

MÚSICO. *Que me plau.*

(Bailan todos juntos; los unos quedan á una parte, y Don Álvaro y Fabio á otro.)

HOMBRE 1.º *Aném por tol el llogar.*

MUJER 1.ª *Veníu vosaltres conmí.*

JUANETE. *Aném, fadrines, de axí*
A altre carret, á bailar.

FABIO. (Ap. á su amo.) ¿Hasla conocido?

DON ÁLVARO. Sí;
Y el alma me lo dijera,
Aun cuando yo no supiera
Que era ella.

FABIO. Pues aquí
Seguro puedes hablar,
Miéntras embozado estés.

DON ÁLVARO. Gozaré la ocasion pues. —
Máscara ¿quereis danzar (A Serafina.)
Conmigo?

SERAFINA. Vuestra esperanza,
Tarde pienso que llegó.

DON ÁLVARO. ¿Por qué tarde?

SERAFINA. Porque yo
No estoy para hacer mudanza;
Y es vana la pretension
Vuestra.

DON ÁLVARO. Pues yo presumia
Que una mudanza podria
Por mí hacerse.

SERAFINA. Es ilusion.

DON ÁLVARO. Alguna vez la habreis hecho.

SERAFINA. Quizá que por eso estoy
Dispuesta á no hacerla hoy,
Porque la hice ya.
DON ÁLVARO. Mi pecho
No debe desconfiar.
DON JUAN. El máscara te ha pedido
Danza: si te ha conocido
O no, ya es fuerza el danzar;
Si te conoce, porque
Seria descortesía,
Y si no, porque seria
Cuidado.
SERAFINA. Yo danzaré
Si tú licencia me das;
Que yo por tí me excusaba.
DON JUAN. ¿Por qué por mí?
SERAFINA. Porque estaba
Atenta á tu voz no mas.
DON JUAN. Esto es permitido aquí.
(Ap. ¿Quién será el que á Serafina
Mas que á las demas se inclina?)
DON ÁLVARO. En fin, ¿no respondeis?
SERAFINA. Sí. —
¿Qué es lo que danzar quereis,
Máscara? Que ser no quiero
Grosera.
DON ÁLVARO. (A un músico.) Toca el Rugero.
SERAFINA. ¿Por qué el Rugero escogeis?
DON ÁLVARO. Porqué á vuestra vista atento,
Decir pueda en esta calma . . .

(Tocan, y miéntras danzan, representan, y la música responde, todo á compas, sin pararse nunca los instrumentos.)

MÚSICA. *Reverencia os hace el alma,*
Reina de mi pensamiento . . .
DON ÁLVARO. Y mas, cuando en vos contemplo
Que Amor os debe adorar . . .
MÚSICA. *Por ídolo de su altar,*
Por imágen de su templo.
SERAFINA. De nada ofenderme quiero;
Que quejarse de un rigor . .
MÚSICA. *Licencia dará el Amor*
A que pueda un caballero . . .
SERAFINA. Mas lo que excusar intento
Es que pueda vuestra llama . . .
MÚSICA. *En el sarao á su dama*
Decirla su pensamiento.

SERAFINA. Y así, para cortesía
Esto basta: perdonad.
DON ÁLVARO. Bien dice en su brevedad
Esa dicha, que era mia.
SERAFINA. Mejor lo dirá adelante,
Avisándôs ofendida . . .
DON ÁLVARO. ¿Qué?
SERAFINA. Que me importa la vida
Que os volvais luego al instante. —
Vamos, amigas, de aquí.
(Cesan los instrumentos, y quedan todos suspensos.)
DAMA 1.ª ¿Con tanta priesa? ¿Por qué
Irte quieres?
SERAFINA. No lo sé.
FLORA. ¿No te agrada el puesto?
SERAFINA. Sí;
Pero ya parece pue es
Hora que nos recojamos.
HOMBRE 1.º Por la Atarazana vamos
A mi quinta.
DON JUAN. Mejor es;
Que allá sin publicidad
Nos podremos divertir.
MÚSICO 1.º Pues deja ya de venir
Gente, los puestos dejad.
DON JUAN. (Ap. á él.) Juanete, saber procura,
Siguiéndole hasta despues,
Ese máscara quién es.
JUANETE. Mi cuidado te asegura
Que seré su centinela
De vista, aunque al cabo vaya
Del mundo.
(Vanse todos, ménos Don Alvaro, Fabio y Juanete.)

ESCENA XVI.

DON ÁLVARO y FABIO; JUANETE, *observándolos.*

FABIO. ¿De qué has quedado
Tan triste?
DON ALVARO. De ver cuán vanas
Para mi imposible amor
Son todas mis esperanzas.
Presumiendo hallar ¡ay triste!
Algun alivio á mis ansias,
Fleté aquese bergantin
Que surto en el mar me aguarda,
Y sin despedirme ¡ay cielos!

De mi padre y de mi hermana,
Vine á ver á Serafina . . .
Mal dije: á esa fiera ingrata,
Esa esfinge, esa sirena,
Ese veneno, esa rabia.

JUANETE. (Ap.) Sin duda es fraile y está
Convidado en otra casa,
Pues que va con tanta priesa.

DON ÁLVARO. Y pues que finezas tantas
Merecerla, al verme, Fabio,
No han podido una palabra
De agrado, y la última fué
Decirme que el que me vaya
Su vida importa, ¿qué espero?
Crean mis desconfianzas
De una vez que ya este bien
Se perdió; y pues siempre se halla
El principio del consuelo
Con el fin de la desgracia,
Tratemos de vivir. Toma
Estos trajes y estas galas.

(Quítase el capote y la máscara, y queda de marinero.)

Vuélvelos á quien los dió;
Que yo, miéntras de aquí faltas,
La gente de mar haré
Que se junte, porque vayan
Por agua y viento mis dichas
A buscar sus esperanzas.

JUANETE. (Ap.) ¡Oígan, qué transformacion!
Aunque no le veo la cara,
Que es marinero sé ya,
Pues es el traje en que anda.

FABIO. La resolucion mas cuerda
Es esa.

DON ÁLVARO. Porque no haga
Mi pena, entrando en consejo
Conmigo, alguna mudanza,
Ya me hallaras embarcado
Cuando vuelvas; porque es tanta
La fe con que á Serafina
Ha querido y quiere el alma,
Que si á su vida le importa
Mi muerte, es justo buscarla.

(Vanse Don Álvaro y Fabio.)

JUANETE. (Ap.) Voy tras él, porque no puedo
Verle; mas seguirle basta. (Vase.)

Marina.

ESCENA XVII.

DON ALVARO; JUANETE, *siguiéndole;* FABIO, MARINEROS, *y despues* GENTE, *dentro.*

DON ÁLVARO. ¡Ah del mar!
(Salen algunos marineros.)
MARINERO 1.º Señor . . .
DON ÁLVARO. ¿Es tiempo
Para partir, camaradas?
MARINERO 2.º El mejor tiempo es del mundo:
El mar se mira en bonanza.
DON ÁLVARO. Pues alto, á embarcar, amigos.
(Ap. Adios, adios, esperanzas;
Adios, Serafina.)
GENTE. (Dentro.) ¡Fuego,
Fuego!
DON ALVARO. ¿Qué voces son varias
Las que oigo?
MARINERO 1.º A lo que se ve,
Toda la quinta se abrasa
De Don Diego de Cardona.
DON ALVARO. (Ap. ¡Ay de mí, que en ella estaba
Serafina! Sentimientos,
No acudais á la venganza,
Sino al reparo.) Venid
Conmigo. (Ap. Que fuera extraña
Fortuna de mis desdichas,
Si hubiese venido á darla
La vida, cuando ella piensa
Que la muerte.)
JUANETE. ¡Cielos! Tanta
La violencia es del incendio,
Que en un instante á ser pasa
Volcan del mar.
GENTE. (Dentro.) ¡Fuego, fuego!
DON ALVARO. Entre pavesas y llamas,
Monstruo de fuego, humo y polvo,
Un caballero á una dama
Saca en los brazos.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *con* SERAFINA, *desmayada.* — DON ÁLVARO, JUANETE, FABIO, MARINEROS; GENTE, *dentro.*

DON JUAN. Amigos,
Si esta ruina, esta desgracia
Piadosos os ha traido
Para socorrer á tanta
Gente como aquí perece,
La mas noble, la mas alta
Será que aquesta hermosura
Tengais un instante en guarda,
En tanto que vuelvo yo
A costa de vida y alma
A su socorro; que son
Los que mi favor aguardan,
Deudos, parientes y amigos.

DON ÁLVARO. Bien podeis, señor, dejarla.

DON JUAN. Y adios; que el valor me lleva,
Y obligaciones me llaman
A su empeño. (Vase.)

GENTE. (Dentro.) ¡Fuego, fuego!

JUANETE. Señor, oye, espera, aguarda. —
Otra vez se arroja allá.
El diablo que tras él vaya.

DON ÁLVARO. (Ap. ¿Quién en el mundo habrá visto
Jamas dicha tan extraña?
¿En mis brazos Serafina
No está ya? ¿No está en la playa
Aguardando un bergantin?
Pues ¿qué espera, pues qué aguarda
Mi amor?) Amigos, al mar.

MARINERO 1.º ¿Qué es lo que intentas?

MARINERO 2.º ¿Qué trazas?

FABIO. ¿Qué es esto, señor?

DON ÁLVARO. Despues
Lo sabreis. (Ap. Diga la fama
Que siempre la propria dicha
Está en la ajena desgracia.)
(Vase llevándola; y síguenle Fabio y los marineros.)

JUANETE. ¿Oyen ustedes? ¿Qué digo?
Miren que aquesa es mi ama.

UNO. (Dentro.) Como la gente se salve,
La hacienda no importa nada.

OTRO. (Dentro.) De todos no ha perecido
Sino sola una criada
De Serafina.

ESCENA XIX.

DON JUAN. — JUANETE.

DON JUAN. (Dentro.) Esperad
Que allá con vosotros vaya. (Sale.)
— Amigos, esa hermosura
Que os entregué desmayada,
Restituid á mis brazos;
Que ya . . .
JUANETE. Señor, ¿con quién hablas?
DON JUAN. Con unos hombres del mar,
A quien dejé vida y alma
En Serafina. ¿Haslos visto?
Que debieron de llevarla
Sin duda á albergar á alguna
De aquesas pobres barracas.
JUANETE. No la llevan sino al mar,
Pues aquel bergantin, que alas
Le da el viento y piés los remos,
Lleva á Serafina.
DON JUAN. Calla,
Si no quieres que mi aliento
Te abrase.
JUANETE. ¡Gentil venganza!
Llévate tu esposa quien
De máscara se disfraza,
Siendo un pobre marinero,
¡Y he de pagarlo yo!
DON JUAN. Aguarda.
¿El máscara era ¡ay de mí!
El marinero que estaba
Ahora aquí?
JUANETE. Sí, señor.
DON JUAN. ¡Matóme mi confianza! —
Pero ¿qué aguardo, que no
Me arrojo al mar en venganza
De mi honor?

ESCENA XX.

TODOS LOS DE LA MÁSCARA. — DON JUAN.

TODOS. ¿Qué es esto?
DON JUAN. Es
Una desdicha, una rabia,

Una afrenta, una deshonra
Tan grande ¡ay de mí!, tan rara,
Que no me atrevo á decirla
Hasta despues de vengarla . . .
Y ha de ser desta manera. —
Espera, ladron pirata
Destos piélagos; que yo
Contra el fuego y contra el agua
Lidiaré igualmente. Dadme.
¡Cielos! ó muerte ó venganza.

(Éntrase arrojándose al mar; síguenle los de la máscara.)

JUANETE. Por aqueste, «hombre á la mar»
Se dijo ya.

TODOS. (Dentro.) ¡Al agua, al agua!

JUANETE. A remo y vela el bajel
Huye, y él, racional barca,
En vano seguirle intenta.

DON JUAN. (Dentro.) ¡Amparo, cielo!

TODOS. (Dentro.) El te valga.

JORNADA TERCERA.

Sala de la casa de Don Luis, en una aldea de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, *leyendo una carta.*

«Mandáisme que os avise de qué causa pudo tener á Don Juan Roca tantos dias sin escribiros; y aunque quisiera excusarme de hablar en esto, no puedo dejar de obedeceros. Las Carnestolendas pasadas, estando en la quinta de Don Diego de Cardona, se prendió en ella tan grande fuego, que no sin peligro pudieron escapar la vida. Don Juan sacó á su esposa desmayada; y dejándola, por acudir á los demas, en poder de unos marineros (que no falta quien diga que eran cosarios disfrazados), se hicieron á la mar con ella, arrojándose Don Juan desesperado al agua, de donde le sacaron casi muerto algunos que acudieron á favorecerle; y apénas se hubo reparado, cuando faltó de su casa, sin llevar consigo mas que un criado; y hasta hoy no se ha sabido dél ni de su esposa.»

No leo mas; que no es posible
Que rendido, que postrado
El corazon, á los ojos
No salga deshecho en llanto.
¡Oh, valgame Dios, á cuántas
Desdichas y sobresaltos
Nace sujeto el honor
Del mas noble, el mas honrado!
Aquí el serlo lo disculpe,
Pues á los ojos humanos,
Por mas que esta sea desdicha,
No deja de ser agravio.
Diera por saber adónde
Don Juan está, y á su lado
Correr su misma fortuna,
Cuanto soy y cuanto valgo,
Para que juntos los dos
No dejásemos espacio
Escondido de la tierra
Que no inquiriésemos, dando
Con la muerte del ladron
Pirata, asombros y espantos
Al mundo.

ESCENA II.

PORCIA, JULIA. — DON LUIS.

PORCIA. ¡Señor! . .
DON LUIS. ¿Qué hay, Porcia?
PORCIA. ¿Qué es lo que tienes, que hablando
Contigo á solas estás,
Colérico y enojado?
DON LUIS. No sé, Porcia, lo que tengo.
(Ap. Débame en aqueste caso,
Ya que me deba el sentirlo,
Tambien Don Juan el callarlo.)
Una carta recibí
Acerca de los pasados
Pleitos de mi residencia.
PORCIA. Pésame de haberte hallado
Sin gusto; porque venia
A pedirte mi cuidado
Que me hicieras un favor.
DON LUIS. ¿Y en qué reparas?

PORCIA. Reparo
En que quien sin tiempo pide,
Es fuerza que desairado
Quede.
DON LUIS. Para tí no hay tiempo:
Unos siempre mis halagos
Son contigo.
PORCIA. Pues en esa
Confianza á hablarte aguardo.
Don Álvaro . . .
DON LUIS. No prosigas.
PORCIA. ¿Ves si hay tiempo ó no?
DON LUIS. Es engaño,
Pues en cualquiera diré
Que no me hable en él tu labio.
Hartas veces te lo he dicho.
PORCIA. ¿Qué es lo que ha hecho mi hermano,
Señor, para que con él
Te dure el enojo tanto?
DON LUIS. ¿Qué mas que sin mi licencia,
Sin saber cómo ni cuándo
Ni dónde, faltar de casa,
Y venir luego muy falso,
Con presumir que ha de hallar
La puerta abierta y los brazos?
PORCIA. De todo eso le disculpa
La libertad de los años;
Fuera de que, ¿qué delito
Es, señor, si lo miramos
Sin pasion, que un hombre mozo,
Viendo que has determinado
Querer vivir en aldea,
Entre dos rudos villanos,
Neciamente se despeche,
Y que mal aconsejado,
Falte de tu vista un mes,
Que desde que vino ha estado
Temeroso de tus iras.
En la casa retirado
Del monte, sin salir della?
Merézcate pues mi llanto,
Que vuelva á casa.
DON LUIS. Ahora bien,
Por tí en fin se ha de hacer algo.
Avísale de que venga.
PORCIA. Guárdete el cielo mil años:
Y el aviso seré yo,

Que aquesta tarde cazando
Iré al monte, y le diré
Que venga á besar tu mano.

DON LUIS. Haz tú allá lo que quisieres.
(Ap. ¿Qué hiciera yo ¡cielo santo!
Por saber dónde Don Juan
Está, y dónde su contrario?
Que vive Dios, que se viera
En mí el ejemplo mas raro
De amistad que ha visto el mundo.) (Vase.)

ESCENA III.

PORCIA, JULIA.

JULIA. Bien, señora, se ha logrado
La intencion.

PORCIA. Es cierto, pues
No es cuanto dispongo y trazo
Amor de mi hermano solo,
Sino mio, procurando
Que la casa desocupe
Del monte, porque sin tantos
Riesgos, el Príncipe pueda
Ir allá tal vez, logrando
Mi amor la ocasion de verle:
Y así, Julia, á ese criado
Que trajo el papel, dirás
Que á caza esta tarde salgo,
Que bien puede en el castillo,
Pues ya conoce á Belardo
Su casero, entrar; que yo,
En diciéndole á mi hermano
Como mi padre le espera,
Podré hablarle en él.

JULIA. No en vano,
Como es pobre Amor, es todo
Trazas, cautelas y engaños.

PORCIA. Dame un arcabuz; que quiero
Por el camino ir tirando. —
Y venga atras la carroza.

JULIA. Aquí está. (Dale el arcabuz.)

PORCIA. ¿Para qué me armo,
Amor, con armas de fuego,

Si cuando á campaña salgo
Contra tí, me vences solo
Con una flecha y un arco?
(Vanse.)

Sala en la casa de monte ó castillo de Don Luis.

ESCENA IV.

DON ÁLVARO, FABIO.

DON ÁLVARO. ¿Qué hace Serafina?
FABIO. ¿Ya
No sabes que es excusado
El preguntarlo?
DON ÁLVARO. Eso es
Decirme que está llorando.
FABIO. Es verdad.
DON ÁLVARO. Desde el instante
Que desmayada en mis brazos
Pasó del golfo de fuego
A incendios de agua, trocando
Del un extremo á otro extremo
Dos elementos contrarios,
No se enjugaron sus ojos;
Pues apénas en el barco
Se vió en mi poder, cobrada
De aquel pálido desmayo,
Cuando á llorar empezó:
De suerte que un breve espacio
No han podido mis caricias
Hasta hoy suspender su llanto.
Pensé yo . . . mas no pensé;
Que aun tiempo para pensarlo
No tuve; que Serafina . . .

ESCENA V.

SERAFINA. — DON ÁLVARO, FABIO.

SERAFINA. Espérate fuera, Fabio. —
(Vase Fabio.)
Y tú escuchame, porque
Mi nombre oyendo en tus labios,

Y en él mi mal, y del nombre
Tambien el intento, trato
De aprovechar la ocasion,
Porque de una vez salgamos,
Tú de dudas, yo de penas,
Y de confusiones ambos.
¿Pensaste ¡ay de mí! que fuera
Mi decoro tan liviano,
Tan fácil mi estimacion,
Mi sentimiento tan vano,
Mi vanidad tan humilde,
Mi tormento tan villano
Y mi proceder tan otro,
Que me hubiera consolado
De haber en un dia perdido
Esposo, casa y estado,
Honor y reputacion,
Con solo hallarme en tus brazos,
Vencida de tus traiciones,
Forzada de tus agravios?

DON ÁLVARO. No pensé; pero pensé . . .

SERAFINA. ¿Qué?

DON ÁLVARO. Que por el mismo paso
Que fué tan desesperada
Mi accion, fueran tus agrados
Ménos crueles; pues vemos
Que amor en lo temerario
Vive, y disculpa no tiene
Un error enamorado,
Como no tener disculpa:
Tanto ama el que yerra tanto.

SERAFINA. Esa razon, tan sin ella
Para mí está, que ántes saco
Que quien lo destruye todo,
Nada estima; y así, ingrato,
Y así, aleve, y así, fiero,
Traidor, injusto, tirano . . .
— Pero no, no digo bien:
Ya de otro estilo me valgo.
Don Alvaro, mi señor,
Supuesto que ya este caso
Ha sucedido, y no tiene
Remedio, ¿para qué andamos
Arguyendo en lo que hubiera
Sido mejor? Ya los astros
Lo dispusieron así,
Ya lo quisieron los hados,

Ya lo admitieron los cielos:
Pues bien, al remedio vamos;
Y débate yo el oirme,
Si es que he de deberte algo.
Yo, Don Álvaro, no aliento
Sin temer que inficionado
El aire de los suspiros
De Don Juan, encuentre: paso
No doy, que creyendo verle,
No me dé mi sombra espanto,
Siendo no estas pasiones,
Aquesta casa de campo
Adonde tú me has traido,
Sepultura de mis años.
Tú, conseguida, no puedes
Conseguirme; pues es claro
Que no consigue quien no
Consigue el alma; y es llano
Que una hermosura sin ella
Es como estatua de mármol,
En quien está la hermosura
Sin el color del halago,
Vencida, mas no gozada.
¡Oh mal haya amor villano,
Que la fuerza del cariño
La funda en la de los brazos!
Don Juan es noble ofendido:
Solo en esto digo harto.
Que sepa de tí es forzoso,
Pues habiéndose quedado
Flora en Barcelona, ella
Lo habrá dicho. Pues pongamos
A este miedo, á este peligro
Y á esta desdicha un reparo.
Este solo puede ser
Que tu amor, desesperado
De que en mí ha de hallar consuelo,
Se resuelva en rigor tanto
A perderme de una vez.
Sea mi sepulcro el claustro
De un convento, en que ignorada
Mi vida . . .

DON ÁLVARO. Suspende el labio.
No prosigas; que primero
Que yo viva sin tí, un rayo
Me mate . . . — ¡Válgame el cielo!

(Disparan dentro un arcabuz.)

SERAFINA. ¡Ay de mí! que ya este acaso,
Segunda vez sucedido,
Mi muerte está pronunciando.
DON ÁLVARO. No, no temas; que yo, aunque
Me asusto, no me acobardo. —
¡Hola! ¿qué es eso?

ESCENA VI.

BELARDO. — DON ÁLVARO, SERAFINA.

BELARDO. Que Porcia
Tu hermana viene cazando
Por el bosque, y á las puertas
Llega del castillo.
DON ÁLVARO. En tanto
Que yo voy á recibirla,
Por si entrar quiere á este cuarto,
Serafina, al aposento
Te retira de Belardo.
BELARDO. ¿Como ha de salir de aquí,
Si ya Porcia ocupa el paso?
DON ÁLVARO. Pues éntrate en esa cuadra.
SERAFINA. Cielo, tu favor aguardo. (Vase.)

ESCENA VII.

PORCIA, *de caza.* — DON ÁLVARO, BELARDO.

DON ÁLVARO. Hermana, Porcia, ¿qué es esto?
PORCIA. Llegar, Alvaro, á tus brazos
Con dos gustos: uno es
Decirte que mas humano
Mi padre, me envía por tí;
Y otro haber hecho, llegando
A las puertas de la torre,
El tiro mas acertado
Que hice en mi vida, porque
Tan veloz pasaba un gamo,
Que con matarle corriendo,
Puedo decir que volando.
DON ÁLVARO. Que vengas gustosa estimo.
PORCIA. Tan ufana me ha dejado
El tiro, que no quisiera
Esta tarde tan temprano

Dejar el monte; y así,
Miéntras yo quedo cazando,
Vé tú á la aldea, porque
Mi padre, que has estimado
El perdon vea, en la priesa
Con que le besas la mano.

DON ÁLVARO. Dices bien; mas no te quedes
Tú aquí.

PORCIA. Tras tí al monte salgo.

DON ÁLVARO. Pues en él te dejaré.

PORCIA. Norabuena. (Ap. á él. Oyes, Belardo,
Dí al Príncipe que me espere
Aquí, si viniere acaso
Esta tarde.)

BELARDO. Así lo haré.
(Vase Porcia.)

DON ÁLVARO. Belardo, ¿oyes? En sacando
Yo de aquí á Porcia, retira
A esa dama dese cuarto. (Vase.)

BELARDO. ¡Que haya quien diga, señores,
Que es oficio aprovechado
El de alcahuete, y á mí
No sepa valerme un cuarto!
Ve aquí á Don Álvaro y Porcia
Que me hacen su secretario,
Y al cabo del año no
Me dan sino sobresaltos.

ESCENA VIII.

SERAFINA. — BELARDO.

SERAFINA. ¿Fuése Porcia?

BELARDO. Ya se fué.

SERAFINA. Y lo estuve deseando,
Porque si quisiera entrar,
No pudiera embarazarlo;
Que no tiene por de dentro,
Aunque la anduve buscando,
Llave ni aldaba esta puerta.
Pero ya segura salgo.

BELARDO. No muy segura.

SERAFINA. ¿Por qué?

BELARDO. Porque hasta aquí viene entrando
Un hombre.

SERAFINA. Vuelvo á esconderme.

BELARDO. Y yo á temblar.
(Escóndese Serafina.)

ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE; *despues*, PORCIA. — BELARDO; SERAFINA, *escondida*.

PRÍNCIPE. ¿Qué hay, Belardo?
BELARDO. Seas, señor, bien venido.
PRÍNCIPE. Habiendo Porcia avisado
De que hoy aquí la veria,
Faltando de aquí su hermano,
Vengo á verla. ¿Dónde está?
BELARDO. Con él salió ahora al campo;
Mas dijo que aquí la esperes.
(Sale Porcia.)
PORCIA. No será mucho el espacio,
Porque apénas el camino
De la aldea tomé, cuando
A verte vuelvo.
PRÍNCIPE. ¿Era hora
De merecer favor tanto?
BELARDO. (Ap.) ¿Como podré remediar
Que la otra no esté escuchando?
SERAFINA. Porcia y el Príncipe son.
PORCIA. El estar aquí mi hermano
Ha sido causa de que
Aquesta ocasion perdamos;
Pero ya este inconveniente
Mi ingenio lo ha remediado.
PRÍNCIPE. ¿Como?
PORCIA. Haciendo con mi padre
Que á casa le vuelva, dando
Fin á su enojo.
PRÍNCIPE. Yo estimo,
Como es justo, ese cuidado.
(Ap. Miento; que aun dura en mi pecho
Aquel incendio pasado;
Pero así, loca memoria,
Si no te venzo, te engaño.)
BELARDO. (Ap.) Ella oye cuanto se dicen.
SERAFINA. (Ap. al paño.) ¡A qué parte, Amor tirano,
Iré donde tú no reines?
PORCIA. Siempre yo quejarme trato.
PRÍNCIPE. ¿Por qué ahora?
PORCIA. Porque sé
Que os tiene un hermoso encanto
En Nápoles divertido.

PRÍNCIPE. ¿Quieres ver cuánto eso es falso?
Pues ha muchos dias que yo
De Nápoles tambien falto,
Porque una grande tristeza
Me tiene tan retirado,
Que en esta vecina quinta
Lloro tu ausencia; y es tanto
El gusto de vivir solo,
Que aquestos dias he dado
En no salir della, y tengo
Puesto el gusto en unos cuadros
Que para una galería
Me hacen los mas celebrados
Pintores de toda Italia,
Y aun España, pues yo he hallado
Alguno que á Apéles puede
Competir; y tan pagado
Desto estoy, que todo el dia
Solo en verles pintar gasto.

PORCIA. A mí mi desconfianza
Me habia dicho . . .

BELARDO. Esto va malo.

PRÍNCIPE. ¿Qué tienes?

PORCIA. ¿Qué ha sucedido?

BELARDO. ¡Ahí que no es nada! Tu hermano
Vuelve.

PORCIA. Pues en esa cuadra
Te esconde.

PRÍNCIPE. Por tí lo hago
Mas que por mí.

SERAFINA. (Ap. al paño.) Mal podré
Resistirlo.
(Éntrase del todo, y el Príncipe despues.)

BELARDO. (Ap.) ¡San Hilario!
Zas, entróse ya.

ESCENA X.

DON ÁLVARO. — PORCIA, BELARDO.

DON ÁLVARO. (Ap.) No puedo
Asegurar el cuidado
De que Porcia á Serafina
No vea; y así tomando
La vuelta, vengo á saber
Si la ha escondido Belardo.

PORCIA. (Ap.) ¡Ay de mí! Sin duda viene
De algun aviso informado.
DON ÁLVARO. (Ap.) ¡Aquí Porcia! ¿A qué habrá vuelto?
PORCIA. (Ap.) Él llega: ¿si sabe algo?
DON ÁLVARO. Porcia . . .
PORCIA. Hermano . . .
DON ÁLVARO. ¿Como el monte
Dejas tan pronto?
PORCIA. El cansancio
Me rindió, y vuelvo á buscar
En este sitio el descanso.
DON ÁLVARO. (Ap.) Eso sí.
PORCIA. Mas tú ¿á qué vuelves?
DON ÁLVARO. A que, habiendo reparado
La condicion de mi padre,
Advierto lo mal que hago
En ir sin tí . . .
PORCIA. (Ap.) Aun eso, bien.
DON ÁLVARO. Porque si vuelve á su enfado,
Tú le reportes.
PORCIA. ¿Pues hay
Mas de que juntos volvamos?
DON ÁLVARO. Eso quiero yo.
PORCIA. Yo y todo.
BELARDO. (Ap.) ¿Quién no os entendiera á entrambos?
DON ÁLVARO. (Ap.) Así excuso que no vea
A Serafina.
PORCIA. (Ap.) Así trato
De que al Príncipe no vea.
DON ÁLVARO. ¿No vienes?
PORCIA. Sí.
DON ÁLVARO. Vamos.
PORCIA. Vamos.
DON ÁLVARO. (Ap.) Lindamente se ha dispuesto . . .
PORCIA. (Ap.) Lindamente se ha trazado . . .
DON ÁLVARO. (Ap.) Pues mi hermana no la ha visto.
PORCIA. (Ap.) Pues no le ha visto mi hermano.
(Vanse los dos.)
BELARDO. ¡Si bien lo supierais! Pero
Al fin, de mayores daños
Aqueste ha sido el menor. —
¡A señores encerrados!
Sin estorbo salir pueden.

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE; SERAFINA, *puesta la mano en el rostro.* — BELARDO.

SERAFINA. En vano intentais osaros
A conocerme.
PRÍNCIPE. Y aun vos
Tambien intentais en vano
No ser de mí conocida.
SERAEINA. Advertid...
PRÍNCIPE. Quitad la mano
Del rostro; que es poca nube
Para esconder cielo tanto.
Ya sé quién sois, y ya sé
Que ha sido de amor milagro
El traeros donde os vea;
Y aunque imposibles acasos
Lo hayan dispuesto, no quiero
Saberlos ni averiguarlos,
Porque no me estará bien
El perderos al hallaros
En esta casa: y así,
Porque me dure el engaño
De la duda, elijo el medio
De estar creyendo y dudando.
BELARDO. (Ap.) Solo esto faltaba ahora:
Que estuviese enamorado
El amante de la hermana,
De la dama del hermano.
SERAFINA. Generoso Federico
De Ursino, si intento en vano,
Como decis, ocultarme,
De vos ¡oh infelice! en cuanto
Al ser de vos conocida,
No en cuanto al segundo caso;
Pues yo tambien contra vos
De dos razones me valgo.
La primera es el secreto
Que de mi vista os encargo:
Y la segunda es pediros
Que os vais, para que llorando
A mis solas mis desdichas,
Pueda aliviarlas en algo.
PRÍNCIPE. Una y otra razon vuestra
Ya conmigo han alcanzado
Su pretension. Vuestro nombre

Jamas saldrá de mi labio;
Y apartándome de vos
(Bien que á mi pesar me aparto),
Daré esta penosa ausencia
En albricias deste hallazgo.
Quedad con Dios, advirtiendo
Que me debeis mas cuidados
Que pensais.

SERAFINA. Reconocerlos
Ofrezco, si no pagarlos.
Id con Dios.

PRÍNCIPE. Guárdeos el cielo.

BELARDO. ¿Ois? ¿Sabeis aquel adagio
Los dos, «cállate y callemos?»

PRÍNCIPE. Yo os lo ofrezco.

SERAFINA. Yo os lo encargo.

PRÍNCIPE. (Ap.) ¡Qué ventura!

SERAFINA. (Ap.) ¡Qué desdicha!

PRÍNCIPE. (Ap.) ¡Favor, cielos!...

SERAFINA. (Ap.) ¡Piedad, hados!...

PRÍNCIPE. (Ap.) Que ya, viendo á Serafina,
Espero vivir amando.

SERAFINA. (Ap.) Que ya, sabiendo quién soy,
Por puntos mi muerte aguardo.

(Vanse.)

Salon del palacio del Príncipe en Nápoles.

ESCENA XII.

DON JUAN, *con vestido pobre;* CELIO.

CELIO. ¿Qué es lo que quereis?

DON JUAN. Hablar
Con el Príncipe quisiera,
Para que ese cuadro viera
Que acabo de retocar.

CELIO. Pues ahora no está aquí:
Que á caza esta tarde fué.

DON JUAN. ¿Vendrá presto?

CELIO. No lo sé. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

¿Qué es lo que pasa por mí,
Fortuna deshecha mia?
Pero no lo digas, no;
Que aun de tí no quiero yo
Oirlo, porque seria
Conmigo estar desairada
Mi pena, al ver que una vida
Que perdonó acontecida,
No perdona pronunciada.
¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Debe en el mundo de haber
Fáciles de suceder
Y de crêr dificultosas!
Porque ¿quién crêrá de mí
Que siendo ¡ay de mí! quien soy,
En aqueste estado estoy?
Mas ¿quién no lo crêrá así,
Pues todos la escrupulosa
Condicion del honor ven?
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
Poco del honor sabia
El legislador tirano,
Que puso en ajena mano
Mi opinion, y no en la mia.
¡Que á otro mi honor se sujete,
Y sea (¡oh injusta ley traidora!)
La afrenta de quien la llora,
Y no de quien la comete!
¿Mi fama ha de ser honrosa,
Cómplice al mal y no al bien?
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
¿El honor que nace mio,
Esclavo de otro? Eso no.
¡Y que me condene yo
Por el ajeno albedrío!
¿Como bárbaro consiente
El mundo este infame rito?
Donde no hay culpa ¿hay delito?
Siendo otro el delincuente,
De su malicia afrentosa

¡Que á mí el castigo me dén!
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
De cuantos el mundo advierte
Infelices, ¡ay de mí!
¿Habrá otro mas que yo?

ESCENA XIV.

JUANETE, *mal vestido.* — DON JUAN.

JUANETE. Sí,
Pues cómplice de tu suerte,
Tu misma vereda sigo:
Luego otro hay mas desdichado.
DON JUAN. Pues á este tiempo has llegado,
Vén discurriendo conmigo.
En busca de mi enemigo
Patria y hacienda dejé...
JUANETE. Y no hallaste rastro, aunque
Ya le llevabas contigo.
DON JUAN. No hallando huella en el mar,
Disfrazado, solo y triste...
JUANETE. A Nápoles te veniste.
DON JUAN. La causa fué imaginar
Que si aquí fué amor primero,
Aquí sin duda vendria.
JUANETE. Y aquí de un dia á otro dia
Nos hallamos sin dinero.
DON JUAN. A nadie quise llegar
Sin honra á decir quién era.
JUANETE. Yo, juro á Dios, lo dijera
Con hambre á todo el lugar,
Don Luis ¿no es tu amigo?
DON JUAN. Sí!
Pero ¿á qué amigo llegara
Yo á fiarme, en quien no hallara
Un testigo contra mí?
¡Yo á que ninguno supiera
Mi desdicha cara á cara,
Que con cuidado me hablara,
Y con lástima me viera!
No ha de saberse quién soy,
Pues no soy miéntras vengado
No esté; y así me he aplicado,
En cuanto inquiriendo voy,

A que la curiosidad
Nombre de oficio me dé.

JUANETE. No eres el primero que
Sustenta su habilidad.

DON JUAN. Y así, viendo que se hacia
Esta obra de pintura,
Como oficial (¡qué locura!
Pero honrada como mia)
En ella me acomodé;
Y si cuya era supiera,
Antes de hambre me muriera.

JUANETE. Hicieras mal; mas ¿por qué?

DON JUAN. Porque ya una vez me vió
El Príncipe, y recelara
El conocerme.

JUANETE. Repara
En que tanto te trocó
La fortuna, que temer
No debes, y estás de modo,
Que te has demudado en todo
Cuanto es enflaquecer.
Fuera de que en este estado
Y en este traje, señor,
Fuera el presumirlo error,
Y mas de quien sin cuidado
Una vez sola te vió.
Pero este el Príncipe es.

ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE. — DICHOS.

DON JUAN. Dame, gran señor, tus piés.

PRÍNCIPE. Español, ¿qué te obligó
A esperarme aquí?

DON JUAN. Creyendo
El gusto que has de tener,
Príncipe invicto, en saber
Que el cuadro que estaba haciendo
Está acabado, he querido
Ser yo el que ántes te lo diga.

PRÍNCIPE. Mucho tu atencion me obliga.
Pero ¿qué fábula ha sido
La que acabaste primero?

DON JUAN. La de Hércules, señor,
En quien pienso que el primor
Unió lo hermoso y lo fiero.

PRÍNCIPE. ¿Como?
DON JUAN. Como está la ira
En su entereza pintada,
Al ver que se lleva hurtada
El Centauro á Deyanira:
Y con tan vivos anhelos
Tras él va, que juzgo yo
Que nadie le vea que no
Diga: «Este hombre tiene celos.»
Fuera de la tabla está,
Y aun estuviera mas fuera
Si en la tabla no estuviera,
El Centauro tras quien va.
Este es el cuerpo mayor
Del lienzo, y en los bosquejos
De las sombras y los léjos,
En perspectiva menor
Se ve abrasándose, y es
El mote que darle quiero;
«Quien tuvo celos primero,
Muera abrasado despues.»
PRÍNCIPE. No solo en esta ocasion
Que el cuadro agradezca es bien;
Pero el concepto tambien
Te agradece mi pasion.
Y pues á tiempo has llegado
Que trayendo mis desvelos
Celos, me has hablado en celos
Te he de feriar un cuidado
A precio de una fineza
Que quiero que hagas por mí.
DON JUAN. Para servirte nací.
PRÍNCIPE. Sabrás que de una belleza
Que una vez vi solamente,
Tan rendido llegué á estar,
Que no la pude olvidar,
Con haber vivido ausente.
Hoy, bien acaso, he sabido
Dónde retirada vive;
Y en tanto que amor percibe
Modo en que pueda rendido
Solicitar sus favores,
Imagino que no hubiera
Cosa que mas divirtiera
Mis penas y mis rigores,
Que tener suyo un retrato.
Tú al fin, como forastero,

No la conoces, y quiero
Fiarle de tí.

DON JUAN. Solo trato
Servirte con alma y vida.
Mas no me atrevo, señor,
Si es beldad tan superior,
Sacarla tan parecida.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

DON JUAN. Porque lo intenté
Alguna vez, y advertí
Que la hermosura ¡ay de mí!
No se pinta bien.

PRÍNCIPE. Ya sé
Que es difícil de pintar,
Si es perfecta la belleza;
Pero de tu gran destreza
Puedo el acierto fiar.
Y cuando por el acierto,
Español, no te eligiera,
Por el secreto lo hiciera.

DON JUAN. Que te he de servir es cierto.

PRÍNCIPE. Pues vén conmigo, advertido
De que si nos dan lugar,
A hurto la has de pintar.
Yo á la puerta prevenido
A todo trance estaré,
Por lo que allí sucediere:
De que he de librarte infiere.

DON JUAN. Digo, gran señor, que iré
En tu palabra fiado,
Y despues en mi valor;
Que aunque un humilde pintor
Soy, quizá por ser honrado
Vivo así.

PRÍNCIPE. De tí lo creo;
Crê de mí que agradecido
Verás tu deseo cumplido. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON JUAN, JUANETE.

DON JUAN. No sabes tú mi deseo.

JUANETE. Señor, ¿qué es esto?

DON JUAN. En aquella
Caja pequeña pondrás

Colores y los demas
Pinceles, y trae con ella
Unas pistolas.

JUANETE. ¿Qué nueva
Aventura aquesta fué?
¿Dónde vas?

DON JUAN. Yo no lo sé:
Dónde el Príncipe me lleva,
Ya que ultrajes de mi honra
Quieren que pintor me vea,
Hasta que con sangre sea
El pintor de mi deshonra.
(Vanse.)

Sala en casa de Don Luis, en la aldea.

ESCENA XVII.

DON ÁLVARO, DON LUIS.

DON ÁLVARO. Ya, señor, que he merecido
Que mas humano me hables,
Habiendo debido á Porcia
Hacer estas amistades,
Segundo honor te merezca.
¿Qué es lo que tienes? Qué traes,
Que las pasiones del pecho
Se te ven en el semblante?
Mira que como yo soy
La causa de tus pesares,
Me tiene desconfiado
Tu tristeza, viendo que haces,
Como en las farsas, extremos
Disimulados aparte.

DON LUIS. Don Alvaro, mi tristeza
De causa distinta nace.
No tienes la culpa tú:
Esto que te digo, baste
Por ahora.

DON ÁLVARO. Poco fias
De mí.

DON LUIS. ¿Quieres no apurarme?
No me obligues que te diga

Que Don Juan Roca me trae
Con esta pena.

DON ÁLVARO. ¡Don Juan!

DON LUIS. Sí.

DON ÁLVARO. Pues dime, dél ¿qué sabes?
(Ap. Apuremos, corazon,
Toda la malicia al lance.)

DON LUIS. Que es desdichado, por ser
Mi amigo.

DON ÁLVARO. (Ap. ¡Duda notable!)
Pues ¿qué es lo que ha sucedido!

DON LUIS. ¿Qué mas que haberle un infame,
Aleve, traidor, robado? . . .
— Aquí el aliento me falte,
Porque no es bien que contigo,
Ni aun conmigo, me declare.
Mas ya lo dije: — ¡á su esposa!
Sin ser posible ayudarle
Yo á vengar de su enemigo.

DON ÁLVARO. (Ap. ¡Ay de mí! Todo lo sabe,
Pues dice que no es posible
De su enemigo vengarle.
No sin mucha ocasion ¡cielos!
Conmigo llegó á enojarse.
Desdichas, no me mateis.
Pues ya ¡ay Dios! que llega á hablarme
Hoy tan claro, bien será
Que yo de mano le gane,
Y cuente todo el suceso
Tratando de disculparme.)
Señor, si . . .

DON LUIS. Nada me digas,
Que es en vano consolarme.
Ya sé que querrás decirme
Que es necia fineza darme
Por entendido en desdicha
En que no puedo ampararle,
Pues dél ni de su enemigo
Ni de su esposa se sabe
Desde el dia que robada
Faltó.

DON ÁLVARO. (Ap. Mejoróse el lance.
Alentemos, corazon;
Que ya es el recelo en balde.)
¡Qué desdicha! Si supiera
Yo del agresor cobarde
De su afrenta, le buscara,

Vive Dios, para matarle,
Solo en fe de ser tu amigo.

DON LUIS. ¡Oh cuánto estimo escucharte!

DON ÁLVARO. Pues, señor, si tú no puedes,
Como dices, ayudarle,
Divierte tu pena.

DON LUIS. Mal
Se divierten penas tales
Pero con todo, porque
No presumas que me falte
Lugar para tu consejo,
Al monte saldré esta tarde,
Ya que todos estos dias
Deste gusto me privaste.
Manda poner la carroza;
Que quiero, ya que las paces
Hicimos, dar por allá
La vuelta.

DON ÁLVARO. Yo pues delante
Iré, para que Belardo
De casa, señor, no falte.
(Ap. No es sino por prevenir
Que Serafina se guarde.)

DON LUIS. Paréceme bien.

(Vase Don Alvaro.)

ESCENA XVIII.

JULIA; *luego*, DON PEDRO. — DON LUIS.

JULIA. Aquí
Don Pedro, señor, el padre
De Serafina, te busca.

DON LUIS. Pues díle que entre: no aguarde. —
(Vase Julia.)
Sin duda el mismo cuidado
Que tengo, es él que le trae.
(Sale Don Pedro.)

DON PEDRO. Señor Don Luis, vuestros brazos
Me dad.

DON LUIS. ¿Ventura tan grande,
Señor Don Pedro, merecen
Retiradas soledades?

DON PEDRO. Un cuidado me ha traido.
Yo, señor Don Luis . . . (Ap. Pesares,
Pues me afligis atrevidos,

No me consoleis cobardes.)
Traigo una pena estos dias,
Que de los olvidos nace
De mi hija y de Don Juan,
Pues no me escriben; y nadie
A quien yo escribo responde
A propósito. Pues sabe
El mundo que la amistad
Vuestra ejemplo es de amistades,
Merced me haced de decirme
Qué sabeis dél.

DON LUIS. (Ap.) ¡Duda grave!
Pues decirlo y no decirlo
Es á su honor importante.
Mas menor inconveniente
Es que lo dude y lo calle;
Que en materias del honor
Hablar sin pensado exámen
Es muy difícil, aunque
A muchos parece fácil.

DON PEDRO. ¿Qué me respondeis?

DON LUIS. Que ya
No extraño que á mí me falten
Cartas, faltándôs á vos.

DON PEDRO. Pues paso mas adelante;
Pero dándome palabra
De que lo que os diga, á nadie
Lo direis.

DON LUIS. Sí doy.

DON PEDRO. Pues yo ...

ESCENA XIX.

PORCIA. — DICHOS.

PORCIA. Si vas al monte esta tarde,
Señor ... Mas ¿quién está aquí?

DON PEDRO. Quien á vuestras plantas yace
Rendido siempre.

PORCIA. Los brazos,
Señor, esta deuda paguen.

DON LUIS. Perdona, Porcia, que yo
Los cumplimientos ataje. —
Señor Don Pedro, venid
Conmigo; y puesto que parte
El camino de la corte

El monte, que os acompañe
Hasta él es justo. (Ap. á él. Hablarémos
Sin estas dificultades.)

DON PEDRO. Obedeceros me toca.
Quedad con Dios.

PORCIA. El os guarde.

DON LUIS. Vén tú en la carroza, pues
Ya va tu hermano delante.
(Vanse Don Luis y Don Pedro.)

PORCIA. Con mas gusto fuera sola,
Si fuera á ver á mi amante. (Vase.)

Monte con vista de la casa ó castillo de Don Luis.

ESCENA XX.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, JUANETE, BELARDO.

PRÍNCIPE. Aquesto has de hacer por mí;
Y en prendas de que premiarte
Sabré, este diamante toma.

BELARDO. Poco entiendo de diamantes;
Que no valen, si se venden,
Lo que si se compran valen.
Pero volvamos al caso:
Mayores dificultades
Venceré por tí. — Venid (A Don Juan.)
Conmigo vos; que yo en parte
Os pondré que podais verla,
Sin ser sentido de nadie.

DON JUAN. Guiad vos; que obedecer
Me toca, no hacer exámen.

PRÍNCIPE. Piensa, español, que por mí
Aquestas finezas haces.

DON JUAN. Servirte, señor, deseo.

PRÍNCIPE. Ningun temor te acobarde;
Que yo quedo aquí.

DON JUAN. ¿Temor?
Mal, señor, mi valor sabes;
Que no acobardan peligros
A quien no matan pesares. (Vase.)

BELARDO. Adios; y para otra vez,
Doblones, y no diamantes.
JUANETE. ¿De qué se queja el vejete?
Pues que yo he callado, calle.
(Vase Belardo.)

ESCENA XXI.

EL PRÍNCIPE, JUANETE.

PRÍNCIPE. ¿Qué tienes tú que decir?
JUANETE. Un cuento lo diga ántes,
Si no es que llega primero
Alguno que me le ataje.
A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada dia; y como eran
Tantas porciones iguales;
Un dia se olvidó de uno.
El, por no pedir (que es grave
Desacato de los niños),
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entónces,
Y dijo el chiquillo: «¡Zape!
¿De qué me pides los huesos,
Si aun no me han dado la carne?»
— A este propósito dije
Al viejo no me maullase
Al oído, pues hasta ahora
Aun no me han dado qué darle.
PRÍNCIPE. Ya te he entendido, y aquesta
Cadena el descuido salve.
JUANETE. Y á tí te salve y regine,
Deseslabonada á partes.
La cadena del demonio
En la vida perdurable;
Aunque solo oir el cuento
Para mí es paga bastante.
(Vanse.)

Jardin con un lienzo ó ángulo de la casa, y en él la puerta y ventana con reja, de un cuarto bajo.

ESCENA XXII.

DON JUAN, BELARDO.

DON JUAN. Quitémonos de la puerta
Y esperemos á esta parte
Retirados.
BELARDO. Desta cuadra
Al jardin la reja sale,
Donde ella suele venir
A divertirse las tardes.
Entrad dentro, y no hagais ruido.
DON JUAN. No haré. — Mas ¿qué es lo que haces?
(Belardo abre una puerta, y entra Don Juan por ella; Belardo cierra con llave.)
BELARDO. Por mas seguridad, echo
Por acá fuera la llave.
DON JUAN. (Dentro.) No, no cierres. — ¿No es mejor
(Asomándose á la reja.)
Que yo tenga á todo trance
La puerta abierta?
BELARDO. No es.
DON JUAN. (A la reja.) Advierte . . .
BELARDO. Calla, no hables;
Que es la que viene hácia aquí.
DON JUAN. (A la reja.) Pues ya es tiempo de que saque
La lámina y los matices.
(Retírase adentro.)

ESCENA XXIII.

SERAFINA — y BELARDO, *en el jardin*; DON JUAN, *en el cuarto*.

SERAFINA. (Para sí.) ¡Oh cuántas veces, pesares,
Os saco á campaña á solas,
Sin que en tan duro combate
Por vuestra parte ó la mia
La victoria se declare!
DON JUAN. (Ap. asomándose á la ventana.)
Aun no puedo verla el rostro;
Que está el villano delante.
BELARDO. ¿Pues todo ha de ser, señora,
Llorar?

SERAFINA. No, amigo, te espantes,
Si ya no es de ver que el llanto
No haga la pena süave.
BELARDO. Advierte . . .
SERAFINA. Nada me digas;
Y si quieres consolarme,
Sea con dejarme sola;
Que quiero á la sombra que hacen
Esos emparrados, ver
(Tal el desvelo me trae)
Si con el sueño firmar
Puedo treguas, si no paces.
(Siéntase de espaldas á la reja.)
DON JUAN. (Ap.) De espaldas se ha puesto: no es
Posible que la retrate.
BELARDO. Pues no te sientes así:
Mejor será hácia esta parte,
Porque desas rejas corre
Mas templadamente el aire.
SERAFINA. Dices bien. -- ¡Oh sueño, vén
(Vuélvese de cara á la reja.)
A dar alivio á mis males! (Quédase dormida.)
BELARDO. (A Don Juan.) Cé. . .La dama es esa.
DON JUAN. Ya
Aplico el pincel al naipe.
(Vase Belardo, dejándola descubierta: Don Juan al verla se suspende.)

ESCENA XXIV.

SERAFINA, *dormida en el jardin;* DON JUAN, *á la ventana.*

DON JUAN. Mas ¡ay de mí! que ese sueño
Es de dos muertes imágen!
¡Qué miro! ¡Valedme, cielos,
Que quiere hacer el dolor
Que el retrato que el amor
Erró, le acierten los celos!
Todo horrores, todo hielos
Soy, sin ser, ni luz, ni trato;
Que de mi valor ingrato
Mudarme el arte procura,
Pues ha hecho una escultura,
Viniendo á hacer un retrato.
Tan fuera de mí he quedado,
Sin aliento y sin accion,
Que pienso que el corazon

A otro pecho se ha mudado;
Si ya no es que me ha dejado
Por irla á reconocer,
Dudando que pueda ser
Que sin ver, hablar ni oir,
Se haya atrevido á dormir
Quien se ha atrevido á ofender.
¿Como en tan dura batalla
Tengo, á pesar de mi estrella,
Valor para conocella
Y temor para matalla?
Mas si encerrado me halla
El lance, ¿qué he de intentar?
¡Que haya sabido el pesar
Hacer que esté preso yo
Donde pueda verle, y no
Donde le pueda vengar?
Venganza ha de ser segura
La que ha de hacer el honor;
Que es la sobra de valor
Tal vez falta de cordura;
Fuera de que si se apura
Su venganza, á mi esperanza,
La media parte me alcanza.
Pues sufrir, temer, penar,
Corazon, hasta tomar
Por entero la venganza.

(Despierta Serafina asustada y levántase: ocúltase Don Juan.)

SERAFINA. (Agitada con lo que ha soñado.)
Don Juan, esposo, señor,
Aguarda, espera: no manches
Tu noble acero en mi vida.
¡No me mates, no me mates!

ESCENA XXV.

DON ÁLVARO, *en el jardin.* — SERAFINA; DON JUAN, *en el cuarto.*

DON ÁLVARO. ¿Qué es esto, mi bien?
SERAFINA. Haber
Visto entre sueños la imágen
De mi muerte. Nunca fuéron
Tus brazos mas agradables.
DON ÁLVARO. La dicha de un desdichado
Siempre de un acaso nace.
DON JUAN. (Ap. á la reja.) ¡Don Alvaro es, vive el cielo,
Hijo de Don Luis, su amante!

DON ÁLVARO. Repórtate; que á decirte
Que viene hoy aquí mi padre,
Me he adelantado.

DON JUAN. (Ap. Ya, cielos,
No hay sufrimiente que baste.
Cuantas razones propuse
Aquí para reportarme,
Al verla en sus brazos, todas
Es forzoso que me falten.)
¡Muere, traidor, y contigo
Muera esa hermosura infame!
(Dispara una pistola á él y otra á ella.

DON ÁLVARO. (Herido.) ¡Ay de mí!
SERAFINA. (Herida.) ¡Válgame el cielo!
DON JUAN. Ahora mas que me maten;
Que ya no estimo la vida.

ESCENA XXVI.

DON LUIS, DON PEDRO, PORCIA. — SERAFINA, DON ÁLVARO; DON JUAN, *en el cuarto.*

VOCES. (Dentro.) El ruido se oyó á esta parte.
DON LUIS. (Dentro.) Entrad todos.
(Salen Don Luis, Don Pedro y Porcia.)

DON PEDRO. ¿Qué ha sido esto?
(Cayendo Serafina y Don Álvaro, vienen á parar, ella en los brazos de Don Pedro, y él en los de Don Luis.)

SERAFINA. Llegar, infelice padre,
Muerta á tus brazos, porque
No tengas tú que matarme. (Muere.)

DON ALVARO. Yo á tus plantas, porque en ellas
Mi vida infeliz acabe. (Muere.)

DON PEDSO. ¡Serafina!
DON LUIS. ¡Álvaro!
PORCIA. ¡Cielos!
¿Quién vió tragedia tan grande?

ESCENA XXVII.

EL PRÍNCIPE, JUANETE, BELARDO. — DICHOS.

JUANETE. Sin duda le han descubierto.
PRÍNCIPE. Al que pretenda injuriarle
Le quitaré yo mil vidas,

Puesto que está en esta parte
En mi confianza. — Pero
¿Qué espectáculo notable
Es aqueste?

DOÑ JUAN. (Desde la reja.) Un cuadro es,
Que ha dibujado con sangre
El pintor de su deshonra.
Don Juan Roca soy: matadme
Todos, pues todos teneis
Vuestras injurias delante:
Tú, Don Pedro, pues te vuelvo
Triste y sangriento cadáver
Una beldad que me diste;
Tú, Don Luis, pues muerto yace
Tu hijo á mis manos; y tú,
Príncipe, pues me mandaste
Hacer un retrato, que
Pinté con su rojo esmalte.
¿Qué esperais? Matadme todos.

PRÍNCIPE. Ninguno intente injuriarle;
Que empeñado en defenderle
Estoy. — Esas puertas abre.

(Abre Belardo la puerta que cerró, y sale Don Juan.)

Ponte en un caballo ahora, (A Don Juan.)
Y escapa bebiendo el aire.

DON PEDRO. ¿De quién ha de huir? ¿Que á mí,
Aunque mi sangre derrame,
Mas que ofendido, obligado
Me deja, y he de ampararle.

DON LUIS. Lo mismo digo yo, puesto
Que aunque á mi hijo me mate,
Quien venga su honor, no ofende.

DON JUAN. Yo estimo valor tan grande;
Mas por no irritar la ira,
Me quitaré de delante.

PRÍNCIPE. Honrados proceden todos;
Y para que en mí no falte
Tambien otra ilustre accion,
La mano á Porcia he de darle
De esposo.

PORCIA. Dichosa he sido.

JUANETE. Porque en boda y muerte acabe
El pintor de su deshonra,
Perdonad yerros tan grandes.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

37071 LS.
C1465te
Author Calderon de la Barca, Pedro 1876-7 .2
Title Teatro escogido. Vol.2
OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU